

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

WILHELM REICH



¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?



Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 69

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS. Selección de textos

Carlos Marx y Federico Engels

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONSCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva – Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO – DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN –

ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA – El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA – La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA – De Yrigoyen a Perón

Milciades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

LIBRO 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

LIBRO 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

LIBRO 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

LIBRO 61 LA INTERNACIONAL. *Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.* Selección de Textos

LIBRO 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA. *Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas*

LIBRO 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

LIBRO 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

LIBRO 65 DIALECTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

LIBRO 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

LIBRO 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

LIBRO 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy - Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

LIBRO 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich



“... En la sociedad burguesa, el trabajo vivo no es más que un medio de incrementar el *trabajo acumulado*. (...) De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina sobre el presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado. (...)

¡Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada!. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad. En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. *Efectivamente, eso es lo que queremos.*

Según vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en *poder social susceptible de ser monopolizado*; es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al *propietario burgués*. Y esa personalidad, ciertamente debe ser *suprimida*. (...)

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de bienes materiales se hacen extensivas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría de los hombres más que *el adiestramiento que los transforma en máquinas*.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa *el criterio de vuestras nociones burguesas* de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas mismas son producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que *la voluntad de vuestra clase* erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las *relaciones sociales* dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad –*relaciones históricas* que surgen y desaparecen en el curso de la producción–, la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este *infame* designio de los comunistas. ¿En qué bases descansa la actual familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. *La familia*, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública. La familia burguesa desaparecerá naturalmente al dejar de existir su complemento, y ambos desaparecen con la *desaparición del capital*.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen. Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación, no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante. Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo. ¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres! -nos grita a coro toda la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte de la socialización.

No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida *comunidad oficial de las mujeres* que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la *comunidad de las mujeres*: que ha existido casi siempre.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducirse mutuamente a sus esposas.

El matrimonio burgués es en la realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la *comunidad de las mujeres* que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y no oficial..."

Manifiesto del Partido Comunista
Carlos Marx y Federico Engels. 1848

“los hombres sin historia son la historia...”

Silvio Rodríguez

“...No es nuestro cometido elaborar un plan válido para todas las épocas que se sucederán; en consecuencia, aumenta nuestra obligación para con el presente: urge que hagamos una crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de que nuestra crítica no ha de temer ni sus propios resultados ni el conflicto con los poderes establecidos.”

Carlos Marx

“...En medio del fingido espanto de la ciencia oficial y de la moral de sus contemporáneos, Freud afirmó que el sexo es una fuerza tan intensa, que alcanza a la llamada conciencia, en su mismo dominio, porque el hombre es, ante todo, sexo. Lo que enunció no constituía, en realidad, una verdadera sorpresa, sino una gran inconveniencia. Todos sus sabios colegas sentían dentro de sí, como un absceso cerrado, la lucha de los instintos sexuales, pero ninguno se atrevía a rasgarlo, ante el público, para no exhibir su pus. Freud rompió el absceso. Hostilizado por la desaprobación general, llevó a cabo solo la intervención salvadora. Desde entonces, fue posible debatir en voz alta el *problema del sexo*”.

Josué de Castro,

“Geopolítica del hambre”



<https://elsudamericano.wordpress.com>



HIJOS

La red mundial de los HIJOS de la revolución social

¿QUE ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilheim Reich
(1934)

**LA LUCHA POR LA NUEVA FORMA DE VIDA
EN LA UNIÓN SOVIÉTICA**

Wilheim Reich
(1935)

¡ESCUCHA PEQUEÑO HOMBRECITO!

Wilheim Reich
(1945)

¿QUÉ ES CONCIENCIA DE CLASE?

PRÓLOGO

La concepción fundamental de esta obra se deja resumir como sigue: La lucha agotadora que los revolucionarios del mundo entero han de librar en muchos frentes lleva aparejado el que sólo vean la vida de los individuos desde el punto de vista de su ideología, o sólo tengan en cuenta aquellos hechos de la vida social que se aproximan a su sentir y pensar o les están emparentados. Sin embargo, la mayoría de la población de la Tierra, para cuya liberación del yugo de la opresión capitalista se libran aquellas luchas, nada sabe de éstas, ni de los sufrimientos y el pensar de aquellos revolucionarios, sino que vive su existencia subyugada de modo más o menos inconsciente, con lo que apoya, sin darse cuenta, el dominio del capital. Inténtese averiguar, por ejemplo, cuántos de los 40 millones de ciudadanos adultos alemanes se conmueven realmente ante las ejecuciones de revolucionarios alemanes, y cuántos, además, toman la información periodística al respecto con menos indiferencia, y se comprenderá de golpe lo que este escrito se propone, esto es: *la unión de la conciencia de la vanguardia revolucionaria con la conciencia del ciudadano corriente de nuestro planeta*. Aquí no se hace más que esbozar sugerencias y señalar preguntas que en el movimiento obrero no se han tenido en cuenta hasta el presente. Y aunque lo uno o lo otro de lo que aquí se expone pueda verse deformado o estar equivocado, es lo cierto, con todo, que la verdadera vida de los individuos transcurre psicológicamente en otro plano que aquel que los campeones de la revolución social, con fundamento precisamente en su penetración más profunda del ser social, se imaginan, lo que constituye uno más. de los motivos del fracaso del movimiento obrero. Véase en este escrito un llamado de los individuos apolíticos corrientes dirigido a los futuros jefes de la revolución, para que los comprendan mejor, les pidan menos comprensión para el “curso de la historia” y confieran a sus sufrimientos y anhelos mejor expresión, así como para que hablen en forma menos teórica del “factor subjetivo” de la historia y, en cuanto *vida* de las masas, lo entiendan mejor.

Junio de 1934

I. DOS TIPOS DE CONCIENCIA DE CLASE

FUNDAMENTACIÓN

El siguiente intento de entresacar y hacer comprensibles, desde el punto de vista de la psicología de masas, algunas de las dificultades de la discusión relativa a la reorganización del movimiento obrero adolece desde el principio de muchas fallas. Las circunstancias externas y las condiciones de vida en que la emigración alemana ha de realizar su labor no son nada fáciles. Para empezar, el contacto íntimo con la vida política, de las masas ante todo, está roto o sólo incompletamente establecido; los periódicos deforman al informar, se contradicen unos a otros y pasan por alto las cuestiones relativas a la psicología de las masas, de modo que resultan ya fuentes de error. En el exilio no se tienen bibliotecas a disposición o, si las hay, son insuficientes. La dura lucha por la existencia y la persecución por las autoridades de los países huéspedes producen asimismo su efecto. Tampoco la dispersión rural en las organizaciones y en la discusión *en el seno* del movimiento obrero contribuye a facilitar la realización de la tarea. Y si se añade a esto la novedad del dominio de una psicología política, sujeta a todas las debilidades y las posibilidades de error de una ciencia joven, habremos nombrado bastantes hechos que excluyen la exigencia de una investigación cien por ciento exacta, libre de errores y susceptible de transformarse inmediatamente en práctica política. Nos consideraremos dichosos si logramos plantear preguntas importantes, pasadas por alto hasta el presente, contestarlas en parte y, además, señalar determinadas orientaciones a la iniciativa de nuestros compañeros de lucha y de su examen crítico del actual equipo intelectual del frente revolucionario.

El presente trabajo constituye al propio tiempo la respuesta a algunas preguntas que se han planteado desde la aparición de "*Massen-psychologie des Faschismus*" ("*Psicología de masas del fascismo*"), así como en parte también a algunas críticas que, en mi entender, adolecen de la falta de comprensión, por parte de muchos economistas, de la problemática psicológica.

Las discusiones con grupos políticos diversos dieron como resultado el que deba anticiparse a la respuesta de la pregunta "¿Qué es conciencia de clase?" una breve toma de posición con respecto a las cuestiones fundamentales actuales de la situación política.

La grave derrota del movimiento socialista en Alemania produce ya sus efectos nocivos sobre otros países y, frente al movimiento revolucionario, el fascismo se encuentra *por doquier* en rápido progreso; tanto la Segunda como la Tercera Internacional han demostrado su incapacidad de dominar la situación, siquiera teóricamente, y no digamos ya en la práctica; la Segunda Internacional por su política fundamentalmente burguesa, y la Tercera por su falta de autocrítica, por lo incorregible de sus errores fatales y, ante todo, por su incapacidad de aniquilar, en parte por falta de voluntad, la burocracia en su propio campo.

El Partido Obrero Socialista y los Comunistas Internacionales quieren una “nueva Internacional”. Existen graves diferencias ya acerca del “cómo” de este nuevo partido. Trotsky convocó ya a la fundación de la *Cuarta Internacional*; el POS está en principio de acuerdo, pero quiere lograr la nueva *Internacional* como *resultado* de la reunión de la clase obrera, en lugar de ponerla, como Trotsky, al principio y de efectuar, *con* esta consigna, la reunión. En el movimiento sexual-político la cuestión se plantea como sigue: ¿hay que crear inmediatamente una organización e iniciar una campaña en su favor valiéndose de su programa, o bien hay que dejar primero que la ideología y el programa lo penetren todo y sólo luego llevar a cabo la unión organizadora sobre una base más amplia? Nos decidimos por el segundo de estos dos caminos, y creemos que la “organización flexible previa” presenta muchas ventajas, no implica una delimitación prematura, evita el peligro de acuerdos sectarios, posee mayores posibilidades de penetración en otras organizaciones y muchas cosas más. Por otra parte, depende también de qué perspectivas tengamos del desarrollo político ulterior. La comunidad de trabajo sexualpolítica consideró poder nombrar fundamentalmente tres posibilidades, a saber:

1] la de que de modo imprevisto se produjera en un futuro muy próximo un levantamiento en Alemania; toda vez que ninguna de las organizaciones existentes está preparada en lo más mínimo para semejante eventualidad, ninguna de ellas tendría el movimiento en la mano para llevarlo conscientemente a buen fin. Por lo demás, esta perspectiva es la más improbable de las tres. Si llegara con todo a realizarse, la situación sería caótica, esto es, *muy* insegura en su curso, aunque constituirá la mejor salida. Por nuestra parte la apoyaríamos y favoreceríamos inmediatamente por todos los medios.

2] Es posible que el movimiento obrero necesite algunos años para su concentración teórica y orgánica, para luego conquistar el poder en Alemania, en cuanto movimiento *cerrado* y bajo una dirección, buena, preparada y decidida, en el transcurso de digamos, sin compromiso, veinte años. Esta perspectiva es la que cuenta con mayores probabilidades, pero requiere desde hoy ya una labor enérgica, ininterrumpida e infatigable.

3] La tercera posibilidad fundamental es que la unión de los trabajadores bajo una nueva dirección, buena y digna de confianza, no se logre o no se logre lo bastante aprisa, de tal modo que el fascismo conquiste posiciones por doquier y las afirme, ante todo por su peculiar y hábil manera de atraerse a los niños y a los jóvenes, se asegure una base duradera entre las masas y se vea eventualmente favorecido por una oleada de optimismo, aunque débil; en tal caso habrá de contar el movimiento socialista, con una barbarie cultural, política y económica larga, *muy* prolongada, por espacio de muchos decenios, y habrá de *demostrar* que no se ha equivocado *fundamentalmente* y que a la postre la historia le dará la razón. Esta variante pone de manifiesto la grave responsabilidad que pesa sobre nosotros.

En la medida en que lo permitan las condiciones, nos prepararemos para la *primera* eventualidad; haremos de la *segunda*, como es la de mayores probabilidades, el objeto propiamente de nuestro trabajo, concentraremos *todas* nuestras fuerzas en su consecución y reuniremos la mayor fuerza humana que se nos haya dado para eliminar la *tercera*.

Así, pues, si nos proponemos como objetivo la realización de la unidad y la fuerza combativa de la clase obrera y su alianza con todas las capas de la población trabajadora, necesitamos separarnos desde un principio de aquellas aspiraciones que ciertamente hablan mucho de “llevar a cabo la unidad”, pero que siguen fomentando prácticamente la división, aun sin quererlo. ¿A qué se debe que aún hoy, después de la catástrofe alemana, siga progresando la formación de camarillas sectarias, que en los círculos responsables tanto en Alemania como fuera de ella la situación nada tenga de satisfactoria, que los antiguos métodos de la estéril discusión escolástica y los inútiles insultos recíprocos no quieran desaparecer ni quieran ceder ante los esfuerzos enderezados a la superación de la realidad actual? Creemos que esta desdichada situación precaria proviene de la adhesión a las antiguas formas, consignas, esquemas y métodos de discusión gastados y anquilosados, y que esta adhesión proviene a su vez de la falta de una *nueva* manera de plantear los problemas, de una *nueva* manera de pensar y de una forma totalmente *nueva* y original de ver las cosas. Estamos convencidos de que siquiera *una sola* buena idea nueva, *una sola* nueva consigna acertada, realizarían inmediatamente la unión hasta de los más obstinados disputantes y pondrían fin, inmediatamente, a las estériles discusiones. Aludimos a todo aquel a quien este pasaje pudiera molestar.

Convertir en realidad el marxismo vivo es la tarea inmediata; en la contemplación de la realidad y en la discusión. Esto conduce a la cuestión de la creación de una nueva organización internacional. Si ella no llevara al congreso de fundación más que los métodos, las condignas y las formas de pensar y discutir anteriores, nacería muerta. Que queremos expropiar el capital, socializar los medios de producción, erigir el dominio de los trabajadores, soldados, empleados y campesinos por sobre del capital; que queremos la verdadera democracia del pueblo trabajador, que para esto *sí* requiere la conquista del poder no con la papeleta de voto sino con las armas, todo esto y muchas otras cosas más las sabemos sobradamente. Volver a proclamar solamente esto y fijarlo programáticamente tendría escaso valor, porque esto ya se ha hecho hasta ahora profusamente.

La gran pregunta es la de saber por qué no se nos prestó oído, por qué nuestras organizaciones se han anquilosado, por qué la burocracia nos ha ahogado, por qué las masas obraron en contra de sus propios intereses al llevar a Hitler al poder. No habría que malgastar tan enormes energías acerca de la cuestión —en sí muy importante— de la estrategia y la táctica si tuviéramos a las masas con nosotros. La estrategia y la táctica las emplean actualmente los diversos grupos *unos contra otros*. Si queremos pensar siquiera en conseguir algo, necesitamos presentarnos con ideas totalmente nuevas sobre estas cuestiones básicas, con métodos totalmente nuevos de influencia sobre las masas y con una estructura ideológica y personal totalmente nueva. No queremos detenernos mucho tiempo en demostrar que

no hablábamos el lenguaje de las grandes masas, en parte apolítica y en parte ideológicamente oprimida, que acabó ayudando finalmente a que la reacción obtuviera la victoria. Las masas no entendían nuestras resoluciones ni lo que queríamos decir con “socialismo”; no nos tenían ni nos tienen confianza; leían nuestras hojas por obligación o no las leían. Mientras estuvieron en movimiento eran confusamente socialistas, pero no pudimos aprovecharnos de este confuso sentimiento socialista y es por esto por lo que ayudó a Hitler a conquistar el poder. El que sufriéramos el mayor fracaso en la conquista y la exaltación de las grandes masas constituye el fundamento primero de las muchas fallas, grandes y pequeñas, del movimiento obrero, de la vinculación partidista de los socialdemócratas, así como del resentimiento y el rencor de más de un dirigente proletario, del incesante discutir y del marxismo escolástico que practicamos.

Parte de la causa básica común del fracaso del socialismo en todos sus aspectos, una parte solamente, pero esencial, que ya no puede pasarse por alto ni considerarse secundaria, es la falta de una psicología política marxista eficaz. Esta falta se expresa no solamente en el que semejante psicología aún ha de elaborarse, sino también en que en el movimiento obrero existe una gran prevención contra la consideración y la concepción psicológicas, así como contra la psicología práctica consciente. Esta falta de nuestra parte se convirtió en la mayor ventaja del enemigo de clase, se convirtió en el arma más poderosa del fascismo. Mientras nosotros exponíamos a las masas magníficos análisis históricos y disquisiciones económicas sobre las contradicciones imperialistas, ellas se entusiasman por Hitler desde lo más profundo de sus sentimientos. Habíamos dejado la práctica del factor subjetivo, por decirlo con Marx, a los idealistas, y nos habíamos convertido en materialistas mecánicos y economistas. ¿Exageramos acaso? ¿Vemos tal vez a través de las gafas del “especialista profesional”? Tratemos de responder a esta pregunta sirviéndonos de algunos ejemplos importantes, mayores, pero también menores y, en apariencia, secundarios. No tratamos de presentar aquí una panacea, sino simplemente una pequeña contribución, que no es más que un principio.

DOS TIPOS DE “CONCIENCIA DE CLASE”

Es decisivo para una política combativa que se propone el triunfo del socialismo y la erección del dominio del trabajo sobre el capital no sólo el conocimiento de los cambios y movimientos sociales que de la evolución de las fuerzas productoras resultan objetivamente, independientemente de nuestra voluntad, sino también, al propio tiempo y *a igual título*, de lo que tiene lugar en las “cabezas”, esto es, en las estructuras psíquicas de los individuos de los diversos países, barrios urbanos, capas profesionales, clases de edad, sexos, etc., sometidos a dichos acontecimientos objetivos. En el movimiento y la política socialistas el concepto de la conciencia de clase desempeña un papel principal; la “toma de conciencia de clase” de las capas oprimidas de la población de todos los países se postula como el requisito más urgente del movimiento subversivo revolucionario del sistema social actualmente dominante. Queremos decir manifiestamente con esto que, bajo la influencia

de los procesos económicos y sociales, los individuos han de cambiar en alguna forma para poder siquiera llevar a cabo una realización como la que representa la revolución social. Sabemos también que Lenin creó la vanguardia y el partido revolucionario para fomentar este cambio de los individuos, acelerarlo, concentrarlo y convertirlo en una fuerza política. En la vanguardia, la parte mejor y más consciente de los luchadores socialistas debía concentrarse, agudizarse y ejercitarse en la previsión aquella conciencia de la situación social, de los medios de su dominio y de los caminos acertados hacia el socialismo, a cuyo nivel aproximadamente deben levantarse las masas trabajadoras, si la tarea de la revolución ha de lograrse. Esto es ni más ni menos que el planteamiento del problema de la política que se halla resumida en la palabra “frente único”.

Dos ejemplos bastarán para mostrar que distamos mucho de una comprensión apropiada de lo que es la conciencia de clase.

En el opúsculo de reciente aparición, “*Neu beginnen*” (“*Empezar de nuevo*”), se plantea con mucho acierto la exigencia de un “partido revolucionario” y de una dirección revolucionaria en el sentido cabal de la palabra, pero se niega, en cambio, la existencia de una conciencia de clase en el proletariado:

El fundamento de todas sus consideraciones y actos [de las Segunda y Tercera Internacionales] lo constituye la creencia de una espontaneidad revolucionaria inherente al proletariado... Pero, ¿y si esta espontaneidad revolucionaria sólo existe en las cabezas de los partidos socialistas y no en la realidad?... ¿Si el proletariado no se viera impelido en modo alguno espontáneamente, esto es, por fuerzas sociales naturales, hacia “la lucha final socialista”?... Incapaces de pensar de otro modo que en tesis y dogmas, creen con devoción francamente religiosa en fuerzas revolucionarias espontáneas... (p. 6)

La lucha heroica sin precedente de los trabajadores austriacos, del 12 al 16 de febrero de 1934, demuestra que puede darse perfectamente una espontaneidad revolucionaria sin una conciencia de la “lucha socialista final”. La espontaneidad revolucionaria y la conciencia de la “lucha socialista final” son dos cosas distintas.

Por consiguiente, la dirección —tal reza la conclusión— ha de llevar a las masas la conciencia revolucionaria. ¡Qué duda cabe que debe hacerlo! Pero, ¿cómo —preguntamos— si no tuviéramos todavía idea exacta de lo que designamos como conciencia revolucionaria? En Alemania había a últimas fechas unos 30 millones de trabajadores de orientación *anticapitalista*, o sea, *numéricamente* más que suficiente para la revolución, pero lo que llegó al poder fue el fascismo, y precisamente con la ayuda de aquella orientación *anticapitalista* de las tropas escogidas de sus partidarios. ¿Es ya la orientación anticapitalista conciencia de clase o no, es meramente el principio de ella o es sólo una condición de su desarrollo? ¿Qué es, propiamente, conciencia de clase? Lenin creó el concepto de vanguardia, de tropas de choque revolucionarias, y el de partido, así como la organización misma que había de completar lo que las masas mismas no realiza espontáneamente:

Dijimos que los trabajadores tampoco podrían tener una conciencia socialdemocrática. Ésta sólo podría serles transmitida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase trabajadora sólo puede llegar por sus propios medios a una conciencia tradeunionista, esto es, a la convicción de la necesidad de asociarse sindicalmente, de librar una lucha contra los empresarios, de exigir al gobierno tal o cual ley favorable a los trabajadores, etc. (Lenin)

Así, pues, la clase trabajadora extrae de su situación de clase una “conciencia” que ciertamente no basta todavía para sacudir el dominio del capital (para esto se necesita un partido estrictamente organizado); pero, ¿no habrá acaso etapas previas o elementos de aquello que designamos como conciencia de clase o conciencia revolucionaria? ¿Qué es esto? ¿Cómo se puede concebir? ¿Cómo se presenta concretamente?

La negación de lo que podríamos designar conciencia de clase o sus elementos o premisas, esto es, como una formación *espontánea* en el seno de la clase oprimida, descansa en el hecho de que aquella no es conocida en su forma concreta y crea, por consiguiente, una posición desesperada para la dirección, porque por muy valiente que ésta sea y por mucho que esté preparada y provista de otras cualidades, si en el proletariado no hay nada que se parezca a lo que designamos como conciencia de clase, jamás dirección alguna logrará inculcársela a las masas. ¿Qué es, pues, lo que hay que llevar a las masas? ¿Acaso el saber sumamente especializado sobre el proceso sociológico y sus contradicciones? ¿O bien el saber complicado de las leyes de la explotación capitalista? ¿Tenían los revolucionarios de Rusia este saber cuando luchaban con entusiasmo, o ni siquiera lo necesitaban? ¿Eran trabajadores y campesinos con “conciencia de clase” o solamente rebeldes? Hemos expuesto estas preguntas para mostrar hasta qué punto son insolubles.

TRATEMOS DE PARTIR DE LA SIMPLE PRÁCTICA Y DE LA EXPERIENCIA.

Recientemente se ha hablado mucho en un grupo político de la conciencia de clase y de la necesidad de “elevantarla a escala de las masas”. Al oyente había de asaltarle acaso por vez primera la pregunta: ¿De qué se está hablando aquí propiamente? ¿Qué entienden por esto que llaman conciencia de clase? Uno de los asistentes, que se había mantenido muy callado, rogó a uno de los funcionarios dirigentes, que se había distinguido como apasionado defensor de la conciencia de clase del proletariado alemán, que le hiciera el favor de nombrarle cinco elementos concretos de ella, así como, tal vez, cinco elementos inhibidores de su evolución. Como que si se quiere desarrollar la conciencia de clase hay que saber primero qué es aquello que se quiere desarrollar, así como por qué no se desarrolla bajo la presión de las necesidades de cada clase por sí misma, o sea, qué es, pues, lo que le impide hacerlo. El funcionario interrogado se mostró primero un poco sorprendido, vaciló un momento y dijo luego, con decisión: “Bueno, por supuesto, el hambre”. La rápida contrapregunta fue: ¿El individuo de la guardia de asalto tiene conciencia de clase? ¿Tiene conciencia de clase el ladrón que roba por hambre una salchicha, o el hombre que no tiene trabajo y que se contrata por dos marcos para un desfile reaccionario, o el muchacho que lanza piedras a la

policía en una manifestación? Y si el hambre, en la que el Partido Comunista de Alemania ha basado toda su psicología de masas, no constituye todavía un elemento de la conciencia de clase, ¿qué es entonces lo que la constituye? ¿Qué es la libertad? ¿Cómo se ve concretamente? ¿En qué se distingue la libertad socialista de la nacional, que Hitler promete?

Las respuestas fueron absolutamente insatisfactorias. ¿Habían planteado y contestado estas preguntas los periódicos de izquierda? No. Por errónea que sea la concepción de que la clase oprimida pueda llevar la revolución a la victoria, sin dirección y a partir de una voluntad revolucionaria de origen espontáneo, no lo es menos la concepción contraria de que esto *sólo* depende de la dirección, la que habría de empezar por *crear* la conciencia de clase. Así, pues, si ha de empezar por coincidir una determinada situación psíquica de las masas con la alta conciencia de la dirección revolucionaria para que se dé la condición previa de una revolución social, entonces la respuesta a la pregunta “¿Qué es conciencia de clase?” es tanto más necesaria todavía. Si alguien objetara que la pregunta es superflua, porque se ha insistido siempre en que hay que partir de las “pequeñas necesidades cotidianas”, preguntamos a nuestra vez: ¿Significa “desarrollar conciencia de clase”, cuando se declara uno partidario, en una empresa, de la introducción de un ventilador? ¿Y qué tal si el consejero de empresa del *Partido Nacional-socialista* hace la misma demanda y hasta como mejor orador? ¿Se ha ganado por ello al personal? ¡Sin duda! ¿Dónde está la diferencia entre las representaciones socialista y fascista de los “pequeños intereses”, entre nuestra consigna de libertad y la consigna hitleriana de “Fuerza mediante alegría”?

¿Se piensa lo mismo cuando se habla de la conciencia de clase del aprendiz proletario o de la del líder proletario de la juventud? Dícese que habría que elevar la conciencia de las masas a la altura de la conciencia revolucionaria de clase; si se entiende con esto el conocimiento tan amplio del proceso histórico que ha de tener el líder de una revolución, entonces se corre tras de una utopía. Nunca se logrará, en el capitalismo, satisfacer a las grandes mayorías, que es la que ha de llevar a cabo la sublevación y la revolución, con este conocimiento altamente especializado, a través de los medios propagandísticos que se emplearen. El que en una asamblea electoral solamente se lanzaran consignas o bien, como ocurría a menudo en el Palacio de los Deportes [Berlín], se dejara hablar a un funcionario por espacio de horas con erudición sobre la política financiera de la burguesía o sobre las rivalidades japónes-estadounidenses, esto apagaba cada vez la exaltación y el entusiasmo iniciales, significaba suponer que las masas tenían el interés y los requisitos para asimilar análisis económicos objetivos, y embotaba el justamente llamado sentimiento de clase de los miles de oyentes. La política revolucionaria marxista anterior suponía en el proletariado una conciencia de clase acabada, pero sin poder detallarla o concretarla. Ponía además en la conciencia de la clase oprimida su propio saber, a menudo también erróneo, del proceso sociológico, lo que no hace mucho se ha calificado acertadamente como “idealismo subjetivo”. Sin embargo, en toda asamblea comunista se percibía la “conciencia de clase” de las masas de modo inequívoco, y podía distinguirse claramente la atmósfera que creaba de la de cualquier otra organización política. Así, pues, ha de haber en las grandes masas algo como una conciencia de clase que se distingue fundamentalmente de la de la

dirección revolucionaria. O sea que hay, concretamente. *dos tipos* de conciencia de clase, a saber: *la de la dirección revolucionaria y la de las masas*, y las dos deben concordar, la dirección no tiene tarea más urgente, aparte del conocimiento exacto del proceso histórico objetivo, que la de comprender:

a) *lo que llevan en sí en materia de deseos, ideas y pensamientos progresistas las diversas capas, profesiones, edades y sexos, y*

b) *lo que llevan en sí en materia de estos deseos, temores, pensamientos e ideas, que impida el desarrollo del progreso ("ataduras tradicionales").*

La conciencia de clase de las masas no se ha acabado de formar en modo alguno como lo creyera la dirección del Partido Comunista, pero tampoco está ausente por completo; además, está estructurada de otro modo de lo que dicha dirección suponía; existe, más bien, en determinados elementos concretos, que por sí solos (como por ejemplo el hambre) no son todavía conciencia de clase pero que *en su fusión* podrían formarla; estos elementos tampoco existen en estado puro, sino que están entremezclados y entretejidos con fuerzas y contenidos de carácter contrario. Un Hitler sólo estará en lo cierto, con su fórmula de que las masas son infantilmente sugestionables y sólo reproducen lo que se les ha 'inculcado', mientras el partido revolucionario no cumpla su tarea más importante: sacar a la conciencia de clase de su forma dada, aclararla y llevarla hacia adelante. Y de esto nada se había hecho en Alemania.

El contenido de la conciencia de clase del líder revolucionario no es de carácter personal; en la medida en que intervienen en ella intereses personales (ambición personal, etc.) se obstaculiza su actividad. En cambio, en las grandes mayorías (no hablamos aquí, de la insignificante minoría de los trabajadores inequívoca y conscientemente revolucionarios) la conciencia de clase es total y perfectamente personal.

La *primera* está harta de conocimientos acerca de las contradicciones del sistema económico capitalista, de las enormes posibilidades de la economía socialista planificada, de la necesidad de la revolución social y de la adecuación de la forma de apropiación a la forma de producción, de las fuerzas progresistas y retrógradas de la historia.

La *segunda* está muy alejada de tales conocimientos, lo mismo que de las grandes perspectivas; en ésta lo que importa es lo pequeño y aun lo minúsculo, lo cotidiano, lo banal.

La *primera* comprende el proceso socioeconómico histórico, objetivo, así como las condiciones externas, tanto de carácter económico como social, a las que están sometidos los individuos que forman la sociedad; este proceso necesita ser comprendido y hay que dominarlo y dirigirlo, si de sus esclavos queremos convertirnos en sus dueños. Así, pues, hay que introducir la economía planificada, para eliminar las crisis mortales y empezar por crear la base de la vida de todos los trabajadores. Para esto es absolutamente indispensable también, por ejemplo, el conocimiento exacto de los antagonismos japonés-estadounidenses. La otra conciencia no se interesa *en absoluto* por los antagonismos ruso-japoneses o anglo-estadounidenses, ni tampoco en el

progreso de las fuerzas productivas; se orienta, única y exclusivamente, por los reflejos, el arraigo y los efectos de este acontecer objetivo en las cuestiones cotidianas más mínimas o infinitamente diversas; así, pues, su contenido es el interés por la alimentación, el vestido, la moda, las relaciones familiares, las posibilidades de la satisfacción sexual en su sentido más estricto, los juegos y los placeres sexuales en un sentido más lato, cómo el cine, el teatro, las ferias, los parques de atracciones, el baile, etc., así como en las dificultades de la educación de los niños, la decoración hogareña, o la duración y el aprovechamiento del tiempo libre, etcétera.

El ser del individuo y sus condiciones se reflejan, arraigan y se reproducen en su estructura psíquica, a la que forman. Únicamente a través de esta estructura psíquica tenemos nosotros acceso al proceso objetivo y podemos actuar sobre él, ya sea para frenarlo o para fomentarlo y dominarlo. Únicamente a través de la cabeza del individuo, mediante su voluntad de trabajo y su ansia de felicidad y, en una palabra, su existencia psíquica, creamos, consumimos y cambiamos el mundo. Esto es lo que los "marxistas" degenerados en economistas han olvidado desde hace mucho. Así, pues, si quiere implantar y consolidar el socialismo internacional, y no el nacional (que se llame como quiera), si quiere ser marxista, la política general económica y del Estado, que históricamente ha operado con grandes perspectivas, ha de establecer el contacto con la vida y los deseos cotidianos, pequeños, banales, primitivos y sencillos de las más grandes masas, en todas sus variedades, según los países y los estratos sociales. Solamente así podrá lograrse que el proceso sociológico objetivo y la conciencia subjetiva de los individuos fluyan juntos, anulando la contradicción y *el abismo entre ambos*. En una palabra: hay que proporcionar precisamente a los trabajadores, que fundamentan la cultura y crean riqueza, la conciencia de sus derechos; hay que empezar por hacerles saber qué grado ha alcanzado ya la cultura "arriba", y cómo viven *ellos mismos, cuan humildes son y cómo hacen de ello todavía una virtud*, que en ocasiones hasta designan como revolucionaria. Y si se logra establecer esta conexión, entonces, y sólo entonces, podremos salir de las discusiones filosóficas intrapartidarias sobre la vanguardia y la táctica y saldremos al encuentro de la táctica viva del movimiento de las masas, en la actividad política ligada a la vida. No resulta osado afirmar que el movimiento obrero se habría ahorrado una sarta interminable de sectarismo, elucubraciones, escolasticismo, formación de fracciones y escisiones, y habría acortado el camino espinoso a lo que es *más natural*, el socialismo, si hubiera extraído su propaganda, su táctica y su política no sólo de los libros sino ante todo de la vida de las masas. Hoy están las cosas de tal modo, que la juventud media, por ejemplo, está tanto más adelantada que sus "líderes", que con éstos hay que empezar por hablar "tácticamente" de cosas como la vida sexual, que para la juventud son naturales. Y tendría que ser al revés: el jefe es quien debería ser la personificación de la conciencia de clase de primer grado y tendría que formar a la segunda.

El que conoce las luchas ideológicas del movimiento obrero habrá tal vez seguido hasta aquí más o menos de buena gana y habrá también pensado: "¡Nada de esto es nuevo! ¿A qué viene este largo discurso?" No tardará en persuadirse de que muchos que de modo general están de acuerdo con nosotros empezarán, cuando se trate de ir al grano, a vacilar y a formular

objeciones y reparos, e invocarán a Marx y a Lenin contra nosotros. Antes de que aquel que sienta semejante inclinación siga leyendo, recomendamos una vez más el intento, a título de prueba, de aclararse a sí mismo cinco elementos concretos de la conciencia de clase y cinco impedimentos de la misma.

Despertará mucha oposición, entre aquellos que consideran la conciencia de clase como una cuestión ética, la siguiente afirmación:

La reacción política, con el fascismo y la Iglesia a la cabeza, exigen que las masas trabajadoras renuncien a la felicidad terrena, disciplina, obediencia, privaciones y sacrificios para la nación, el pueblo y la patria. El que pidan esto no es el problema, sino el que vivan políticamente del cumplimiento de estas exigencias *por las masas*, y no sólo vivan, sino que además engorden. Se apoyan en los sentimientos de culpabilidad de los individuos, en su humildad inculcada, en su propensión a soportar privaciones callada y dócilmente y aun, en ocasiones, con alegría y, por otra parte, en su identificación con el glorioso dirigente cuyo “amor por el pueblo” sustituye la satisfacción real de sus necesidades. Sin duda, la vanguardia revolucionaría misma está sujeta, por las condiciones de su ser y por los objetivos que persigue, a una ideología análoga. Pero lo que vale para el líder de la juventud no puede valer en modo alguno para la juventud dirigida. Cuando se quiere movilizar a la mayoría de la población contra el capital, desarrollar su conciencia de clase y llevarla a la sublevación, entonces se aprecia que el principio de resignación es perjudicial, insípido, estúpido y reaccionario. El socialismo afirma que las fuerzas productivas de la sociedad están lo bastante desarrolladas para asegurar a la gran masa de todos los países una vida correspondiente al nivel cultural de la sociedad. Hay que oponer al principio de resignación de la reacción política el principio de la felicidad abundante sobre la tierra; se comprenderá que con esto no entendemos ni jugar a los bolos ni beber cerveza. La humildad del “hombre sencillo”, la virtud a los ojos de la Iglesia y del fascismo es, desde el punto de vista socialista, su mayor error, uno de los numerosos elementos que se dirigen contra su conciencia de clase. El economista socialista clase contra nosotros mismos? Lo hará, sin tes para que todos los trabajadores puedan vivir una vida feliz. Esta demostración ha de llevarse a cabo en forma todavía más completa, detallada y continua, con toda la meticulosidad de las investigaciones científicas.

Al trabajador medio alemán u otro o al empleado no les interesaba el plan quinquenal de la Unión Soviética “en sí”, como realización económica revolucionaria, sino solamente la cuestión de la satisfacción intensificada de las necesidades. Piensa más o menos así:

“Si el socialismo sólo vuelve a traernos sacrificios, renuncia, miserias y privaciones, entonces nos es indiferente que esta miseria se designe con el nombre de socialista o capitalista. La excelencia de la economía socialista ha de demostrarse mediante el hecho de que satisface nuestras necesidades y va al paso que ellas van”.

Lo que significa que *el heroísmo de la dirección no se aplica a la gran masa*. Si en tiempos de revolución se imponen privaciones a las masas, entonces tienen ellas el derecho de exigir las pruebas más fehacientes de que esta privación se distingue, en cuanto fenómeno pasajero, de la del capitalismo. El llevar a cabo

esta demostración constituye una de las múltiples dificultades en la comprensión de la teoría de la posibilidad del socialismo en un país. Esperamos indignación acerca de esta afirmación. No faltarán seguramente los reproches de mentalidad “pequeñoburguesa” y de epicureísmo. Sin embargo, Lenin prometió a los campesinos la tierra de los grandes terratenientes, pese a que sabía perfectamente que la distribución de la tierra fomenta la “pequeña burguesía”; llevó en gran parte la revolución a buen fin con esta consigna, *con* los campesinos y no contra ellos; y no cabe duda que había violado un principio de la alta política y teoría socialistas: el colectivismo. En cambio, los revolucionarios húngaros tenían elevados principios, pero ningún conocimiento del factor subjetivo; sabían perfectamente lo que exige la historia, pero no lo que exige el campesino, socializaron inmediatamente la gran propiedad... y perdieron la revolución. ¿Basta este ejemplo, en lugar de muchos otros, para demostrar que los objetivos últimos del socialismo sólo pueden alcanzarse mediante la realización de los objetivos inmediatos, e insignificantes, de los individuos de la masa, esto es, mediante un vigoroso aumento de la satisfacción de sus necesidades? Es así y únicamente así como surge el heroísmo revolucionario entre las grandes masas.

Hay pocos errores que revistan la importancia de la idea de que la “conciencia de clase” es un concepto ético. La concepción ascética de la revolución sólo ha conducido siempre, hasta el presente, a complicaciones y derrotas. La concepción de la conciencia de clase, esto es, si es de carácter ético o no ético, de naturaleza racional o no, se puede examinar bien con ejemplos:

Si dos individuos A y B pasan hambre, uno de ellos podrá resignarse, no robar y pedir limosna o morir de hambre; el otro, en cambio, tratará de procurarse alimentos arbitrariamente. Una parte importante del proletariado vive según los principios de B. Se le llama “lumpenproletariado”. No compartimos en absoluto la admiración romántica de algunos por el mundo de los criminales, pero la cosa requiere ser aclarada. ¿Cuál de los dos individuos que acabamos de designar tiene en sí mayor sentimiento de clase? Robar todavía no es un signo de conciencia de clase; sin embargo, una breve reflexión muestra —pese a nuestra repugnancia moral interior— que aquel que no se somete a las leyes y roba cuando tiene hambre, o sea, que manifiesta todavía voluntad de vivir, lleva en sí más energía para la rebelión que aquel que se entrega, sin protestar, al matadero del capitalismo. Creemos firmemente que el problema básico de una psicología correcta no es el de saber por qué roba el que sufre hambre, sino, inversamente, por qué *no* roba. Dijimos que robar no es todavía conciencia de clase; ciertamente. Un ladrillo solo no es todavía una casa, pero con ladrillos se construyen casas, y se requieren además tablas, cemento, vidrio, así como —pensamos en la función del partido— ingenieros, albañiles, ebanistas, etcétera.

Nos movemos en un atolladero si consideramos la conciencia de clase como un requisito ético y, en consecuencia, rivalizamos con la burguesía y sus defensores en la condena de la sexualidad de la juventud, del carácter de las prostitutas, del crimen, o de la inmoralidad del robo. ¿Está nuestra manera de ver en contradicción con los intereses de la revolución? ¿No podrá la reacción política utilizar nuestra concepción amoral de la conciencia de clase contra nosotros mismos? Lo hará sin duda, y lo hace de todos modos desde hace

mucho, por más que tan a menudo demos nuestra moralidad. De nada nos sirve, y no hace más que llevar a las víctimas del capitalismo hacia la reacción política, puesto que no se sienten comprendidas por nosotros. Y no por ello nos ve la reacción con mejores ojos. A sus ojos somos ladrones porque queremos expropiar la propiedad privada de los medios de producción. ¿Renunciaríamos por ello a esta nuestra intención básica, o la disimularíamos? ¿No utilizaría la reacción también esto en contra de nosotros?

Todo lo que actualmente se llama moral o ética está, sin excepción, al servicio de la opresión de la humanidad trabajadora. Podemos demostrar teórica y prácticamente que nuestro orden de la vida social precisamente *porque* puede ser amoral, puede remplazar el caos actual por un orden verdadero. La posición de Lenin con respecto a la cuestión de la ética proletaria partía inequívocamente del interés de la revolución proletaria. Todo lo que sirve a la revolución es ético, y todo lo que la perjudica es antiético. Tratemos de formular esto mismo en otra forma: *Puede considerarse como elemento de la conciencia de clase todo lo que se opone al orden burgués, todo lo que contiene gérmenes de rebelión; en cambio, consideramos como freno de la conciencia de clase todo lo que liga al orden burgués, lo apoya y refuerza.*

Cuando durante la Revolución de noviembre las masas desfilaron por el jardín zoológico, los manifestantes pusieron mucho cuidado en no pisar el césped. En esta anécdota, tanto por lo demás si es cierta como inventada,

está contenida y expresada sucintamente una buena dosis de la tragedia del movimiento revolucionario: *el aburguesamiento de los exponentes de la revolución.*

ALGUNOS ELEMENTOS CONCRETOS DE LA CONCIENCIA DE CLASE Y ALGUNAS INHIBICIONES DEL INDIVIDUO DE LA MASA

Tratamos de agrupar aquí, sin mayor fundamentación teórica, formas de conducta del individuo medio, que en parte actúan específicamente en dirección de la conciencia revolucionaria y, en parte, como freno de su formación, lo que las convierte en actitudes psíquicas reaccionarias. Sólo tomamos en consideración hechos psíquicos orientados políticamente hacia la derecha o hacia la izquierda, mas no los hechos políticamente indiferentes, que pueden beneficiar por igual a todas las orientaciones políticas, como la elocuencia, facultades críticas, amor de la naturaleza, etc. Los ejemplos que siguen podrían multiplicarse a voluntad; los que se exponen han sido establecidos por mí juntamente con dos adolescentes.

EN EL ADOLESCENTE (DURANTE LA PUBERTAD Y LA POSPUBERTAD)

Desde siempre se han ocupado los diversos partidos políticos con especial interés de la juventud, no sólo porque tiene todavía un futuro ante sí, y no como la mayoría de los adultos —según una expresión acertada— “tras de sí”. Merece, por consiguiente, que se la anteponga. El que represente la edad más activa depende de su capacidad de entusiasmo, de su maduración sexual y de la capacidad de reconocimiento y acción. En sí mismas, estas características

no están todavía orientadas específicamente ni hacia la izquierda ni hacia la derecha, ni en ninguna otra dirección. La Iglesia, por ejemplo, dispone de más jóvenes que los partidos de izquierda. Sin embargo, cabe distinguir y comparar los unos a otros sin gran dificultad, en el medio de la experiencia juvenil, elementos que impelen políticamente hacia la izquierda y otros que impelen políticamente hacia la derecha. En todo joven actúa una tendencia hacia la rebelión contra la represión autoritaria, especialmente contra los padres, que son los órganos ejecutivos corrientes de la autoridad estatal. Es esta rebelión, en primer lugar, la que suele atraer a los jóvenes hacia las corrientes izquierdistas. Va siempre ligada, con una necesidad más o menos consciente y urgente, a la realización de la vida sexual. Cuanto más claramente se desarrollan las tendencias heterosexuales naturales, tanto más asequible es el joven a las ideas revolucionarias; cuanto más actúa en su estructura la necesidad homosexual, y cuanto más esté reprimida la conciencia de la sexualidad en general, tanto más fácilmente será atraída por la derecha. La inhibición sexual y el temor de la actuación sexual, con el correspondiente sentimiento de culpa, son siempre contingencias que impelen hacia la derecha o inhiben, al menos, el pensar revolucionario. La vinculación a los padres y a la casa paterna es un fuerte elemento inhibitor, *irreversible*. Llamaremos irreversibles aquellos hechos psíquicos que nunca pueden convertirse en elementos positivos de la conciencia de clase, esto es, que nunca pueden ser aprovechados por el partido revolucionario en interés de la revolución social. No se da en esto más que una sola excepción, concerniente a los hijos de los padres que piensan ya como revolucionarios; aquí la vinculación a los padres podrá ejercer efectos positivos, pero suele convertirse con igual frecuencia, como protesta contra los padres, en ideología reaccionaria.

Hay una necesidad que mueve a la juventud como ninguna otra, cuya satisfacción representaría para ella lo mejor, pero que, sin embargo, no se encuentra en ninguna proclama juvenil ni en ningún programa de juventud; se trata de la necesidad de una habitación, de un espacio propio. Puede ponerse como elemento positivo de la conciencia de clase, junto con la rebelión contra los padres, en un mismo rango. Se trata además de una necesidad que nunca debe ni puede ser satisfecha por el orden que quiere la reacción política. No se le opone ningún elemento inhibitor, y domina incluso a la muchacha, que por regla general es reaccionaria. La necesidad de vivir en una colectividad juvenil es otro elemento positivo; pero en sentido contrario a ella suele actuar al propio tiempo la liga familiar, la "nostalgia del hogar" y de la patria. En el caso de una organización apropiada de la colectividad, esto es, cuando ésta se convierte en patria, el efecto de dicha liga puede eliminarse. El anhelo de la pista de baile es muy fuerte en todos los adolescentes casi sin excepción; constituye, a diferencia de la liga paterna, un elemento reversible, es decir que, inhibitor en circunstancias normales, puede fomentar poderosamente la unión revolucionaria, cuando el problema de las relaciones de la política con la vida privada se resuelve en forma revolucionaria; esto lo lograron bien, en Alemania, algunos líderes particularmente hábiles de grupos juveniles.

Hoy benefician mucho a la reacción política en Alemania la necesidad de colectividad y el anhelo de la pista de baile porque están *organizados*; entre las juventudes cristianas, en forma de "tertulias", y entre los nazis en las uniones colectivas de juventud.

DE ALEMANIA LLEGÓ LA SIGUIENTE COMUNICACIÓN:

“Hace poco hablé con una estudiante de Berlín de diecisiete años, que pasó aquí sus vacaciones. Asiste a una escuela de Wilmersdorf y me contó, incidentalmente, algunas cosas que tal vez pueden interesarte.

“Los muchachos y muchachas de la Juventud Hitleriana y de la Alianza de Muchachas Alemanas gozan en la escuela y en el hogar de una libertad insospechada que, por supuesto, también repercute en la actividad sexual y en las amistades.

“Antes, una muchacha de su clase nunca se habría atrevido a permitir que un amigo la esperara delante de la escuela. Hoy, en cambio, los muchachos (de la Juventud Hitleriana sobre todo) esperan en grupos delante de la escuela y a todo el mundo le parece natural. A la Alianza de Muchachas se le llama ahora ‘*Bubi drück mich*’ (Muchacho, apriétame). El grupo de la Alianza de Dahlem hubo de ser disuelto porque seis muchachas (de menos de 18 años) estaban encinta.

“Es sin duda interesante que el intento de organizar a la juventud conduzca a aflojar las trabas del hogar, porque estos ejemplos son ciertamente sintomáticos, lo que entretanto me ha sido también confirmado.”

No es cierto que los muchachos y las muchachas gocen de una “libertad insospechada”. El que afirma esto no ve las verdaderas condiciones, necesidades y contradicciones. También anteriormente esperaba algún joven a las muchachas delante de la escuela, aunque tal vez no precisamente de ésta. Únicamente a la luz de una moral farisaica se percibe el quedar una muchacha encinta o el “dejarse esperar” como signos de una “libertad sexual” de la juventud. Las libertades que la juventud de Dahlem ha conquistado ahora son cosas perfectamente naturales en Neuköln desde hace ya mucho. Pero de lo que se trata es de la cosa en conjunto. Hay que ver en primer lugar la enorme contradicción en que se encuentra metida la Juventud Hitleriana: por una parte, una severísima educación autoritaria militar y separación de los sexos y, por otra parte, a través de la colectivización de la vida de la juventud, ruptura de los vínculos familiares, perturbación de la moral familiar y, al mismo tiempo, una ideología familiar fascista más estricta. Los revolucionarios alemanes deben seguir con precisión el desarrollo de semejantes contradicciones y hacerlas ver claramente a los elementos afectados. En este caso hay que optar por el desprendimiento de la juventud del hogar paterno, pero destacar de la manera más clara la contradicción de este desprendimiento con la ideología oficial del dirigente y la familia. Ha de ponerse asimismo claramente de manifiesto que la juventud, que aspira a pasar de las trabas del hogar paterno a la *libertad y la autodeterminación*, con lo que estamos de acuerdo y nos proponemos realizarlo, cae, en realidad, *en otra relación de autoridad*, esto es, en la del campamento del servicio social o de la unión fascista, donde han de callarse nuevamente la boca. Las contradicciones se hacen más obvias precisamente en el terreno sexual. La “conducta más libre” corresponde a las tendencias progresistas de la Juventud Hitleriana, en la medida en que, aunque confusa y subjetivamente, es revolucionaria; en cambio, una verdadera dirección social revolucionaria jamás disolvería una agrupación de muchachas

porque algunas quedaran embarazadas; esto significa, en realidad —lo que en forma ingenua el corresponsal no sabe ver—, que la conducta descrita de la juventud no le agrada en absoluto a la dirección del Partido Nacionalsocialista y es contraria a sus propósitos. Contradice toda su concepción moral. Necesitamos aclarar completamente a estos muchachos y muchachas hitlerianos su derecho a la plena autodeterminación y a la atención social de sus necesidades y, en primer lugar, también de las sexuales. Si en lo que está actualmente dado se ve ya la libertad sexual, entonces se pasan por alto dos cosas: en primer lugar, que basta ya esta nimiedad para provocar la intervención del aparato del Estado y, en segundo lugar, que éstos no son más que los primeros intentos, que no permiten todavía hablar de libertad:

* Mientras que tanto la ideología estatal como la social estén en contra.

* Mientras los muchachos y las muchachas no dispongan de habitaciones cuando no quieren ser molestados, ni de medios anticonceptivos para evitar el embarazo, ni de saber alguno acerca de las necesidades y las dificultades de la vida sexual en general.

* Mientras sigan siendo educados de tal modo que incurren en graves conflictos tan pronto como empiezan siquiera a vivir sexualmente.

* Mientras los muchachos y las muchachas vivan separados en las agrupaciones.

* Mientras no puedan decidir conjuntamente con sus profesores *cómo* deben estructurarse su enseñanza y su preparación para las tareas de la vida social.

“Mientras aprendan a saber los años del nacimiento y la muerte de los reyes prusianos y no la historia de los últimos y más pobres muchachos y muchachas de los suburbios de Berlín, Hamburgo, Jüterborg, y de la más insignificante aldea rural.

El ideal de la juventud no puede en modo alguno consistir en servir ciegamente a un dirigente y en morir por los intereses, disfrazados de patrióticos, de los capitalistas, sino únicamente en comprender su propia vida y en modelarla según su propia voluntad. La juventud sólo puede ser responsable ante sí misma. Entonces y sólo entonces desaparecerá el abismo que separa a la sociedad y su juventud.

Y si la juventud empieza por percatarse del abismo que actualmente la separa de la sociedad, entonces se dará cuenta asimismo de que está oprimida y estará madura para la revolución social. Y si lograra eliminar el abismo, transformar el orden social de acuerdo con sus necesidades y crear a su afán de libertad vía libre, de modo real, concreto y objetivo, entonces se habría transformado en brazo ejecutor de la revolución social.

No podemos demostrar *teóricamente* la necesidad de la revolución social a la juventud de todos los países y todos los continentes, sino desarrollarla solamente a partir de sus angustias y contradicciones. Y en el centro de estas necesidades y contradicciones figura la cuestión enorme de la vida sexual de la juventud.

En contraste con la creencia corriente de los partidos políticos actuales, el trabajo de la juventud muestra que la comprensión de la situación de las clases por parte del joven medio es o muy superficial y fluctuante, o bien, si es auténtica, es muy rara de encontrar, esto es: únicamente en jóvenes intelectualmente más maduros de lo que a su edad corresponde, o en aquellos que provienen de un hogar de ideología revolucionaria en el que no sufrieron opresión alguna. Por lo demás, la situación del aprendiz produce más bien un embotamiento indiferente que un espíritu revolucionario. Éste sólo podría hacerse positivo, eventualmente, en conexión con otros elementos específicos de clase, como por ejemplo, la necesidad de un tiempo libre más bello. También el hambre es más bien, contrariamente a las ideas vulgares al respecto, un elemento de la dejadez y de la formación de camarillas que de la conciencia de la situación de clase. La encontramos también con la misma frecuencia o con mayor frecuencia todavía, junto con otras privaciones, tanto, entre la juventud hitleriana como entre la cristiana. También estos elementos pueden convertirse en fuerzas formidables de sentido positivo, si se los comprende en conexión con el anhelo juvenil de aventuras románticas, con su necesidad sexual y con su relación para con los padres. Necesitamos ver claramente que el hambre por sí sola cuando no desmoraliza, empuja hacia las diversas organizaciones burguesas de beneficencia. Según la experiencia concreta, el hambre opera mucho más revolucionariamente en el joven, en conexión, por ejemplo, con el miedo de la educación del establecimiento de asistencia pública, en el que intuye fácilmente la institución de clase.

La propensión hacia la vinculación a un dirigente y a ideas determinadas no tiene nada de específico, desde el punto de vista político, en los jóvenes, sino que se deja utilizar en cualquier dirección y constituye, por consiguiente, un elemento perjudicial, si el partido revolucionario no se la sabe conquistar apropiadamente.

La afición a los deportes, el gusto por el porte militar, con uniformes que gustan a las muchachas (e inversamente), y por los cantos militares son más bien, en las condiciones actuales del movimiento proletario, elementos inhibidores, porque la reacción política cuenta con mayores posibilidades de organizar estas necesidades. El fútbol, en particular, actúa directamente como elemento que despolitiza y, por consiguiente, fomenta tendencias reaccionarias. Sin embargo, estas tendencias son reversibles en principio, y también la izquierda las puede aprovechar si se ha descartado previamente el punto de vista economista de la fuerza todopoderosa del hambre.

El que estas contradicciones no hayan sido resueltas ni hayan sido desarrolladas las tendencias prorrevolucionarias o eliminadas las inhibiciones por las organizaciones revolucionarias, lo que no debe achacarse a la ausencia de sentimiento de clase sino solamente a las fallas psicológicas de la labor revolucionaria, esto lo demuestra la enorme fluctuación del número de miembros de las asociaciones revolucionarias. Únicamente una minoría evanescente resistió, y aun ésta sólo por unos pocos años. No tengo cifras a mi disposición, pero la experiencia muestra que en el curso del último decenio desfilaron por las organizaciones revolucionarias millones de jóvenes y adultos, hombres y mujeres, individuos de todas las extracciones sociales, pero sin adherirse a la causa revolucionaria, sin ligarse a ella. ¿Qué fue lo que

les atrajo de la organización revolucionaria? No fue en todo caso un uniforme ni ventajas materiales de cualquier tipo, sino solamente un vago convencimiento socialista, un sentimiento revolucionario. ¿Y por qué no se quedaron? Porque la organización no supo cultivar ni aquel convencimiento ni este sentimiento. ¿Por qué se entregaron luego a la indiferencia o a la reacción política? Porque llevaban también en ellos una estructura burguesa contradictoria que no había sido destruida. ¿Y por qué ésta no se destruyó y se fomentó y desarrolló lo otro? Porque no se sabía ni lo que había que fomentar ni lo que había que destruir. Con la simple “disciplina” esto no podía conseguirse. Ni desfilando al son de bandas musicales, porque esto podían hacerlo los otros mucho mejor. Ni tampoco con consignas, si no eran concretas, porque la gritería política de los otros era mejor y más fuerte. Lo único que la organización revolucionaria hubiera podido brindar sin competencia a las masas —y en realidad no lo hizo—, lo único que hubiera podido retener a las masas que aflúan y atraer a otras habría sido el conocimiento de aquello que, sin saberlo claramente, deseaba el esclavo iletrado del capitalismo, el criado oprimido, sediento a la vez de libertad y de protección autoritaria: verterlo en palabras, pronunciarlo en su lenguaje *para él*, pensarlo *para él*. Pero una organización que rechaza toda psicología como contrarrevolucionaria no podía estar a la altura de semejantes tareas.

¿Cómo se presenta la conciencia de clase, en grandes líneas...

¿EN LAS MUJERES?

Las fórmulas “integración en el proceso de la producción”, “independencia con respecto al hombre”, “derecho sobre el propio cuerpo” (y aparte de repetir estas fórmulas no se hizo nada más) no decían gran cosa. Sin duda, el deseo de independencia económica, de independencia con respecto al hombre y, ante todo, de independencia sexual, es el elemento más importante de la conciencia de clase de las mujeres. Pero el miedo de perder mediante la legislación conyugal soviética al marido y protector, de no tener un objeto sexual jurídicamente asegurado, y el miedo de la vida libre en general que domina a todas las mujeres, así como su fuerte capacidad de vinculación, etc., todos éstos son elementos inhibidores negativos igualmente fuertes. En particular la preocupación de que mediante la anunciada educación colectiva de los niños éstos les fueran “quitados” constituía un obstáculo poderoso de la claridad política hasta entre las mujeres comunistas, no por cierto en la asamblea en la que ellas mismas defendían dicha educación, sino con tanta mayor fuerza en los conflictos hogareños con el esposo, en las inhibiciones políticas y, muy especialmente, entre las mujeres pequeño-burguesas. Había que saber que la rebelión contra el matrimonio en cuanto atadura económica y limitación sexual hubiera podido convertirse en un poderoso activo del movimiento revolucionario si estas cuestiones, de capital importancia para la mujer, se hubieran expuesto con toda extensión y en forma veraz y objetiva. En lugar de esto, los propios propagandistas, sin tener una idea clara de ellos mismos, no hicieron más que sembrar la confusión al hablar por un lado del matrimonio soviético y celebrar, por el otro, que en al URSS volvieran los matrimonios a fortalecerse. Ante esto, la mujer reflexiva media sólo podía decir: “Aquí propagáis la disolución del matrimonio y la familia, y allí la mujer

sigue dependiendo del hombre” o bien, inversamente: “Lo que queréis es entregarnos a los hombres”. Semejantes contradicciones requieren la investigación científica más esmerada por parte de grupos de psicólogos profesionales y su manipulación más precisa por parte de las organizaciones políticas. No se trataba solamente de las trabajadoras a las que la labor en la fábrica ha madurado, orientadas más inequívocamente hacia la izquierda, que tampoco estaban incluidas, sino de la enorme mayoría de las amas de casa, trabajadoras domésticas, tenderas, empleadas de grandes almacenes, etc. Según nuestra experiencia, la relación sexual extramatrimonial, o la tendencia hacia la misma, constituye un elemento susceptible de desplegar una gran eficacia contra influencias reaccionarias. Sin embargo, toda vez que siempre va aparejada al anhelo de seguridad conyugal, no basta la simple fórmula de la abolición de la diferencia entre legítima e ilegítima, de la ley soviética, para desarrollar dicha relación. Revolucionaria en la empresa, más de una mujer es reaccionaria en la casa. Son en primer lugar puntos de vista morales y culturales los que actúan en contra de los intereses críticos, económicos y sexuales, que se rebelan. En la campaña en favor de los derechos de la mujer de las diversas organizaciones burguesas residen poderosos impulsos revolucionarios, favorables siempre a la independencia económica de modo consciente, a la independencia sexual de modo inconsciente, y favorables, en todo caso, al cambio de lo existente, al nuevo orden. Únicamente el socialismo puede responder prácticamente a estas cuestiones, pero los socialistas no se esfuerzan por aclarar esta confusión ideológica de las mujeres, por hacerles ver que quieren al propio tiempo cosas contradictorias, que intuyen objetivos socialistas, pero no aciertan a formularlos claramente, y que por ello caen en una rebelión sentimental o pankhurstiana. Ya mediante el solo planteamiento de las innumerables pequeñas y minúsculas cuestiones de la vida personal, en conexión con la social, *podría ponerse al menos la cosa en movimiento*, se promoverían discusiones y ganaría aquel que tuviera algo que decir; y sólo podrían ser los socialistas, si no estuvieran enredados en debates formalistas de partido. El reaccionario fracasaría crasamente si tuviera que responder a disquisiciones objetivas. En Alemania, a fines de 1933, se desarrolló entre las mujeres un movimiento muy singular e instructivo, en el que podría estudiarse prácticamente la dialéctica, mejor que en los libros: protestan contra la ligazón a la intimidad del hogar, lo que es ya un elemento revolucionario, pero quieren ser, a cambio, “en su posición de mujeres alemanas, luchadoras como Brunilda”, lo que en esta forma resulta reaccionario. Debemos reconocer con toda claridad que la ideología de la madre, fomentada por los nazis con todos los medios, contiene un núcleo antisexual que “hay que poner al descubierto: ser madre se opone a ser amada. Las mujeres quieren ambas cosas, pero no encuentran la salida de la contradicción en la que estas cosas se han convertido merced a la moral capitalista, y se niegan a sí mismas, bajo la presión de la reacción política, como seres sexuales. La propaganda en favor de los derechos de la mujer, reaccionaria en su forma actual por cuanto que está dirigida *contra* el sentimiento de clase, es fácilmente reversible, porque impone transformaciones. También en las mujeres hay que observar que el hambre y la preocupación por la alimentación de los hijos raramente da pie a un pensar revolucionario y produce con mucha mayor frecuencia miedo de la política en general, insistencia en frenar la actividad política del marido y de los hijos que contribuyen a alimentar a la familia, así como embrutecimiento o

prostitución. Estas preocupaciones y estos temores pueden convertirse en fuerzas propulsoras esenciales de la conciencia de clase si se logra ponerlas en la conexión adecuada con otras fuerzas y contrafuerzas. Es muy difícil, por ejemplo, la cuestión de saber si la afición a adornarse y al embellecimiento del cuerpo, que hoy constituyen un grave impedimento del pensar y sentir revolucionarios, serían reversibles en alguna forma. No creemos que ninguna organización revolucionaria logre jamás imponer al conjunto de las mujeres la sencillez y el gusto por la falta de adornos que imperan en algunas mujeres comunistas. Entre el reconocimiento de la superficialidad burguesa y el de la forma de vida ascética hay que encontrar el camino que tenga en cuenta tanto las exigencias de la lucha de clases como la necesidad natural de adorno. Que no crean nuestros políticos que estas cosas son indignas de tomarse en cuenta. En tal caso les recomendaríamos estudiar el mecanismo mediante el cual la reacción política detiene a las mujeres en su situación. En el movimiento femenino figura indudablemente en primer término la cuestión del futuro de la familia y de la crianza de los hijos. En las organizaciones sexualpolíticas alemanas, la explicación de que el socialismo no hace más que conferir a la vida común de hombre, mujer e hijos otras formas y que, ante todo, la sedicente destrucción de la familia a través del bolchevismo significa el desprendimiento de los intereses sexuales con respecto a las vinculaciones económicas se manifestó prontamente como favorable al acceso de las mujeres al socialismo. La evolución actual de la ideología familiar en Alemania merece la mayor atención, como por ejemplo la contradicción entre la familia y el servicio de “guardias de asalto” de los jóvenes. Sólo del conocimiento exacto de la política femenina surgirán sus medios futuros. Toda vez que a causa de la presión sexualmoral la prostitución aumentará necesariamente con el fascismo, la conquista de las prostitutas constituye también un elemento de la política proletaria desde muchos puntos de vista.

Si existen o no en el pueblo conciencia de clase o inicios de ella y qué debería hacer la dirección revolucionaria, esto puede ilustrarse con fundamento en muchos acontecimientos tanto grandes como pequeños en Alemania. Ya aludimos al “movimiento de las Brunildas” mediante el cual las mujeres se rebelan confusamente contra la vuelta al hogar y la esclavitud conyugal. No hace mucho, Goebbels tuvo que tomar partido respecto a una cuestión sumamente delicada para el nacionalsocialismo. Después de la toma del poder, el Partido Nacionalsocialista había reforzado considerablemente las leyes contra el aborto y los anticonceptivos-; había entregado la educación de los niños completamente a las organizaciones religiosas y a las militares; había proclamado la familia como la base de la nación y del Estado, y había acuñado la frase: “La mujer alemana no fuma”, al paso que combatía la melena, reintroducía los prostíbulos, excluía a las mujeres de las empresas, devolvía al marido una posición privilegiada antediluviana, y muchas otras cosas más. Ellos mismos habían puesto, pues, en marcha, completamente en el sentido de su función histórica, la reacción cultural más violenta. Naturalmente, muchos de sus funcionarios llevaron estas medidas a ejecución tal como estaban, concebidas. En una pequeña ciudad una empresa productora de jabón había sacado un cartel en el que una linda muchacha tiene en la mano un detergente. Un funcionario nazi prohibió el cartel, porque ofendía “los sentimientos morales del pueblo”; este y otros hechos parecidos dieron la

pauta a Goebbels para arremeter contra “los moralizadores incompetentes y los presuntos apóstoles de la castidad”. Impugnó la censura de las costumbres y censuró las tendencias que de buena gana introducirían en la ciudad y el campo comisiones de honestidad que conducen a la gazmoñería, a la práctica de la denuncia y al chantaje. Declaró que las mujeres tenían ya salir solas o estar solas en un restaurante, o salir con un joven sin una dama de compañía, acicalarse, etc. Literalmente: “.. y si alguna vez fuman un cigarrillo en la casa, en el seno de la familia o en sociedad, no por ello han de ser condenadas y repudiadas”. Y añadía que el nacionalsocialismo no era en modo alguno un movimiento de mojigatos, que no había que quitarle al pueblo la alegría de la vida, y que había que alcanzar más optimismo y menos gazmoñería, más moral y menos moralina. ¿Cómo hay que entender esto? ¿Qué enseña este discurso?

Primero, que la política cultural nacionalsocialista había provocado indignación entre las mujeres corrientes, pues en otro caso no habría hablado Goebbels en esta forma.

Segundo, que la indignación hubo de ser grande, porque en otro caso no habría debido intervenir Goebbels, como ya en una ocasión lo había hecho Roehm antes que él, en un sentido contrario al nacionalsocialismo y a su ideología. Los dirigentes nazis son sumamente hábiles desde el punto de vista de la psicología de masas y prefieren borrar un principio de su *Weltanschauung* que poner en peligro la base de su poder.

Tercero, que en realidad nada tiene que decir, y que ni comprende ni puede dominar la contradicción en que el nacionalsocialismo, con su ideología reaccionaria, se encuentra frente a los partidarios de espíritu revolucionario, lo que puede observarse en *todos* los dominios.

Cuarto, que tenemos aquí en forma confusa e impura un elemento de conciencia de clase socialista, del que podría partir la labor revolucionaria si hubiera empezado por aclararse el problema a sí misma: el problema de la psicología de las masas reside en que necesitamos *confirmar* al partidario nazi, con la prueba del resultado reaccionario, *su espíritu revolucionario*, y en cambio, hemos de poner al descubierto, mediante la propaganda, la inhibición *pequeñoburguesa* del miembro del Partido Socialista, lo mismo que, en conjunto, hay que exponer ante todo las contradicciones a la luz deslumbradora, en lugar de no ver en el individuo de la guardia de asalto más que el reaccionario y en el miembro del Partido Socialista más que al revolucionario que “sigue sin querer ver”.

Quinto, que una intervención de esta clase por parte de Goebbels asegura inmediatamente al nacionalsocialismo los partidarios que antes vacilaban y le conquista otros nuevos, al paso que quita la seguridad a los adversarios, si no se muestra concretamente el carácter insoluble del problema conjunto del ‘*Tercer Reich*’. ¿En qué consiste la insolubilidad?

El fortalecimiento de la familia y la vinculación de la mujer al hogar requieren medidas *como* las que adoptó el nazi consecuente, pero contradicen totalmente el optimismo proclamado expresamente para atenuar la rebelión. Además, el núcleo más importante de la ideología nazi es su moral (honor,

pureza, etc.). Ahora bien, si en una asamblea se hubiera levantado un individuo cualquiera que simplemente reflexiona y hubiera preguntado en qué se distingue concretamente la moral de la moralina, todos los funcionarios nazis se habrían sentido profundamente confundidos. Sólo que la pregunta hubiera debido formularse concretamente. Así, pues, prohibir que una mujer salga sola con un joven sería moralina, y no la moral que exige el nacionalsocialismo; de modo, pues, qué estaría permitido que una mujer saliera sola. Pero, ¿qué ocurre si el joven besa a la mujer? ¿Es esto moralina o moral todavía? ¿O si pretende incluso establecer con ella una relación amorosa? Esto forma parte de la alegría del vivir, ¿o no? Y si en este aspecto sacrificara el nacionalsocialista más todavía y admitiera hasta el amor libre, lo que no nos sorprendería en absoluto, entonces cabría seguir preguntándole si esto no perjudicaría el fortalecimiento del matrimonio y de la familia, si se admitía así abiertamente y qué sería además de los niños que de tales uniones nacieran; si nuestro nazi aceptara también esto y proclamara que un niño es igual a otro niño con tal que descienda de arios, entonces estaría justificada la pregunta complementaria de si todo acto amoroso debería conducir al embarazo, y si no, qué tendría que hacerse en contra, etc. Se nos concederá que, en esta forma, podría desarrollarse un debate público acalorado, en moldes totalmente apolíticos, susceptibles de resultar cien veces más desagradable para los nazis que mil hojas volantes ilegales, por la sencilla razón de que los propios nazis, sin darse cuenta de ello, harían propaganda en favor nuestro. ¿Que no existe conciencia de clase alguna? ¡La hay en todas las hendeduras de la vida diaria! ¿Que no es posible desarrollarla sin ir a dar a la cárcel? Plantead preguntas que asalten a todo nazi de la manera más directa, tales que la reacción jamás pueda contestar, y no necesitaréis reflexionar acerca de la cuestión de la conciencia de clase. ¿Que éste es el papel de la vanguardia en la ilegalidad? ¡Hela aquí enterrada! En los contenidos concretos de la democracia proletaria, y no en la palabra o la consigna de la democracia proletaria, de las cuales noventa entre cien nada despiertan en la imaginación.

Podrían reunirse ejemplos por millares de todos los dominios para demostrar que no hay ni una sola pregunta que, planteada en forma concreta y consecuente y pensada hasta sus últimas consecuencias, pueda ser contestada por los nazis, ya se trate de la religión, del sindicato, de las relaciones del empresario con los trabajadores, de las perspectivas de la clase media, etc. Lo único que importa es plantear preguntas típicas, que interesen a todo el mundo y que inicialmente no estén programadas, de la vida auténtica del individuo en la reacción. La dirección revolucionaria no tiene actualmente tarea más importante que buscar los puntos débiles del nacionalsocialismo y llevar las discusiones entre las masas *de tal modo* que no se interrumpan nunca, sino que se prosigan sin cesar, sin que haya realmente peligro. La revolución sólo puede desarrollarse a partir de las contradicciones de la vida actual, y no de los debates acerca de los antagonismos norteamericano-japoneses o de exhortaciones a manifestaciones y huelgas que nadie puede llevar a cabo. Ni tampoco pintando a los nazis como criminales y sádicos, sino únicamente mediante la confrontación de su empeño subjetivo y su incapacidad para resolver problemas.

No deberíamos otorgar gran importancia, ni para demostrar ni para refutar, al hecho de que nuestros puntos de vista son o no acertados en un ciento por ciento, son realizables o no en un ciento por ciento. El acierto ha de demostrarse en la práctica. Sólo hemos de poner el mayor empeño en ver lo que ocurre en la realidad, lo que interesa a las grandes masas y dónde se encuentran las contradicciones de la reacción. Una teoría no puede estar terminada en los comienzos de una acción, sino que ha de ir formándose en el curso de ésta y depurándose de sus errores. Y lo que acabamos de decir se aplica asimismo al dibujo en esbozo de los elementos concretos de la conciencia de clase y de su contrario...

EN LOS TRABAJADORES ADULTOS

El trabajo colectivo en la fábrica constituye indudablemente la fuente más importante del sentimiento de clase. Sin embargo, ser proletario y trabajar en la fábrica no significa todavía tener conciencia de clase, ni tampoco estar organizado sindicalmente, aunque ambas cosas sean premisas sociales indispensables de esta conciencia. He aquí la prueba: en Alemania hay muchos individuos, organizados anteriormente en sindicatos libres, que hoy eligen mecánicamente al sindicato nacionalsocialista, con o sin reparos, tal como en su tiempo lo hacían antes por la unión de trabajadores. Una vez que al obrero le ha entrado en la sangre estar organizado, como es el caso del obrero alemán, sufre a menudo la conciencia de la *forma de la organización*. La propaganda nacionalsocialista del "honor del trabajo", de "la 'igualdad' del empresario y el obrero", o de la unidad de la empresa como de la nación puede aturdir fácilmente al obrero corriente, sobre todo si es un convencido de la teoría socialdemocrática de la paz económica. Su debilidad psíquica es tal, que se siente satisfecho cuando se le asegura que es "un miembro cabal de la nación" y, sobre todo, si se le entrega un uniforme correspondiente a su condición. El que subestime la fuerza material de la ideología nada logrará. En nuestro período histórico ella ha revelado ser más poderosa que la fuerza de la carencia material; de no ser así, no estarían Hitler y Thyssen en el poder, sino los obreros y los campesinos. Y los nacionalsocialistas saben perfectamente lo que está en juego cuando lisonjean a los obreros. Sopesan exactamente cuánto veneno ideológico han de inyectar a la clase obrera para convertir en ley un derecho del trabajo como el de enero de 1934. Son lo bastante inteligentes para saber que no pueden promulgar una ley semejante sin suicidarse si *primero* no han hecho efectiva una estrecha vinculación del trabajador con su ideología. Por espacio de varios meses Ley había trabajado antes que apareciera la ley. Si sólo contemplamos hechizados la brutalidad de esta ley que roba al trabajador hasta lo último, y olvidamos que nosotros vemos la cosa con *otros* ojos y de *otra manera* que el trabajador ideológicamente preparado, entonces sólo expresaremos *nuestros* pensamientos y *nuestras* contradicciones cuando hablemos, pero no *los suyos*. También a nuestra labor sindical ha de preceder un trabajo ideológico, un trabajo prolongado, cuidadosamente pensado, tendiente a saber dónde ha sido *ideológicamente* obstruido el obrero. Sin duda, el obrero se da perfecta cuenta de la acción emprendida contra él —una parte importante de su conciencia de clase—, pero tiene también pensamientos y sentimientos de los

que echar mano para no dejar que llegue por completo a su conciencia toda la gravedad de su situación, que no puede dominar, con lo que se hace asequible a ilusiones. El saco de patatas que Hitler regaló tenía un 99 por ciento de objeto ideológico y el uno por ciento de objeto práctico. Y lo mismo cabe decir de la reducción de las tarifas de los tranvías, etc. El obrero preparado para la lucha de clases no se dejará engañar a menudo, pero muchos otros se dejaron desmoralizar. Solamente la minoría está preparada, en tanto que la mayoría, gracias a la política de los sindicatos libres, nunca ha hecho huelga; apenas y si hay ya obreros “peligrosos” en las empresas. Así, pues, por mucho que el trabajador se percate de lo que está ocurriendo, se encuentra privado de dirección, y ha de alimentar necesariamente en su interior la ilusión de que Hitler obra, después de todo, de buena fe y hace efectivamente algo “también para el obrero”. Acepta la limosna, sin tener conciencia de que, en realidad, el verdadero dueño de la producción es él, y de que no se le puede regalar nada. La cólera que produce el que el empresario obtiene de la empresa mil veces más que él, que tiene los mismos derechos, sólo invade a aquel que no está oprimido por el punto de vista de que: “vale más un saco de patatas que estar en el arroyo”. Así, pues, si preguntamos qué es lo que *impide* el efecto del saco de patatas de limosna sobre su indignación de clase, podremos observar que como elemento más importante actúa su *responsabilidad familiar*. No se lo conducirá jamás al pensamiento de clase exhortándole simplemente a hacer huelga, como lo hacen los totalmente limitados, que no saben lo que sucede en el interior de un obrero, ni tampoco invitándole a ingresar en sindicatos clandestinos, difamados y gravemente amenazados, en los que no tiene confianza alguna; hay que empezar por pertenecer ante todo, en cuanto obrero revolucionario, al sindicato nacionalsocialista y mostrar a los colegas que se comprenden sus dificultades secretas, inexpresadas, como por ejemplo, que por consideraciones de familia contengan su indignación y ni siquiera se permitan pensar en ella. Existen dificultades típicas, apenas conscientes, que afectan de igual modo a millones de trabajadores. De igual modo que para el joven obrero medio la cuestión de la habitación y de su novia al lado del salario, representa la dificultad típica más corriente, para el adulto lo es la responsabilidad familiar, la que, sin embargo, no debemos equiparar sin más a la vinculación familiar burguesa. Si se le dice: “huelga”, no entiende lo que se le quiere decir, o simplemente da la espalda.

En cambio, si se le expusiera claramente (presentado aquí en forma muy esquemática) que está confuso y vacila entre una indignación que no se manifiesta, en parte porque no sabe si Hitler es un esclavo de los empresarios o un dirigente nacional sincero que quiere cuidar de *todos*, como podría darlo a entender por ejemplo el saco de patatas, que está impresionado por los discursos y las fiestas, cree en alguna forma en la buena voluntad y, además, prefiere de todos modos resignarse, porque es padre de familia y demás, entonces lo hemos comprendido, cosa que él percibe inmediatamente; entonces nos hemos portado como verdaderos revolucionarios, porque así hemos ganado a un trabajador, si no inmediatamente para la huelga, sí con seguridad para más adelante, cuando tales islas de la comprensión de la psicología de las masas se vayan juntando en pueblos, ciudades y provincias; cuando empiece a extenderse como una avalancha el sentimiento de que hay gente que sabe exactamente qué es lo que lo llena a uno, lo indigna, lo retiene,

lo impele y lo ata al propio tiempo. No habría necesidad de entregar individualmente este tipo de hojas volanderas ilegales porque nos las arrancarían de las manos, y sus autores no trabajarían con el sentimiento de la inutilidad, como lo hacen cuando informan una y otra vez acerca de torturas y mentiras, sino con el sentimiento del contacto directo con los verdaderos trabajadores indiferentes, que son los que interesan. Esto sería indudablemente remplazar la propaganda ilusoria por la verdad, la inútil gritería política por el dominio objetivo de la situación.

Las pequeñas contingencias descubren a menudo más que los grandes acontecimientos. Una contingencia insignificante de esta clase nos mostrará lo que quiero decir cuando hablo del pensamiento de clase y su freno, siendo que de hecho es la ideología sexual burguesa la que representa las más de las veces el elemento obstaculizante. En un tren local austriaco algunos trabajadores y campesinos hablan de política, de asuntos personales y de anécdotas de mujeres, todo entremezclado. En esto opina un joven obrero, por lo visto casado, que la cosa está tan mal con las leyes, que éstas están hechas para los ricos y que los pobres nada sacan de ellas. Escuché, para oír lo que este obrero con conciencia de clase tenía que decir. Siguió:

“Una de estas leyes, por ejemplo, es la del matrimonio. Se dice en ella que el hombre puede azotar a la mujer. Pero esto sólo lo puede el rico, porque si un pobre le pega a su mujer, siempre lo castigan”.

Esto podrá ser exacto o no, pero, en todo caso, es sumamente característico de lo que piensa un trabajador corriente. Se sitúa a sí mismo, pobre, frente al rico y percibe la desigualdad; en esto tiene puntos de partida para una actitud de clase; pero le gustaría tanto administrar, de acuerdo con la ley, unos buenos golpes a su mujer; en esto se siente perjudicado y, concretamente, desde el punto de vista de clase. La moral sexual burguesa se enfrenta a la conciencia de clase en uno y el mismo trabajador. El derecho de propiedad sexual que el Estado de clases otorga al marido y el poder de éste sobre la mujer y los niños es uno de los mayores obstáculos al desarrollo de la conciencia de clase en todos los miembros de la familia. Repercute desmoralizando a todos los interesados, liga al marido al orden burgués y le hace temer, en secreto o abiertamente, el orden soviético, le impide, literalmente, la labor política, etc. Ésta no es una cuestión ética, sino política, y sólo puede ser tratada como tal, precisamente en la primera línea de la propaganda revolucionaria y no en la trastienda de la política, como hasta ahora; aquí se encuentra tal vez la región más importante y políticamente más eficaz de la vida privada del hombre. Tiene exactamente el mismo significado reaccionario dentro del proletariado que por ejemplo la campaña de las casas y el movimiento en pro de los jardines obreros como pequeña acción política familiar de la pequeña burguesía. Destacan, además, como elementos negativos inhibidos de la conciencia de clase, las agrupaciones masculinas y la vida de taberna, y entre la pequeña burguesía especialmente la pequeña propiedad. La menor parte de los pequeños propietarios sabía que en un principio la revolución no toca para nada la pequeña propiedad. El afán de hacer carrera, la identificación con la empresa, eventualmente el orgullo del desarrollo de una empresa capitalista en el trabajador, la aspiración a una seguridad económica continua, como por ejemplo, en la burocracia y como

futuro pensionado, todo esto actúa siempre contra la formación de una conciencia de clase si el partido revolucionario no informa positivamente de la manera más precisa acerca de todas estas cuestiones, si no responde a *todas* las capas concretamente la pregunta: *¿qué será de mi casita, de mi huerto, de mis visitas a la taberna, de mi club de bolos, de mi dominio sobre mi esposa y mis hijos, de mi derecho de pensión, de la empresa de la que me siento tan orgulloso, después de la revolución?* Puede verse en esta enumeración concreta cuán erróneo resulta querer delimitar y determinar de antemano el papel y el lugar, por ejemplo, de la política sexual. No es ésta la única política contra la reacción política, como se atribuye creerlo a los sexualpolíticos, ni solamente una cuestión del movimiento en favor de la reforma sexual, antes bien, está repartida en preguntas concretas de la vida, aquí como elemento de la conciencia de clase, como en los jóvenes, allá como inhibición de su desarrollo, como en el caso de la mujer casada, etc. Forma parte de la labor revolucionaria incesantemente, está en íntimo enlace con cuestiones no sexuales, puramente económicas o artísticas, y se puede separar tan poco de éstas como tampoco las separa la vida.

¿Como se presentan ahora los elementos de la conciencia de clase revolucionaria y sus impedimentos...

¿EN EL NIÑO?

El movimiento infantil ha constituido siempre uno de los puntos más débiles en el campo revolucionario. No creemos en absoluto, como se nos imputa, saberlo todo ni podemos resolver de una vez todas las cuestiones. No hemos hecho más que ver algunos estados de cosas y ponerlos al descubierto, estados de cosas que ahora hay que seguir desarrollando, y sólo pedimos a nuestros compañeros de lucha que no critiquen sin ton ni son y que, en lugar de hablar de leninismo, lo apliquen correctamente, volviendo siempre a *“aprender, aprender y aprender”* a verlo todo como nuevo y a comprenderlo absolutamente todo como nuevo, sin excepción. Dije ya que la política infantil proletaria era demasiado árida, racionalista y poco adecuada; que ante todo, con excepción de muchos dirigentes de grupos infantiles aislados muy listos, no sabía cómo siente el niño en realidad y cómo piensa. También en este lugar podemos hacer poco más que insinuar, en vez de exponer en detalle, y esperar la verificación objetiva por las instancias competentes.

El hambre, la subalimentación real, constituye sin duda en los niños una experiencia que les troquela de modo imborrable el abismo que los separa de los “niños ricos”, pero que en sí no revoluciona. Despierta mucho menos odio contra los que poseen que envidia, humillación y tendencia a robar, como por ejemplo, en las pandillas de niños desamparados. Si se quisiera basar el trabajo infantil en el hambre efectiva, se tendría una base demasiado estrecha, porque necesitamos abarcar los múltiples niños que efectivamente padecen hambre; por otra parte, la pobreza nunca es absoluta, sino siempre relativa con respecto a aquel que tiene más. Lo que aquí interesa, pues, es la manipulación de la envidia y la modestia, que se desarrollan a partir de la privación continua e inhiben el sentimiento revolucionario. Según las observaciones, el impulso más fuerte del espíritu revolucionario en los niños es la identificación con

hermanos mayores o padres que tengan conciencia de clase. Sin embargo, esto ocurre raramente. Sin duda, un niño revolucionario, educado con espíritu ateo, podrá poner de cabeza y agitar una escuela entera, pero esto será casual, a menos que esté organizado. Las obras infantiles distribuidas en Alemania por niños tuvieron poco efecto porque dieron mayor importancia al aprendizaje de palabras estériles que a despertar el interés de los niños por las cuestiones y las cosas reales del movimiento proletario. Debo asegurar, pese a toda clase de objeciones infundadas que no tienen fundamento en la experiencia de líderes de grupos infantiles ni de líderes nacionales de organizaciones infantiles, que los niños responden a las preguntas políticas de la manera más fácil y activa mediante el planteamiento de cuestiones sexuales y el establecimiento de relaciones amistosas determinadas. La represión sexual de la vida infantil es para el niño tan directamente perceptible, en tanto que las preguntas que la clase pone a su pensar son por el momento tan difíciles de comprender, que no existe aquí posibilidad de elección. Y tener pronto un conocimiento verdadero de las cosas sexuales liga no sólo de modo muy fuerte a aquel que lo proporciona, y destruye no sólo toda desconfianza existente del niño para con los adultos, sino que representa, en sí, el mejor fundamento del pensar arreligioso y, por tanto, del sentimiento de clase. También aquí la dificultad no está tanto en los niños como en los adultos que deberían llevar a cabo esta tarea. Desde este momento resulta fácil transmitir al niño conocimientos y sentimientos contra la Iglesia y el capital, que en otras condiciones sólo difícilmente se les pueden hacer ver, o ni siquiera eso. Sin embargo, para efectuar la parte positiva de esta tarea es indispensable el conocimiento exacto de las fuertes inhibiciones del niño y que más adelante se convierten en vinculaciones reaccionarias. Entramos en la vivienda de unos campesinos en la montaña; los padres son de orientación socialista, pero el niño oye decir siempre, cuando llega un forastero: “¡A ver, dale los buenos días al señor!” o bien: “¿Qué es lo que tienes que decir?”, y al niño le cohibe el miedo: se hace “bien educado”. La lucha ideológica contra este concepto de la “buena educación” forma parte de las tareas más importantes del frente proletario, cuyo cumplimiento resulta muy dificultado también por la errónea educación burguesa hasta de los educadores proletarios. Los demás relatos, cuentos de fantasmas e intimidaciones (“llamo en seguida al policía”) figuran entre los medios auxiliares más poderosos de la reacción política. Todo padre proletario —las excepciones son contadas— se venga de su servicio de criado en la empresa en el niño, en la casa. Al menos aquí quiere ser el dueño, quiere poder mandar y tener quien le obedezca. Si no es el perro, que sea el niño. Que el pegar a los niños pertenece a este renglón, es cosa obvia. Pero de nada sirve saber esto y no hacerlo uno mismo; lo que hace falta contra ello es la organización de la más vasta propaganda internacional, y esto es posible y realizable aun en el capitalismo.

A toda madre que pega en la calle a su hijo habría que pedirle públicamente explicaciones, y si la ejecución de esta medida se organizara bien, no tardaría la opinión pública en incorporarse a la lucha en favor de que al niño se le trate como miembro de la sociedad, y contra el trato que se le da como súbdito de la familia. Habría quien fuera partidario, en este caso, de que se “posee” a los niños y se les puede pegar, pero habría también contrarios de este punto de vista; éstos serían en su mayoría individuos que nunca han oído nada del

comunismo y serían incorporados inmediatamente a la lucha de clases, esto es, en una parte de ella, y activados, mil veces mejor, con más provecho y más eficacia que a través de las “peticiones” que se deslizan por debajo de la puerta, que nadie lee y que van a parar al cesto de los papeles. Por supuesto, no podemos exponer aquí todos los detalles y dar instrucciones precisas. Los socialistas de los países capitalistas no deben esperar instrucciones; deben luchar, guiándose por sus sentimientos más profundos, por lo que es justo y útil y contra todo lo que es injusto y perjudicial.

Debemos hablar menos de la necesidad de la iniciativa de las organizaciones de abajo y mejor mostrar los puntos de nuestra vida social en los que cabe aplicarla. Para esto necesitamos cambiar totalmente nuestros métodos de propaganda y pasar del papeleo a lo vivo, del miedo de cometer errores, que conduce al embotamiento, al valor de cometerlos para luego corregirlos. Y para volver al niño: la investigación sexualeseconómica demuestra que la educación precoz y severa en materia de higiene produce en el niño inhibiciones de carácter muy fuertes.

Trabajar en el capitalismo en el frente político-cultural, dedicarse a la política infantil, no significa otra cosa que, por ejemplo, plantear con detalle y de modo objetivo la cuestión de la nocividad de la educación higiénica temprana. Se llega así, más rápidamente de lo que a algunos les gustaría, a la política, pues el reaccionario, partidario de la sujeción y la disciplina, no tardará en presentarse como adversario. Y esto es precisamente lo que queremos: queremos provocar discusiones en las que la población misma participe con interés, porque se trata de cuestiones importantes de la vida cotidiana. Será tarea de los analistas socialistas calificados asistir a las organizaciones, asesorarlas, dirigir los debates, etcétera.

He aquí otro ejemplo concreto: la prohibición del onanismo de los niños pequeños y las amenazas de los padres, los maestros y el cura constituyen, desde mucho ha, objeto de discusión activa de la opinión pública. Los comunistas nada han podido hacer al respecto, en parte porque ellos mismos tienen ideas burguesas sobre la materia y, en parte, porque rechazan el sedicente “freudismo”, lo que no es en modo alguno, porque el propio Freud no se ha pronunciado sobre este aspecto. Pero aquí precisamente, aquí y no en otro lugar, se encuentra el problema central de la educación del niño para la obediencia o para la diligencia espontánea.

Constituyen éstas, cuestiones de clase, y no asuntos “individuales”. Esto lo sabe la Iglesia perfectamente, pues ella se ocupa de las cuestiones llamadas escabrosas, y para ella ¡el onanismo de los niños es política! Distamos mucho de suponer que *resolveremos* esta cuestión ahora, pero podemos al menos *plantearla* y provocar discusiones, introducir movimiento en nuestra labor, Y a quien aquí dijera que no deberíamos tocar cosas delicadas, para no provocar repugnancia, contestaremos que lo que debe hacer es dejar estas cosas a los que tienen preparación para dominarlas. Que no estorbe ni quiera cantar con el coro. Nadie más indicado para apreciar cuán delicadas, y apasionantes, pero también candentes, son estas cuestiones que los que conocen los conflictos del niño. Preocupan sin excepción a las madres de todos los bandos y a todo niño. Lo propio cabe decir de todas las cuestiones de la política

infantil, que no es nada más ni puede ser para nosotros nada más que pedagogía aplicada en la práctica, provisionalmente sólo en la discusión política y en la lucha ideológica. Repito que me doy perfecta cuenta de qué resistencias provocará el planteamiento de estas cuestiones, pero es igualmente cierto que planteamos con ellas cuestiones centrales de nuestra existencia y que no pereceremos por ello de arteriosclerosis.

Aquí sólo mencionamos algunos ejemplos típicos. Y si ahora algún “competente” objetara que las cuestiones relativas a la educación de los niños siguen siendo todavía controvertidas en la ciencia misma, le contestaríamos: sin duda son controvertidas, pero la ordenación y la solución de la cuestión no puede lograrse en los gabinetes de los doctores, sino en la lucha apasionada por alcanzarlos. Podremos equivocarnos en los detalles, pero que la prohibición del onanismo por parte de la reacción es cosa decidida, de esto no hay lugar a duda. Ni tampoco de que no debemos combatir la sexualidad infantil. En cuanto a todo lo demás, el tiempo dirá.

No sé si el siguiente ejemplo podrá producir o no consecuencias prácticas inmediatas, pero que exhorta urgentemente a tener en cuenta lo pequeño y aun lo minúsculo, a buscar lo grande en lo pequeño y a dominarlo allí, a aprenderlo, a distinguir los hechos típicos y generales de los atípicos individuales, esto es perfectamente cierto. También Hitler conquista hoy a los niños sobre todo con juegos y relatos de guerra. Nos corresponde, pues, indudablemente, a nosotros comprender por qué motivos tiene éxito con ello, qué es lo que con ello despierta en el niño. No se trata solamente de especulaciones profundas, sino también y ante todo de comprender las reacciones infantiles. En un patio juegan unos muchachos, de seis a diez años, a soldados, a la guerra y cosas por el estilo. Uno de ellos corre de un lado para otro con una espada al lado y un fusil de madera en la mano, y dispara contra sus compañeros. Le pregunto al muchacho si se propone, pues, matar a sus camaradas. Se detiene inmediatamente, me mira desconcertado y pregunta: “¿Matar?” Yo digo: “¡Seguro; si disparas los matas!” “Pero yo no quiero matar”, reza la respuesta. “¿Por qué corres, en tal caso, con espada y fusil de un lado para otro?” “La espada es tan linda y larga”, dice él. No quise entrar en la cuestión complicada del pacifismo y de la diferencia entre guerra y guerra civil, pero sé perfectamente, a partir de otras experiencias, que los niños, pese a sus intenciones inconscientes de homicidio, extraen el placer del juego de la guerra no de un afán de matar, sino del placer motor del juego mismo, de un aumento del sentimiento del yo mediante el arma en las manos y del elemento rítmico del ejercicio militar. ¿No deberíamos poder aprovechar estos puntos de vista también en favor de la política infantil proletaria? ¿O acaso no son más que utopías? No lo sé; en todo caso, éstos son los hechos de la vida de los niños, y si no nos los conquistamos se debe indudablemente a que no nos hemos tomado la molestia de verlos en su diversidad y de extraer y aprovechar de ella lo aprovechable. Son éstas cuestiones graves, muy graves, que requieren una respuesta inmediata. Y si no las planteamos, tampoco las resolveremos jamás.

III. POLÍTICA BURGUESA Y POLÍTICA REVOLUCIONARIA

El movimiento Sex-Pol ha de luchar contra muchos frentes; uno de ellos es la maleza de los conceptos atascados en los que no puede encontrarse ya contenido alguno cuando se nos ocurre casualmente plantearnos preguntas muy banales. Una de estas preguntas reza: “¿*Qué es la política?*” La ocasión de plantearla la brinda la objeción que vuelve a escucharse siempre de nuevo cuando se exponen los principios de la psicología de las masas, que deriva de la economía sexual, esto es: “Todo esto está muy bien y es muy útil, pero de lo que se trata ante todo es de la ‘política’ y de los factores económicos”. Puede observarse en este punto que los oyentes silenciosos de la asamblea o de la conferencia, que hasta ese momento habían seguido las explicaciones relativas a la psicología de masas con gran interés y aprobación, empiezan a experimentar reparos, se muestran inseguros en el juicio que se habían formado y caen, al oír pronunciar la palabra “política”, en una especie de veneración tímida.

Puede suceder a menudo que hasta el defensor del punto de vista de la psicología de las masas, por simple y obvio que éste sea, retroceda un paso al conjuro de la palabra “política” y recurra al pretexto de que las relaciones de la política y de la práctica de la psicología de las masas deberían “ser examinadas primero”. Los representantes de la alta política y de los “factores económicos”, que se consideran siempre desdeñados, pese a que en los periódicos y revistas casi nunca se trate de otra cosa que de los “factores económicos” y nunca de la psicología de las masas, suelen quedar a debernos la respuesta concreta de lo que sea en realidad la “política”, vocablo que actúa sobre el simple mortal como un fetiche. Necesitamos acostumbrarnos a llevar todos los asuntos que obran a manera de fetiches a la luz deslumbradora de preguntas ingenuas que, como es bien sabido, son las más penosas, las más prometedoras y, la mayoría de las veces, las más profundas.

LA “POLÍTICA” DEL FETICHE

El profano en materia de política entiende por ésta primero las conversaciones diplomáticas de representantes de grandes y pequeñas potencias, en las que se decide el destino de la humanidad, y dice, con razón, que no entiende nada de esto. O bien ve en la política el pactar parlamentario con amigos y adversarios, pero también un mentirse, espiarse y sacarse ventaja recíprocos, y el adoptar decisiones según fórmulas del “orden del día”; tampoco de esto entiende nada, y aun a menudo le repugna, de modo que adopta el punto de vista libertador de “no querer tener que ver nada con la política”. No se percata de la contradicción de que, en este negocio que desprecia a justo título, se decide acerca de él y de que, pese a ello, deja buenamente estas decisiones trascendentales en manos de individuos a los que tiene por mentirosos.

Política puede significar, en fin, que se quiere conquistar a masas de la población. Para todo individuo de formación marxista resulta claro que la política burguesa debe ser siempre demagógica, pues sólo puede hacerles promesas a las masas, pero no cumplir nada. En contraste con esto, la política revolucionaria es en *principio antidemagógica, porque* puede dar a las masas

todo lo que les promete. Allí donde es demagógica o da la impresión de tal, puede concluirse con seguridad que se han abandonado algunos principios revolucionarios.

Vamos a reproducir ahora una prueba de aquellas disquisiciones políticas que, según lo muestra la experiencia, la mayoría de la población considera “política de altura”, que no comprende sino que las ve con gran temor y reverencia, y que sólo experimenta pasivamente o no las experimenta.

“...cuando se prefiere —como Inglaterra— la legalización de los armamentos, a la carrera de los armamentos, hay que convenir en que, en el curso de semejante legalización, deben crearse seguridades contra nuevas violaciones de convenio. Y acerca de estas seguridades, de las garantías de la realización de una convención de desarme, había que negociar en la llamada Conferencia del Desarme en Ginebra. Sólo que Alemania no acepta la condición francesa. Calla en sus comunicados oficiales al respecto y, en las conversaciones de Berlín con el guardasellos británico Edén, se niega a ir a Ginebra. En estas condiciones, se dice, las negociaciones anglo-francesas carecen de objeto. El intercambio diplomático de opiniones fuera de la Conferencia de Desarme ha terminado sin haber conducido a resultado alguno. Le corresponde ahora a la Conferencia de Desarme crear, sin Alemania, las garantías de paz necesarias. Francia confía para esto en la colaboración de la Gran Bretaña.”

Tal es el contenido y el sentido de la larga nota francesa del diecisiete de abril, en respuesta a la nota británica del veintiocho de marzo y al memorando de Sir John Simón del diez de abril.

He reproducido esta prueba sin indicar su origen, para no molestar a nadie. Aquel que se vea retratado en ella, de él se trata. No hay otra manera de eludir la susceptibilidad de los políticos a la ofensa.

¿Quién es Alemania y quién es Francia? ¿Qué es un “intercambio diplomático de opiniones”? ¿Es éste realmente el contenido y el sentido de la nota francesa? ¿Qué relación guarda esta “nota política” con las necesidades de las masas, con su pensar, su sentir, su vivir o su vegetar? ¡Ninguna en absoluto! Compárese con ella la política de Lenin en la paz de Brest. La consigna “¡Basta de guerra!” la entendió el más humilde joven campesino presa del hambre, en tanto que los representantes de la alta política estaban en contra.

Las grandes mayorías, a las que la política revolucionaria ha de asegurar voluntad y plasmación del futuro y cuya expresión, por consiguiente, habría de ser, piensa y habla en otra forma. El que sigue hablando, hoy todavía, de los viajes de Barthou sin explicar de modo sencillo, claro y comprensible para todo el mundo en qué consiste el carácter reaccionario, la mentira de estos viajes, ése coadyuva sin querer.

Si observamos el efecto de la alta política sobre la gran masa, vemos que, en el mejor de los Casos, es imitada servilmente por algunos como una especie de política de cervecería. La gran masa reacciona a ella en forma completamente pasiva, paciente, desinteresada, y desempeña permanentemente el papel de comparsa de la “gran política”. Hay que darse perfecta cuenta de que la farsa de la llamada “alta política” tendría un fin repentino y muy desagradable para los diplomáticos si la masa cambiara el papel de comparsa por una actitud activa y, en una palabra, dejara de ser apolítica. El que no se plantea y se contesta incesantemente a sí mismo la pregunta, fundamental desde el punto de vista de la política revolucionaria, de “¿Qué sucede en las masas?”, ha de caer necesariamente, quíeralo o no, en la maleza de la política burguesa, ha de hacerse apolítico o ha de seguirla. El apoliticismo de la gran masa constituye una de las fuerzas de la reacción política. La otra es el nimbo con que envuelve su política, de modo que hasta los socialistas quisieran participar en ella.

Figura entre las tareas más importantes del político revolucionario sentir, enterarse y saber exactamente cómo experimenta la masa la política entre bastidores. Cuando al dirigir Hitler en el verano de 1932 a Hindenburg la primera demanda de la Cancillería del Reich fue rechazado por éste, después que entre bastidores se hubo librado una lucha de intrigas que las masas nunca vieron claramente, se dirigió aquél a sus partidarios con una confesión ardiente en favor de la “voluntad del pueblo”. La ocasión para ello se la brindó el “*caso Potempa*”; donde unos individuos de la ‘*Guardia de Asalto*’ asesinaron en forma bestial a un trabajador polaco y fueron condenados a muerte. Hitler se pronunció públicamente en favor de ellos. El fondo de este gesto de Hitler lo constituía en realidad, la negativa que había recibido poco antes de parte de Hindenburg, al pedir la Cancillería. Hitler, al fracasar sus conexiones feudales, esgrimía su base de masas populares.

Las mayorías no se dieron cuenta en lo más mínimo del juego de que eran objeto. Antes bien, en una especie de identificación nacionalsocialista se sentía “comprendida” por Hitler. La declaración de éste en favor de unos individuos que por “amor propio nacional” habían liquidado “un perro marxista”, y su toma de posición contra el gobierno odiado, que había condenado a los asesinos a muerte, rebasaba con mucho el efecto de la *falsa* contra-propaganda comunista que se contentaba con llamar a los asesinos precisamente “asesinos” y a considerar esto como la famosa “política del desenmascaramiento”. Ahora bien, si mediante una vasta campaña hubieran puesto los comunistas al descubierto las conexiones entre la negativa de Hindenburg a Hitler y el llamado de éste al sentimiento de las masas, los efectos de ello no hubieran ciertamente dejado de hacerse sentir. Pero el Partido Comunista alemán sólo habló mucho de la “igualdad” de todas las tendencias reaccionarias, pero no logró captar las contradicciones reales en el seno de la burguesía y tampoco había aprendido, además, a seguir exactamente las reacciones tanto propias como las de las masas contrarias. Y al no hacer más que llamar asesinos a los asesinos, se puso automáticamente del lado del gobierno odiado por ellas, a los ojos de las incondicionales masas nazis y de los que inicialmente sólo simpatizaban vagamente.

¿POR QUÉ NO HABLÓ LITVINOV A LAS MASAS?

La política revolucionaria, en cuanto al contenido y al lenguaje, se convierte ya sea en expresión del ser primitivo, inculto y vitalista de la gran masa, o sólo en revolucionaria de nombre, pero estéril y reaccionaria en cuanto a sus efectos. Incluso allí donde proclama en principio cosas justas, dicha política no será comprendida por las masas y actuará, por consiguiente, en sentido objetivamente contrarrevolucionario.

El mundo se encuentra en el umbral de una nueva guerra asesina. Barthou y Litvinov comparecieron en Ginebra desde el punto de vista de los estados a los que representaban, como representantes de la paz contra Alemania. Una crítica acertada de la actitud de Litwinow desde el punto de vista revolucionario internacional sólo ha aparecido hasta ahora en *Unser Wort* (“Nuestra Palabra”) (de la 2ª semana de junio de 1934), órgano de Trotsky; a todas las demás organizaciones del proletariado parece haberseles extraviado por completo la comprensión y, lo que es más, el sentimiento de lo que estaba sucediendo en Ginebra. Sin embargo, tampoco esta crítica se plantea las preguntas, fundamentales desde el punto de vista de la psicología de masas: ¿cómo percibe el trabajador apolítico corriente, el empleado o el campesino de Alemania, Francia e Inglaterra, e incluso de la Unión Soviética, la actitud de los dos hombres de Estado? ¿Se da cuenta de que detrás de Litvinov hay un Estado proletario? ¿Observa alguna diferencia entre la voluntad de paz de Barthou y la de Litvinov? ¿Comprende acaso la distinción sutil del gobierno soviético que habla del “imperialismo en su conjunto” y de los “partidos favorables a la guerra en particular”? ¿Sabe el trabajador ruso que, con fundamento en la actual constelación de las alianzas, irá a la guerra junto con el trabajador francés, contra los trabajadores alemán e inglés, y disparará contra ellos?

¿Cómo debe penetrar el simple mortal en los siguientes comentarios de Bela Kun?

“A menudo combatimos la guerra de *modo general*. No es raro que algunos redactores comunistas se encuentren en apuros. ‘¿Cómo es esto —preguntan— el imperialismo prepara la guerra, y Herriot va a la Unión Soviética y es bien recibido? ¿Cómo se explica esto?’ He leído artículos muy malos acerca del viaje de Herriot. Y en ningún artículo se ha hablado de lo que ahora, después del discurso del camarada Stalin en el XVII Congreso del Partido, está perfectamente claro: que bajo el imperialismo hay siempre partidarios de la guerra.

El imperialismo en su conjunto, como época, está por la guerra, pero hay algunos partidos belicosos que son los que más empujan hacia ella. La tarea actual consiste precisamente en concentrar el fuego contra el grupo de la burguesía que constituye el partido belicoso y empuja a la guerra.

“Por supuesto, siempre hay que acentuar que los grupos de la burguesía que en este momento se cubren con un manto pacifista o que consideran la oportunidad de la guerra como actualmente prematura estarán tan de acuerdo con la guerra contra la Unión Soviética, llegado el momento, como el partido belicista principal. Esto necesitamos subrayarlo siempre,

pero el fuego ha de concentrarse contra los partidos belicistas, esto es: en Japón contra la camarilla militar-fascista de los generales, los señores feudales y los grandes industriales; en Alemania, contra los fascistas de Hitler, y en Inglaterra, contra los *diehards*, etc.”¹

¿Y qué hace la industria francesa de los armamentos?

¿Por qué, preguntará el que nada entiende de la política de las alianzas, no se dirigió Litvinov en Ginebra a las grandes masas, que no quieren la guerra a ningún precio? ¿Por qué sólo concierta alianzas con gobiernos imperialistas que quieren la guerra, y no con las masas? ¿Por qué apoya la ilusión, que alimentan precisamente las potencias imperialistas, de que la Sociedad de Naciones, muerta desde hace mucho, puede evitar la guerra? ¿Por qué no dijo llana y claramente, en forma comprensible para todo el mundo, que jamás la Sociedad de Naciones, jamás gobierno burgués alguno del mundo podrá evitar la guerra, sino que esto sólo podría hacerlo verdaderamente la acción solidaria de los trabajadores de las industrias de municiones y de transportes de todos los países capitalistas? ¡Y esto constituiría precisamente la característica más importante de una política proletaria!

Nos reservamos la respuesta a la pregunta de por qué los representantes de un Estado proletariado han olvidado por completo el lenguaje diplomático revolucionario, hasta haber oído lo que dicen al respecto los “únicos jefes de la Revolución”. Pero está ya perfectamente claro, desde ahora, que *una sola* palabra de Litvinov dirigida desde la tribuna de la Sociedad de Naciones a los trabajadores de las industrias de municiones y de transportes y a las madres de los soldados de todos los países, en contra de la costumbre, el prestigio y la práctica de la Sociedad de Naciones y con la ruptura totalmente antidiplomática de los acuerdos eventuales, habría sido más eficaz que veinte pactos de alianza sobre el papel. ¿Cree Litvinov seriamente poder evitar la guerra con su política? ¿No fue acaso el llamado de Karl Liebknecht en 1914, negando los créditos para la guerra, un muro mil veces más poderoso contra el nacionalismo belicoso que las fundamentaciones de alta política de la socialdemocracia? Pero nuestros líderes revolucionarios proletarios sienten tal respeto ante un representante diplomático, y no digamos ya si éste es soviético, que dejan de entender el lenguaje de las masas y nos declararán locos. Sin embargo, y siempre de nuevo, la aprobación de cinco o diez millones de futuras víctimas de la guerra vale más que 500 mil bayonetas, aun si éstas son soviéticas. La catástrofe que se nos avecina confirmará esta frase, tenida hoy por alocada, en forma cruenta.

Para la Unión Soviética, en cuanto Estado revolucionario-proletario, no hay más que una salvación: la alianza con los trabajadores de las industrias de armamentos y de transportes, así como con los soldados rasos de todos los países contra los gobiernos capitalistas y los estados mayores de todos los países del mundo. Y si hoy concierta alianzas con jefes de Estado Mayor y diplomáticos de países capitalistas, la razón de ello está en que el movimiento revolucionario internacional ha fracasado. Tanto por escrito como de palabra, Lenin se dirigió siempre a las grandes masas. Resulta de ahí la solución de nuestra pregunta: ¿Podrá la política revolucionaria vencer jamás la política

¹ Bela Kun. “*Die Aufgaben der kommunistischen Press*”, 33/1934, p. 1259.

burguesa si emplea su lenguaje, su táctica y su estrategia y, en una palabra, métodos *burgueses*? No, no lo podrá nunca. En esta forma, sólo puede extraviarse en el laberinto de la política, quedar rezagada con respecto a los acontecimientos, y hacer las cosas *peor* que los políticos burgueses.

No hay más que una sola posibilidad: *cortar* el nudo que hace que la política burguesa sea un laberinto, no imitando servilmente esta política, sino oponiéndole el principio fundamental de la política revolucionaria: *dirigirse sin cesar e infatigablemente, de modo sencillo y claro, a las masas*; proclamar los pensamientos de las masas, tanto los formulados como los no formulados, y conferirles expresión; destruir el respeto de las masas por la alta política; no tomarse las mentiras en serio, sino, por el contrario, ponerlas infatigable e inexorablemente al descubierto; *no adaptar las masas* a la “alta política”, sino la política a las masas, democratizándola, simplificándola y, en una palabra, haciéndola asequible a todo el mundo. La frase de Lenin de que hasta una cocinera podría gobernar el Estado, a condición de simplificar la política y el gobierno, contiene indudablemente el principio fundamental de la democracia social. La “alta política” sólo puede existir porque la política revolucionaria se le ha adaptado, aunque con contenidos revolucionarios, en cuanto a la forma, el lenguaje y las ideas; porque no se ha dirigido a las masas, sino que las ha tratado como a un niño al que se intenta convencer, y éste ha de comprender, finalmente, lo que ya va “reconociendo cada vez más”, que se están burlando de él.²

ESQUEMA DE LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA

Si ía afirmación de que la revolución social puede resolver verdaderamente los problemas sociales de la economía y la cultura en el sentido de la democracia social es cierta, entonces sólo tienen lugar las siguientes preguntas y los siguientes principios políticos:

- 1) ¿De qué maniobras se sirven las diversas tendencias de la burguesía para atraerse a las masas o quitárselas unos a otros?
- 2) ¿Qué les ocurre a estas masas, que siguen a grupos o partidos políticos que jamás pueden cumplir sus promesas?
- 3) ¿Qué necesidades tiene la masa en sus diversos matices?
- 4) ¿Cuáles de estas necesidades son posibles y están legitimadas socialmente, y cuáles son vitales?
- 5) ¿Es el estado de la economía mundial tal que, mediante la eliminación del dominio capitalista y la introducción de la economía planificada en lugar de la anarquía económica, aquellas necesidades podrían satisfacerse?
- 6) ¿Sabían las masas cuáles instituciones de la sociedad se oponen a la satisfacción de sus necesidades, y por qué estas instituciones existen?
- 7) ¿Cómo se las puede eliminar y con qué habrá que remplazarías?

² La cuestión de la política internacional soviética y su conexión con los problemas de la psicología de masas debería ser objeto de una exposición detallada.

8) ¿Cuáles supuestos económicos, sociales y de psicología de masa se requieren para conseguir la satisfacción de las necesidades de las grandes masas?

De cada una de estas preguntas se deriva sin excepción la necesidad ineludible de la revolución social en todos y cada uno de los dominios de la vida humana. O en otras palabras: la labor de la psicología de masas no ha de estar a la sombra de la política económica, sino que ésta ha de entrar al servicio de aquélla, que es la que comprende y conduce a las masas: las necesidades del hombre no han sido creadas para la política económica, sino que son éstas las que han sido creadas para la satisfacción de las necesidades de aquél.

POLÍTICA BURGUESA DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

Las experiencias de la vida de partido del Partido Comunista alemán enseñan que esa forma única de política revolucionaria ha faltado en Alemania; en efecto, cuando los dirigentes del PCA hablaban durante horas en el Palacio de los Deportes acerca de las pugnas de intereses entre las grandes potencias y de las razones económicas ocultas de la guerra venidera, imitaban, sin quererlo y sin saberlo, la forma burguesa de la política. Nuestros políticos revolucionarios rivalizan con demasiado celo, en esta competencia, con los Boncour. Por qué imitan y pierden a causa de ello todas las posibilidades es una pregunta relativa a la estructura del dirigente revolucionario. Los líderes revolucionarios volverán a ofenderse cuando lean esto y lo designarán como “contrarrevolución trotskista”; y tampoco subsiste esperanza alguna de convencerlos de que, en cuanto a la forma, y por consiguiente también de modo objetivo y material, ellos hacen política burguesa. Para prevenir toda posibilidad dé una protesta objetiva de su parte, aducimos aquí, en lugar de muchos, un solo ejemplo concreto de que el Partido Comunista alemán ha abandonado el principio revolucionario de la política a cambio del principio burgués.

En diciembre de 1932 organizó el Partido Socialdemócrata una manifestación en el Lustgarten. Las organizaciones comunistas, especialmente los grupos militantes, se adhirieron a la manifestación, se mezclaron con las masas socialdemócratas manifestantes y realizaron, sin grandes teorías sobre los antagonismos norteamericano-japoneses, el frente único. Era éste el lenguaje de la masa, ésta era su voluntad. La dirección del PCA, que sólo quería o, mejor dicho, pretendía querer el frente único “bajo la dirección comunista”, dirigió posteriormente reprimendas a los funcionarios del Partido; dijo que la orden del Partido había sido mantenerse al margen y “celebrar” únicamente la manifestación socialdemocrática desde fuera. Contemporáneamente, Torgler negociaba en secreto con la dirección socialdemocrática acerca de la constitución del frente único, *cosa de la cual las masas no estaban enteradas*; se las había mantenido en la creencia de que un frente único con la dirección de la socialdemocracia sería “contrarrevolucionario”. Yo mismo había participado entonces en una sesión secreta entre algunos funcionarios directivos comunistas y socialdemócratas. Pero, en las células, nadie había de enterarse. *Esto es política burguesa*. La política revolucionario-proletaria

habría sido exactamente la inversa; habría invitado a los comunistas a apoyar a los manifestantes socialdemócratas y por medio de altavoces, habría comunicado a la masa en el Lustgarten que se estaba negociando con la socialdemocracia acerca de la formación de un frente único. Esto es, apoyar la ideología de la masa, conferir expresión a sus deseos. En lugar de esto se practicó “alta política”, “estrategia” y “táctica”, sin masa, contra ella, y se expulsó a todo el que quería y practicaba política revolucionaria.

Uno de los altos principios de la revolución consiste en la abolición de la diplomacia secreta. Es absolutamente lógico, porque toda vez que la revolución social es el cumplimiento de la voluntad popular contra los propietarios de los medios de producción bajo la dirección del proletariado industrial, ya nada queda por ocultar. En estas condiciones ya no hay nada que la masa no pueda oír; al revés, ha de poder saberlo y vigilarlo todo.

POLÍTICA REVOLUCIONARIA INTRAPARTIDISTA

Si se pasa en revista la evolución de la política de los partidos comunistas desde que murió Lenin, se observará que se ha ido perdiendo progresivamente el principio de dirigirse constantemente a las masas y que, con la imitación de las formas de la política burguesa dentro y fuera del partido, se inició la burocratización. En el lugar de la democracia intrapartidista se introdujo la política de entre-bastidores del engañarse mutuamente y de la formación de camarillas. Esto minó la fuerza del partido revolucionario, pese a que comprendiera los elementos revolucionarios mejores.

Cuando en octubre de 1917 Lenin consideró llegado el momento oportuno para el levantamiento popular y se le pusieron impedimentos en la dirección del partido bolchevique, permaneció fiel a su principio de la política revolucionaria: *se dirigió a la masa de los miembros del partido* y no formó ninguna camarilla, no intrigó, ni trató de vencer mediante la formación de fracciones. Toda exclusión de la masa por consideraciones y medidas políticas, sea lo que fuere lo que subjetivamente se piense, es contrarrevolucionaria.

La política revolucionaria nada ha de esconderle a las masas, y quiere, antes bien, revelarlo todo. La política burguesa, en cambio, no puede descubrir nada, sino que ha de esconderlo todo. En la política de ‘entre bambalinas’ se reconoce siempre, dondequiera que se presente, la reacción política.

Constituye una enorme ventaja de la política revolucionaria sexual el que *tenga que* hablar constantemente el lenguaje de la masa y el que nada se le pueda oponer por parte de la burguesía, porque no puede darse una política sexual burguesa *positiva*; de ahí que el político revolucionario sexual tampoco pueda degenerar hacia la burguesía: en el terreno de la política sexual no puede haber una diplomacia secreta, puesto que esta política debe dirigirse necesariamente a las masas, o, en caso contrario, deja de existir.

DESARROLLAR CONCIENCIA DE CLASE A PARTIR DE LA VIDA DE LAS MASAS

DIRECCIÓN, PARTIDO Y MASAS

Será tal vez molesto oírlo y es ciertamente perjudicial desde el punto de vista del movimiento revolucionario, pero no se puede negar que los diversos grupos revolucionarios rivalizan entre sí en la afirmación de ser, cada uno de ellos, el “único” y “verdadero” heredero del “marxismo y leninismo auténticos”; pero si se examinan las diferencias que los separan, encontramos que, en proporción con las enormes tareas a realizar, son insignificantes; en efecto, uno de los grupos quiere crear primero el partido revolucionario; otro quiere tener primero las masas, antes de contribuir a formar la nueva Internacional; el tercero se proclama sin cesar como “la clase trabajadora” y como el partido guía de la revolución, sin serlo ni con mucho, en tanto que el cuarto sustenta en alguna cuestión de detalle una tendencia *propia*, etc. Ya dijimos que esta dispersión provenía de planteamientos erróneos o incompletos de problemas, y que los insultos mutuos no conducían un solo paso más adelante. En la discusión revolucionaria actual buscamos en vano el planteamiento de los problemas y su solución, y es por esto por lo que la creación del nuevo partido revolucionario no se puede lograr; que la organización revolucionaria anterior no pudo conquistar las masas, pese a que conservara el aparato, y que, 17 años después de la Revolución rusa, la cuestión relativa a las relaciones entre dirección, partido y masas dé todavía tanto que hacer. ¿No es acaso probable que haya en la cuenta entera un error importante que ha permanecido oculto?

Es absolutamente improbable que la catástrofe se produjera porque Stalin multiplicó la burocracia, o porque la dirección socialdemócrata degeneró hacia la burguesía desde hace ya varias décadas, o porque Hitler recibió mucho dinero de los industriales. La cuestión fundamental sigue siendo, una y otra vez, por qué cargaron los trabajadores industriales con el reformismo y el burocratismo. Se trata de la cuestión fundamental de las relaciones entre dirección, partido y masas.

Los fundadores de la IV Internacional son del parecer, al menos si se escucha a sus funcionarios, de que hay que crear primero el partido revolucionario, *luego* hay que conquistar el proletariado, y *sólo luego* le tocaría el turno a la pequeña burguesía. No dudo que los propios dirigentes de los comunistas internacionales condenen el carácter erróneo de semejante enfoque. No cabe decirse uno marxista y separar en esta forma esquemática la dirección, el partido y las masas.

La relación, por llamarla de una vez por su nombre, es de carácter dialéctico, esto es: un partido revolucionario no puede originarse en el aire, sólo puede formarse a partir de las masas y aun, inicialmente, a partir de la parte proletaria de ella, y esto presupone que los iniciadores del partido hablen el lenguaje de las masas que han de formar el partido. Pero las masas nada entienden de las sutiles diferencias entre las diversas tendencias revolucionarias, que además no le interesan en absoluto.

El partido revolucionario se constituye no sólo mediante la puesta en relieve clara de un ideario y una práctica correspondiente a la realidad, sino también y

en *primer lugar* por el tratamiento de las cuestiones que interesan a las diversas capas de la población. No es más que así y solamente así como las masas proporcionarán los militantes que el partido necesita. Esto repercute a su vez en forma de una mejor comprensión de las masas y viceversa. Partido y masas se elevan mutuamente; solamente mediante esta fusión íntima y la selección simultánea de los cuadros de dirección surgidos de las masas se origina la estructura del partido de masas, esto es, del partido caracterizado no cuantitativa sino cualitativamente, que conduce las masas. El Partido Comunista alemán organizó campañas de captación de miembros a los que aceptó sin discriminación. Era un partido “cuantitativo” de masas, pero se deshizo, en parte a causa de la fluctuación del número de sus miembros y, en parte, a causa de la falta de diferenciación entre militantes profesionales y el activismo de masas. Volvemos todavía sobre esta cuestión en un artículo relativo a la organización.

La Sex-Pol alemana se ha guiado siempre por la idea de que la dirección de un partido de masas no puede examinarlo todo en detalle; que las masas no consiguen comprender por sí sola las grandes conexiones, y menos formularlas y convertirlas en práctica acabada; que se requiere un contacto directo entre la dirección y las masas, y que la teoría ha de extraerse de la vida de las masas y ha de serle devuelta a ésta en forma de práctica. Había aprendido de la actividad de los partidos que los militantes no deben ser órganos de ejecución de decisiones de la dirección, sino únicamente mediadores entre la vida de las masas y la dirección.

Con objeto de establecer este contacto, la Sex-Pol había organizado las llamadas veladas de instrucción”, que no tenían en modo alguno el propósito de instruir a los funcionarios sino de dejarse instruir por ellos. (¿Quién no recuerda la famosa conferencia del Partido Comunista alemán en la que algunas cosas semejantes fueron directamente prohibidas?) No se señalaba ningún tema o discusión, sino que se planteaba simplemente a los dirigentes y a los camaradas en general la pregunta acerca de dónde tenían en aquel momento las mayores dificultades. Ya con esto no podía errarse en la apreciación de que *momentáneamente* revestía la mayor importancia. Se examinaba la dificultad en común y se encontraba aquí una solución, que se dejaba a la comprobación práctica, y se difería allí una decisión hasta tanto que se hubiera reunido más material al respecto; la vida brotaba viva de las conversaciones con los camaradas, y no había necesidad de extraer chupando teorías de los dedos, pues éstas surgían “espontáneamente”.

La participación creciente y el carácter animado de las discusiones revelaban que las veladas instructivas habían constituido un acierto. Se adquiría en ellas la convicción de que la vida no se deja engañar, sino que se la puede comprender clara y fácilmente. Lo único que se requería era dejar que los miembros de la organización (había también muchos que no eran miembros) hablaran sin ambages ni rodeos. Como única dificultad surgía siempre sólo la obstrucción debida a puntos de vista erróneos proporcionados por la ideología burguesa, los que, sin embargo, a la luz de conversaciones espontáneas, directas y comprensivas se desvanecían en la nada. La cuarta velada de instrucción ya no tuvo lugar. El representante oficial del Partido ya no volvió a convocar.

LA POSICIÓN DE LA SEX-POL FRENTE AL “NUEVO PARTIDO”

La pregunta actualmente más candente del nuevo movimiento obrero en formación es: ¿nuevo partido o renovación revolucionaria de la III Internacional? La Sex-Pol no puede decidirse hoy todavía, por dos razones, ni en favor de uno ni en favor del otro de los dos extremos. En primer lugar, no sabe en qué grupos, organizaciones o círculos se impondrá de la manera más rápida y fecunda su punto de vista de la necesidad de la política sexual revolucionaria que representa.

A juzgar por la actitud anterior de las organizaciones políticas más importantes, no existen mejores perspectivas en las organizaciones partidarias de una nueva Internacional. Sin embargo, esto solo no puede decidir; la política sexual no es más que una parte, aunque imprescindible y central, del frente revolucionario en general; es importante, pues, para la decisión, saber qué cuadros formarán el núcleo del movimiento obrero renovado. Esto no ha destacado hasta aquí claramente en forma alguna. Si se supiera hoy positivamente que formarán dicho núcleo los miembros actuales, por ejemplo, del Partido Comunista (por lo que se refiere a la dirección actual éste no es ciertamente el caso), entonces la fundación de un nuevo partido revolucionario no tendría objeto; entonces los miembros revolucionarios del PCA deberían no sólo “descolgar” prácticamente la antigua dirección, como lo han hecho ya muchas veces, sino deponerla oficialmente y formar paulatinamente, de su seno, una nueva dirección. A la larga no puede rehusarse la ejecución de las decisiones del Comité Ejecutivo, por ejemplo, *no* proclamar el “ímpetu revolucionario” y *no* exhortar a “huelgas masivas” y, contemporáneamente, igualar el concepto de “Partido Comunista” con el del Comité Ejecutivo. Desde el punto de vista político esto constituye una actitud confusiva. La pregunta de *qué* y *quién* es “el Partido” necesita aclararse hoy más que nunca. ¿Es éste el conjunto de sus miembros, o solamente el aparato de empleados, o solamente el Comité Ejecutivo? Sabemos que también las mejores fuerzas de la socialdemocracia operan con el concepto del “Partido” como con un fetiche; en efecto, según sean la estructura del Partido, su política y su eficacia *objetiva*, podrá constituir acaso en un momento dado la intangibilidad del Partido, su unidad y su integridad tanto una fuerza poderosa, como, en otro momento, un grave impedimento del movimiento revolucionario.

Las tropas centrales de la revolución social, esto es, las masas obreras de la industria y de los transportes, “siguen sin formar parte”, hoy todavía, del Partido Comunista. Los miembros del Partido se esfuerzan por todos los medios, lo mismo que antes, por conquistarlas, pero la voluntad y el valor subjetivo no bastan. Hay que tener éxito además, y para tener éxito hay que conocer también el mejor camino para alcanzar el objetivo. Tal vez esas tropas centrales formarán, a no tardar, el núcleo de la organización revolucionaria, pero sin adaptarse a la organización actual del PC; estaban en ella en 1923, pero luego se salieron; hay que comprender por qué fue así. En todo caso, la cuestión de una nueva organización revolucionaria adquiriría entonces un gran peso. Y lo mismo en caso que el inicio de un movimiento de masas que no fuera un simple fuego de virutas, sino firme y duradero se produjera no en el seno de los trabajadores industriales socialdemócratas sino en el seno de la

Guardia de Asalto (SA) proletaria, de espíritu revolucionario.³ Hoy, en que todo está en fermentación, no podemos decidir esto todavía. La cuestión de un nuevo partido tampoco se habría planteado nunca si en el seno del PC se hubieran dado las posibilidades necesarias para siquiera plantear cuestiones de esta índole, discutir las entre todos y sondear las posibilidades de la evolución. Esto no ha sido ni es todavía así. Lo único que podemos hacer es seguir exactamente el proceso revolucionario de unión y madurez que se está produciendo actualmente en todas las capas de la población de Alemania y adoptar, en cada momento, la actitud concreta correspondiente.

³ [Nota durante la corrección:] El exterminio del liderazgo de la SA el 30 de junio de 1934 en Alemania puso de manifiesto que las contradicciones expuestas en la "Psicología de masas del fascismo" entre revolucionarios y reaccionarios en el seno del fascismo, unidos en su ideología, abrían, en realidad, una vasta brecha entre ellos. Digo esto aquí no para demostrar, como lo hacen constantemente los dirigentes de la revolución, que el "análisis" se vio confirmado, sino por otro motivo. Hace poco todavía, la prensa de la Komintern había rechazado con violentos insultos todo intento de ver en el Partido Nacionalista Alemán de los Trabajadores algo más que una simple guardia del capital financiero, esto es, la energía revolucionaria de las masas convertida en reaccionaria. Ahora, en cambio, ve confirmada su perspectiva del auge revolucionario en el hecho de que el ala izquierda del Partido Nacionalista fuera decapitada. Esperemos que la historia del movimiento revolucionario no volverá a contemplar semejantes chapucerías y superficialidad. Todo el que ha participado en las luchas internas del partido, de 1929 a 1933, sabe perfectamente que fue denunciado como nocivo cualquiera que señalara que la SA era una tropa confusamente revolucionaria; que adujera que grandes contingentes del anterior KFB se habían pasado a la SA; que insistiera en que la SA reclutaba sus miembros de entre los obreros y que era sólo objetivamente, pero no subjetivamente, una tropa mercenaria del capital. No gustaba oír esto, y sólo se veía en el fascismo su función reaccionaria, pero no las energías revolucionarias en su base de masas, con lo que se perdió la batalla. Ahora, *posteriormente*, cuando ya no resulta difícil percibir las contradicciones, se admite lo que antes fuera herejía. Los "fieles del Partido" dirán, atemperando, que esto ya es algo y que no debe pedirse demasiado, puesto que la Komintern cambia de actitud en la apreciación del fascismo, lo mismo que en la cuestión del frente único con la socialdemocracia. A lo que cabe responder: *una dirección que en la apreciación de las cosas y de los acontecimientos no precede a las masas, que no prevé, no es una dirección, sino un dispositivo de freno de la evolución social*. Cuando buenos comunistas sienten compasión de este modo por el liderazgo, lo hacen por miedo inconsciente de la autoridad. La experiencia práctica de la vida del Partido ha demostrado que el funcionario corriente, cuando no representaba resoluciones de aquél, veía y pensaba mejor por su propia cuenta y por puro instinto que cualquier funcionario corriente de la dirección. *También hoy vuelve a haber procesos que hay que prever, que hay que desarrollar a partir de las contradicciones actuales, si se quiere dominar el futuro, si no se quiere enfrentarse sin preparación*. Nos encontramos ahora, por ejemplo, frente al terrible peligro de que los gigantescos movimientos de masas que sacuden acá y allá a algunos países (los Estados Unidos, Francia) se malogren por falta de dirección y de objetivos y desemboquen en la desilusión y la apatía más amargas. Esto es tan posible como que el nuevo aumento de rebelión y de visión en las masas se convierta en una situación revolucionaria universal. Puede afirmarse tranquilamente que hoy, después de los acontecimientos del 30 de junio y aprovechando la grave desorganización económica, hubiéramos podido asestar en Alemania un golpe decisivo si la dirección comunista de Alemania se hubiera preparado a fondo desde 1923, o al menos desde 1929. Lo que importa no es disculpar el pasado, sino aprender de él. Necesitamos prepararlo hoy todo, mediante una apreciación correcta de las *grandes* directrices de la evolución y de los reveses pasados en el proceso social, para tomar las riendas del orden social cuando se produzca el caos. Mientras tanto, la gran mayoría de la población de la tierra ha de llegar lenta y profundamente a la convicción inquebrantable de que somos los únicos que la comprendemos, y no, Barthou, Litwianow o como quiera que se llamen todos, y ni siquiera nuestros meros deseos; y esta confianza no puede obtenerse

Si los cuadros revolucionarios actuales no defendieran en primer lugar y cada uno por sí su propia organización, sino la *causa de la unión revolucionaria*, entonces estarían también en condiciones de reaccionar pronta y acertadamente a los procesos que tienen lugar en la masa; entonces, en lugar de exhortar abstracta y mecánicamente a huelgas generales, ayudarían al individuo de las Guardias de Asalto, al funcionario de la juventud y a las organizaciones femeninas, en toda dificultad aguda, con ilustración concreta acerca de contradicciones, soluciones y necesidades, con lo que automáticamente ganarían la confianza de las masas y se asegurarían finalmente la dirección de las mismas.

Porque lo absurdo, escolástico, obstaculizante y lo que repugna a las masas está precisamente en que toda organización existente se considera a sí misma dirigente, por la gracia de Dios, de la futura revolución y trata, en consecuencia, de difamar como contrarrevolucionarias a todas las demás. Esta vanidosa presunción y este afán infantil de prestigio no pueden denunciarse públicamente tan a fondo y tan a menudo como se debiera. La Sex-Pol ha de abstenerse de considerarse, en su composición orgánica y personal actual, como la dirección del ala sexual-política de la revolución. La dirección definitiva no constituye una pretensión, y mucho menos un derecho, sino que es única y exclusivamente el resultado de un proceso: irá a aquel que comprenda mejor que nadie los procesos del mundo, que sepa hacerlos asequibles mejor que nadie a las grandes masas apolíticas, que contribuirá de la mejor manera a la madurez de la fermentación revolucionaria.

La dirección de la revolución no es un mérito, una propiedad o una pretensión, sino una grave responsabilidad, esto es, un resultado, y por esto no se la puede proclamar ni escamotear. Aquel que hoy, en esta situación mundial tan confusa, complicada, poco comprendida y tan cargada de posibilidades de partida se proclama en voz más alta el único, verdadero e indiscutible jefe de la revolución que, por lo demás, hay que empezar por llevar a cabo, será el primero en desaparecer en el anonimato y el silencio cuando las cosas estén realmente maduras para hablar de revolución *justificadamente*.

Para el éxito de la nueva construcción importa además lo siguiente:

El proletariado con verdadera conciencia de clase se encuentra, en el conjunto de la nación, en una gran minoría; si bien le corresponde la dirección, necesita aliados. Volvemos a oír decir una y otra vez a camaradas alemanes que tenemos todos los motivos para ser optimistas, que los buenos revolucionarios vuelven a encontrarse, a discutir, a trabajar juntos y a aconsejarse mutuamente. Esto es indudablemente muy, pero muy importante, pero no constituye todavía motivo suficiente para ser optimista. De lo que se trata en primer lugar es de si estos buenos revolucionarios tienen también contacto con

subrepticamente, sino que ha de conquistarse, y ha de ser aquella confianza auténtica, total, hacia nosotros, los comunistas, que los "distintos dirigentes" no sólo no han permitido que surgiera en estos últimos diez años, sino que con sus errores y su falta de visión la han arruinado. La próxima guerra es sin duda alguna la próxima enorme oportunidad visible de la revolución social. No debemos dejarla escapar como dejamos escapar las oportunidades del 20 de julio de 1932, de los meses de diciembre y enero de 1933 y 1934, y la del 30 de junio de 1934. Para esto, los revolucionarios han de empezar por destruir en sí mismos su fe en la autoridad.

las grandes masas o no lo tienen; si además, para establecer este contacto, escuchan o no exactamente el lenguaje, el pensar y las contradicciones de esa gran mayoría apolítica o políticamente desorientada: si la comprenden, si saben traducir sus anhelos revolucionarios y conferirles expresión y forma claras en términos de conciencia de clase. Estos cuadros serán un Estado Mayor sin ejército si no facultan a los funcionarios del Partido para que *sigan* formando parte de la gran masa, para que *no* se separen de ella y puedan comprender *exactamente* a los apolíticos y los políticamente descarriados.

El sectarismo queda excluido cuando la condición de miembro del Partido no se convierte en órgano ejecutivo de la dirección y de sus análisis, sino en mediación viva entre la masa y la dirección. A la dirección no le incumbe la tarea de “llevar el programa comunista a las masas”, o de “convertir a la mayoría en luchadora con conciencia de clase”, sino que, al lado de la persecución del proceso histórico objetivo, ha de ver su tarea más importante en *desarrollar* el afán revolucionario *existente* en la masa y, concretamente, al *propio tiempo*, el del proletariado, de la pequeña burguesía y del campesinado indiferentes. En los periódicos revolucionarios actuales casi no se encuentra más que el lenguaje del Partido, en tanto que de un estudio comprensivo de las contradicciones de las diversas capas de la población apenas se encuentra nada aprovechable; cuando lo cierto es que la comunicación verbal y objetiva con las grandes masas debería llenar al menos las tres cuartas partes de todo periódico, quedando el resto para la repetición de los principios básicos del marxismo. Lo que puede también formularse como sigue: hasta que hayamos aprendido a presentar la difícil teoría en lenguaje llano y comprensible para todo el mundo, hasta que las masas no hayan llegado al punto de interesarse por teorías, hasta entonces necesitamos presentar una misma cosa ininterrumpidamente, en *doble escritura*, esto es, en lenguaje marxista y, al propio tiempo, traducida al idioma de aquellos a quienes exclusivamente va dirigida y sin cuya comprensión y toma de partido activa por la causa de la revolución nosotros no somos más que pobres contendientes.

En discusiones de esta clase suele ocurrir que se pida a la Sex-Pol recetas ya listas. Esta petición muestra ya por sí sola cuán poco ha sido comprendido el marxismo y cuán poco se ha penetrado la tarea fundamental del marxista revolucionario, esto es, la de saber pensar y obrar por cuenta propia. Sólo cabe demostrar principios por medio de ejemplos, pero lo que se aplica a una situación especial podrá ser tal vez totalmente contraindicado en otra. Para ilustrar lo que quiero decir, voy a exponer algunos ejemplos importantes:

El canto y el baile populares como puntos de partida del sentir revolucionario

Lenin enseñaba, con acierto, que el revolucionario debe encontrarse a sus anchas en todos los dominios de la vida. Hemos de precisar que en el sentido de que debe poder extraer de todo dominio de la vida la tendencia revolucionaria específica. Hasta el presente —basta pensar en los actores dramáticos proletarios o en las tropas rojas— se han pasado por alto los resultados verdaderamente buenos; se han llevado las consignas sindicales mecánicamente al arte, y se le pegó tal vez a una forma de canción burguesa una tendencia revolucionaria.

Sin embargo, los artistas revolucionarios no tienen tarea más importante que hacer lo mismo que la Sex-Pol tuvo que aprender a hacer en su terreno: elaborar ya durante el capitalismo, a partir del material y la forma de su dominio, las tendencias y las formas revolucionarias específicas.

Esto se puede llevar a cabo sin mucha "ciencia", simplemente mediante una consideración franca, libre, sin dogmatismos, o sea, pues, revolucionaria, de la vida. El Partido Comunista creó los *cabarets rojos* para atraer más individuos, incluso apolíticos, a las asambleas. Esto dio resultado. Se reveló que cuanto más artísticas, rítmicas y populares eran las representaciones, tanto más claramente se ponía de manifiesto el efecto, y que cuanto más parecidas eran en la forma a las burguesas y más pegajosa era la consigna revolucionaria, menor era el éxito. Ahora bien, no se pueden crear *cabarets rojos* bastantes para llevar toda la población a las asambleas. Se desprende de ahí que hay que llevar el arte revolucionario, el sentimiento revolucionario, el ritmo revolucionario y la melodía revolucionaria allí donde las masas viven, trabajan, soportan y sufren. Esto es ciertamente posible en los estados democráticos y aun en los semifascistas, en tanto que en los totalmente fascistas sólo lo es por medio de ardidés especiales, pero subsiste, aun en ellos, la posibilidad. Los músicos, danzantes, cantantes, etc., revolucionarios pueden agrupar por los medios más sencillos a jóvenes, muchachas, niños mayores y también adultos, para que, como lo hacen los cantantes callejeros, penetren en los patios, los parques de atracciones y, en una palabra, en todos los lugares que suelen frecuentar los futuros exponentes de la revolución; por medio de buena música popular, de una danza popular o de canciones populares, que la revolución puede apropiarse, que sean en sí anticapitalistas y adaptadas o adaptables al sentir de los oprimidos, pueden crear y extender esa atmósfera, arraigándola sentimentalmente, que tan estrictamente necesitamos para convertir a la gran mayoría en simpatizante de la revolución. Un temperamento burocrático objetará a esta propuesta tal o cual cosa, si no llega incluso a afirmar que con esto "nos apartamos de lo principal, de la lucha de clases". No sé si se dan aquí dificultades ni cuáles. El que espera recetas nunca hará nada. En principio, ya se lleve a cabo la cosa en esta o en otra forma, rige lo que la Sex-Pol sostiene: *que necesitamos asegurarnos a las masas por el sentimiento*. Pero esta vinculación sentimental significa confiar, como lo hace un niño en la madre, guía y protección, en ser comprendido en sus preocupaciones y deseos más íntimos y, en primer lugar, también en los más recónditos, esto es, en los sexuales.

LABOR CIENTÍFICA REVOLUCIONARIA

Forman parte asimismo de la labor de masas, la investigación y la discusión científicas con la ciencia burguesa en todos los dominios, y no sólo en el de la economía política. La ciencia burguesa domina la formación de ideologías en la sociedad, y tanto más cuanto más reales son los respectivos dominios. Piénsese no más en la literatura sexualpolítica (racismo). Resulta de ahí claramente que la negligencia de la labor científica revolucionaria no sólo dificulta, en los países culturalmente avanzados, la conquista de la influencia sobre las masas, sino que multiplica también los obstáculos en la reorganización de la sociedad después del triunfo de la revolución social. Por

otra parte, si se resuelve la cuestión de la labor científica revolucionaria, se resuelve también, al mismo tiempo, una gran parte del problema de los intelectuales.

También aquí ha de empezar la reorganización del movimiento revolucionario con una rendición de cuentas acerca de la labor científica revolucionaria anterior; por supuesto, esto sólo puede suceder en principio: sólo pueden destacarse algunos pocos hechos importantes.

El método marxista fue practicado por sí como filosofía, las más de las veces en forma de debates interminables sobre “contingencia y necesidad”, que ningún mortal corriente entendía. El libro que se ha hecho famoso sobre el *Materialismo dialéctico*, de Sauerland, es el prototipo de esta clase de trabajo: se trata de un enmarañamiento de formalismo filosófico y oportunismo partidista.

La labor de investigación científica en el terreno de las ciencias naturales estaba en barbecho, y poco menos en el de las ciencias sociales. No estábamos a la altura de los conocimientos objetivos de los investigadores burgueses. Incluso la revista “*Bajo el Estandarte del Marxismo*”, que tenía la misión de cultivar y extender la ciencia marxista, se atascaba, excepto en algunos buenos trabajos, en un lenguaje formalista y en dialéctica abstracta. Y ni hablar de que hubiera promovido discusiones o hubiera intervenido en las disputas científicas burguesas en otra forma que mediante afirmación de la fidelidad revolucionaria. Esto toca a una cuestión de principio. En efecto, no basta, en absoluto, desentenderse en el frente científico de la tarea echando simplemente al adversario en cara que no tiene en cuenta la teoría de la lucha de clases, o mediante el hecho de proclamarse revolucionario cada tercera frase, en lugar de aportar labor objetiva, partidaria de la revolución.

Primero necesitamos una visión objetiva y exacta de la situación y la estructura de la ciencia burguesa en general. Ésta está dividida en cien mil fragmentos individuales y sirve ya sea para hacer carrera a los científicos mediocres; ya para distraer el tedio de los brillantes; en una y la misma materia, un investigador no entiende al otro; es académica no sólo en el lenguaje, sino también en la elección de los temas: compárese, por ejemplo, el número de los trabajos acerca de las sutilezas del tejido cerebral en los bebedores crónicos con el de aquellos acerca de qué circunstancias sociales convierten al individuo en bebedor; la ciencia burguesa es tanto más esotérica, produce teorías tanto más grotescas y se extravía tanto más en disputas acerca de estas teorías cuanto más real es el dominio examinado.

De ahí que sean todavía las matemáticas, por ejemplo, las que más lejos están de la influencia del pensamiento burgués, en tanto que el estudio de la tuberculosis no ha llegado todavía siquiera a un inventario a fondo de la influencia de la alimentación popular y de las lamentables condiciones de la vivienda sobre los pulmones humanos; en cuanto a la psiquiatría, campo de juego de la limitación mental más caótica, digamos solamente que tendría la misión de elaborar los principios básicos de la higiene psíquica, pero que funciona como un instrumento fabricado a propósito, precisamente, para impedir esta tarea. Nos limitamos a estos ejemplos para señalar que la investigación marxista ha de estar en condiciones de competir en puro saber

material, no sólo para superar objetivamente la ciencia burguesa, sino, lo que es más, para convertirse en punto de atracción para los jóvenes intelectuales y sabios que después de la revolución necesitaremos con urgencia.

La ciencia marxista no puede desarrollarse mediante el mero hecho de llevar la consigna de la lucha de clases a la ciencia, sin hacer más que pegarle la etiqueta de “lucha de clases”; *sólo puede desarrollarse a partir de la investigación etierogantes, los problemas y los resultados de los diversos dominios científicos*. Hay que demostrar *objetivamente* dónde falla la investigación burguesa; *por qué* falla, allí donde la ideología burguesa impide la comprensión, *cómo* lo hace, etc. Sólo luego, después de haber realizado eficazmente esta labor, tendremos el derecho de llamarnos científicos marxistas y estaremos capacitados para elaborar las relaciones de las diversas ciencias particulares con la cuestión de la lucha económica de clases.

Estas concepciones no son meras afirmaciones, sino que están fundamentadas por experiencias extraídas de la evolución de la economía sexual. Por consiguiente, vamos a aclarar fundamentalmente, a la luz de este ejemplo especial, otra cuestión de la discusión científica entre el proletariado y la burguesía, cuestión que desemboca en la pregunta general acerca de los principios de la política revolucionaria.

El que conoce la discusión en el seno de la ciencia burguesa se ha percatado también de la absoluta inutilidad de todo intento de eliminar mediante debate el punto de vista erróneo del contrincante. Freud descubrió que las enfermedades psíquicas eran consecuencia de la represión sexual. Los estados capitalistas revientan en sus manicomios, institutos psicopáticos y casas de asistencia de las consecuencias de la economía sexual burguesa. Un bromista se permitió hace poco el lujo de calcular que, a juzgar por el aumento de los enfermos mentales en los Estados Unidos, dentro de 250 años no habrá allí más que locos. Cosa que no es tan improbable como suena. Hasta hace pocos años cabía todavía esperar que los descubrimientos revolucionarios de Freud conquistarían la psiquiatría y que, con ello, se plantearía en forma aguda la discusión relativa a la cuestión de la profilaxis contra las neurosis. Esto se habría convertido en el primer paso de la disputa entre las concepciones marxista y burguesa en este dominio, sin que por el momento sonara la palabra “marxismo”.

En lugar de esto, la psiquiatría se mantuvo intacta y conservó la tutela sobre la locura de “disposición degenerativa” como causa de las enfermedades psíquicas y, lo que es más, hasta conquistó el psicoanálisis en grandes partes y en aspectos de la mayor importancia. Hace poco dijo uno de los primeros psicoanalistas que no había que ocuparse de la profilaxis de las neurosis, que lo único que había que hacer era terapéutica individual. Por supuesto: la profilaxis de las neurosis plantea toda la cuestión del ordenamiento sexual burgués y de la existencia de la religión y la moral. Si se quisiera combatir los errores científicos de Freud “marxísticamente”; desenmascarándolo como reaccionario; se sería un tonto. En cambio, si se demuestra objetivamente dónde es Freud científico naturalista de categoría genial y dónde es filósofo burgués del matiz más antiguo, entonces se ha realizado una auténtica y fecunda labor marxista y revolucionaria.

¿Cabe esperar, pues, ganar la lucha en el terreno científico mediante discusiones científicas, en favor de la revolución? Esto no se logrará jamás. Lo que no significa que se rechace en adelante toda discusión; por el contrario, hay que cultivarla; debemos conquistar en todas las organizaciones científicas posiciones prominentes mediante labor objetiva; debemos aprender de las discusiones por qué y dónde yerra el investigador burgués y pasa por alto aspectos esenciales; solamente así lograremos disciplinarnos mejor.

La lucha real se libra en otro terreno. Así, para permanecer en el ejemplo de la ciencia sexual, ningún psiquiatra burgués de mentalidad corriente aceptará jamás la idea de que las neurosis, psicosis, manías, etc., son consecuencia de una corrupta economía sexual de las masas; ellas se interesan mucho por estas cuestiones, sencillamente porque sufren gravemente de ellas; porque la miopía mental de los psiquiatras, administradores del orden sexual capitalista, y la miseria psíquica misma las afectan en su propio cuerpo. Yo afirmo sin temor a equivocarme que cualquier joven obrero corriente comprende mejor la conexión entre sexualidad reprimida y depresión psíquica que la mayoría de los psiquiatras corrientes de todo el mundo juntos. Podemos decir: cuando las masas, sexualmente satisfechas, lleguen un día a vivir sanamente, la discusión acerca de si los males psíquicos son o no expresión de una economía sexual trastornada se decidirá por sí misma, y aun también para los representantes de la moral burguesa en el campo del marxismo, para los médicos, los pedagogos, etc., socialistas desviados en sentido burgués que “creen deber rechazar el psicoanálisis” porque no lo entienden. El principio de dirigirse siempre de nuevo a las masas en forma comprensible se aplica también aquí, en el dominio sagrado de la ciencia presuntamente intocable.

La Sex-Pol no debe su popularidad y la comprensión que las grandes capas de la población de Alemania y Austria le han dispensado a organización alguna, porque ninguna tenía; a ningún poder, porque ninguno poseía; las debe, pues, única y exclusivamente, a su principio consistente en plantear la cuestión de la salud sexual públicamente. Es por esto por lo que hasta la burocracia del Partido fue impotente contra él y seguirá siéndolo.

Lo que es cierto en alto y sumo grado de la Sex-Pol lo es asimismo de toda otra ciencia médica u otra, y así ciertamente, en particular, de la investigación relativa a la tuberculosis. Sin duda, es una premisa el que la ciencia revolucionaria no lleve a la gran mayoría puntos de vista erróneos, burgueses, lo que sólo ayuda a la reacción, sino que ha de tener primero ideas claras acerca de los principios de una ciencia natural dialéctica-materialista a derivar de la causa, para sólo después dirigirse a las masas. Es obvio que es preferible no decir absolutamente nada que transmitir al joven proletario la concepción burguesa del carácter pernicioso del comercio sexual en la edad juvenil y gritar, al propio tiempo, “¡Viva la Revolución!”

Las masas poseen para el enjuiciamiento correcto de los hechos un magnífico instinto, que sólo se hace invisible cuando la organización revolucionaria no le ofrece nada y los charlatanes se lo ofrecen todo, desde hacer levitar la mesa, hasta la fuente de la juventud.

EL MIEDO DE LA REVOLUCIÓN

El movimiento revolucionario comunista quiere lo mismo que el movimiento pacifista burgués: la abolición de las guerras y la consolidación de la paz sobre la tierra. La concepción revolucionaria sostiene, con razón, que este objetivo sólo puede conseguirse mediante la eliminación violenta del capital, como, por ejemplo, mediante transformación de la guerra imperialista en guerra civil. El pacifismo rechaza también la guerra civil como empleo de la violencia, sin darse cuenta de que, en esta forma, no hace más que perpetuar la subsistencia del sistema generador de la guerra. Entre la gran mayoría apolítica, el comunista pasa por “partidario de la violencia”. Con todo, el punto de vista de la gran mayoría es *decisivo*, teme la violencia, quiere tener paz y tranquilidad, y por esto no quiere saber nada del comunismo. Pese a lo cual hoy favorece precisamente lo que no quiere. La anterior propaganda comunista ha opuesto hasta ahora, de modo mecánico y absoluto, la teoría de la violencia a la teoría del pacifismo. Es por esto por lo que una gran parte de la socialdemocracia no fue al comunismo.

La teoría de la toma violenta del poder no puede abandonarse, pero, como se vió, tampoco las grandes masas serán seducidas sin más, en favor de ese punto de vista. Uno de los grandes puntos fuertes del movimiento nacionalsocialista fue que, al lado de la ilusión de una “revolución alemana”, se apoderara de las masas mediante la promesa de la toma *pacífica* del poder. Con esto tuvo simultáneamente en cuenta, aunque, por supuesto, de modo totalmente inconsciente, los sentimientos tanto revolucionarios como pacifistas de las masas. Ahora bien, basta, para resolver esta contradicción, plantear dos preguntas. La primera es: ¿Cómo piensan las masas acerca de la violencia? La experiencia muestra que son pacifistas, que tienen miedo de la violencia. Y la segunda pregunta es: ¿Cómo se relaciona la cuestión del empleo, con todo necesario, de la violencia con la actitud de las masas al respecto? La respuesta a las dos preguntas es, y no puede ser otra: *cuanto mayor sea la base de masa del movimiento revolucionario, tanto menos necesario será el empleo de violencia*, y tanto más desaparece también el miedo de la revolución por parte de la masa. Y así también cuanto mayor sea la influencia en el ejército y en el aparato estatal. Por esto la Revolución rusa se realizó con un mínimo de sacrificio de sangre. Fue únicamente la intervención de los imperialistas la que dio lugar a la matanza. La culpa de ello fue, históricamente clara y *visible para todo el mundo*, del lado de los imperialistas y de los guardias blancos que quedaban. Ahora bien, cuán grande sea la base revolucionaria de masa depende de cuán bien sepa el partido revolucionario hablar el lenguaje de todas las capas obreras y con cuánto acierto sepa conferir expresión a sus deseos e ideas revolucionarias. Para esto se requiere práctica consciente de la psicología de masas. Y si aquí un “adversario de principio” debiera objetar una vez más, como se oye a menudo, que la Revolución rusa había triunfado sin política sexual ni psicología de masa, le responderíamos inmediatamente: Tampoco los campesinos rusos estaban tan aburguesados como los norteamericanos, ni el proletariado ruso como el inglés y, esto aparte, Lenin, conductor de la Revolución rusa, fue el más gran psicólogo de masas de todos los tiempos. Pero, para volver a la base de masas de la revolución, presentamos aquí un segundo ejemplo, más concreto todavía.

LA POLICÍA DE SEGURIDAD (SCHUPO) COMO ESTADO Y COMO INDIVIDUO PARTICULAR

En la policía de seguridad alemana se dieron curiosas contradicciones. El PC de Alemania arremetía en los periódicos contra los “pequeños guardias”, contra las “hordas policíacas”, etc. Esto resultaba, en forma consecuente, de la teoría del socialfascismo. La ira contra la policía era ciertamente comprensible, porque disparaba y arremetía siempre contra los manifestantes. Pero ciertamente una dirección revolucionaria no puede entregarse a sus sentimientos de cólera y pasar por alto, al hacerlo, que sin la simpatía y aun sin la ayuda activa de grandes partes de la policía o, más exactamente, de la mayor parte de la policía, no puede conseguirse un levantamiento, o sólo se lo puede conseguir con grandes sacrificios de sangre. Lo propio cabe decir del ejército. Aquella dirección no debe olvidar en ningún momento que el policía de seguridad y el soldado son hijos de proletarios, campesinos, empleados, etc. En lugar de encolerizarse, es más inteligente preguntarse qué es lo que puede producirse en el policía y el soldado corrientes para que puedan apartarse a tal punto de su clase.

No sé si el siguiente esbozo sea el más correcto; es posible que no. Pero representémonos por un momento al policía que en la calle, a caballo, con casco y armas, se ve tan imponente, en su casa, en el hogar, en el círculo de sus familiares proletarios, como hermano, esposo o padre, en la cama, o incluso en calzoncillos. En la calle se siente como “el Estado”, y las muchachas proletarias hacen involuntariamente una pequeña reverencia ante él, porque la madre había amenazado con llamarlo si eran “malas”, desobedientes, o si jugaban con los órganos genitales, etc. Así, pues, el policía de seguridad se siente como guardador del orden y, por ello, grande. Éste es el elemento reaccionario en él contenido. Pero en la casa y el cuartel es el individuo mal pagado, provisto de un número, y el servidor del capitalismo, obligado siempre a doblar el espinazo. Esto constituye una contradicción decisiva para la lucha revolucionaria: esta contradicción precisamente, entre muchas otras.

La mayoría de los policías de seguridad prusianos habían sido socialdemócratas. En las semanas de la toma del poder por Hitler muchos de ellos protegieron de los guardias de asalto a los comunistas y socialistas perseguidos. Una agitación revolucionaria consecuente, inteligente y comprensiva puede resolver sin grandes gritos la contradicción psíquica en el policía de seguridad. Una vez más: no poseemos recetas, y sí sólo el método del enfoque.

Un ejemplo de cómo no debe hacerse. Cuando en 1932 llegó al poder el gobierno de Papen, una de sus primeras disposiciones fue prohibir a los guardias de seguridad la visita de las muchachas en el cuartel, que hasta entonces había estado permitida. El estado de ánimo era, por consiguiente, muy rebelde. El que trabajaba en las organizaciones inferiores oía decir desde muchos lados que, en promedio, los jóvenes policías de seguridad se expresaban como sigue:

“Nos hemos dejado quitar muchas cosas sin protestar: nos han rebajado los sueldos y han prolongado nuestro tiempo de servicio más allá de lo que corresponde, etc., pero las muchachas no nos las dejamos quitar”

La Sex-Pol informó inmediatamente al CC y aconsejó tener en cuenta este estado de ánimo y representar precisamente dicho interés públicamente. Pero el CC nada quiso saber de esto, porque nada tenía que ver con la lucha de clases. La experiencia mostró que dondequiera que hubiera médicos de la Sex-Pol y los policías acudían al consultorio disminuían automáticamente los sentimientos hostiles a los obreros. En el CC no se tenía ni ojos ni oídos para esta clase de cosas, que no eran ciertamente “alta política”. Pero estas cosas muestran de modo inconfundible que no puede irse a las diversas capas de la población con las preguntas políticas abstractas, sino que la política ha de desarrollarse exclusivamente a partir de las necesidades y las preocupaciones de cualquier tipo, de las masas.

Si no tenemos oídos para las manifestaciones pequeñas, en apariencia casuales y en apariencia secundarias de la vida de las masas, éstas tampoco creerán que las comprenderemos mejor una vez que hayamos alcanzado el poder.

Un amigo de la Sex-Pol dejó subir a su automóvil a dos jóvenes aprendices proletarios que iban por la carretera. No tardó en iniciarse una conversación sobre política. Se trataba de verdaderos jóvenes proletarios que no habían alcanzado todavía la edad de votar en su territorio correspondiente. Eran simpatizantes del socialismo, según dijeron, pero no estaban interesados en la política. Ésta la dejaban de buena gana, decían, al digno líder del gobierno socialdemócrata, a quien darían también su voto, con tal que éste les dejara las lindas muchachas que conocían en el curso de sus excursiones. El informante aseguró que no se trataba de vagabundos de aspecto descuidado, sino de unos simpáticos jóvenes obreros corrientes. El que no tiene oído, comprensión, ni voluntad para aprender de tales cosas, es en verdad un caso perdido.

En Austria, soldados de familias de obreros y campesinos destruyeron las casas de los obreros y mataron a centenares de sus compañeros de clase. No vimos en ningún periódico ni en ningún informe la menor huella de la pregunta de cómo fue esto posible y de cómo podría remediarse. Y ciertamente que de esta pregunta y de su respuesta depende ni más ni menos que la respuesta a la “gran pregunta estratégica” de si en las condiciones actuales del equipo técnico-militar del aparato del Estado la sublevación y la lucha callejera son o no posibles. Ni más ni menos.

En lugar de echarse mutuamente a la cabeza baldes de basura y de acusarse recíprocamente de “traidor de los obreros”, lo que no conduce a ninguna parte, porque nadie lo entiende, los que se llaman a sí mismos dirigentes del proletariado harían bien en empezar por plantear preguntas de este tipo, por tratar de comprender a dichos soldados y extraer de ello la práctica de la influencia que pueda ejercerse sobre el ejército y la policía.

DESARROLLO DE LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA DEL ESTADO A PARTIR DE LAS NECESIDADES DE LA POBLACIÓN

En una conversación del representante de la Sex-Pol con Pieck, representante del cc en 1932, éste declaró que los puntos de vista básicos desarrollados en *“Einbruch der Sexualmoral”* (*Irrupción de la moral sexual*) eran contrarios a los del Partido y del marxismo. Al pedirle que fundamentara su opinión, dijo: “Vosotros partidís del consumo, y nosotros de la producción; por consiguiente, no sois marxistas”. El representante de la Sex-Pol preguntó si las necesidades servían a la producción o si no era, más bien, inversamente, que la producción había de servir para la satisfacción de necesidades. Pieck no entendió esta pregunta. Solamente dos años después se puso en claro de qué diferencia se trataba: el economicismo desarrolla toda su labor y propaganda únicamente a partir del lado objetivo del ser social, del progreso de las fuerzas productivas, de las contradicciones económicas de los estados, de la superioridad de la economía planificada soviética con respecto a la anarquía capitalista, etc., y “relaciona esta política estatal con las pequeñas necesidades cotidianas”; sufrió, con este “relacionar”, un fracaso total.

La Sex-Pol, por su parte, desarrollaba los requisitos de la revolución social a partir de las necesidades subjetivas, derivaba todas las cuestiones de la política del “sí” y el “cómo” de la satisfacción de las necesidades de las masas y despertaba así el mayor interés también de los individuos políticamente menos conscientes de todos los círculos. En esto radica no sólo la diferencia fundamental entre la labor revolucionaria viva y el “marxismo” dogmático y escolástico del Pérfido, sino también la razón de que incluso excelentes funcionarios, que se han “atascado” en la alta política estatal, no comprendan las preguntas de la Sex-Pol.

Algunos funcionarios de la Komintern se dan cuenta, sin duda, de la laguna en su labor, pero no logran encontrar el punto concreto de la relación de la política estatal y las necesidades de las masas. Así, por ejemplo, dijo Manuiski en su ponencia “La crisis revolucionaria madura”⁴, en el XVII Congreso del PCUS:

“Consideremos, por ejemplo, nuestra Juventud Comunista Internacional. Ésta ha educado, en el curso de una serie de años y bajo la dirección de la Komintern, una magnífica generación de jóvenes bolcheviques, que más de una vez han demostrado su devoción sin límites a la causa del comunismo. Sin embargo, no ha logrado penetrar profundamente en las masas de la juventud obrera. Tampoco la socialdemocracia se ha adueñado de esta juventud. La juventud sigue acaparada en los países capitalistas por las organizaciones deportivas, creadas por la burguesía, sus estados mayores militares y sus curas, y que cuentan con muchos millones de miembros. En Alemania, una parte de la juventud sin ingresos ha ido a los cuarteles fascistas. Pero los miembros de las agrupaciones de la Juventud Comunista no han comprendido esta enseñanza por completo. Se batieron valerosamente contra los fascistas en Alemania. En una serie de países despliegan una actividad ciertamente eficaz entre el ejército, lo que les vale largas penas de trabajos forzados; pero, en

⁴ III parte, “La situación de las secciones de la Komintern”), cita según la *Rundschau* n° 16, p. 586

cuanto a ingresar en una organización deportiva católica, por ejemplo, donde están reunidos decenas de miles de jóvenes obreros, esto se les ocurre tan poco como al Papa de Roma la adhesión a la asociación de ateos para hacer propaganda en favor del catolicismo [risas]. Ahora bien, los miembros de las agrupaciones de la Juventud Comunista no están ligados por consideración alguna de prestigio, como es el caso del Vicario de Cristo. Las organizaciones comunistas y de las juventudes comunistas deben ser ágiles, y deben estar dondequiera que haya obreros, deben estar en las organizaciones deportivas, en las organizaciones de recreo de los obreros, como las del “Dopolavoro” en Italia, en los campos de servicio social de los obreros, pero, antes que nada, deben estar en las fábricas⁵.

Esto es perfectamente exacto, pero falta lo esencial. Cuando el muchacho de la Juventud Comunista trabaja en el seno de las organizaciones cristianas, se encuentra frente al muchacho cristiano, con las instrucciones del CE en la mano, totalmente desamparado. Debe saber *de qué* tiene que hablar con el joven cristiano y *qué* soluciones brinda el comunismo, no sobre la cuestión de la economía nacional, sino primero y ante todo sobre las preocupaciones particulares del joven cristiano. Solamente a partir de estas preocupaciones puede *derivarse* muy paulatinamente la necesidad de la economía socialista planificada como fundamento de la solución de las inquietudes personales. En principio, pues, y por lo que se refiere a la cuestión de la labor orgánica interna de los comunistas, la Sex-Pol está de acuerdo con Manuilski.

Pero las diferencias se hacen montañas tan pronto como se trata de la cuestión concreta de lo que interesa al joven cristiano u otro joven cualquiera, y de conforme a qué contenido vital debe desarrollarse la actividad del muchacho de la Juventud Comunista.⁶ Lo propio cabe decir de la fórmula formalista de la dirección de la Komintern. Dice siempre, acertadamente, que hay que realizar labor de masas, pero rechaza ella misma los *contenidos concretos* de esta labor, y aun tanto más cuanto más alejados están estos contenidos de la alta política y son más vecinos, por consiguiente, del aspecto personal. Sienta una oposición absoluta entre lo personal y lo político, en lugar de ver la relación dialéctica de ambos. No sólo hay cuestiones personales que son al propio tiempo cuestiones de las más típicas del orden social, como por ejemplo la cuestión sexual de las parejas o la de la vivienda, entre la juventud, sino que la propia política en general no es más que la práctica de los diversos intereses de las necesidades de las diversas capas sociales y de las edades.

En resumen: la política revolucionaria, se distingue de cualquier clase de política burguesa porque aquélla se pone al servicio de la satisfacción de las necesidades del hombre común, en tanto que ésta basa toda su política en la ausencia de pretensiones estructural e históricamente condicionadas de las masas.

⁵ Cursivas del autor

⁶ Véase “*Der sexuelle Kampf der Jugend*”, (*La lucha sexual de la juventud*), de Reich. Este libro fue censurado por el PC de Alemania, al paso que era acogido ávidamente por la juventud.

Aquel que ha trabajado en las células comunistas sabe que hasta los miembros del Partido reaccionaban a la “alta política”. El informe político formaba parte de las reuniones semanales. Un “ponente” exponía la política de la burguesía, con mayor o menor acierto, y los miembros oían con mayor o menor interés, pero siempre pasivamente. Las discusiones sólo se desarrollaban, por lo regular, en aquellas células donde predominaban los intelectuales o los viejos funcionarios disciplinados, que preferían los debates sobre alta política. En los últimos meses antes de la toma del poder por Hitler se multiplicaron los casos en que algunos miembros proletarios, que no estaban ciertamente familiarizados con la “alta política” pero se daban cuenta de que había que hacer algo, interrumpieron los insulsos informes políticos y dijieran severamente:

“Acerca de lo que la burguesía quiere y de lo que hace, hace años ya que escuchamos vuestros informes, pero ahora quisiéramos finalmente oír qué es lo que hacemos *nosotros* y qué política debemos seguir”.

Los referentes no sabían qué responder a esto. Al conocerse en algunos distritos los éxitos de los informantes preparados de la Sex-Pol, que sabían conquistar el interés del miembro menos preparado del Partido mediante el planteamiento de las cuestiones políticas a partir de las necesidades y del elemento personal, algunos funcionarios del Partido se dirigieron a la Sex-Pol pidiéndole que les proporcionara informantes: se quería atraer a las veladas de grupo a los “apolíticos”. La labor de las mujeres y de las juventudes fracasó en todas partes, porque en todas partes se utilizaba la misma táctica de hablar de la “situación política”, provocando el mismo aburrimiento. En cambio, los informantes de la Sex-Pol estaban instruidos en el sentido de preguntar primero qué preocupaciones personales tenían la mujer, el joven, el trabajador en paro forzoso, etc. Se proponía un tema “apolítico”, como por ejemplo: “¿Cómo me las arreglo para educar a mi hijo?”, o bien, para los jóvenes: “Muchachos y muchachas en la organización”.

Todo examen de una cuestión de la pequeña vida personal despertaba gran interés y una participación activa de los oyentes y conducía regularmente a las grandes cuestiones políticas, que en la otra forma ahogaban todo sentimiento revolucionario. En lugar de practicar “alta política” y de hablar de “relacionarla con las necesidades del momento”, la Sex-Pol partía siempre y regularmente del elemento personal, para terminar en la política de Hitler y Brüning, por ejemplo. Este método, consistente en ir de lo más personal a las grandes cuestiones de la política de clases, en lugar de permanecer atascados en la alta política, lo designaron los representantes del Partido como “desviación contrarrevolucionaria”. Pero sus funcionarios nos llamaban a Oranienburg, Jüteborg, Dresden, Frankfurt, Steglitz, Stettin, etc., para “acercarnos a los apolíticos”.

Mediante el simple anuncio de sus temas, la Sex-Pol lograba reunir, en grandes fábricas, con empleados infestados de nacionalsocialismo que durante años habían permanecido inaccesibles a los sindicatos rojos, a docenas de individuos, reanimar las células e interesar a mujeres y jóvenes apolíticos. El movimiento era demasiado joven, demasiado débil, fue visto primero con malos ojos por la dirección del partido y luego prohibido, de modo

que no pudo hacer más que reunir experiencias. Aquello que fue designado como desviación y reaccionario era la verdadera propaganda revolucionaria. Esto lo atestiguó el interés, que finalmente se produjo, de los apolíticos por la política.

Sin la politización de las mayorías populares, que no se interesan por la alta política en esta forma, ninguna organización revolucionaria logrará triunfar. Las llamadas acciones revolucionarias, que las masas presenciaban con mayor o menor indiferencia, eran intentos de movilizar a las masas mediante el ejemplo. En la mayoría de los casos fracasaron.

Las experiencias de la labor de la Sex-Pol en Alemania son transferibles a cualquier dominio de la política revolucionaria. La politización de la mayoría inerte no puede tener lugar solamente mediante el ejemplo, y menos aún, por supuesto, por medio de invocaciones psicológicamente falsas como las de “¡A los trabajadores de todo el mundo!” Para que las masas se hagan políticamente activas necesitan primero plantearse *ellas mismas* la *pregunta básica* de: “¿Qué queremos? ¿Cómo podemos conseguirlo? Si es cierto —y no dudamos de que sí lo es— que la revolución social realiza la idea de la democracia social y convierte en hecho la participación en la política de toda la población, y no en la política diplomática de la burguesía sino en la política revolucionaria; si es cierto que “llama” a las grandes masas no sólo para el ordenamiento de la vida social, sino que les confía la tarea principal de dicho ordenamiento, entonces resultan necesariamente algunos principios de la labor revolucionaria de las masas, que aquí sólo pueden esbozarse en grandes líneas por medio de algunos ejemplos. No pretenden ser completos y sirven sólo como ejemplos de la reflexión acerca de si podría o no despertarse la actividad latente en las masas y, en su caso, cómo.

TOMA DE POSESIÓN DE LA PROPIEDAD PROPIA

Es obvio que no hay ni podrá jamás haber dirección alguna que abarque y pueda dirigir todo lo que la vida social produce en materia de problemas y tareas a resolver. Esto sólo lo hace la dictadura burguesa, porque no toma en cuenta las necesidades de las masas y porque descansa en cierto modo sobre la aparente ausencia de necesidades y la aparente insensibilidad política de la mayoría. En el sistema capitalista actual, hace ya mucho que el trabajo está socializado, y solamente la apropiación de los productos es asunto privado del empresario.

La revolución social quiere socializar, por ejemplo, las grandes empresas, lo que significa transferirlas a la autoadministración de los trabajadores. Sabemos con cuántas dificultades hubo de luchar al principio la Unión Soviética y ha de seguir luchando hoy todavía para llevar a buen fin esta autoadministración. La labor revolucionaria en las fábricas sólo puede tener éxito si despierta el interés de los trabajadores por la empresa como interés *objetivo* en la producción, y parte de este interés. Pero el trabajador no tiene interés en la empresa como tal, y menos aún en la empresa en su forma actual. Para poner desde hoy interés en la empresa, debe empezar por considerarla incluso todavía en el capitalismo, como algo que le pertenece.

Entre el personal de las empresas hay que despertar la conciencia de que, con fundamento en su trabajo, las empresas y su dirección les pertenecen a ellos, *exclusivamente* a ellos, de que este derecho, que *actualmente* se atribuye el capitalista, va ligado a muchos deberes, y de que hay que estar al corriente de la dirección y la organización de la empresa, etc., cuando uno es su propio amo. Ha de quedar expresado claramente en la propaganda que el verdadero propietario de la empresa no es el poseedor actual del capital y de los medios de producción, sino que lo son los obreros colectivamente. Hay una gran diferencia, desde el punto de vista de la psicología de masas, entre decir: *“Expropiamos al gran capitalista”*, y *“Tomamos posesión de nuestra propiedad conforme a derecho”*. En el primer caso, el obrero industrial común, apolítico o políticamente desorientado, reacciona a la consigna de expropiación con un sentimiento de culpabilidad y una inhibición, como si se apropiara bienes *ajenos*. En el segundo caso el obrero tiene conciencia de su propiedad *legítima*, fundada en su trabajo, y la ideología burguesa de la “intangibilidad del derecho de propiedad” de los medios de producción pierde su fuerza sobre las masas. Porque el problema no está, ciertamente, en que la clase dominante propague y defienda una ideología de esta índole, sino en que se acepte y sea afirmada.

¿No se lograría una organización revolucionaria convenciendo al personal de las empresas de que él es el legítimo dueño y de que *debe preocuparse ya desde ahora de sus problemas*? Del mismo modo que en los grupos de la Sex-Pol las esposas pequeñoburguesas de los comerciantes y las obreras trataban de aclarar en detalle cómo podían educar mejor a los niños y organizar de la manera más práctica el trabajo de la casa, si era conveniente o no instalar en un bloque de una cocina colectiva, así puede y debe también el personal de las empresas *adoptar desde ahora*, y así lo hará ciertamente, *las medidas dirigidas a la toma de posesión de las mismas*. Han de reflexionar cabalmente por cuenta propia, prepararse y comprender todo lo necesario y la mejor manera de disponerlo.

Que el personal de las empresas se interesará así y sólo así por la revolución social, y no gracias a informes eruditos sobre la situación política y el plan quinquenal, esto es perfectamente cierto. A la toma real del poder en las empresas por el personal debe preceder *la toma ideal* por medio de una preparación concreta. Y lo mismo se aplica a toda organización juvenil, a toda organización deportiva y a toda tropa militar. Esto y nada más que esto es el “despertar de la conciencia de clase”.

La dirección revolucionaria del Partido no tiene ni puede tener otra tarea que la de contribuir a aclarar totalmente estas etapas previas de la *democracia social revolucionaria* después de la toma del poder, dirigir los preparativos para el objetivo y ayudar con su mejor saber. Incorporado en esta forma al trabajo concreto, todo obrero se sentirá dueño de la empresa y ya no verá al empresario como patrón, sino sólo como explotador de su capacidad de trabajo. Y si el líder revolucionario tiene que saber qué es plusvalía, el obrero debe saber exactamente cuánto beneficio crea realmente en cada caso, con su prestación de trabajo, para el empresario. *Esto es conciencia de clase*. En estas condiciones, hará huelga, no por solidaridad sentimental, no sólo por vinculación al líder sindical, sino en *su propio interés*, y ningún líder sindical

podrá engañarlo. Luchará por interés propio o, más aún, impondrá la huelga a una dirección derrengada, y la destituirá cuando fracase. La propaganda revolucionaria no ha sido esencialmente más que una crítica negativa; debe aprender ahora a ser constructora, preparadora y positiva.

Se aplica exactamente el mismo principio de la toma de conciencia *práctica* a la juventud de todos los círculos y todas las capas. Donde la juventud trabaje en la empresa deberá participar en la labor concreta del sindicato. Y allí donde no trabaja en las empresas deberá preocuparse por la organización de su vida personal, por la solución de sus conflictos paternos, por la cuestión de la compañía sexual, por la cuestión de la vivienda, etc. En esta forma no sólo creará nuevas formas de vida social, primero concibiéndolas solamente, luego proclamándolas y finalmente luchando por ellas, sino que ya no se dejará dominar. Con ponencias sobre la situación política, y ni siquiera sobre “la cuestión sexual de la juventud”, nada se adelanta. Esto es una labor directiva desde arriba. Y la juventud debe empezar a *organizar* su vida, en todos los dominios, desde ahora. En esto no puede preocuparse inicialmente ni de la policía ni de las autoridades, ni conviene tampoco que lo haga, sino que debe organizar y hacer lo que considere acertado y pueda organizar. No tardará así en reconocer que topa con duros límites, y que se le hará imposible la organización de las cosas más sencillas y naturales de la vida juvenil, y así, reconocerá prácticamente qué es la política y cual es la necesidad de la revolución. Cuando las autoridades capitalistas se interpongan en su camino, por ejemplo en la adquisición de medios anticonceptivos, en la organización de la ayuda mutua, en la cuestión de la vivienda, etc., primero con amenazas, luego con detenciones y finalmente con graves penas de prisión, entonces y sólo entonces sentirá en lo más íntimo dónde y cómo es oprimida; entonces aprenderá a luchar, no en el espacio vacío, ni con fundamento en consignas traídas ‘desde fuera’, sino en conflicto con la dura realidad de la vida en el capitalismo. Así es como lo aprendieron los grupos juveniles excursionistas checos en 1931, cuando sus miembros vivieron en tiendas de campaña su vida sexual y la policía procedió a detenciones; lucharon luego en la calle con los puños, por su derecho, contra el poder del Estado. Hoy, en Alemania sólo se permite pernoctar en tiendas de campaña a las parejas que tengan certificado matrimonial; la juventud acepta la prohibición refunfuñando pero sin protestar, busca otros lugares y burla la disposición policíaca. La conciencia de su derecho a organizar su vida la obligará inexorablemente a luchar por él. Sólo necesita todavía un apoyo, una organización, un partido que la comprenda, la ayude y la represente.

CONCLUSIÓN FINAL

La conciencia de clase de las *masas* no es el conocimiento de las leyes históricas o económicas que rigen la existencia de los individuos sino:

- 1] el conocimiento de las necesidades de la vida propias en todos los dominios.
- 2] el conocimiento de los medios y las posibilidades de su satisfacción.
- 3] el conocimiento de los obstáculos que le opone el orden social de la economía privada.
- 4] el conocimiento de las limitaciones y los temores propios, de poner en claro las necesidades de la propia vida y sus impedimentos (“el enemigo está en el país” se aplica asimismo especialmente a la inhibición psíquica del sujeto oprimido individual)
- 5] el conocimiento del carácter insuperable de la *fuerza propia* frente al poder de los opresores, cuando su poder se reúne políticamente.

La conciencia de clase de la *dirección revolucionaria* (*partido revolucionario*) no es más que la suma del saber y de las facultades de expresar por las masas lo que ellas mismas no están en condiciones de expresar; y la liberación revolucionaria del yugo del capital, es la acción global que surge automáticamente de la conciencia de clase plenamente desarrollada, cuando la dirección revolucionaria ha comprendido a las masas en todos los dominios de la vida.

APÉNDICE

PRINCIPIOS PARA LA DISCUSIÓN DE LA REORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

Resumen de los cambios necesarios en el método de trabajo a consecuencia del reconocimiento de los errores cometidos.

Principio: Es imposible dar instrucciones en materia de detalles; hay que ver claros los principios del punto de vista y de la consideración y aplicarlos a los detalles; si el principio es correcto, no se cometerán errores en el caso particular. Pero si el principio del método de consideración es erróneo, entonces las decisiones correctas en el caso particular son puramente casuales, y el peligro de errores es enorme.

DEL JUICIO DEL ACONTECER POLÍTICO

1] En la comprensión de *todo* acontecimiento son necesarias dos preguntas: a] ¿Se sitúa el acontecimiento en la dirección del desarrollo reaccionario o revolucionario? b] ¿Creen los que ejecutan el acto obrar con ello en favor del socialismo o del capitalismo? (Objetivo y subjetivo son las más de las veces distintos: la guardia de asalto es objetivamente contrarrevolucionaria, pero subjetivamente revolucionaria.)

2] Para el dominio de las tareas es imprescindible preguntarse, en cada juicio y toma de posición:

¿Qué ocurre en las diversas capas entre las masas?

¿Qué es lo que hay en ellas en favor nuestro y qué en contra nuestro? ¿Cómo percibe la gran mayoría; política o políticamente desorientada los acontecimientos políticos?

¿Cómo perciben y sienten las masas el movimiento revolucionario?

3] Todo acontecimiento es contradictorio, contiene elementos en favor y elementos en contra de la revolución; *prever* sólo es posible:

a] mediante la comprensión de las contradicciones.

b] mediante el establecimiento de las variantes posibles del desarrollo (por ejemplo elementos reaccionarios y revolucionarios en el fascismo).

4] El proceso social contiene actualmente fuerzas que impelen hacia adelante y fuerzas que frenan o impelen hacia atrás; la labor revolucionaria consiste en captar ambas e impulsar las tendencias revolucionarias (por ejemplo la '*Juventud Hitleriana*': la libertad sexual es una fuerza impelente hacia adelante, y la creencia en la autoridad una fuerza impelente hacia atrás).

PRÓLOGO

a la Segunda Edición de
“*La sexualidad en el combate cultural*”
(1936)⁷

En octubre de 1935, trescientos siquiátras célebres hicieron una llamada al mundo entero invitando a la reflexión. Italia consumaba la invasión de Abisinia. Miles de personas, entre las cuales había mujeres, ancianos y niños, sucumbían sin defensa en la matanza. La idea de lo que sería un asesinato colectivo, en caso de una nueva guerra mundial, empezaba a bullir en la mente de todos.

Era de esperar que una nación como Italia, con millones de sus habitantes en la más espantosa indigencia, obedeciera sin protestas y con entusiasmo al llamamiento a las armas; era de esperar pero resultaba incomprendible. Eso confirmaba la impresión general de que, no solamente algunos países son gobernados por individuos en quienes los siquiátras reconocerían señales inequívocas de desequilibrio mental, sino que, además, las masas populares de todo el mundo están enfermas: sus reacciones son anormales, en contradicción con sus propios deseos y posibilidades. He aquí algunas señales de reacción anormal: morir de hambre en la abundancia; permanecer a la intemperie en presencia de carbón, de materiales de construcción y millones de kilómetros cuadrados de terreno libre; creer que una potencia divina de luenga barba blanca lo dirige todo y nos tiene a su merced para bien y para mal; entusiasmarse matando a personas inocentes y convencerse del deber de conquistar un país de cuya existencia nunca se había oído hablar; ir cubierto de harapos y sentirse, al mismo tiempo, representante de la «grandeza de su nación»; olvidar las promesas hechas por un político antes de ser jefe de Estado; delegar en individuos cualesquiera, aunque sean hombres de Estado, un poder casi absoluto sobre la propia vida y el propio destino; no poder imaginarse que también los así llamados grandes timoneles del Estado y de la economía tienen que dormir, comer, obedecer al mandato de la naturaleza, que ellos también están sometidos a sus impulsos emocionales, inconscientes e incontrolables, y padecen trastornos sexuales como todo mortal; considerar los golpes propinados al niño en interés de la “cultura” como algo de necesidad evidente; negar a los adolescentes, que están en la flor de su vida, la felicidad de la unión sexual. Se podrían multiplicar los ejemplos indefinidamente.

El manifiesto de los trescientos siquiátras era un acto político por parte de una ciencia que se considera ajena al mundo, apolítica. Pero esta acción era incompleta: aunque denunciaba los males con precisión, no iba a la raíz de los mismos. No se preguntaba por la naturaleza de la enfermedad general que aqueja a los seres humanos de nuestro tiempo. No averiguaba el porqué de las masas para su predisposición desmesurada al autosacrificio en favor de un puñado de politicastros. No establecía la diferencia entre la satisfacción de las

⁷ «*Die Sexualität im Kulturkampf*» (“*La sexualidad en el combate cultural*”), es el nombre de la edición alemana de 1936, donde se incluye como segunda parte, “*La lucha por la nueva forma de vida en la Unión Soviética*”, las ediciones en inglés que corresponden al exilio de W. Reich en Estados Unidos llevaron el nombre de “*La Revolución Sexual*”, 1944 (múltiples reediciones), esta traducción al español de Sergio Moratíel, 1970.

verdaderas necesidades y la satisfacción del delirio nacionalista, satisfacción que se asemeja a los éxtasis místicos de fanáticos religiosos. El hambre y la miseria de las masas, junto con el aumento de la producción, en lugar de confluír en una planificación racional de la economía, conducían al recrudecimiento del hambre y del pauperismo emocional de las masas obreras. El movimiento liberal entraba en eclipse. El problema aquí no se plantea por la psicología de los hombres de Estado, sino por la de las masas.

Hoy, los hombres de Estado son amigos, hermanos, primos o suegros de los grandes capitalistas o de los dictadores. Que la mayoría de las personas que piensan y están instruidas no lo vea y no obre en consecuencia es un problema que no puede resolverse con tests "psicotécnicos" del individuo. Las perturbaciones mentales, entre las que se cuentan la alteración del pensamiento racional, la resignación, el servilismo; el masoquismo, la sumisión a la autoridad y a los fñhrrers, son, reducidas a su más simple expresión, el efecto de una descompensación en la armonía de la vida vegetativa, en particular de la vida sexual tal como la configura una mecanización social de la existencia.

Los síntomas grotescos de los dementes no son más que la exageración y contorsión de esas actitudes místicas y crédulas de pueblos enteros que intentan conjurar las guerras por medio de la plegaría. En los manicomios del mundo, que albergan aproximadamente a cuatro individuos de cada mil, la atención que se presta a la regulación de la vida sexual no es mayor que en la política. La ciencia oficial, hasta la fecha, no ha escrito el capítulo SEXUALIDAD. Sin embargo, no cabe ya la menor duda que el origen de las reacciones psíquicas anormales hay que buscarlo en la insatisfacción y extravío de la energía sexual.

Tocamos, pues, la raíz de la enfermedad psíquica colectiva si planteamos la cuestión relativa al orden social de la vida sexual del ser humano. Es la energía sexual la que gobierna la estructura humana del sentir y del pensar. La «sexualidad» (fisiológicamente hablando, la función parasimpática) es la energía vital *per se*. Su represión significa, no sólo en el aspecto médico sino mucho más en general, trastornos graves de las funciones vitales fundamentales. La expresión social más importante de estas perturbaciones es la irracionalidad de la acción, la locura, el misticismo, la disponibilidad para la guerra, etc. Por lo tanto, la política sexual debe partir de esta pregunta: ¿cuál es el motivo de la represión de la vida de amor en el hombre?

Intentaremos resumir la teoría de la *economía sexual* por lo que respecta a las relaciones reales entre el psiquismo humano y los factores socioeconómicos. La sociedad forma, altera y reprime las necesidades humanas; así se desarrolla una estructura psíquica, que no es innata sino adquirida por cada individuo en el transcurso de la lucha permanente entre sus necesidades y la sociedad. No hay una estructura congénita de los impulsos, sino una estructura formada durante los primeros años de vida. No hay de congénito más que una mayor o menor cantidad de energía biológica. La represión sexual engendra la estructura servil que obedece y se rebela al mismo tiempo. Hoy, queremos producir individuos «libres». Para eso, debemos conocer, no solamente el método de formación de a estructura individual de tipo autoritario,

sino también todo lo que hay que hacer para la formación de una estructura libre. Puesto que la función sexual constituye el núcleo del funcionamiento psíquico, el núcleo de la psicología práctica no puede ser otro sino la política sexual. Esto se refleja en la literatura y en la cinematografía: 90% de las novelas y de la producción lírica, así como 99% de las obras cinematográficas y teatrales tienen su razón de ser en el clamoreo de las necesidades sexuales insatisfechas.

Las necesidades biológicas, la necesidad de nutrición y de satisfacción sexual determinan la necesidad de una organización social en general. Los “sistemas de producción” resultantes alteran las necesidades fundamentales sin anularlas, y así crean nuevos tipos de necesidades. Estas necesidades, modificadas y las recién aparecidas, a su vez, influyen en un desarrollo ulterior de la producción, de los medios de producción (útiles y máquinas), y de esa manera, también en las relaciones sociales y económicas entre los individuos. Sobre la base de estas relaciones personales en la producción, se elaboran ciertos conceptos de la vida, la moral, la filosofía, etcétera. Estos conceptos corresponden, más o menos, al grado de desarrollo técnico en una época determinada, es decir, a la capacidad de comprender y dominar la existencia humana.

La “ideología” social así desarrollada configura, por su parte, una estructura humana. Por esta razón, se convierte en un poder material; está en la estructura humana en forma de lo que se llama «tradición». El desarrollo ulterior difiere totalmente según que sea la sociedad en su conjunto la que contribuye a la formación de la ideología social o simplemente una minoría de esa sociedad. Si una minoría detenta el poder político, en ese caso, también tiene poder para fabricar la estructura ideológica general. Por consiguiente, en una sociedad autoritaria, la manera de pensar de la mayoría de la gente corresponde a los intereses de los jefes políticos y económicos. Por el contrario, en una auténtica democracia del trabajo, en la que no existen intereses minoritarios de poder, la ideología social correspondería a los intereses vitales de todos los miembros de la sociedad.

Hasta hoy, la ideología social ha sido considerada como la simple suma de los conceptos relativos al proceso económico tal cual se forman en la «cabeza de la gente». Pero, tras la victoria de la reacción política, en Alemania y lo que nos ha enseñado la conducta irracional de las masas, la ideología ya no puede tomarse como un simple reflejo de las condiciones económicas. Cuando una ideología se ha posesionado de la estructura psíquica de la gente y la ha modificado, se ha convertido ya en un poder social material. No existe un proceso socioeconómico de cierta importancia histórica que no esté enraizado en la estructura psíquica de las masas y que no tenga su expresión activa en el comportamiento de las mismas.

No hay un “desarrollo de las fuerzas productivas *per se*”; lo que hay es un desarrollo de la inhibición en la estructura psíquica humana, en el pensar y en el sentir, sobre la base de procesos socioeconómicos. El proceso económico, esto es, el desarrollo de las máquinas, es funcionalmente idéntico al proceso psíquico de la estructura humana en aquellos que realizan el proceso económico, lo estimulan o lo inhiben y del cual, a su vez, reciben la influencia.

La economía, sin una estructura emocional operante, es inconcebible; dígase lo mismo del sentir, pensar y obrar humanos sin una base económica.

Despreciar unilateralmente lo uno o lo otro lleva al psicologismo (“las fuerzas psíquicas son el único motor de la historia”), o al economicismo (“la técnica es el motor de la historia”). Sería preciso hacer menos dialéctica y esforzarse más por comprender las relaciones vivas entre los grupos de individuos, entre la naturaleza y las máquinas; funcionan como un todo unitario y, al mismo tiempo, se condicionan recíprocamente.

Será imposible dominar el proceso cultural actual si no se comprende que el núcleo de la estructura psicológica es la estructura sexual y que el proceso cultural está esencialmente condicionado por las necesidades sexuales.

La desmedrada, miserable, “apolítica” vida sexual debe estudiarse en sus relaciones con los problemas de la sociedad autoritaria. La alta política no se hace en los almuerzos diplomáticos sino en la pequeña vida diaria. Por lo tanto, es absolutamente indispensable una conciencia social, una politización de la vida personal cotidiana. Si los 1.800 millones de habitantes de la tierra entendieran la acción de los cien diplomáticos principales, todo se arreglaría; entonces la sociedad y las necesidades humanas no serían manipuladas por intereses de la industria bélica o por la ambición política. Pero estos 1.800 millones de individuos no serán dueños de su propio destino hasta que no hayan tomado conciencia de su modesta vida personal. Y las potencias internas que se lo impiden son el moralismo sexual y el misticismo religioso.

El orden económico de los doscientos últimos años ha modificado considerablemente la estructura humana; sin embargo, ese cambio es insignificante comparado con el pauperismo humano generalizado durante miles de años de represión de la vida natural, y en particular de la sexualidad natural. Esta supresión multimilenaria ha dado origen a ese substrato psicológico colectivo de miedo a la autoridad, de servilismo, de increíble humildad por un lado y de sádica brutalidad por otro; sobre este terreno abonado, el orden capitalista de los dos últimos siglos ha podido echar raíces y florecer. No debemos olvidar que fueron los procesos socioeconómicos los que, hace miles de años, iniciaron este cambio de la estructura humana. Así pues, no se trata ya de un problema del maquinismo industrial con dos siglos de existencia, sino de una estructura humana de 6.000 años, más o menos; esta estructura, hasta la fecha, se ha revelado incapaz de poner las máquinas a su servicio.

Fue formidable y revolucionario el descubrimiento de las leyes de la economía capitalista; sin embargo, no bastó para resolver el problema de la sumisión humana a la autoridad. Es cierto que, por todas partes, hay grupos de individuos y fracciones de clases oprimidas que luchan por «el pan y la libertad», pero la inmensa mayoría de la gente espera y reza, o lucha por la libertad en el bando de sus enemigos. Las masas sufren en su propia carne la experiencia diaria de una miseria increíble.

El hecho de que reciban el pan, aunque se les nieguen los demás placeres de la vida, redobla su resignación. Lo que es o podría ser realmente la libertad, nadie, hasta ahora, se lo ha explicado, de manera inteligible, a las masas. Nadie les ha puesto ante los ojos las posibilidades de felicidad general en la vida. Y cuando, para ganárselas, alguien lo intentó, fue en forma de distracciones patológicas, cargadas de sentimientos de culpabilidad.

El núcleo de la felicidad en la vida es la felicidad sexual. Ninguna relevante personalidad política ha tenido el coraje de señalarlo. Se ha dicho siempre que la sexualidad es un asunto privado y ajeno, por completo, a la política. ¡La reacción política no lo cree así!

El traductor francés de mi libro "*Geschlechtsreife, Enthaltensamkeit, Ehemoral*"⁸, compara el 'freudomarxismo' con el 'marxismo' y afirma que el particular pensamiento del psicoanálisis modifica las formulaciones marxistas.

"Para Reich, escribe, la crisis sexual no es, en primer lugar, el resultado del conflicto entre las instituciones capitalistas en decadencia y las nuevas tendencias sociales, la nueva moral proletaria, sino el resultado del conflicto entre las necesidades sexuales naturales, eternas, y el orden social capitalista."

Tales objeciones son siempre instructivas y conducen a precisar y completar las formulaciones. El crítico hace aquí la distinción entre la diferencia de clases, por un lado, y el conflicto entre necesidad y sociedad, por otro. Sin embargo, estas dos oposiciones no se explican por sus puntos extremos, sino por su base común. Es verdad que, desde el punto de vista objetivo de la lucha de clases, la crisis sexual es una expresión del conflicto entre el capitalismo en decadencia y la revolución en creciente; pero, al mismo tiempo, es la expresión del conflicto entre la necesidad sexual y la sociedad mecanicista. ¿Cómo conciliar estas dos versiones?

Fácilmente; que el crítico no haya dado con la solución, se explica porque la neta distinción entre la parte subjetiva y la objetiva del proceso social es poco frecuente, aunque resulta clara: desde el punto de vista objetivo, la crisis sexual es una manifestación de la diferencia de clases; pero ¿cómo se manifiesta subjetivamente? ¿Qué significa eso de "nueva moralidad proletaria"? La moralidad capitalista, moralidad de clase, está en contra de la sexualidad y origina así el conflicto, en primer lugar; el movimiento revolucionario elimina este conflicto creando, en primer término, una ideología favorable a la sexualidad y poniéndola después en práctica por medio de una legislación y un nuevo orden de la vida sexual. Dicho de otra manera, el orden social autoritario y la represión social de la sexualidad se dan la mano, la «moralidad» revolucionaria y la satisfacción de las necesidades sexuales van juntas.

Hablar de "nueva moralidad revolucionaria" es tanto como no decir nada; recibe un contenido concreto esta expresión si se la relaciona con el hecho de una satisfacción ordenada de las necesidades, no sólo en el aspecto sexual.

⁸ "*La crise sexuelle*", París, 1934

Si la ideología revolucionaria no reconoce que éste es su contenido concreto esencial, queda reducida a hueca palabrería y en conflicto con la realidad. Este conflicto entre la ideología y los hechos es bien visible en la Unión Soviética.

Nueva moralidad significa que es superflua toda reglamentación moral y que se puede establecer una autorregulación de la vida social. Veámoslo prácticamente en el caso del robo: quien no muera de hambre, no tiene impulsos hacia el robo y, por consiguiente, no necesita una moralidad que le impida robar. La misma ley fundamental se aplica a la sexualidad: quien vive sexualmente satisfecho no tiene impulsos que le inciten a violar y no necesita una moralidad opuesta a tales impulsos. Se trata de una autorregulación según la economía sexual en lugar de la regulación moral coercitiva.

El ‘comunismo’, ignorando las leyes de la sexualidad, intentó conservar la forma de la moralidad autoritaria y cambiar su contenido; resultó que una «nueva moralidad» sustituía a la antigua. Es un error. Así como el Estado no cambia de forma simplemente sino que “*fenece*” (Lenin), así también la moral coercitiva no debe cambiar de forma, debe “*fenece*”.

El segundo error de nuestro crítico consiste en creer que admitimos una sexualidad absoluta, en conflicto con la sociedad actual. Es un error de base en el psicoanálisis oficial considerar los impulsos como supuestos biológicos absolutos; esto no proviene, sin embargo, de la naturaleza del psicoanálisis, sino del pensamiento mecanicista de los psicoanalistas que, como siempre ocurre con las teorías mecanicistas, completan su visión con tesis metafísicas.

Los impulsos también se desarrollan, cambian y degeneran. Pero los periodos durante los cuales se realizan los cambios biológicos son tan largos comparados con los cortos lapsos en que tienen lugar los cambios sociales, que aquéllos nos parecen supuestos absolutos, y éstos transitorios y relativos. Si examinamos procesos sociales concretos y limitados en el tiempo, basta si encontramos un conflicto entre un impulso biológico determinado y la manera de tratarlo por parte del orden social. Para las leyes biológicas del proceso sexual, con su periodicidad de siglos, esto no basta; es preciso considerar aquí, con el máximo rigor, la relatividad y variabilidad de la estructura emocional. Si tomamos, por ejemplo, los procesos de la vida individual como los primeros requisitos de todo proceso social, nos basta admitir que existe la vida con sus necesidades vitales.

Pero esta vida no es absoluta; crece y muere en el tiempo de una generación mientras que se perpetúa como célula de la especie. Si consideramos los periodos a escala cósmica, la vida es algo que surge de la materia inorgánica y que a ella volverá. Quizá ninguna otra consideración nos haga comprender mejor que ésta la extrema pequeñez e insignificancia de las ilusiones humanas con respecto a las tareas “espirituales, trascendentes”, y la gran importancia, por el contrario, del nexo entre la vida vegetativa del hombre y la naturaleza en su totalidad. Se podría interpretar mal esto en el sentido de que la lucha social es también insignificante comparada con los procesos cósmicos de los cuales el hombre y su sociedad no son más que una partícula despreciable; se podría decir que es relativamente insignificante que los hombres se maten unos a otros, qué lleven a un Hitler al poder o intenten remediar al paro obrero, mientras los astros giran en el universo; que sería mucho mejor gozar de la

naturaleza. Tal interpretación es errónea, porque el punto de vista científico se opone a la reacción y favorece a la democracia del trabajo. La reacción intenta encerrar la infinidad cósmica y el sentimiento de la naturaleza que la refleja en el cuadro del ideal minúsculo de la abstinencia sexual y del sacrificio a los proyectos nacionalistas. La *democracia socialista* intenta, por el contrario, situar la pequeñez de la vida individual y social en la órbita grandiosa del proceso general de la naturaleza; intenta eliminar el conflicto creado en la sociedad por los miles de años de explotación, misticismo y represión sexual; resumiendo, toma posición a favor de la sexualidad natural y en contra de la moralidad sexual antinatural, a favor de una planificación económica internacional y en contra de la explotación y del nacionalismo.

En la ideología nacionalsocialista hay un núcleo racional, expresado en su consigna de “fidelidad a la sangre y a la tierra”, que da al movimiento reaccionario un empuje excepcional. Por otra parte, la práctica nacionalsocialista sigue adherida a todas aquellas fuerzas sociales que contradicen el fundamento de la acción revolucionaria, a saber, unificación de la sociedad, de la naturaleza y de la técnica. Sigue adherida al principio de la sociedad de clases, de ningún modo eliminada por la ilusión de la unidad del pueblo, así como a la propiedad privada de los medios de producción, de ningún modo eliminada por la idea del “bien público”. El *nacionalsocialismo* expresa en su ideología, de una manera mística, lo que es el núcleo racional del movimiento revolucionario: *sociedad sin clases y vida en consonancia con la naturaleza*.

El movimiento revolucionario, aunque todavía no se percató plenamente de su contenido ideológico, tiene una visión clara de las condiciones económicas y sociales para una realización racional de su idea de la vida, para una realización de la felicidad en la vida.⁹

En “*La lucha por la «nueva vida» en Rusia*” se utilizan en los materiales reunidos durante los diez últimos años. La presentación del fracaso de la revolución sexual en la Rusia soviética hará comprender por qué en mis primeros escritos de economía sexual, me refería siempre a la Unión Soviética. Durante los tres o cuatro últimos años, han cambiado mucho las cosas. Junto con una regresión general a los principios autoritarios en Rusia, las realizaciones de la revolución sexual van siendo abandonadas.

En este libro no hemos tocado, ni de lejos, todos los problemas que se relacionan con nuestro tema. Hubiera sido oportuno incluir una crítica de las teorías psicopatológicas, así como una visión panorámica de la religión. Imposible, porque la cantidad y magnitud de los problemas no habrían permitido las proporciones razonables de este volumen. La política sexual del fascismo y de la Iglesia, como organización politicosexual patriarcal, ha sido expuesta en mi libro “*Massenpsychologie des Faschismus*”.

El presente libro no es un manual de sexología ni una historia de la crisis sexual de los tiempos presentes. Se limita a exponer los rasgos fundamentales de los conflictos de la vida sexual en nuestra época basándose en ejemplos particulares. Las nociones de economía sexual aquí incluidas no son el resultado de un trabajo de escritorio.

⁹ [...] El siguiente párrafo que no fue incluido en esta edición, hace relación a otro artículo, de la edición estadounidense del mismo libro. “*La Revolución Sexual*”. 1944 *Ob. cit.*

Sin el contacto estrecho con la juventud obrera, burguesa e intelectual durante muchos años, sin una verificación constante de las experiencias médicas así reunidas, ni una sola frase de este libro hubiera salido de mi pluma. Quiero anticiparme con esto a cierto género de crítica; la discusión es necesaria y fructífera; pero es insensato, y supone una pérdida considerable de tiempo y de energías, todo diálogo con los críticos si ellos no van a las fuentes vivas y directas de la experiencia sexológica: la vida de las masas mal orientadas y sin esperanza, los individuos que sufren y se debaten, esos individuos a quienes los führers, enviados de Dios, llaman homúnculos. Sobre la base de mi experiencia práctica en Alemania y Austria, experiencia clínica y sociológica, podía permitirme un juicio sobre el curso de la revolución sexual en la Rusia soviética sin haber tenido contacto personal permanente con los acontecimientos. Es muy posible que ciertos aspectos de la situación en política sexual adolezcan de cariz unilateral. Pero la intención no era formular verdades absolutas sino presentar las tendencias y conflictos de base en general.

Como es lógico, las ediciones posteriores incluirán las correcciones pertinentes, según me lo dicten los hechos. Finalmente, quisiera decir a mis amigos que, preocupados, me aconsejan el abandono del «terreno peligroso de la política » y que me limite a la ciencia natural, que la economía sexual, si hace honor a su nombre, no es de derechas o de izquierdas, sino que tiende la vista al frente y de ahí le viene su orientación revolucionaria, quiéralo o no. ¿Quién podría, en un edificio en llamas, escribir con calma tratados estéticos sobre el sentido del color en los grillos?

W. R.

Noviembre de 1935.

LA LUCHA POR LA «NUEVA FORMA DE VIDA» EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

REACCIÓN SEXUAL EN RUSIA

En el transcurso de los últimos años se han ido acumulando las noticias desagradables con respecto a la política sexual y cultural de Rusia.

En junio de 1934, entró en vigor, de nuevo, la ley contra la homosexualidad en la Unión Soviética y los rumores de que los homosexuales eran perseguidos se han hecho cada vez más frecuentes. En su lucha contra la ley reaccionaria que prohíbe la homosexualidad, los reformadores austriacos y alemanes habían señalado siempre, como un camino a seguir, la política progresista de la Unión Soviética, que había suprimido el castigo de la homosexualidad.

Igualmente, el aborto se ha hecho más y más difícil para las mujeres en su primera o segunda gestación, y se ha combatido, cada vez con mayor intensidad, el aborto en general. El movimiento alemán en favor del control de natalidad había recibido un extraordinario apoyo de la actitud soviética a este respecto, en su lucha contra la reacción política. Ahora, los adversarios de una legislación liberal sobre el control de natalidad y el aborto, propalan triunfalmente que también la Unión Soviética ha vuelto las espaldas a su actitud anterior.

En Alemania, la “*Verlag für Sexualpolitik*” (*Ediciones de política sexual*), con la colaboración de diferentes organizaciones juveniles, publicó mi libro “*Der Sexuelle Kampf der Jugend*”, con el fin de desarrollar unos conceptos y una práctica progresistas en el campo sexológico. Nuestro punto de mira era, con mucha frecuencia, la libertad que la Unión Soviética había concedido a la juventud en materia sexual. Después, en 1932, el Partido Comunista alemán prohibió la difusión del libro; un año más tarde, los nazis lo incluyeron en el índice de la censura. Se nos informa ahora que, en Rusia, la juventud libra una lucha enconada contra los viejos médicos y numerosos altos funcionarios que, con creciente empeño, vuelven a la antigua ideología de ascetismo. Así pues, no podemos ya tomar como referencia la libertad sexual de la juventud soviética, y vemos que la confusión y el desconcierto embargan a la juventud europea, que no acaba de comprender eso.

Oímos y leemos que en la Unión Soviética se restaura y se refuerza la familia coercitiva. La reglamentación liberal del matrimonio de 1918 desaparece por momentos. En nuestra lucha contra las leyes del matrimonio coercitivo, nos referíamos siempre al éxito obtenido en Rusia. La revolución había confirmado el pronóstico de Marx, según el cual la revolución social “precipita el final del matrimonio coercitivo”. Hoy, triunfa la política reaccionaria de la familia:

“Ved que vuestras teorías son insensatas. Incluso la Unión Soviética abandona la falsa doctrina de la destrucción de la familia. La familia es y será siempre la base de la sociedad y del Estado.”

Oímos y leemos que la responsabilidad de la educación infantil se confía, de nuevo, a los padres. En nuestro trabajo pedagógico y cultural, solíamos puntualizar que en la Unión Soviética los padres habían sido desposeídos del poder sobre sus hijos y que la sociedad, en su conjunto, era la encargada de la educación de los niños. La colectivización de la educación parecía un proceso fundamental de la sociedad socialista. Todo trabajador progresista, toda madre clarividente comprendía y apoyaba esta orientación del sovetismo. Hemos luchado contra las tendencias posesivas y el mal uso de autoridad por parte de las madres y hemos empleado todo nuestro saber para convencer a las mujeres de que sus hijos no eran arrebatados, sino que la educación de los niños por la sociedad las aliviaba de cargas y preocupaciones. Ellas lo comprendían así. Ahora, la reacción política puede argüir:

“¿Veis?, incluso en la Unión Soviética se ha abandonado ese absurdo y se ha restablecido el poder natural y divino de los padres sobre los hijos.”

Recomiendo a los lectores que se procuren el folleto ruso *I want to be like Stalin* (1947) (Quisiera ser como Stalin). Lo publicó el Comisariado ruso de Educación, y es, por consiguiente, oficial. Representa el abuso más infame de la psicología del niño con fines de poder político que yo haya visto en treinta años de trabajo psiquiátrico.

Oímos decir que el plan Dalton ha sido abandonado hace mucho tiempo en las escuelas soviéticas, y que los métodos de enseñanza son cada vez más autoritarios. En nuestro esfuerzo pedagógico en favor de la autonomía de los niños y de la eliminación de la escuela autoritaria, ya no podemos proponer a Rusia como un modelo.

En nuestro combate por una educación sexual racional de los niños, teníamos la mirada fija en los éxitos de la Unión Soviética. Sin embargo, todo lo que oímos decir, desde hace algunos años, es que la ideología de ascetismo adquiere allí formas cada vez más severas.

En resumen, comprobamos una represión de la revolución sexual soviética; más todavía, una regresión a las formas autoritarias de la reglamentación mortalizadora de la vida sexual.

Sabemos, por diferentes conductos, que la reacción en materia sexual lo invade todo en Rusia, que los círculos progresistas no se explican estos hechos y, por consiguiente, no saben qué hacer ante la avalancha de medidas reaccionarias. Esta confusión que reina, tanto en Rusia como en el exterior, suscita importantes preguntas. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué triunfa la reacción sexual? ¿Cuál es la causa del fracaso de la revolución sexual? ¿Qué hacer? Estas preguntas preocupan hoy a todo sexólogo progresista y deberían interesar también a economistas y políticos.

La idea de que la reacción en política podría tolerar una libertad de acción en este campo es una idea errónea.

En primer lugar, la reacción política no podría jamás adoptar el punto de vista de la política sexual científica, *contra* las medidas actuales tomadas por la Unión Soviética. Al contrario, triunfa gracias a esas medidas.

En segundo lugar, la dilucidación de este problema en el interior de los movimientos obreros europeos y americanos es más importante que toda consideración de prestigio. El confusionismo es perjudicial. En Francia, *L'Humanité* ya ha reclamado la protección de la «raza» y de la «familia francesa». Las medidas reaccionarias soviéticas son ya conocidas por todos y no se pueden negar.

La regresión de la Unión Soviética en materia sexual es un aspecto del problema más amplio del desarrollo cultural revolucionario. Sabemos que, en otros terrenos, las tendencias a la autorregulación social ceden el paso a la reglamentación autoritaria. La diferencia es que en materia sexual la regresión aparece más netamente caracterizada y resulta más fácil su comprensión que la de otros problemas. Y con razón. El proceso sexual de una sociedad ha sido siempre el núcleo de su proceso cultural. Se ve esto tan claramente en la política familiar del fascismo como en la transición del matriarcado al patriarcado en la sociedad primitiva. En Rusia, durante los primeros años de comunismo, la revolución económica llevaba de la mano a la revolución sexual. Esta revolución sexual era la expresión objetiva de una revolución cultural. Si no se comprende el proceso sexual en la Unión Soviética, tampoco podrá comprenderse el proceso cultural.

Es catastrófico que los dirigentes de un movimiento revolucionario intenten defender las ideas reaccionarias calificando de 'burgueses' a quienes son progresistas en materia sexual. El retorno a la trivialidad en sus diferentes formas significa, ni más ni menos, el fracaso de la tentativa vanguardista. Aquí haremos una descripción somera de las relaciones entre la represión de la revolución sexual y la regresión cultural. Quizás podamos, dentro de no mucho tiempo, obtener el material necesario para una explicación del problema general de la cultura. Será, sin embargo, más útil comenzar por el examen del núcleo, sin entrar, por el momento, en la discusión del problema general de la cultura desconociendo su fundamento, o sea, la estructura humana.

CAPÍTULO I

LA ABOLICIÓN DE LA FAMILIA

La revolución sexual en la Unión Soviética comenzó con la disolución de la familia. La familia se desintegró radicalmente en todos los estratos de la población, con mayor o menor celeridad. Este proceso fue doloroso y caótico; engendró terror y confusión. Fue la prueba objetiva de la exactitud en la teoría de la economía sexual sobre la naturaleza y función de la familia coercitiva. La familia patriarcal es el lugar de reproducción de estructuras e ideología de todo el orden social fundado sobre los principios autoritarios. La abolición de estos principios desintegraba automáticamente la institución de la familia.

Esta desintegración de la familia coercitiva significaba que las necesidades sexuales rompían las cadenas económicas y autoritarias de la familia. Representaba *una separación de la economía y de la sexualidad*. En el patriarcado, las necesidades sexuales estaban sometidas a la presión de los intereses económicos de una minoría; en el matriarcado primitivo y democrático, la economía estaba al servicio de la satisfacción de las necesidades (también de las necesidades *sexuales*) de la sociedad en su conjunto. La tendencia inequívoca de la verdadera revolución social era poner, de nuevo, la economía al servicio de la satisfacción de las necesidades de todos los que realizan un trabajo productivo. La inversión de esta relación entre las necesidades y la economía es uno de los puntos esenciales de la revolución social. Únicamente desde el punto de vista de este proceso general puede comprenderse la desintegración de la familia coercitiva. Este proceso tendría lugar rápidamente, sin dificultades y en notables proporciones, si no fuera por el lastre de las ataduras económicas familiares y la fuerza de las necesidades sexuales así dominadas.

El problema no es: ¿por qué la familia se desintegra? Las razones son evidentes. Con mucha mayor dificultad se responde a la pregunta siguiente: ¿por qué esta desintegración resulta mucho más dolorosa que cualquier otro proceso revolucionario? La expropiación de los medios sociales de producción no lesiona más que los intereses de sus propietarios, y no los de las masas, portadoras de la revolución. Pero el hundimiento de la familia golpea precisamente a aquellos que deben llevar a cabo la revolución económica: obreros, empleados, campesinos. Es en este punto exactamente donde se revela con mayor claridad la función conservadora de la fijación familiar. El sentimiento familiar, increíblemente intensivo, produce su efecto inhibitorio en el propio portador de la revolución. Su fijación a la esposa y a los hijos, a su hogar, si lo tiene, por pobre que sea, su tendencia a la rutina, etc., todo eso le retiene cuando debería acometer la acción esencial, la reestructuración del hombre.

En el curso del desarrollo de la dictadura fascista en Alemania, por ejemplo, la fijación familiar era un poderoso elemento de inhibición del ardor revolucionario (lo que permitió a Hitler forjar un fundamento sólido sobre el cual construyó una ideología imperialista y nacionalista). De la misma manera, la fijación a la familia fue un factor inhibitorio en la *alteración* revolucionaria de la vida. Hay una seria contradicción entre la desintegración de la base social de la familia, por un lado, y la vieja y tenaz estructura psíquica familiar del hombre por otro,

que sentimentalmente, aunque sin darse cuenta en la mayoría de los casos, quiere preservar la familia coercitiva. La sustitución de la familia patriarcal por la colectividad de trabajo es, sin duda alguna, la base del problema cultural revolucionario. El grito rebelde, “*¡abajo la familia!*”, la mayoría de las veces no se debe tomar al pie de la letra; con frecuencia, quienes con más fuerza lo lanzan son aquellos que llevan dentro una mayor fijación inconsciente a Ja familia. Son los últimos a quienes se puede confiar la solución, teórica y práctica, del más difícil de todos los problemas, el de la sustitución de los lazos familiares por los lazos sociales. Pero si la sociedad no consigue, junto con la restauración de la sociedad autorregulada y democrática del trabajo, fijar sus anclas en la estructura psíquica del hombre; si, por consiguiente, continúan vivas las emociones familiares, aparecerá más y más enconada la contradicción entre el progreso económico y el progreso cultural de una sociedad *democrática* de trabajo. *La revolución en la superestructura cultural no se afianza porque el portador y guardián de esta revolución, la estructura psíquica de los seres humanos, no ha cambiado.*

En las *Cuestiones de la vida cotidiana* de Trotsky, encontramos material abundante acerca de la desintegración de la familia durante los años 1919 y 1920. Se pudieron observar estos hechos:

La familia, incluso la familia proletaria, comenzó a “desintegrarse”. Este hecho, reconocido por todos y negado por nadie, fue objeto de diferentes interpretaciones; para unos la situación era “inquietante”, otros se reservaban el juicio y había quienes no sabían qué partido tomar. Todos estaban de acuerdo en que se enfrentaban con:

“un proceso mayor, caótico, capaz de desencadenar rápidamente la tragedia” —y que— “no había demostrado, hasta el momento, sus posibilidades de engendrar una forma nueva y superior del orden familia”.

De forma general y muy esporádica se filtraban algunas indicaciones acerca de la desintegración de la familia. Eran muchos los que pensaban que el hundimiento de la familia obrera obedecía a una “influencia burguesa sobre el proletariado”. Otros consideraban que esta interpretación era absurda, señalando que se trataba de un problema mucho más profundo y mucho más complejo, y que el proceso principal consistía, no en la influencia del pasado y del presente burgués, aunque la hubiera, sino en “una evolución de la familia proletaria”, evolución crítica y patológica, de cuyas primeras etapas caóticas ellos eran testigos.

Precisaban que el proceso de desintegración de la familia estaba todavía lejos de su conclusión, que, más bien, alcanzaba entonces su apogeo, que la vida cotidiana era mucho más conservadora que la economía, sobre todo porque aquélla era mucho menos consciente que ésta. Se puntualizaba, además, que la desintegración de la antigua familia no se limitaba a los estratos altos, que eran los más expuestos a las nuevas condiciones de vida, sino que iba mucho más allá de la vanguardia. Se decía que la vanguardia revolucionaria acusaba los efectos, más pronto y con más intensidad, de un proceso que era inevitable para toda la clase obrera.

Tanto el marido como la mujer eran absorbidos cada vez más por funciones públicas; esto disminuía las exigencias que la familia podía tener con respecto a sus miembros. Los niños crecían en las colectividades. Así, surgía *un conflicto entre las obligaciones familiares y las obligaciones sociales*. Estas últimas, sin embargo, eran nuevas, apenas nacidas, mientras que los lazos familiares eran antiguos y cubrían todo el ámbito de la vida cotidiana y de la estructura psíquica. El vacío sexual del matrimonio convencional no podía competir con las nuevas y lozanas relaciones sexuales de las colectividades. Todo esto se producía sobre la base de una eliminación progresiva y firme de la atadura familiar más sólida, a saber, el yugo económico que el padre imponía a la esposa y a los hijos. Una vez cortadas las maromas económicas, desapareció la inhibición sexual. Pero eso no significaba todavía la “libertad sexual”. Una libertad *exterior* para la felicidad sexual no es todavía la felicidad sexual. Esta última presupone, ante todo, la capacidad psicológica de crearla y de gozarla. En la familia, por regla general, las necesidades sexuales normales han sido sustituidas por actitudes infantiles y por hábitos sexuales patológicos. Esas necesidades, con toda su carga de energía sexual, no desembocan casi nunca en la experiencia orgástica normal, produciéndose así trastornos graves. Los miembros de la familia se odian unos a otros, consciente o inconscientemente, y sofocan este odio con un afecto artificial y con una dependencia pegajosa que disimulan muy mal su origen de odio velado. Una de las principales dificultades consistía en la incapacidad de las mujeres —genitalmente embotadas e impreparadas para la independencia económica— de abandonar la protección servil de la familia y esa satisfacción sustitutiva que es su dominio sobre los niños. La mujer, porque toda su vida estaba sexualmente vacía y era económicamente dependiente, había dado sentido a su existencia entregándose a la crianza de sus hijos. Toda restricción que atentara contra estas relaciones, aunque fuese para bien de los hijos, ella la sentía en sí como una grave privación y se defendía con tenacidad. Se comprende, y había que tenerla en cuenta. La novela de Gladkov, “*Tierra Nueva*”, pone de manifiesto que la lucha por el desarrollo de la colectividad no encontraba ninguna dificultad que pudiera compararse a esta lucha de las mujeres por el hogar, la familia y los hijos. La colectivización de la vida se hizo realidad merced a los decretos emanados de la superioridad y al apoyo de la juventud revolucionaria que rompió las cadenas de la autoridad paterna. Pero, por lo común, todos los individuos estaban inhibidos, en cada paso que se daba hacia la vida en colectividad, por los lazos familiares y, sobre todo, por su propia dependencia familiar y nostalgia inconscientes.

Todas estas dificultades y conflictos que aparecieron en la pequeña vida cotidiana no eran, de ningún modo, la expresión de condiciones “accidentales” y “caóticas”, derivadas de la “ignorancia” o de la “inmoralidad” de la gente: era, más bien, una situación en perfecto sincronismo con una ley definida que rige las relaciones entre las formas sexuales y las formas de organización social.

En la sociedad primitiva, organización colectivista y de un “comunismo primitivo”, la unidad es el clan, que comprende a todos los descendientes de la misma madre. En el interior de este clan, que es también la unidad económica, no existe otro matrimonio más que el de los lazos flojos de una relación sexual. En la medida en que, por efecto de los cambios económicos, el clan se somete a la familia del jefe, potencialmente patriarcal, el clan es destruido por la

familia. Familia y clan entran en relación de antagonismo. El clan pierde la preponderancia en favor de la familia y ésta se convierte progresivamente en la unidad económica, germen del patriarcado. El jefe de la organización matriarcal del clan, anteriormente en armonía con la sociedad del clan, se erige, poco a poco, en patriarca de la familia, acapara la hegemonía económica y, por fin, se transforma en patriarca de toda la tribu. La primera diferencia de clases es, pues, la que comienza entre la familia del jefe y los clanes inferiores de la tribu.

En la evolución que transforma el matriarcado en patriarcado, la familia adquiere, además de su función económica, la función mucho más significativa de moldear la estructura humana, haciéndola pasar de miembro libre del clan a miembro oprimido de la familia. En la familia actual de la India, esta función está perfectamente caracterizada. Al diferenciarse del clan, la familia se constituye no sólo en causa de la distinción de clases, sino también de la represión social tanto en el interior como en el exterior de ella misma. El “hombre familiar” que se desarrolla entonces contribuye con su estructura a reproducir la organización patriarcal de clases. El mecanismo básico de esta reproducción es el cambio de la afirmación de la sexualidad por su represión; su fundamento *en* la dominación económica del jefe.

Resumamos los puntos esenciales de este cambio psicológico: la relación entre los miembros del clan, libre y voluntaria, basada exclusivamente en los intereses vitales comunes, es sustituida por un conflicto entre los intereses económicos y sexuales. La libre realización del propio trabajo es sustituida por el trabajo obligatorio y la rebelión contra él; la sociabilidad sexual natural es sustituida por las exigencias de la moralidad; la camaradería entre guerreros es sustituida por el cortejo personal; la relación amorosa, voluntaria y feliz, es sustituida por el “deber conyugal”; la solidaridad del clan es sustituida por los lazos familiares y la rebelión contra ellos; la vida dirigida según la economía sexual, es sustituida por la represión genital, y con ella, por primera vez, los trastornos neuróticos y las perversiones sexuales; el organismo biológico, fuerte por naturaleza, seguro de sí mismo, se debilita, se empobrece, tiembla y teme a Dios; la experiencia orgástica de la naturaleza es sustituida por el éxtasis místico, la “experiencia religiosa”, y el lánguido, insatisfecho suspirar vegetativo; el ego debilitado del individuo busca su fuerza en la identificación con la tribu, después “nación”, y con el jefe de la tribu, después el patriarca de la tribu y el rey de la nación. Con esto, ha nacido ya la estructura del vasallo; el anclaje estructural de la subyugación humana queda asegurado.

La revolución social de la Unión Soviética, en su fase inicial, sigue el mismo proceso, pero a la inversa: la restauración de las condiciones del comunismo primitivo a un nivel más alto, civilizado, y la reversión de la sexualidad, de su repulsa a su aceptación.

Según Marx, una de las tareas principales de la revolución social es la abolición de la familia. (Con esto, claro está, se refiere a la familia coercitiva.) Lo que Marx había deducido teóricamente partiendo del proceso social tuvo más tarde su confirmación en el desarrollo de la organización social en la Unión Soviética. La antigua familia comenzó a ceder su puesto a una organización que tenía ciertas semejanzas con el antiguo clan de la sociedad

primitiva: *la colectividad socialista* en la industria, en la escuela, en la agricultura, etc. La diferencia entre el antiguo clan y la colectividad socialista estriba en que el primero está fundado sobre la relación de consanguinidad y sobre esa base llega a ser unidad económica, mientras que la colectividad socialista no está fundada sobre la consanguinidad sino sobre la comunidad de función económica; la unidad económica conduce necesariamente a relaciones personales que forman también una colectividad sexual. *Así como en la sociedad primitiva la familia destruye el clan, así la colectividad económica destruye la familia en el comunismo.* El proceso se invierte. Si se sostiene la familia ideológica o estructuralmente, se frena el desarrollo de la colectividad. Si la colectividad es incapaz de superar esta obstrucción, se destruye a sí misma entre las barreras de la estructura familiar humana, como ocurrió con las comunas de jóvenes (véase el capítulo 5). El proceso de las primeras etapas del desarrollo comunista se caracteriza por el conflicto siguiente: colectividad económica que se esfuerza por la obtención de la independencia sexual por un lado, y estructura de los individuos, familiar, dependiente, negadora de la sexualidad por otro lado.

CAPÍTULO II

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

1. UNA LEGISLACIÓN PROGRESISTA

La legislación sexual soviética era la más clara expresión del primer ataque de la revolución sexual contra el orden sexual negador de vida. Esta legislación puso, literalmente, al revés la mayor parte de las tradiciones. Veremos cómo allí donde este cambio no fue completo, la reacción sexual levantó cabeza muy pronto, por ejemplo, en lo referente al matrimonio y al aborto, cuestiones en que la legislación era un tanto lagunar. Para mejor comprender la antítesis entre la regulación moralizadora y la regulación de la economía sexual, es preciso comparar la legislación revolucionaria con la legislación zarista anterior. Es superfluo probar con detalle que las leyes sexuales liberales y “democráticas” no son diferentes de las zaristas en principio, y en lo que respecta a represión sexual, la diferencia es mínima; las medidas de reglamentación autoritaria y moralizadora de la sexualidad, en el fondo, son siempre las mismas. Es importante tener esto presente, porque ya se ha dicho que las medidas soviéticas no hicieron sino sustituir el orden capitalista por otro orden autoritario, que, por ejemplo, las leyes soviéticas sobre el matrimonio no eran más que una abolición de la represión, pero no una regulación fundamentalmente *distinta*. La esencia de ese «orden» distinto es, precisamente, el problema de la economía sexual.

Veamos, en primer lugar, algunas muestras de la legislación zarista:

Art. 106. El marido está obligado a amar a su esposa como a su propio cuerpo, a vivir en armonía con ella, a honrarla, a ayudarla cuando esté enferma. Está obligado a sustentarla según su situación y posibilidades.

Art. 107. La esposa está obligada a obedecer a su marido como a jefe que es de la familia, a reservarle amor, respeto y obediencia ilimitada, a concederle todos los favores y a demostrarle todo su afecto como ama de casa.

Art. 164. *Los derechos de los padres*: El poder de los padres se extiende a los hijos de ambos sexos y de todas las edades.

Art. 165. Los padres tienen derecho a usar medidas correctivas domiciliarias para enmienda de hijos díscolos y desobedientes. Si estas medidas son insuficientes, los padres tienen derecho a:

- 1) Hacer encarcelar a los hijos de ambos sexos por desobediencia voluntaria a los padres, por inmoralidad o por otros vicios notorios.
- 2) Iniciar proceso judicial contra los hijos. A petición de los padres, la condena por desobediencia voluntaria, inmoralidad y otros vicios notorios es la prisión de dos a cuatro meses, sin que se celebre juicio especial. En tales casos, los padres tienen el derecho de abreviar o suspender la pena según lo estimen oportuno.

Veamos cómo se expresa aquí la reglamentación moral autoritaria: los cónyuges son constreñidos por una obligación moral con el apoyo de la ley. El marido *debe* amar a su esposa, ya pueda o no; la esposa *debe* ser obediente ama de casa; es imposible cambiar una situación que haya llegado a ser angustiada. La ley va tan lejos que exige a los padres el uso de su poder en interés del Estado autoritario: contra “la desobediencia voluntaria a los padres” (que tienen un poder idéntico al del Estado), para la formación de estructuras serviles en los hijos; contra “la conducta inmoral y otros vicios notorios”, para asegurar los *medios* propios destinados a producir esta estructura.

Frente a una confesión tan franca e ingenua por parte del orden patriarcal, parece mentira que el movimiento revolucionario no comprendiera (y no comprenda todavía) mejor que la represión sexual es el medio esencial de subyugación humana. La economía sexual no tenía por qué descubrir el contenido y los mecanismos de la represión; están bien a la vista en todas las legislaciones y culturas patriarcales. El problema es, más bien, saber por qué *no se ve* esto, por qué no se utilizan las armas poderosas que nos pone en la mano esa cándida confesión. La legislación zarista, como cualquier otra legislación sexual reaccionaría, ilustra y corrobora la tesis de la economía sexual: *el objetivo del orden moral autoritario es la subyugación sexual*. Allí donde encontremos la reglamentación moral y su brazo derecho, la represión sexual, no hay verdadera libertad.

La importancia que la revolución social concede a la revolución sexual cobra toda su evidencia por el hecho de que Lenin publicó el 19 y 20 de diciembre de 1917, los decretos a este propósito. Uno se refería a la “Disolución del matrimonio”; para decir verdad, su contenido no era tan explícito como su título. El otro se titulaba: “El matrimonio civil, los niños y registro matrimonial.” Estas dos leyes desposeían al marido de sus prerrogativas en la familia, otorgaban a la mujer pleno derecho a decidir por sí misma en lo económico y en lo sexual, y declaraban que, como era natural, la mujer podía elegir libremente su apellido, su domicilio y su ciudadanía. Por supuesto, estas leyes no hacían más que garantizar en lo exterior el libre desarrollo de un proceso

que estaba por venir. Era evidente que la ley revolucionaría apuntaba a la abolición del poder patriarcal. Privar del poder a la clase rectora significaba al mismo tiempo la eliminación del poder del padre sobre los miembros de la familia y de la representación del Estado *en el interior* de la familia coercitiva como célula formadora de la sociedad de clases.

Si la revolución hubiera conocido con precisión las relaciones que hay entre el Estado autoritario y la familia patriarcal, y hubiera obrado en consecuencia, se habría evitado no solamente muchas discusiones inútiles y errores, sino también muchas enojosas regresiones. En particular, habría sabido utilizar las palabras y medidas convenientes para hacer entrar en razón a los representantes de la vieja ideología moral que comenzaban a bullir por todas partes. Éstos detentaban los más altos puestos de la función pública sin que los dirigentes del movimiento revolucionario imaginaran el daño que estos funcionarios causaban.

La disolución del matrimonio coercitivo, siguiendo la tendencia general del sistema soviético de simplificar la vida, se podía obtener con toda facilidad. Una relación sexual, que todavía se llamaba «matrimonio», podía disolverse tan fácilmente como se había establecido. El único requisito era el consentimiento mutuo de los interesados. Nadie podía forzar a otra persona a unas relaciones contrarias a su voluntad. Así pues, ya no era el Estado el que decidía sobre las relaciones entre dos personas sino la libre voluntad de éstas. En tales condiciones, los “motivos de divorcio” eran un contrasentido. Si un individuo quería abandonar una relación sexual, no tenía que dar explicaciones. Matrimonio y divorcio eran meros asuntos privados.

No era obligatorio inscribir en el Registro civil una relación. No se perseguían las relaciones con terceras personas, aunque una relación constara en el Registro. Sin embargo, ocultar una nueva relación se consideraba como “fraude”. La obligación de pagar una pensión se tenía por “medida transitoria”. La obligación duraba seis meses después de la separación y no tenía lugar si quien se hacía acreedor a ella podía trabajar y era capaz de cubrir sus necesidades por sí mismo. Estaba claro que la obligación de pagar una pensión se consideraba como una medida transitoria, ya que la tendencia soviética señalaba la plena independencia económica de todos los miembros de la sociedad como un objetivo necesario. Durante los primeros años, esa obligación tenía el cometido de ayudar a superar las primeras dificultades que se oponían a la plena libertad personal y económica. Se debía tener en cuenta que la familia coercitiva estaba abolida por la ley, pero no en la realidad. Mientras que la sociedad no pueda garantizar la seguridad de todos los adolescentes y adultos, la familia se reserva esta garantía y es ésta su única razón de ser. Así pues, el Registro civil y la pensión se habían pensado como medidas transitorias. Si un hombre había vivido en matrimonio registrado durante un cierto tiempo, y se había encargado del sustento de su familia, iba en perjuicio de ésta que él contrajera nuevas obligaciones. Si no ponía en conocimiento de su esposa las nuevas obligaciones, era reo de fraude porque su conducta perjudicaba a la mujer. De esta situación familiar resultaba una contradicción en el sentido de la ley soviética que garantizaba explícitamente la libertad personal, incluso en las relaciones con varias personas.

Vemos aparecer aquí por primera vez una contradicción práctica entre la ideología soviética liberal que con la ley del matrimonio había anticipado la deseada libertad sexual, y las condiciones reales de la vida familiar. La obligación de pagar una pensión a la mujer, interesada porque ella no ha conseguido *todavía* su independencia, está en conflicto con la lucha por la libertad. Más tarde, encontraremos otras muchas contradicciones. Lo que es importante no es que tales contradicciones existieran, sino de qué modo fueron resueltas, es decir, interesa saber si la solución estaba orientada en el sentido del objetivo original de libertad, o en el sentido de la regresión.

Así pues, la legislación soviética presenta, por un lado elementos que anticipan ideológicamente el resultado final perseguido, y elementos que tienen en cuenta el período de transición, por otro lado. Sólo si se sigue paso a paso la evolución dinámica de estas contradicciones entre el objetivo propuesto y las condiciones del momento se podrá comprender el sofoco progresivo de la revolución sexual en Rusia.

Se suele recurrir a Lenin para dar autoridad a ciertas actitudes culturales y sexuales reaccionarias. Pues bien, conviene que se recuerde con qué claridad había visto Lenin que la legislación sola no era más que el comienzo de la revolución sexual y cultural.

Las discusiones acerca del “nuevo orden de la vida personal y cultural” (*Nowij Byt*) duraron varios años entre todo tipo de personas. Se mostraba un entusiasmo y una actividad que sólo podían tener aquellos que acaban de arrojar pesadas cadenas y se dan perfecta cuenta de que deben reconstruir enteramente su vida. Estas discusiones sobre la “cuestión sexual” comenzaron con la revolución, se amplificaron más tarde y se extinguieron, por fin.

¿Por qué se extinguieron y cedieron su lugar a un movimiento reaccionario? Eso precisamente es lo que intentaremos comprender en este libro. Es significativo que en 1925, cuando, después del informe de Fanina Halle, estas discusiones sobre la revolución sexual alcanzaban su punto culminante, el comisario Kursky creyera oportuno encabezar un nuevo proyecto de ley conyugal con estas palabras de Lenin:

“Ciertamente, las leyes solas no bastarán, y nosotros no podemos, de ninguna manera, contentarnos con decretos. Por lo que respecta a legislación, hemos hecho todo lo que se nos podía exigir para equiparar la situación de la mujer y la del hombre. Tenemos derecho a estar orgullosos: en la actualidad, la situación de la mujer en la Unión Soviética es tal que, incluso en las naciones más progresistas, se la podría considerar como ideal. No obstante, decimos que esto no es más que el comienzo.”

¿El comienzo *de qué*? Si se estudian estas discusiones, que apasionaron en aquel tiempo a tanta gente, se ve que los conservadores disponían de todo el tesoro de viejos argumentos y “pruebas”, mientras que los progresistas, los revolucionarios, sentían muy bien que en lugar de lo “pasado” debía introducirse lo “nuevo”, pero no eran capaces de encontrar la expresión apropiada para explicar la “novedad”. Combatieron con ardor y sin fatiga, pero cedieron y fracasaron en la discusión en primer lugar, porque se forjaban sus

armas ellos mismos y debían buscar sus argumentos en la vida, todavía en sus albores, de la revolución, y además, porque eran prisioneros de las viejas nociones de las cuales no lograban evadirse.

Todo esfuerzo por descubrir las contradicciones de la revolución cultural soviética sería vano si no se consiguiera comprender este combate, el más trágico de todos los combates revolucionarios, y, así, armarse mejor contra la reacción sexual cuando la sociedad tenga una nueva ocasión de reorganizar la vida humana.

En la Unión Soviética, nadie estaba preparado, ni teórica ni prácticamente, para enfrentarse con las dificultades que la revolución cultural traía consigo. Estas dificultades procedían, en parte, del desconocimiento de la estructura psíquica heredada del patriarcado zarista, y en parte del carácter de transición del movimiento revolucionario.

2. ADVERTENCIAS DE LOS TRABAJADORES

Se cree generalmente que el elemento esencial de la revolución sexual soviética era el cambio operado en la *legislación*. Sin embargo, el aspecto legislativo, como cualquier otro cambio formal, no tiene significación social más que si “lega a las masas”, es decir, si modifica su estructura psicológica. Una ideología o un programa adquieren fuerza revolucionaria de dimensiones históricas sólo si pueden cambiar *profundamente* la vida instintiva y emocional de las masas. El tan traído y llevado “factor subjetivo de la historia” no es más que la estructura psíquica de las masas. Esta estructura de las masas es la que determina el desarrollo de la sociedad, ya sea tolerando pasivamente la tiranía y la represión, ya sea amoldándose a los procesos técnicos de desarrollo promovidos por los poderes del momento, ya sea, en fin, tomando parte activa en el progreso social, por ejemplo, en una revolución. Ninguna teoría de la historia puede ostentar el calificativo de revolucionaria si considera la estructura psíquica de las masas como un simple resultado de procesos económicos, y no, también, como su motor.

Por consiguiente, no ha de juzgarse el *resultado* de la revolución sexual por las leyes que fueron promulgadas (que no indican más que el estado de espíritu circunstancialmente revolucionario de los *dirigentes* bolcheviques), sino sólo por el efecto producido en la enorme mayoría del pueblo ruso tras su promulgación y por el desenlace de esta lucha en busca de una “nueva forma de vida”.

¿Cómo reaccionaron las masas ante los cambios legislativos? ¿Cómo reaccionaron los funcionarios comunistas de baja graduación, en estrecho contacto con las masas? ¿Cuál fue la actitud ulterior de los dirigentes?

Alexandra Kollontay, que se interesó desde muy pronto por el problema sexual, refiere en su obra “*La nueva moralidad y la clase obrera*”, p. 65:

“Cuanto más se prolonga la crisis sexual, más difícil resulta su solución. Es como si los individuos no acertaran a elegir el único camino que conduce a la salida de este laberinto. Asustados, van de un extremo al otro, sin ver la puerta que guarda el secreto del eterno problema sexual.

Esta crisis ya no respeta ni siquiera a los campesinos. Como *la peste*, no mira a su paso si encuentra castillos o chozas, hogares apacibles o viviendas desgraciadas; todo lo invade sin que importe el rango ni la riqueza, se filtra por entre las rejas y quebranta los cerrojos... Sería *craso error* pensar que entre las mallas de esta red revolotean solamente los representantes de la vida fácil y acomodada. La ola turbulenta de la crisis sexual inunda también las casas obreras y provoca en ellas dramas no menos violentos ni menos lacerantes que los conflictos de la burguesía refinada.”

Así pues, la crisis sexual de la pequeña y privada vida familiar campaba por sus fueros. La nueva legislación matrimonial, la “abolición del matrimonio”, habían dado vía libre solamente en lo exterior; la verdadera revolución sexual presentaba su batalla en la estrecha vida cotidiana: el hecho en sí de que los dirigentes de un Estado se preocupen del problema sexual era ya una pequeña revolución; después, fueron los funcionarios subalternos quienes tomaron las riendas del problema. Al principio del hundimiento del antiguo sistema, se produjo el caos. Los portadores de la revolución, simples e iletrados, se aproximaron al monstruo con gallarda intrepidez, mientras que los «instruidos» y refinados representantes de la “cultura” escribían “tratados” aunque no se dieran cuenta cabal del proceso histórico que tenían delante.

En su opúsculo “*Cuestiones de la vida cotidiana*”, Trotsky llamó la atención del público soviético sobre los pequeños problemas de la vida. ¡Pero olvidó la cuestión sexual! Pidió a los funcionarios que expusieran sus ideas sobre los problemas prácticos de la vida diaria: casi todos tocaron la “cuestión familiar”, y no los problemas jurídicos y sociológicos de la familia, sino las dificultades de la vida *sexual*. Antes, la vida sexual había estado estrechamente asociada a la unidad económica familiar; ahora, cuando la familia se hundía, la vida sexual planteaba problemas desconocidos.

Durante los primeros años de la revolución, los funcionarios subalternos se comportaron de manera ejemplar. Los *comienzos* de la revolución sexual, como núcleo de la revolución cultural, fueron totalmente satisfactorios, no sólo desde el punto de vista legislativo, sino también por el modo en que la gente se percataba de las dificultades y veía los problemas. He aquí algunos ejemplos en confirmación de lo dicho.

El funcionario Kosakov manifestó lo siguiente:

“Exteriormente, la vida familiar ha cambiado, es decir, se adopta una actitud más simple a este respecto, pero la raíz del mal subsiste: no se han aliviado las preocupaciones cotidianas del individuo como miembro de la familia y continúa la dominación de un miembro de la familia sobre los demás. La gente lucha por una vida en común, y si las perturbaciones familiares impiden lograrlo, los individuos se agitan y caen en la neurastenia.”

En pocas palabras, Kosakov pone de relieve los problemas siguientes:

- 1) exteriormente, la familia ha cambiado; interiormente, la situación es la misma de siempre;
- 2) la familia actúa como freno de la acción revolucionaria por la instauración de una vida colectiva;
- 3) la inhibición familiar es causa de daños síquicos en los miembros de la familia, es decir, reduce su entusiasmo y rendimiento en el trabajo, y provoca la neurastenia con todas sus consecuencias.

Las intervenciones siguientes hacen resaltar la desintegración progresiva de la familia provocada por la revolución económica:

Kobosev:

“Sin lugar a dudas, la revolución ha producido cambios notables en la vida familiar del obrero; sobre todo, cuando los dos, marido y mujer, trabajan fuera de casa, la esposa se considera con independencia económica y con derechos iguales. También se van superando ciertos prejuicios: que el hombre es el jefe de la familia, por ejemplo. La familia patriarcal se desintegra. Por influencia de la revolución, tanto en la familia obrera como en la familia campesina se nota una fuerte tendencia a la separación, a la vida independiente, tan pronto como las condiciones materiales lo permiten.”

Kulkov:

“Es evidente que la revolución ha cambiado la vida familiar, las actitudes con respecto a la familia y a la emancipación de la mujer. El marido está acostumbrado a considerarse como jefe de la familia... Además, está la cuestión religiosa, el hecho de que la mujer se ve privada de la satisfacción de sus necesidades consideradas como burguesas. Puesto que, de todos modos, con los medios disponibles no se puede hacer gran cosa, comienzan los escándalos. La mujer, por su parte, reclama una mayor libertad, el derecho de llevar sus hijos a algún lugar para poder ir ella con su marido, más a menudo, donde él vaya. Esto es causa de todo género de escenas y escándalos que conducen no pocas veces al divorcio. *Los comunistas, ante estos problemas, suelen decir que la familia, y en particular las disputas entre marido y mujer, son un asunto privado.*”

Las dificultades denominadas aquí “cuestión religiosa” y “privación de la mujer en la satisfacción de sus necesidades burguesas” pueden considerarse, sin titubeos, como la expresión del conflicto entre los lazos familiares y la propensión a la libertad sexual. Los escándalos, como resultado de la falta de comodidades materiales, de habitaciones apropiadas sobre todo, eran inevitables. La actitud para con la sexualidad, como “asunto privado”, era improcedente; revelaba, esencialmente, la incapacidad de los miembros del partido comunista para realizar la revolución en la vida personal; así ellos recurrían a fórmulas jurídicas porque no sabían responder de otra manera. Es lo que nos explica con toda claridad el funcionario Markov:

“Me permito advertir que nuestra falsa interpretación del concepto de “amor libre” puede acarrear consecuencias desastrosas. El resultado ha sido que los comunistas, con este amor libre, han traído al mundo una multitud de niños. La guerra nos cargó con innumerables inválidos. Esta idea errónea del amor libre nos los echará sobre las espaldas en mayor cantidad y de peor calidad. Debemos tener la valentía de reconocer que no hemos hecho nada en materia de educación para sanear las ideas de los trabajadores sobre este particular. Es más, estoy convencido que cuando sea preciso enfrentarse con estos problemas, seremos incapaces de encontrar la debida solución.”

Esto no significa que a los comunistas les faltaran arrestos para cumplir sus funciones; pero su buena disposición no les bastaba porque, como veremos más adelante, con los conocimientos heredados no podían resolver este tipo de dificultades.

Consideradas en la perspectiva del tiempo, estas manifestaciones eran como una extraordinaria sinfonía en la que los acordes y temas finales se adivinaban ya en los primeros compases; anunciaban la tragedia. Decía el funcionario Koltsov:

“No se habla jamás de estas cuestiones. Es como si hubiera una razón misteriosa para evitarlas. Yo mismo, nunca he reflexionado mucho sobre estos problemas que son nuevos para mí. Sin embargo, los considero muy importantes y deberían discutirse. ¿Por qué no llegan a las columnas de la prensa?”

El funcionario Finkovski dio una de las razones del temor a lo sexual:

“Se habla difícilmente de este tema porque nos concierne a todos muy de cerca... En mi opinión, no se aborda porque nos pondría furiosos. Todos sabemos que se tocarían puntos peligrosos; por ejemplo, el de la educación y sustento de todos los niños de los trabajadores a cargo del Estado, o el de la total liberación de la mujer, etc. Los comunistas suelen fijarse como meta un futuro de rosas y eso no debería autorizarles a huir de las espinas del momento... Los trabajadores saben que en las familias de los comunistas estos problemas son todavía más agudos que en las suyas propias.”

Tseitlin demostró su instinto revolucionario con estas palabras:

“En la literatura, las cuestiones del matrimonio y de la familia, de las relaciones entre el hombre y la mujer no han sido tratadas, en absoluto. Y, sin embargo, son precisamente las cuestiones que interesan a los trabajadores, hombres y mujeres. Cuando, en nuestras reuniones, se van a discutir estos temas, ellos lo saben y acuden masivamente. El pueblo siente que nosotros escamoteamos estos problemas, y, en realidad es lo que hacemos. Yo sé que ciertas personas dicen que el partido comunista no tiene ideas claras a este respecto. En todo caso, *los trabajadores*, hombres y mujeres, insisten sobre estas cuestiones y no reciben respuesta.”

Estas tomas de posición por parte de trabajadores que carecen de instrucción sexológica y adquieren todo su saber en la vida diaria, valen mucho más que todos los tratados eruditos acerca de “sociología de la familia”. Prueban que la abolición del sistema autoritario despertó facultades mentales y críticas que antes dormían.

Tseitlin, por ejemplo, sin experiencia o conocimiento sexológico, expuso con precisión el pensamiento de la economía sexual: el interés del individuo ‘promedio’ no es político, sino sexual. Veía con claridad que las masas criticaban (aunque no lo hicieran explícitamente) la actitud de retirada en los jefes revolucionarios ante los problemas sexuales. Se daba cuenta de que ellos no tenían ideas definidas en este campo y por eso huían. No obstante, las masas buscaban una respuesta que llenara este vacío.

Tampoco faltaban los que desenterraban fósiles históricos, o los que se andaban por las ramas, incapaces de infundir savia nueva a las viejas teorías. Refiere Gordon que en una conferencia, programada para tratar la cuestión social, el orador habló solamente de “*El origen de la familia...*” de Engels, sin añadir nada nuevo.

No digo, que eso fuera malo; digo que debería haber relacionado la obra de Engels con la situación actual; pero es eso, precisamente, lo que no somos capaces de hacer. Y, sin embargo, es la cuestión que está al rojo vivo.

Los funcionarios se preocupaban visiblemente por el interés del pueblo en informarse sobre el tema sexual y saber en qué consistía el nuevo orden de las relaciones sexuales. La gente reclamaba libros y folletos baratos, pero de calidad, para aclarar ideas. Se hablaba de “familia” y se quería decir “sexualidad”. Se sabía que lo Antiguo estaba podrido y era insostenible, pero se intentaba meter lo Nuevo en los viejos moldes, o peor todavía, en términos puramente económicos. Representémonos la vida diaria concreta. Así veía Lissenco, un funcionario en Moscú, las escenas callejeras: “los niños hacían tonterías”; jugaban, por ejemplo, al “Ejército rojo”. Se reconocía en eso un “regusto” de militarismo, que, sin embargo, se consideraba “bueno”. Pero, de vez en cuando, se veían “otros” juegos, que eran “peores”, a saber, juegos sexuales y era sorprendente que nadie interviniera. Pero se daban vueltas y más vueltas al asunto por encontrar el modo de llevar a los niños al “buen camino”.

El elemento revolucionario aparecía en la intuición de que *no se debía intervenir*; la ansiedad sexual conservadora hacía que surgiera la preocupación. Si la nueva forma de pensar no hubiera entrado en colisión con la antigua, en forma de ansiedad sexual, nadie se habría preocupado de volver a los niños al “buen”, es decir, asexual camino; en lugar de eso, se habrían examinado con atención las manifestaciones de la sexualidad infantil y se habría pensado en la mejor manera de atenerse a los hechos. Pero como infancia y sexualidad no parecía que pudieran darse la mano, sobrevenía el miedo y se tomaban por degeneradas estas manifestaciones totalmente naturales.

Los revolucionarios advertían:

“Se nos dice con frecuencia que hablamos sólo de temas generales. Deberíamos hablar, más bien, de los problemas de cada día.”

Aplicado en concreto a los juegos infantiles, esto significaba:

- 1) ¿Debemos favorecer o impedir estos juegos?
- 2) ¿Es o no es natural la sexualidad infantil?
- 3) ¿Cómo debemos comprender y regular la relación entre la sexualidad infantil y el trabajo?

Las comisiones de control estaban desconcertadas. Los funcionarios dijeron:

“No hay motivo de preocupación. Los comunistas irán a vivir con los trabajadores y les mantendrán a raya. Si no vivimos con ellos, perderemos el contacto con las masas.”

Pero la tarea no terminaba con ese contacto; era preciso, además, utilizarlo para solucionar problemas concretos. Intentar “mantener las masas a raya” significaba que no se sabía cómo habérselas con las nuevas manifestaciones de la vida que se desenganchaban entonces de las cadenas del poder autoritario; eso significaba también la sustitución de este último por un nuevo poder autoritario en el mismo sentido que el antiguo. La tarea consistía, sin embargo, en introducir un *nuevo* tipo de autoridad que permitiera a las masas ir ganando su independencia para que, por fin, pudieran librarse de la autoridad siempre vigilante.

Los dirigentes, incapaces de expresar exactamente su dilema, estaban ante la alternativa de lanzarse hacia adelante, al encuentro de las nuevas formas de vida, o volver al pasado. Como el partido comunista no tenía a su disposición una teoría de la revolución sexual, como, por otra parte, el análisis histórico de Engels no explicaba más que el substrato social y no la naturaleza de la revolución en marcha, se trabó un combate que puso ante los ojos de las generaciones venideras los dolores de parto de una revolución cultural.

Al principio, cabía el consuelo de atribuir las dificultades a la insuficiencia de medios económicos. Pero la actitud de “en primer lugar, las cuestiones económicas, *después* las de la vida diaria”, era desacertada y ponía de manifiesto la falta de preparación para las formas aparentemente caóticas de la revolución cultural. A menudo no era más que un subterfugio. Es verdad que una sociedad exhausta después de la guerra civil, incapaz de instalar en seguida cocinas públicas, lavanderías y jardines de infancia, debe, ante todo, pensar en resolver su situación económica. Es la condición indispensable para una revolución cultural, y en particular sexual. En un país donde el retraso y la incultura eran tan calamitosos como en la Rusia anterior a la revolución, había que educar, en primer lugar, a las masas de obreros y campesinos para que pusieran en práctica los más elementales principios de la convivencia: limpieza corporal, uso del cepillo de dientes; no escupir, no encolerizarse, etc. No se trataba solamente de elevar a las masas hasta el nivel cultural de los países capitalistas; ésa era la tarea más urgente, pero había que explicar, además, la *naturaleza* de la «nueva cultura», de la cultura «socialista», «revolucionaria».

Al principio, nadie tenía la culpa. La revolución había encontrado problemas imprevistos y no se podían tomar medidas para atajarlos hasta que las dificultades, ya en su punto álgido, no exigieran inmediata solución. La marcha atrás era inevitable. No se debe olvidar que se trataba de la primera revolución social coronada por el éxito. La lucha para dominar las condiciones económicas y políticas fue muy difícil.

Pero hoy vemos con toda claridad que la revolución cultural planteaba problemas infinitamente más complicados que la revolución política. No podría ser de otro modo. La revolución política exige solamente una dirección competente y decidida que cuente, además, con la confianza de las masas. Sin embargo, la revolución cultural exige una modificación de la estructura psíquica en los individuos de las mayorías. En aquel entonces se disponía, apenas, de algún que otro conocimiento científico y de muy pocos medios prácticos.

He aquí algunas indicaciones sobre los resultados en 1935: el 29 de agosto de 1935, el *"Weißbühne"* publicó un artículo alarmante de Luis Fischer acerca del amplio avance realizado por las ideologías sexuales reaccionarias en la Unión Soviética. El hecho de que fuese un periódico comunista el que publicara el artículo demuestra el peligro de la situación. Este artículo destaca los hechos siguientes:

En las viviendas, ya excesivamente ocupadas de la ciudad, los jóvenes no encuentran sitio para su vida de amor. Se inculca a las muchachas que el aborto es nocivo, peligroso e indeseable, que sería mucho mejor dar a luz. En un film, *"La vida privada de Pedro Vinogradov"*, se hace propaganda en favor del matrimonio convencional. Es un film, escribe Fischer, que:

"obtendría el aplauso de los círculos más conservadores de los países conservadores".

Se puede leer en *Pravda*:

"En el país de los soviets, la familia es algo muy importante y muy serio."

Fischer dice que los bolcheviques nunca se han ocupado con eficiencia del problema familiar. Sabían que hubo épocas de la historia en que la familia no existía; admitían también teóricamente la disolución de la familia, pero no la han suprimido, sino que, al contrario, la han reforzado. El régimen, que ya no tenía motivos para temer la mala influencia de los padres, saludaba "la necesidad de la influencia moral y cultural de la familia", es decir, la función represiva sexual de la generación adulta sobre los jóvenes.

Un editorial de *Pravda* de 1935 asegura que un mal padre de familia no puede ser un buen ciudadano soviético. "Una afirmación de este tipo no se hubiera podido imaginar en 1923", comenta Fischer:

"En la Unión Soviética, sólo el amor grande, puro y sin condiciones, puede y debe ser la razón del matrimonio." Y: "Aquel que todavía hoy sostenga que defender la familia es propio de burgueses, pertenece él mismo a la más baja especie de burguesía. La prohibición del aborto en la primera gestación terminaría probablemente con muchos amoríos, con muchos casos de promiscuidad y favorecería el «matrimonio en serio»".

En los periódicos, los artículos de profesores sobre la gran nocividad del aborto aparecían cada vez más numerosos.

“Cuando la prensa diaria trueno contra el aborto, cuando a esta propaganda acompaña la exaltación de festejos y ceremonias matrimoniales; cuando se pone por las nubes la santidad del deber conyugal y cuando las madres de trillizos y cuatrillizos reciben premios especiales; cuando se escriben artículos sobre mujeres que jamás han recurrido al aborto y cuando se elogia públicamente a una maestra de escuela, mal pagada, madre de cuatro niños porque no se niega a tener el quinto a pesar de “las dificultades de sacarlos a todos adelante”; entonces —escribe Fischer— todo eso nos hace pensar en Mussolini.”

Se ha ganado una seguridad interior y exterior; por eso, se cree que se debe aumentar el cupo de nacimientos... Se proscribirán también los “devaneos amorosos de verano”. Las muchachas que resisten a la tentación sexual ya no son tachadas de “conservadoras” o incluso de “contrarrevolucionarias”, porque “el fundamento de la familia debe ser el amor y no la satisfacción de las necesidades físicas”.

Estas pocas citas demuestran que la ideología sexual de los círculos dirigentes soviéticos ya no se diferencia de la ideología de los grupos dirigentes en cualquier país conservador. No cabe duda que se retrocede al moralismo negador de vida. Queda por ver la actitud que adoptarán los jóvenes y la masa de trabajadores industriales. La ideología oficial de la Unión Soviética ha tenido su repercusión en Europa occidental. Leemos en *L'Humanité* del 31 de octubre de 1935:

“¡Salvemos a la familia! Ayudadnos a lanzar nuestra gran encuesta en interés del derecho al amor. Se sabe que decrece la natalidad en Francia a un ritmo asombroso... Los comunistas se encuentran ante una realidad alarmante. El país que ellos deben transformar, el mundo francés que intentan construir, corre peligro de mutilación, atrofia, depauperación en hombres.

La malignidad del capitalismo decrepito, la inmoralidad que propaga, el egoísmo que siembra, la miseria que crea, la crisis que produce, las enfermedades sociales que esparce, los abortos clandestinos que provoca, *destruyen a la familia.*

Los comunistas quieren luchar en defensa de la familia francesa.

Han roto, una vez por todas, con la vieja tradición burguesa — individualista y anarquista— que hace de la esterilización un ideal.

Quieren heredar un país fuerte, una raza numerosa. El ejemplo de la Unión Soviética les indica el camino. Pero es preciso, *desde ahora mismo*, emplear los medios eficaces para la *salvación de la raza.*

En mi libro *“La desgracia de ser joven”*, yo recordaba las dificultades que encuentran hoy los jóvenes para fundar un hogar, y defendía, a su lado, el *derecho que tienen al amor.*

El derecho al amor, amor del hombre y de la mujer el uno para el otro, amor del niño, amor filial, ése será el tema de nuestra nueva gran encuesta... que será alentada por las cartas de nuestros lectores relatando sus dificultades, sus angustias y sus esperanzas. Esta encuesta examinará los medios para salvar a la familia francesa asignando a la maternidad, a la infancia y a *las familias numerosas el lugar y las ventajas que deben tener en el país*. Escribidnos, jóvenes, escribidnos, padres y madres...”

P. Vaillant-Couturier.

Así piensa un comunista que rivaliza con los nazis en lo tocante a teorías racistas y a incentivo de las familias numerosas. La publicación de tal artículo en un órgano socialista es una verdadera catástrofe. La lucha es desigual: los fascistas entienden mucho mejor este asunto.

Una actitud crítica arrogante y una denuncia de los errores ajenos sería la señal segura de un craso desconocimiento de la situación. En primer lugar, es preciso darse cuenta de la amplitud, complejidad y diversidad de las tareas pendientes. Ésta es la condición más importante para poder abordar este tipo de proceso histórico con el arrojo y un pundonor necesarios.

En la revolución cultural rusa, la “nueva forma de vida” se abrió brecha, pero no fue comprendida y las viejas formas frenaron su impulso. El pensar y el sentir tradicionales se infiltraban en las nuevas maneras. Lo Nuevo, que se había desembarazado de lo Antiguo, luchó por encontrar su expresión clara, pero al no conseguirlo, se hundió.

Debemos intentar comprender de qué modo lo Nuevo fue sofocado por lo Antiguo para estar mejor preparados en la próxima oportunidad.

Debemos aprender de la revolución rusa que el aspecto económico de la revolución, la expropiación de los medios privados de producción y la instauración política de la democracia social (dictadura del proletariado) van acompañadas necesariamente de una revolución en las actitudes frente a la sexualidad y en las formas de relación sexual. De la misma manera en que fue claramente comprendida e impulsada hacia adelante la revolución política y económica debe hacerse con la revolución sexual.

Pero, ¿cuál es el aspecto concreto de este *impulso hacia el progreso* que sucede al colapso del pasado? Casi nadie sabe lo encarnizada que fue la lucha en Rusia por la “nueva forma de vida”, por una vida sexual satisfactoria.

CAPÍTULO III

AMORTIGUAMIENTO DE LA REVOLUCIÓN SEXUAL

1. LAS CONDICIONES GENERALES DEL AMORTIGUAMIENTO

Ya en el año 1923 empezó a notarse una cierta evolución de las condiciones *adversas* a los cambios revolucionarios en la vida personal y cultural; pero no adquirió consistencia hasta los años 1933 y 1934 en que se adoptaron medidas legislativas reaccionarias. Este proceso es un *amortiguamiento* de la revolución sexual y cultural de la Unión Soviética. Antes de examinar las características esenciales de este fenómeno, debemos conocer algunas circunstancias que lo facilitaron.

Desde el punto de vista económico-político, la teoría marxista de la economía y del Estado dirigía, indiscutida, la revolución rusa. Todos los procesos económicos eran medidos con el metro de la teoría del materialismo histórico. Pero cuando se trataba de la revolución cultural —por no hablar de su núcleo, la revolución sexual— ni Marx ni Engels podían ayudar a los dirigentes revolucionarios porque sus textos carecen de investigación y directrices a este respecto. Lenin mismo, en su crítica a un libro de Ruth Fischer ponía de relieve que la revolución sexual, así como todo el proceso sexual de la sociedad, no había sido entendido por el materialismo dialéctico, y que para dominarlo a fondo se necesitaba una experiencia considerable. Decía él que si hubiera quien comprendiese el problema con todas sus implicaciones reales, ese tal podría prestar un Servicio incalculable a la revolución. Ya hemos visto cómo los funcionarios veían que en esto se debía realizar un trabajo en terreno *virgen*. También Trotsky hizo notar en muchos de sus escritos que el tema de la revolución cultural y sexual era nuevo y se interpretaba mal.

Así pues, la primera gran dificultad con que se encontraba la revolución sexual soviética era la carencia absoluta de teorías de la revolución sexual.

Otro lastre pesado que restó impulso al movimiento sexual revolucionario era el bagaje de viejos conceptos y formalismos que arrastraban todavía aquellos que debían guiar esta revolución espontánea. Mencionemos algunos de estos conceptos erróneos heredados del tesoro científico sexual conservador: la existencia sexual es incompatible con la existencia social, es decir, antítesis entre sexualidad y sociabilidad; también, la idea de que ocuparse de lo sexual es un propósito deliberado de desviar la atención que debe concentrarse en la lucha de clases. No se preguntaba *qué tipo* de sexualidad implicaba este desvío de atención, ni en qué condiciones la crisis sexual podía ser un factor decisivo en la lucha de clases; se creía, al contrario, que la sexualidad en sí misma excluye la lucha de clases. Otro concepto falso del moralismo sexual era (y es) la presunta incompatibilidad entre la sexualidad y la cultura. Además, si se hablaba de “familia” cuando se quería decir “sexualidad”, se oscurecía el problema sexual en su conjunto y el de la satisfacción de las necesidades sexuales en particular. Un examen superficial de la historia de las reformas sexuales habría mostrado que la familia patriarcal no es una institución destinada a satisfacer las necesidades sexuales; al contrario, por su carácter de institución económica crea el antagonismo entre los intereses económicos y las necesidades sexuales.

Otra remora en el avance de la revolución sexual era la misma concepción errónea de esta revolución. Según sus portavoces, la caída de la burguesía y la promulgación de las leyes soviéticas “habían producido”, por sí mismas, la revolución sexual, y la solución del problema sexual “sería un hecho” con la toma y ejercicio del poder por parte del proletariado. Se olvidaba que la hegemonía del proletariado y la legislación sexual no proporcionaban más que las condiciones exteriores de un cambio en la vida sexual, pero no eran todavía esa vida deseada. Un terreno que se adquiere para la construcción de una casa está todavía lejos de ser la casa misma; la tarea de construirla empieza ahí precisamente.¹⁰

“La solución del gran problema social, la abolición de la propiedad privada, significaba también, en principio, la solución del problema matrimonial que es esencialmente económico... La tesis comunista dice que la realización progresiva de una organización radicalmente distinta de la vida social precipitará la desaparición del problema del matrimonio como problema social... El amor no correspondido con su peligro de soledad y con sus amarguras no tendrá casi razón de ser en una sociedad que propone tareas y alegrías colectivas y en la que no caben los dolores individuales. Si el comunismo trae consigo la disolución de la familia, desaparecerá automáticamente el problema del matrimonio.”

Esta manera de tratar los problemas intrincados de la psicología de masas es falaz y peligrosa:

“Cambiad la base económica de la sociedad y sus instituciones; así, habréis cambiado también las relaciones humanas.”

Después de los éxitos de los movimientos fascistas, no es lícito ya dudar que las relaciones humanas, en la forma de la estructura psíquica y sexual de los individuos, adquieren un poder autónomo que, a su vez, ejerce una gran influencia sobre la sociedad. Negar esto equivale a eliminar al hombre viviente del acontecer histórico.

En resumen, se habían simplificado en exceso las cosas. Se habían mirado los cambios ideológicos con un criterio demasiado economista. Esto no tiene nada que ver con el marxismo. ¿Cuál es, pues, la repercusión de la ideología sobre la base económica? De eso se habla mucho, pero se entiende muy poco.

La mujer cuya actitud es rígidamente conyugal y familiar se vuelve celosa cuando el marido interviene en la vida política; teme los hechizos de otras mujeres. El marido patriarcal padecerá la misma enfermedad si su esposa pretende hacer carrera política. Los padres, incluso proletarios, no miran con buenos ojos que sus hijas jóvenes militen en grupos organizados. Temen que se “echen a perder”, es decir, que comiencen su vida sexual. Aunque los niños tengan que incorporarse a su grupo u organización, los padres hacen valer sus antiguos derechos sobre ellos. Se horrorizan cuando sus hijos empiezan a mirarlos con ojos críticos. Se podrían multiplicar los ejemplos hasta el infinito.

¹⁰ Véase un ejemplo de estas ideas equivocadas: G. G. L. Alexander, “*Die Internationale*”, Moscú, 1927, XIII

Muchas tentativas para solucionar estos problemas terminaron en simples consignas sobre “la cultura y la personalidad humana”. La revolución sabía perfectamente que era preciso abolir el antagonismo entre naturaleza y cultura; pero, llegada la hora de la realización práctica, los viejos conceptos antisexuales y moralizadores entraban en liza. Así se expresa Batkis, director del *Instituto de Higiene Social de Moscú* en su folleto “*La revolución sexual en la Unión Soviética*”:

“Durante la revolución, la importancia del erotismo y del sexualismo no fue muy destacada porque la juventud se dejaba arrastrar por el ambiente revolucionario y no vivía más que para las grandes ideas. Pero cuando llegó el tiempo más tranquilo de la reconstrucción se temió que la juventud, como en 1905, en ayunas y con ganas, emprendiera el camino del erotismo desenfrenado.

“Sobre la base de las experiencias de la Unión Soviética, digo que la mujer, al experimentar la liberación social y familiarizarse con las funciones sociales, es decir, en el periodo de transición del estado de simple femineidad al de ser humano, *se enfrió, en cierto modo, sexualmente*. Su sexualidad está, aunque tal vez por poco tiempo, reprimida... La tarea de la pedagogía sexual en la Unión Soviética consiste en formar individuos sanos, miembros de la futura sociedad en la que habrá armonía total entre los impulsos naturales y el quehacer social. Para eso, es preciso favorecer todo lo que de creador y constructivo dormita en los impulsos naturales y eliminar todo aquello que pudiera entorpecer el desarrollo de la personalidad en los miembros de la colectividad... El amor libre en la Unión Soviética no es un libertinaje desbocado y selvático, sino la relación ideal de dos personas libres e independientes que se aman.”

También Batkis que, por otra parte es un pensador clarividente, de una formulación acertada, al principio, cae después en los prejuicios manidos: llama “sexualismo” a la sexualidad juvenil y confunde el problema sexual con la “importancia del erotismo”. Se quedaba tan tranquilo afirmando que la mujer se enfría, en cierto modo, pasa del “estado de simple femineidad” al de “ser humano”. Dice que se debe eliminar todo aquello que pudiera entorpecer el desarrollo de la personalidad (hace aquí alusión clara a la sexualidad); opone el “libertinaje” desbocado y selvático a la relación “ideal” de dos “personas libres e independientes que se aman”. Las masas eran prisioneras de estos conceptos. Si se examinan más de cerca esas ideas aparece con toda evidencia su vacío y su carácter antisexual, es decir, reaccionario. ¿Qué significa “libertinaje desbocado”? ¿Se quiere decir con eso que un hombre y una mujer no deberían entregarse en el abrazo sexual? ¿Cuál es la “relación ideal”? ¿La relación en la que los individuos son capaces de un abandono “animal” completo? Pero, en ese caso, ¿son “selváticos”? En resumen, no hay aquí más que palabras que en lugar de ayudar a comprender las realidades y conflictos de la vida sexual, enturbian la verdad para evitar, si fuera posible, el contacto con estas cuestiones incómodas.

¿Dónde está el motivo de esta confusión de pensamiento? En no distinguir entre la sexualidad *patológica* de la juventud, la cual se opone a las realizaciones culturales, y la sexualidad *sana* que es la base fisiológica de estas realizaciones; en el hecho de oponer la simple femineidad (= mujer *sensual*) y el ser humano (= mujer *activa*, sublimadora), en lugar de reconocer en la clarividencia y seguridad sexual de la mujer la base psicológica de su emancipación social y de su actividad; en el hecho de oponer el “libertinaje” y la “relación ideal”, en lugar de reconocer que la posibilidad de un abandono sexual completo en los brazos de la persona amada es la base más segura de la camaradería.

2. MORALIZAR EN LUGAR DE COMPRENDER Y DOMINAR LOS PROBLEMAS

Una de las características esenciales del amortiguamiento de la revolución sexual era la situación caótica que la siguió y que fue juzgada desde un punto de vista moral en lugar de ser vista como la expresión normal de un periodo revolucionario de transición. Se clamoreó que el caos se había adueñado de todo, que todo se venía abajo, que era preciso restablecer la disciplina, que la “disciplina interior debía sustituir a la coerción exterior”. Se acentuaba el “valor” de los lazos entre hombre y mujer, y se hablaba de “cultura individual”. Lo pasado entraba en escena con un nuevo antifaz, porque “la disciplina interior” no puede exigirse; es algo que se tiene o que no se tiene. Si se exigía “una disciplina interior” en lugar de la coerción exterior, se ejercía, de nuevo, una presión externa. Debíó formularse esta pregunta: ¿Cómo lograremos que los individuos se hagan disciplinados voluntariamente, sin que sea necesario forzarlos para ello? La “igualdad de la mujer” era un principio revolucionario. En lo económico, el principio de la igualdad de salarios por trabajos iguales se había llevado a la práctica. En el aspecto sexual, a primera vista, no se objetaba nada contra el derecho de la mujer a formular las mismas exigencias sexuales que el hombre. Pero no radicaba ahí el punto importante. La cuestión era otra. ¿Eran las mujeres interiormente capaces de utilizar su libertad? ¿Lo eran los hombres? ¿No iban todos cargados todavía con su estructura antisexual, moralista, inhibida, lasciva, celosa, reivindicativa y en general neurótica? Era preciso, en primer lugar, comprender la naturaleza del caos reinante, distinguir con precisión las fuerzas revolucionarias de las fuerzas de reacción y de freno, darse cuenta que una forma superior de vida no podía nacer sin dolor.

El amortiguamiento de la revolución sexual espontánea tuvo rápidos efectos en algunos puntos. De las quejas de los funcionarios nos resulta que en las altas esferas del mando se hacían oídos sordos o se subestimaba lo que ocurría. La fórmula más socorrida era la siguiente:

“En primer lugar, los problemas económicos, después nos ocuparemos de los sexuales.”

La prensa estaba casi exclusivamente a disposición de los intereses económicos. No me consta que hubiera periódicos en especial dedicados a tratar los problemas de la revolución sexual.

La influencia de los intelectuales tuvo una importancia decisiva. Su cuna, estructura y manera de pensar les predisponían *contra* la revolución sexual. Evocaban a los viejos revolucionarios que, como consecuencia de las dificultades de su quehacer, no fueron capaces de gozar de una vida sexual satisfactoria; quisieron aplicar a las masas este forzado modo de vida de los dirigentes revolucionarios y forjaron así un ideal. Esto produjo efectos catastróficos. Nunca se puede esperar de las masas lo que las funciones públicas exigen a los dirigentes. Y en definitiva, ¿por qué se debería esperar también eso? Fanina Halle, en lugar de poner en evidencia los efectos desastrosos de esa ideología sobre las masas, hace, por el contrario, su elogio en el libro *La mujer en la Rusia soviética*. Escribe acerca de las antiguas revolucionarias:

“Todas eran jóvenes, muchas de ellas muy hermosas y dotadas de talento artístico (Vera Figner, Ludmila Wolkenstein), femeninas de pies a cabeza y como si estuvieran talladas para la felicidad personal. Sin embargo, llenas de filantropía, rechazaban los factores personales, eróticos y femeninos a un segundo término. Estos rasgos de castidad y de pureza en las relaciones entre los sexos así cultivados y que influenciaron a toda la generación de intelectuales rusos así como a la generación siguiente, dominan todavía hoy en las relaciones entre hombres y mujeres en la Unión Soviética y son causa de asombro continuo para los extranjeros, que tienen muy diferentes ideas sobre este particular...

Esta emancipación completa de todo vulgarismo, esta negación absoluta de las barreras sociales han favorecido el desarrollo de relaciones puras, de estricta camaradería fundado sobre intereses intelectuales comunes...

...Con tanto mayor entusiasmo se aplicaron algunos de estos revolucionarios encarcelados a las matemáticas, y hubo quien de entre estos fanáticos se apasionaba hasta tal punto que sus sueños estaban llenos de números y fórmulas” (pp. 101, 110, 112).

En resumidas cuentas, no sabemos si en esas relaciones “puras” se permite o se prohíbe el acto genital, si incluye o excluye el abandono vegetativo, dejando de lado, por un momento, toda preocupación intelectual. Es un desatino pretender que las masas imiten un ideal, en que las matemáticas adquieren categoría de fascinantes y se convierten en tan excitante sensación que sustituyen a la más natural de las necesidades humanas. No podemos admitir que una tal ideología sea honrada y esté de acuerdo con los hechos. ¡Así no es la vida! La revolución debería defender la vida real de amor y de trabajo, no falsos ideales.

En 1929, supe en Moscú que la juventud recibía instrucción sexual. Pude persuadirme bien pronto de que esta instrucción era antisexual: información sobre las enfermedades venéreas para desaconsejar a la gente las relaciones sexuales. No pude descubrir ni un solo indicio de discusión abierta de los conflictos sexuales de la juventud; solamente la procreación (en teoría).

Cuando pregunté en el Comisariado de Salud pública cómo se trataba la masturbación de los adolescentes, se me respondió: “Por la distracción, naturalmente.” El punto de vista médico, que era aceptado con la mayor naturalidad en todos los centros de higiene sexual de Austria y en muchos de Alemania, según el cual se debía liberar al adolescente de sus sentimientos de culpabilidad haciéndole así posible una masturbación satisfactoria, allí era rechazado como horrible.

Cuando pregunté a la directora de la oficina de Salud materna, Lebedeva, si se instruía a los adolescentes sobre el uso de anticonceptivos, me respondió que una medida de ese tipo no sería compatible con la disciplina comunista. Una tarde, me entretuve con un grupo de jóvenes de una fábrica de vidrio en la periferia de Moscú. Hablamos de temas diferentes y cuando les expliqué cuál era la actitud de las autoridades que habían respondido a mis preguntas, rieron de buena gana. Me dijeron que sobre ese punto sabían muy bien a qué atenerse; por otra parte, noté en ellos los conflictos típicos de la pubertad: no sabían cómo ni dónde citarse con las muchachas y tenían un marcado sentimiento de culpabilidad en lo referente a la masturbación.

La reacción en materia sexual se sirvió, de modo particularmente pernicioso, de algunas declaraciones de Lenin mal comprendidas. Lenin mostró siempre una reserva extremada en la formulación de ideas precisas sobre los problemas sexuales. Sabía muy bien cuál era la tarea de la revolución a este propósito y la resumía así:

“El comunismo no debería traer consigo las prácticas ascéticas, sino la alegría de vivir y la vitalidad con una vida de amor bien colmada.”

Pero el pasaje más conocido, gracias a la actitud reaccionaria en materia sexual de los medios responsables era aquel de la entrevista concedida por Lenin a Clara Zetkin en que él discurre sobre la vida sexual “caótica” de la juventud.

“La nueva actitud de los jóvenes, en cuanto a la vida sexual se refiere, es evidentemente “fundamental” y se deriva de una teoría. Son muchos los que califican su actitud de “revolucionaria” o “comunista” y creen honradamente que es así. Yo, el viejo, no descubro nada de eso. Aunque yo no sea un tenebroso asceta, la así llamada “vida sexual nueva” de la juventud —muchas veces también la de los adultos— roe parece que no es otra cosa sino una réplica aumentada del viejo buen lupanar burgués. Todo eso no tiene nada de parecido con la libertad del amor tal como nosotros, los comunistas, la entendemos. Tú conoces seguramente la célebre teoría según la cual satisfacer el instinto amoroso en la sociedad comunista es tan fácil y accidental como beber un vaso de agua. Esta “teoría-del-vaso-de-agua” ha enloquecido a parte de nuestra juventud. Ha sido nefasta para numerosos muchachos y muchachas. Sus corifeos aseguran que es marxista. No, gracias, por un marxismo que deriva directa e inmediatamente los fenómenos y modificaciones en la superestructura ideológica de la base económica de la sociedad. Que no es tan simple...”

”Racionalismo y no marxismo sería intentar reducir estos cambios ideológicos, desgajados de su contexto en la ideología total, a la base económica de la sociedad. Por supuesto, la sed pide que se la satisfaga. Pero, ¿caería de bruces un individuo normal, en circunstancias normales para beber agua de un charco en medio del lodazal? ¿O solamente de un vaso cuyos bordes están grasientos de muchos labios? Lo que en esto importa más es el punto de vista social. Beber agua es un acto individual. El amor requiere dos personas y puede producir una tercera vida. En esta realidad hay un interés social, un deber hacia la sociedad.”

Intentemos comprender lo que Lenin quería decir con esto. En primer lugar, refutaba el economismo, esa teoría que deriva todo lo cultural de la base económica. Reconocía que la repulsa de relaciones tiernas en la vida sexual de la juventud no era más que el reverso de la vieja visión conservadora; y más, que la *‘teoría-del-vaso-de-agua’* era solamente el polo opuesto de la vieja teoría clerical de ascetismo. Lenin reconocía también que aquella vida sexual no era la deseada, tal como se podía esperar de la regulación de la economía sexual, porque era antisocial e insatisfactoria. ¿Qué falta, pues, en la formulación de Lenin? En primer término, una noción *positiva* de lo que debería sustituir a lo antiguo en la nueva vida sexual de la juventud. No hay más que tres caminos: continencia, masturbación y relaciones heterosexuales satisfactorias. El comunismo hubiera debido designar uno de ellos como el mejor. Lenin no adoptaba una postura programática; censuraba simplemente los actos sexuales vacíos de amor y proponía una “vida sexual feliz”, lo que excluye continencia y masturbación. ¡De ninguna manera abogaba Lenin por la continencia! No obstante, como queda dicho, era precisamente este pasaje de la *‘teoría-del-vaso-de-agua’* el más prodigado por timoratos y moralistas para justificar sus desastrosas ideas en la lucha contra la sexualidad juvenil.

Así escribía en *Pravda* la célebre comunista Smidovitch:

“La juventud da la impresión de creer que las ideas más primitivas, por lo que concierne a la cuestión de la vida sexual, son comunistas. Todo lo que sobrepasa los límites de una visión primitiva, la de un hotentote, por ejemplo, es la expresión de una actitud burguesa en cuanto al problema sexual.”

No se añadía nada de positivo; tan sólo se expresaba un profundo desprecio por los hotentotes y una burla de la denodada lucha juvenil por la nueva forma de vida sexual. En lugar de comprender y ayudar, en lugar de construir lo Nuevo sobre las ruinas de lo Antiguo, se ironizaba.

Continúa Smidovitch en *Pravda*:

“1. Todo konsomoletz, miembro de la juventud comunista, todo rabfakovetz, estudiante de la Universidad laboral y cualquier otro pisaverde tiene derecho a satisfacer sus necesidades sexuales. Por razones desconocidas, eso parece ser una ley no promulgada. Se considera que la abstinencia sexual es signo de burguesía. 2. Toda konsomolka, rabfakovka o cualquier otra muchacha estudiante debe satisfacer las exigencias de cualquier hombre que haya puesto en ella sus ojos porque, de lo contrario, sería “burguesa” y no merecería el nombre

de estudiante proletaria. Escapa a mi entendimiento cómo tales pasiones africanas han podido trasplantarse a nuestras latitudes. 3. Y he aquí la tercera parte de esta extraña trilogía: el rostro desconsolado y pálido de una muchacha encinta. En la sala de espera de la “Comisión para la autorización del aborto” se pueden ver los resultados innumerables de estas novelas de amor konsomol.”

Estas actitudes retratan el orgullo del “nórdico”, del individuo sexualmente “puro”, la Smidovitch comparándose con el “primitivo”, con el hotentote. No se le ha ocurrido a este individuo nórdico pensar en instruir a la juventud sobre los métodos anticonceptivos y las mejores condiciones de higiene que evitarían tantas gestaciones y abortos. Y todo esto en pos de “la cultura soviética”. Pero eso no sirvió para nada: estas palabras de Smidovitch ilustraron los carteles alemanes como representativas de “la ideología sexual comunista”.

Y, como siempre, si no se afronta con valentía la realidad del problema sexual juvenil, y tras un duro periodo de serio conflicto con la juventud, apareció también en Rusia esta consigna: *¡Continencia!* Consigna tan cómoda como irrealizable y catastrófica. Decía Fanina Halle:

“La vieja generación a la que se consultó, sabios, especialistas de higiene sexual, funcionarios del partido, eran del mismo parecer que Lenin, parecer que Semachko, comisario de la Salud pública, resumió como sigue, en una carta a la juventud estudiantil:

“Camaradas, habéis venido a las universidades y a las escuelas técnicas por vuestros estudios. Ése es ahora el objetivo principal de vuestra vida. Puesto que todos vuestros impulsos y actos se subordinan a este objetivo principal, debéis renunciar a numerosos placeres que podrían desviaros de vuestra meta que es estudiar y colaborar en la reconstrucción del Estado; así pues, a ese objetivo debéis subordinar los demás aspectos de vuestra existencia. El Estado es todavía demasiado pobre para encargarse de vuestro sustento y de la educación de los niños. Por consiguiente os aconsejamos: *¡Continencia!*”

Y también en la Unión Soviética se repitió el fenómeno que viene siempre pisando los talones a la continencia: la delincuencia sexual.

Se debe protestar enérgicamente contra esa referencia denigrante a Lenin: jamás Lenin reclamó la continencia de la juventud. Cuando Lenin hablaba de “vitalidad y alegría de vivir con una vida de amor bien colmada”, no pensaba en el ascetismo de los sabios impotentes y de los higienistas marchitos.

No se puede reprochar a los dirigentes soviéticos de la época desconocimiento para la solución de estas dificultades. Pero sí hay que reprocharles haber huido de estas dificultades, haber seguido el camino más fácil, no haberse hecho, como revolucionarios, la pregunta sobre el significado de todo cuanto ocurría, haber hablado de revolución de la vida sin buscarla en la vida misma; haber interpretado el caos reinante como un “caos moral” en lugar de atribuirlo a las circunstancias de transición hacia nuevas formas sexuales; y, por último, aunque no con menos énfasis, se les debe reprochar haber rehusado las enseñanzas y experiencias que ofrecía el movimiento alemán de política sexual revolucionaria para la comprensión del problema.

¿Cuáles eran, pues, estas dificultades que aumentando de volumen con el tiempo sofocaron la revolución sexual?

En primer lugar, una revolución sexual no se desarrolla del mismo modo que una revolución económica: su proceso no cabe en leyes o planes sino que tiene lugar en los pequeños detalles de la vida diaria de los individuos con su carga de emociones, tan profundas a veces, tan diversas siempre. Su complejidad y multitud no permite ya dominar el caos sexual recurriendo al tratamiento de los detalles. De esta imposibilidad nace la teoría: *“La vida privada impide la lucha de clases; luego, no debe hacer vida privada.”*

Por supuesto, no se puede dominar el caos intentando resolver cada caso particular; estos problemas deben ser resueltos de manera colectiva y no individual; pero entre las dificultades individuales hay muchas que conciernen a millones de personas. Una de ellas es, por ejemplo, la que atormenta a todo adolescente pasablemente sano: ¿cómo conseguir encontrarse a solas con la muchacha amada? Está fuera de discusión que si se resolviera este problema, es decir, si los jóvenes pudieran realizar la unión sexual sin ser molestados, se sentirían comprendidos y, de un solo golpe, se habría eliminado una buena parte del caos sexual. Porque si en una ciudad hay millares de jóvenes sin saber adonde ir para que la pareja no se encuentre con otras muchas parejas, se abrazarán en los rincones, al amparo de la oscuridad, y se molestarán los unos a los otros, se originarán pendencias, se sentirán insatisfechos e irritables, con propensión a los excesos; en resumen, crearán el «caos». Y, sin embargo, no existe ninguna organización, política o de otro tipo, que admita la necesidad de *proporcionar a la juventud locales apropiados para su encuentro sexual sin molestias.*

3. LAS CAUSAS OBJETIVAS DEL AMORTIGUAMIENTO

Las dificultades expuestas procedían de la ignorancia y de los prejuicios de los funcionarios responsables. Pero el empuje de la revolución era lo bastante fuerte para que estos obstáculos, debidos a algunos funcionarios y viejos profesores reaccionarios, no hubieran podido ser decisivos de no haber concurrido otras dificultades del proceso *objetivo* mismo. Por lo tanto, sería un error atribuir el fracaso de la revolución sexual y, en consecuencia, la cultura a la ignorancia y ansiedad sexual por parte de los círculos dirigentes. La agonía de un movimiento revolucionario de tanta pujanza como la revolución sexual soviética debe ser solamente el resultado de obstáculos objetivos determinantes. Podríamos resumirlos así:

- 1) La fatigosa reconstrucción de una sociedad que pasaba de lo Antiguo a lo Nuevo con el retraso cultural de la vieja Rusia, después de una guerra civil y bajo los efectos del hambre.
- 2) La ausencia de una teoría de la revolución sexual. No se debe olvidar que la revolución sexual soviética era la primera en su género.

3) La estructura antisexual de los individuos en general, es decir, la forma concreta en que un patriarcado represivo de la sexualidad se ha sucedido a sí mismo durante miles de años.

4) Las complicaciones prácticas de un sector de la vida tan explosivo y variado como lo es la sexualidad.

No cabe duda que la guerra civil de 1918 a 1922, que continuaba una guerra desastrosa de tres años, hizo que la desintegración de las antiguas formas de vida constituyera un peligro considerable. Según los informes de Kollontay, Trotski y muchos otros, millares de familias, la población de aldeas enteras, tuvieron que emigrar en busca de un trozo de pan. Con frecuencia las madres abandonaban a sus hijos, los maridos a sus mujeres a lo largo del camino. Muchas mujeres se vieron obligadas a vender su cuerpo para poderse alimentar y alimentar a sus hijos. La cifra de niños abandonados era incalculable. En tales circunstancias la presión de los jóvenes para hacer realidad su libertad sexual producía efectos distintos de los que se hubieran producido en condiciones más normales. En lugar de un penoso esfuerzo de clarificación y lucha por un orden nuevo, se abrió la puerta al embrutecimiento de la vida sexual. Nadie sabía cómo llenar el vacío dejado atrás por la ruina del "pasado". En el fondo, este embrutecimiento descubría una estructura que desde siempre ha sido característica del hombre patriarcal, que de ordinario permanece oculta y se manifiesta solamente en forma de excesos ocasionales. El así llamado "caos sexual" no podía cargarse en la cuenta de la revolución social con otras razones que las aducidas para cargar también la guerra civil o el hambre. La revolución no había querido la guerra civil; había derrocado el zarismo, desterrado el capitalismo, y se defendía cuando esos dos poderes intentaban recobrar sus perdidas posiciones. El caos sexual que irrumpió entonces en la escena se debía, en parte, al hecho de que los funcionarios de una cierta edad no sabían cómo habérselas con las viejas estructuras que eran incapaces del placer de la libertad.

Si se examinan ahora las ideas de los dirigentes soviéticos relativas a este caos, se comprueba inmediatamente que el miedo de la libertad sexual les turbó la vista y no les permitió descubrir las dificultades reales y sus causas. Se acusó tanto a los portadores como a las víctimas de la revolución de haber perdido el sentido de la responsabilidad; no hay que olvidar que durante miles de años una moralidad sexual podrida no había permitido el desarrollo de una responsabilidad sexual, que va indisolublemente unida a una estructura genital en su pleno desarrollo. Se acusó, en particular, a la juventud de soltar más y más las riendas de la sexualidad. Se olvida el hecho de que las relaciones sexuales verdaderamente sanas, seguras y satisfactorias no habían existido jamás; por lo tanto, no había nada que soltar. Lo que se soltaba en realidad, era la coerción de la dependencia económica en las relaciones familiares y la presión de la conciencia antisexual en los jóvenes. Lo que se derrumbó, no fueron las relaciones sexuales sanas, sino una moralidad autoritaria que pesaba sobre las masas y suscitaba la rebelión interior de los individuos, una moral que producía lo contrario de lo que proyectaba. No había razón para llorar su muerte.

La perplejidad era la respuesta a las preguntas que se hacían en aquel tiempo sobre las condiciones existentes. Se intentaba, por ejemplo, explicar las relaciones sexuales ocasionales por la penuria económica. Craso error, porque la penuria económica sola no conduce jamás a las relaciones sexuales ocasionales, excepto en el caso de la prostitución. No se lograba distinguir las condiciones provocadas por la guerra civil y la difícil situación económica de las manifestaciones de una nueva vida que, sanas en sí mismas, aparecían como “caos sexual” para aquellos que tenían ideas trasnochadas.

Un relación sexual entre un muchacho de diecisiete años y una muchacha de dieciséis puede ser el resultado de un caos sexual o puede ser realmente, sana. La relación sexual es caótica, contraria a la economía sexual, nociva y socialmente peligrosa si se acompaña de circunstancias exteriores desfavorables, de una estructura interna enfermiza que lleva consigo la ansiedad y está bajo la presión de la conciencia moral, y es, por consiguiente, insatisfactoria; en resumen, cuando tiene lugar bajo la influencia del caos de nuestro tiempo. Por el contrario, si la relación sexual se produce en condiciones externas favorables, con una estructura psíquica receptiva de felicidad en la vida de amor, plenamente consciente de la importancia de su felicidad, sin sentimientos de culpabilidad ni miedo a las autoridades, libre del temor de una descendencia no deseada y que no recibiría una educación conveniente, entonces forma parte de esa sexualidad creadora del futuro. Una cosa es que, por ejemplo, dos hombres hambrientos sexuales violen a una mujer o la induzcan a beber alcohol para seducirla y vaciarse, por así decirlo, después en ella, y otra cosa muy diferente es que dos personas independientes de diferente sexo, capaces de una plena experiencia sexual pasen juntas una noche feliz. Hay una gran diferencia entre un hombre irresponsable que abandona a su esposa y a sus hijos por una relación sexual superficial y otro hombre, sexualmente sano, que hace más soportable un matrimonio en trance de ruptura, manteniendo relaciones felices y secretas con otra mujer.

Basten estos ejemplos para ilustrar los puntos siguientes:

- 1) Lo que aparece como un caos para aquellos que están contaminados por el orden sexual autoritario no es necesariamente un caos; puede ser, por el contrario, la rebelión de la naturaleza psíquica contra las condiciones de vida imposibles.
- 2) Mucho de lo que es realmente un caos no hay que atribuirlo a inmoralidad de la juventud, sino a la exteriorización de un conflicto insoluble entre las necesidades sexuales naturales y un ambiente hostil que impide su satisfacción por todos los medios.
- 3) La transición de un modo de vida, caótica en sí pero de apariencia exterior ordenada, a un modo de vida ordenado en sí pero que exteriormente puede parecer caótico a los mojigatos, no puede realizarse más que atravesando un periodo de gran confusión.

Se debe tener en cuenta que los seres humanos de nuestra época tienen un miedo increíble precisamente a ese modo de vida que desean tan dé veras, pero qué está en contradicción con su propia estructura. Es cierto que la resignación sexual de la cual es víctima la inmensa mayoría de los individuos significa indolencia, vacío vital, parálisis de toda iniciativa y actividad sana, o por el contrario, es la razón de excesos brutales y sádicos; pero, por otro lado, procura una tranquilidad relativa a la vida. Es como si la muerte se anticipa en las formas de la vida; ¡se vive muriendo! Los individuos prefieren esta muerte viviente cuando su estructura psíquica es incapaz de dominar las incertidumbres y dificultades de una vida realmente viva.

Pensemos, por ejemplo, en los celos, que no preocupan a la alta política y, sin embargo, pesan más de lo que se sospecha en el fondo de los grandes acontecimientos políticos; pensemos en el miedo que se tiene de no poder formar la pareja sexual conveniente después de haber disuelto la anterior por insoportable que fuese la vida común; o pensemos en los miles de crímenes sexuales llevados a cabo porque la idea de que la persona amada abrace sexualmente a un tercero es intolerable. Tales hechos tienen más importancia en la vida real que los viajes de un Laval, por ejemplo. Porque los gobiernos y los dictadores pueden hacer lo que quieran con las masas sólo en la medida en que éstas luchan incesante, inconsciente e inútilmente con estos problemas personales que afectan al mismo centro de su existencia.

Supongamos que en una barriada de cien mil almas se preguntara a todas las mujeres que batallan por la educación de sus hijos, por la fidelidad de sus maridos y por su propia incapacidad de satisfacción sexual cuál es su opinión sobre los viajes diplomáticos de un Laval: sus respuestas probarían que millones de mujeres, de hombres y de adolescentes están de tal manera preocupados con los problemas de su vida personal que ni siquiera se dan cuenta de cómo juegan con ellos los políticos.

CAPÍTULO IV

LIBERACIÓN Y AMORTIGUAMIENTO EN EL CONTROL DE LA NATALIDAD Y LA HOMOSEXUALIDAD

1. EL CONTROL DE NATALIDAD

En todo lo referente al control de natalidad, hubo desde el principio una notable claridad de ideas. De éstas, he aquí las fundamentales.

En tanto que una sociedad no pueda o no quiera tomar a su cargo a los niños, no tiene derecho a exigir que las madres den a luz unos hijos no deseados o a pesar de la penuria económica del caso. Por esta razón, todas las mujeres gestantes podían recurrir al aborto durante los tres primeros meses; los abortos debían tener lugar en los hospitales públicos de obstetricia; los abortos clandestinos eran severamente castigados. Con estas medidas se esperaba que desaparecieran los abortos de tapadillo y los intrusos desaprensivos que lo practicaban ilegalmente. En las ciudades, el éxito fue casi completo; en el campo, las mujeres se desprendían con más dificultad de sus viejas ideas y costumbres. El problema del aborto no es simplemente legal sino que depende, para su solución, de la ansiedad sexual de las mujeres. El misterio y el miedo que envuelven la vida sexual desde hace miles de años tienen como consecuencia que una mujer campesina u obrera se ponga en manos de un medicastro en lugar de ir a la clínica. Nunca se pensó en hacer del aborto una institución social duradera; los soviets, desde el principio, sabían que la legalización del aborto era sólo un medio para terminar con el intrusismo desaprensivo. El objetivo principal era la prevención del aborto gracias a una instrucción masiva y completa sobre el uso de los métodos anticonceptivos. Los soviets que procedían del sector obrero y del campesinado ejercían una fuerte presión sobre médicos e intelectuales sabiendo exactamente que a las medidas sanitarias y legales debían añadirse otras para que de verdad la mujer sintiera plena felicidad por el hecho de ser madre.

El estigma de la madre soltera desapareció bien pronto. La progresiva incorporación de las mujeres al proceso de producción les procuraba una independencia y seguridad material que no solamente facilitaba el período de gestación sino que, además, lo aceptaban de buen grado. Dos meses antes y dos después del parto las mujeres no iban a trabajar y recibían el salario completo. Las fábricas y las granjas colectivas instalaron jardines de infancia con personal femenino especializado que se ocupaba de los niños durante el horario de trabajo de sus madres. Las mujeres estaban exentas del trabajo pesado durante el periodo de gestación; sabían también que no tenían que preocuparse de sus hijos mientras ellas trabajaban. Quien ha visto las casascunas y jardines de infancia no puede dudar del progreso considerable que representan desde el punto de vista de la higiene social. Las madres recibían una paga especial por el período de lactancia y percibían el mismo salario aunque trabajaban menos horas cuando amamantaban a sus hijos. El presupuesto destinado a la maternidad y a la infancia crecía de año en año casi en progresión geométrica. No es, pues, nada extraño que el descenso de natalidad temido por moralistas y apocados, no se produjera; se registró, por el contrario, un aumento considerable.

El gobierno soviético hizo todo lo que estaba a su alcance para penetrar también en los más apartados lugares del vastísimo país; se instalaron ambulancias con equipos móviles; trenes especiales con todo lo necesario para la organización del control de nacimientos recorrían las regiones más alejadas. De diez a doce años fue preciso combatir eficazmente para reducir al mínimo el aborto clandestino; esto demuestra la importancia de la ansiedad sexual de las masas que impide la aceptación rápida de las medidas útiles. Como siempre, la tentativa de aplicar los principios de higiene sexual se encontró con la actitud hostil de los higienistas reaccionarios. Como siempre, se comprobó que las masas tienen una comprensión directa e instintiva de estos problemas vitales, mientras que el “experto” higienista social, con toda su argumentación “pro y contra”, se comporta como aquel ciempiés que cuando supo que tenía cien pies ya no podía caminar. Intentemos descubrir en qué momento del problema del aborto y con qué medios se introduce, y después se impuso la reacción.

Nos podemos ahorrar una exposición histórica y estadística del problema del aborto, que se puede encontrar en numerosos buenos libros. Intentaremos comprender aquí simplemente la dinámica conflictiva entre los factores de progreso y de inhibición. El argumento moral y religioso, más o menos enmascarado, no solamente se mantuvo vigente sino que, con el tiempo, se afianzó en sus posiciones. Como siempre, la moral reaccionaria descubría su identidad en el aparato de su verbalismo hueco. Desde los comienzos, la reacción sexual se opuso a la revolución del aborto, en parte con viejos argumentos heredados del zarismo, en parte también con otros nuevos adaptados al fenómeno soviético, pero no menos reaccionarios. Se oía decir, ¿cómo no?, que la “humanidad se extinguiría”, que “se hundiría la moralidad”, que la “familia debía ser protegida” y que “la voluntad de tener niños debía ser alentada”. El principal motivo de inquietud aquí, como por doquier, era un posible descenso de la natalidad.¹¹

Entre estos argumentos, se deben distinguir aquellos que son honrados de los otros que, subjetiva y objetivamente, no son más que vacíos pretextos para no afrontar las cuestiones palpitantes de la vida sexual. A estos «expertos» les preocupa el mantenimiento de la moralidad, es decir, obstaculizar la satisfacción de las necesidades sexuales; asimismo, les preocupa la suerte

¹¹ *Nota del traductor de la edición norteamericana.* Esto se refiere a la época de la revolución rusa. Desde entonces, el argumento irracional de la reacción no cambió en lo más mínimo. Así, el general Henri Honoré Giraud escribió sobre la derrota de Francia (*Lile*, 1 de febrero de 1943): “¿Cuáles son las causas de esta derrota, inédita en la historia de Francia? En primer lugar, la cuestión *primordial*, la del índice de natalidad. Incluso sin la guerra, Francia se encontraba en la vertiente del suicidio. La familia estaba desapareciendo para dar lugar a parejas sin hijos. En el país más rico del mundo, donde la tierra da a quien quiera trabajarla, el campo se estaba despoblando.”

Este argumento antisexual conduce directamente al fascismo: “... ¿Qué enseñó la escuela a estos jóvenes y a estos hombres? Ante todo, el egoísmo, el interés personal y el culto a la envidia. Después, la negación de cuanto es espiritual, de cuanto es divino, de cuanto es ideal. El Ateísmo, ya que no proclamado, era por lo menos alentado... Si de la juventud, que formaba solamente una pequeña parte del ejército, pasamos a la nación en su totalidad, ¿cuáles eran sus características?... Concedamos que los alemanes *quizá* [!] carezcan de libertad, pero no hay allí ni *desorden ni anarquía*. En todas partes hay trabajo, la única fortuna para un pueblo que desea vivir y vivir felizmente. ¡Que Francia lo recuerde y aprenda de ello!» (Las cursivas son nuestras T. P. Wolfe.)

que puede correr la familia. Frases como «la humanidad se extinguirá», «protejamos la vida que germina», son flagrantes excusas. Los individuos que así hablan no piensan que en la naturaleza todo se multiplica, quizás porque no hay una política demográfica. Ya no cabe la menor duda: la planificación demográfica, tal como existe hoy, es decir, vaga y tendenciosa, es *un sistema de represión sexual y un medio para distraer la atención del problema de las condiciones favorables de la satisfacción sexual*.

Evidentes tendencias fascistas aparecieron en la actitud de aquellos cuyo primer deber hubiera sido precisamente interesarse menos por el «Estado» y más por las madres. Cuando se protege a las madres, se aseguran los intereses del Estado. Así se expresaba en el Congreso de Kiev de 1932 el doctor Kirilov:

“...consideramos el aborto en la primera gestación sobre manera peligrosa en el sentido de la posterior esterilidad de la mujer. Consideramos, pues, nuestro deber oponernos al aborto y averiguar las causas que lo provocan. Casi nunca se descubre en sus motivos algo de maternal; en, por lo menos, el 70 % de los casos, la razón es un amor fracasado: “me abandonó”, “le dejé”.

“Nuestro rotundo “¡No!” al amor libre como protesta contra el matrimonio burgués; ¡no! al amor libre que conoce muy bien el camino de la clínica. Debe suprimirse el aborto como manifestación que es de la vida social disforme y negativa. Su lugar debe ser ocupado por una actividad de instrucción perseverante. Debemos transformar el ambiente psicológico de manera que se reconozca en la maternidad su función social absolutamente necesaria...”

“El aborto criminal es una *inmoralidad* alentada por la legislación del aborto.

“El aborto legal es muy a menudo la peor solución al *increíble caos del problema sexual*. Es un atentado contra la maternidad y disminuye, con frecuencia, el éxito de la mujer en la vida social. Por consiguiente, es enemigo de *la verdadera vida comunitaria*.

“*El aborto es un medio de destrucción masiva de la descendencia*. Su intención no es ayudar a la madre o a la sociedad; no tiene nada que ver con la protección de la salud maternal.”

En contraste con estos forjadores de frases con su estrecha mentalidad fascista, hubo sexólogos y médicos que, sin grandes conocimientos teóricos, pero con una intuición certera de origen práctico, se adhirieron a las auténticas directrices revolucionarias. Así, por ejemplo, Clara Bender que, en el *Congreso de la sección alemana de la Asociación Criminológica Internacional*, del 11 al 14 de septiembre de 1932 en Francfort, se opuso valientemente a los hipócritas que coreaban los argumentos de los planificadores demográficos reaccionarios en la Unión Soviética.

“Todos esos discursos sobre los daños psíquicos y emocionales causados por el aborto carecen de sentido, si se realiza en las debidas condiciones. El temor de descenso en las cifras de la natalidad es infundado, añadió, como lo demuestran las estadísticas. La palabrería sobre el instinto femenino por el “niño” está desprovista de sentido si se tiene en cuenta la brutalidad con que las mujeres eran obligadas a criar a sus hijos en condiciones imposibles. En los países capitalistas”, -dijo-, “el aborto se reduce a una cuestión de dinero y las leyes del aborto tienen un tinte clasista evidente, y ponen a muchas mujeres en manos de los chapuceros. Nótese que en el hospital de control de nacimientos en Moscú, no hubo ni un solo caso de defunción por 50.000 abortos realizados en un año”.

Hay buenos motivos para extrañarse de la ineficacia de argumentos tan claros. Quien asistió a las discusiones sobre el control de natalidad en Alemania alrededor del año 1930 tendrá siempre la impresión de que demógrafos e higienistas reaccionarios no se servían, en absoluto, de argumentos racionales. Hacían pensar en la teoría racista de los nazis. Era evidente que no se podía colaborar con aquellos profesores de papanatismo, engreídos e impotentes, tratando, en vano, de demostrarles que la raza germánica nórdica *no* es superior a todas las demás o que un niño negro no es menos inteligente o gracioso que el hijo de un burgués alemán. Si éste fuera un asunto de argumentación lógica, ya hace mucho tiempo que los argumentos revolucionarios habrían demolido las ideologías demográficas reaccionarias y las teorías racistas. Pero estos grupos estaban flanqueados por las fuerzas irracionales del pensamiento colectivo que no pueden ser dominadas con la sola argumentación lógica. Los campeones de la política demográfica reaccionaria tienen éxito porque las mujeres están dominadas por un miedo obsesivo de agravio genital y votan, contra sus propios intereses, por el mantenimiento de la ley contra el aborto. Se vio en Alemania y se repitió el espectáculo en Dinamarca el año 1934 cuando se lanzó una campaña para la recogida de firmas contra la abolición de la ley en cuestión. Los teóricos racistas deben agradecer su existencia a los burgueses alemanes que, para compensar su sentimiento de inferioridad, se aferran a la idea de que la raza nórdica, la suya, es la raza “dominante”, la más “inteligente”, la más “creadora”.

Es preciso recalcar que formaciones irracionales como la teoría racista y el movimiento eugenético moderno no pueden ser combatidas solo con argumentos racionales; los argumentos racionales deben asentarse sobre el fundamento estable de sentimientos sanos y naturales. No se trata de “aplicar” una teoría intelectual a la economía sexual; es la vida social misma la que revela espontáneamente los hechos descritos por la teoría de la economía sexual, si la revolución deja que fluyan de nuevo las fuentes de la vida humana. No se trata de procreación, sino ante todo de la salvaguarda de la felicidad sexual.

El hecho de que en la Unión Soviética se discutiera el problema del control de natalidad, no en sesiones privadas sino oficial y públicamente, y de una manera *positiva*, era ya en sí un enorme paso hacia adelante. Sólo así se explica que un revolucionario intrépido e inteligente como Zelinski arrojase a la cara de las autoridades reaccionarias palabras tan estupendas como:

«Mis declaraciones parecerán heréticas en el cuadro de las discusiones de este congreso sobre la nocividad del aborto. Resulta difícil creer en la buena fe social de los oradores que aquí, ante nosotros, las espaldas vueltas a la vida y a los hechos, despliegan sin inmutarse el abanico de verdades abstractas sobre el aborto. Es como si se dieran cita aquí la ceguera, la miopía y la hipocresía sociales. No se ven o no se quieren ver las condiciones socioeconómicas y psicológicas *colectivas* en las que se produce la epidemia de abortos.

En los juicios sobre el aborto se trasluce más prejuicio moral que objetividad sin componendas. A este propósito, se nos han narrado muchas historias de terror. Se ha intentado atemorizarnos por todos los medios: infección y perforación uterinas, enfermedades nerviosas, descenso de la natalidad, extinción del instinto maternal, intervenciones realizadas en la oscuridad, en los entresijos, etc. Se podría decir con Tolstoi:

“Se me asusta, pero yo no tengo miedo.”

¿No es también intervención en la oscuridad la introducción de la sonda en el estómago, y más allá, en el duodeno? Si se inyecta en las venas toda clase de productos, ¿se puede saber de antemano lo que resultará? ¿Es ya un hecho incontestable la relación entre el aborto y los trastornos hormonales? Sin embargo, no nos desdecimos y no lo haremos ya. ¿Cómo es posible que las mujeres de las ciudades, que repiten por sistema el aborto, a la edad balzaciana (30 años), no cedan en belleza a las de veinte años, mientras que sus hermanas campesinas, que conscientemente conciben y dan la luz, se transforman en cadáveres ambulantes a la edad de treinta años, tras seis u ocho partos? ¿Quién dice que menos partos perjudicarán a la belleza? Muy bien podría ser lo contrario. Supongo que será más fácil para la mujer soportar los abortos que seguir hasta el cementerio, uno tras otro, los pequeños ataúdes y enterrar con ellos su juventud y sus energías.

Es verdad que podría haber más niños, pero para eso tendrían que cambiar mucho las condiciones sociales. Miremos con ojos imparciales la vida, veamos en qué condiciones socioeconómicas están obligadas las mujeres a vivir y criar a sus hijos. La familia, por su poca estabilidad y corta duración, no garantiza a las mujeres las condiciones necesarias para una educación conveniente de sus hijos. Las pensiones no siempre tienen los resultados apetecidos. El hombre que es incapaz de pagar su pensión ofrece más interés teórico para los abogados que interés práctico para la mujer. Los métodos anticonceptivos no siempre son seguros. El derecho de la mujer al aborto no es siempre realizable porque hay muchas mujeres sin trabajo; un salario mensual de cuarenta o cincuenta rublos, sin embargo, posibilita la realización del aborto.

Recordad aquel pasaje de Zola en que el medicastro clandestino dice al médico diplomado:

“Ustedes conducen a las mujeres a la prisión y al Sena, y nosotros las sacamos.”

¿Queréis vosotros que esta “repeca del Sena” pase, de nuevo, a manos del intrusismo criminal? Uno de los oradores gritaba aquí con horror:

“Basta el certificado del médico y la decisión de la mujer y el aborto se ha consumado”.

Sí, exactamente así debería ser: el deseo de la mujer es suficiente, porque el derecho de determinar la indicación social del aborto pertenece a la mujer, y a nadie más. Ninguno de nosotros, hombres, toleraría que una comisión o una autoridad cualesquiera decidiesen sobre nuestro matrimonio, haciendo valer algunos criterios sociales para permitirlo o desaprobarlo. No os opongáis, pues, a que la mujer decida por sí misma la cuestión capital de su vida. La mujer tiene derecho a la vida sexual y quiere realizarlo; como el hombre, ella debe tener la plena posibilidad de hacerlo. Acabemos con la producción masiva de una clase de solteras que tan perjudicial puede ser para la vida colectiva.”

Zelinski, con un instinto certero, hizo estas observaciones en el momento en que la reacción sexual comenzaba a obstaculizar el control, de nacimientos y el aborto con decretos, comisiones y pretextos humanitarios.

En este congreso tuvo lugar un combate feroz entre los que negaban y los que afirmaban la sexualidad. Diez años después de la legalización del aborto, la reacción no cejaba en su empeño de oponerse, cada vez con mayor pujanza, a la orientación revolucionaria. El comisario Yefimov reclamaba un estudio minucioso de los productos anticonceptivos, pero se quejaba, al mismo tiempo, de que fueran vendidos públicamente en las calles de Moscú sin control sanitario de ninguna especie, lo que daba paso al fraude y a la especulación. Benderskaya y Shinka pedían la distribución gratuita de estos artículos; Belinski, Shinka y Zelitski exigían que no fuesen distribuidos sin receta médica; alegaban que la distribución incontrolada podría causar un enorme descenso en las cifras de la población. La cuestión de la mejor manera de distribuirlos quedó indecisa.

La preocupación “demográfica” no era más que la preocupación de la conducta “moral” de la población. La experiencia del placer sexual parecía incompatible con el deseo de procrear.

El doctor Benderskaya, de Kiev, por ejemplo, proponía los principios siguientes:

- 1) Castigar, de nuevo, el aborto equivaldría al aumento de abortos ilegales practicados en clandestinidad.
- 2) El aborto realizado por intrusos debe ser combatido por medio del aborto legal.
- 3) El aborto legal debe ser combatido por medio de la información sobre el control de nacimientos.

4) En un régimen socialista, la mujer debe estar a la altura de su función maternal según las exigencias de la colectividad de la que ella forma parte.

El punto cuarto anula, de inmediato, los tres primeros. Con medidas de higiene sexual se querían garantizar la alegría y la libertad sexuales; pero el parto estaba sometido a una exigencia moral, “las exigencias de la colectividad”. Se olvida la función del placer por el niño que nace. Jamás será posible obligar a las mujeres a que traigan niños al mundo en nombre de un poder exterior. La procreación será, o parte de la alegría de vivir en general y reposará sobre un fundamento sólido, o será una exigencia moral y plantea en ese caso un problema insoluble.

¿Por qué los intereses de la política demográfica están siempre en contradicción con los intereses sexuales de los individuos? ¿Es insoluble este conflicto? Mientras exista hostilidad entre las naciones; mientras duren las fronteras y los derechos de aduana; mientras acucie el miedo de perder una guerra por falta de material humano, la política demográfica no puede estar en armonía con las exigencias de la higiene sexual. Como no se puede decir abiertamente que se necesita un crecimiento de la población, se habla de “moralidad de la procreación” y de “la salvaguarda de la especie”. En realidad, la oposición de las mujeres a la procreación no es más que uno de los aspectos en la crisis de la vida sexual humana. No es ningún placer tener niños en condiciones de vida miserables y con hombres a quienes no se ama; y lo que es peor, la misma vida sexual se ha convertido en un suplicio. Los planificadores demográficos no ven esta contradicción; son órganos ciegos de intereses nacionalistas. Hasta que no se hayan eliminado las causas sociales de la guerra y que la sociedad pueda entregarse a la tarea de instaurar una vida feliz, no habrá desaparecido la contradicción entre la felicidad sexual y el interés demográfico. Entonces solamente el placer de tener niños será parte integrante de la alegría sexual en su conjunto, y la exigencia: “Multiplícaos” no tendrá sentido.

La legalización del aborto contenía implícitamente la afirmación del placer sexual. Para traducirlo en obras hubiera sido preciso un cambio consciente de toda la ideología sexual, de la actitud negativa a la positiva, de la repulsa a la aceptación de la sexualidad. Según los expertos en obstetricia presentes en el congreso citado, 60 a 70 % de las mujeres eran incapaces de experimentar el placer sexual. Se dijo, entre otras cosas, que esta falta de potencia sexual se debía al aborto. La experiencia clínica contradice esta afirmación; esto no es más que una tentativa para oscurecer el problema del aborto y justificar su prohibición. Ese porcentaje de mujeres con trastornos sexuales es el mismo de una manera general y en todas partes, con o sin aborto. Hubo mujeres que recurrieron al aborto quince veces, algunas de ellas dos o tres veces en un año; lo que demuestra que las mujeres *temen el uso de medios anticonceptivos*. Si no fuera así, intervendrían para que se produjeran esos medios en cantidad suficiente y con las debidas garantías de seguridad. La experiencia de nuestros centros de higiene sexual en Alemania nos enseña que la mayoría de las mujeres está dominada por este miedo; sin embargo, pocas cosas desean con más intensidad que la solución de este problema. Se debe liberar a las mujeres de este miedo. Es preciso vocear por ellas este deseo acuciante e inconsciente y preocuparse por su realización.

La sola legislación del aborto no engendra el deseo positivo de tener niños; éste presupone, ante todo, la realización de las condiciones sociales de una vida de amor feliz.

En lugar del debate interminable sobre la conveniencia o inconveniencia de distribuir, y en qué circunstancias, los medios anticonceptivos, se debería emplear el tiempo en preguntar a médicos y asistentes sociales bien instruidos, cuáles de entre esos medios ofrecen la mejor *garantía de satisfacción sexual*. ¿Para qué un pesario si la mujer tiene miedo de usarlo o siente en sí un cuerpo extraño que le impide la satisfacción? ¿Para qué un condom si disminuye la satisfacción y produce trastornos neurasténicos? ¿Para qué sirve la mejor propaganda en favor de los medios anticonceptivos si no hay fábricas para la producción de los *mejores* en cantidad suficiente y a precios razonables? Y, en fin, ¿para qué serviría esta fabricación si las mujeres no perdieran el miedo a servirse de medios anticonceptivos?

La resolución del congreso mantenía la legalidad del aborto; pero, al mismo tiempo, se hacía eco del miedo general de liberar y garantizar, en realidad, la satisfacción sexual. Esta atmósfera de miedo fue descrita por Fanina Halle en 1932 como sigue:

“Se ha oído hablar poco en el extranjero de las protestas de los viejos bolcheviques, algunos de los cuales llegaron mucho más lejos que Lenin y predicaron casi el ideal ascético; en lugar de eso, se ha traído a colación la fábula de la “socialización de la mujer”, sobre todo allí donde se recrudecía la propaganda antisoviética. Entre tanto, la ola de interés por los problemas sexuales ha refluído definitivamente, y la juventud soviética, la vanguardia de la revolución, tiene ante sí tareas tan serias y de tal responsabilidad que los problemas sexuales parecen *baladíes*. Así, las relaciones entre los sexos en la Unión Soviética han alcanzado un nivel de *desexualización* quizás más bajo que nunca. El carácter esporádico de las relaciones entre hombres y mujeres que era propio solamente de un reducido círculo de pioneros de la revolución, se ha extendido ahora a las masas rusas. El poder que ha operado la transformación se llama: plan quinquenal.”

La ideología soviética está orgullosa de la “desexualización de la vida y de las personas”. Pero esta *desexualización* no es más que una figura de la fantasía: la vida sexual no desaparece; por falta de ideas claras, continúa en formas patológicas, extraviadas y nocivas. La alternativa de la sexualidad y de la sociedad no existe. La única alternativa que hay es ésta: vida sexual socialmente reconocida, satisfactoria y feliz, o vida sexual patológica, disfrazada y fuera de ley. En la medida en que esta desexualización aparente —que no es en realidad más que una perturbación de la sexualidad natural— haga que los individuos estén enfermos y sean antisociales, las autoridades soviéticas se verán obligadas a reforzar las leyes del orden moral, por ejemplo, aplicar de nuevo la restricción de abortos. Es un círculo vicioso: la sexualidad reprimida exige una presión moral y ésta, a su vez, aumenta el desarreglo de la sexualidad. El profesor Stroganov se quejaba ya porque las mujeres, antaño avergonzadas de haber recurrido al aborto, lo reclamaban hogaño “como su derecho legal”. Lebedeva, directora de la organización de la salud maternal,

decía que la legalización del aborto “había liberado el psiquismo de la mujer”, que el aborto se había hecho ya “una costumbre de vida”, una “moda”, una especie de sicosis que se extendía por todas partes como una epidemia. Krivki hacía notar que esta “Psicosis” estaba en fase creciente, y que no se podía prever cuando comenzaría la fase menguante. El resultado de esta “depravación”, añadía, era la extinción del sentimiento de maternidad en la mujer. Algunos médicos soviéticos deducían de estos hechos la acertada conclusión de que el motivo esencial del crecimiento en el número de aborto no era la penuria económica. Y es evidente: si no fuera así, el aborto no sería tan frecuente entre mujeres que no tienen preocupaciones económicas. En realidad, el aborto es la prueba palmaria de que los individuos desean, ante todo, el placer sexual, independiente de la procreación.

Esta confusión fue la causa de que se redujera considerablemente la libertad sexual en el curso del segundo plan quinquenal. Las primerizas no podían interrumpir la gestación. Es imposible prever el desenlace de esta evolución; en todo caso, no se resolverá por sí misma, sino que será el resultado del combate entre las tendencias favorables a la sexualidad y revolucionarias, por un lado, y las tendencias adversas a la sexualidad y reaccionarias por otro. Es de temer que las tendencias revolucionarias afirmadoras de la sexualidad no puedan reunir las fuerzas suficientes para imponerse a las viejas ideas. El resultado será una organización económica aparatosa, dirigida por técnicos neurasténicos y máquinas vivientes, pero no *un socialismo*.

Resumamos las enseñanzas de esta lucha con el fin de estar mejor armados si la sociedad se encontrara de nuevo ante la tarea de construir su vida racionalmente. Sería indispensable:

1) *Eliminación de todos los pretextos y explicaciones de mala fe*, como la preocupación por la salvaguarda de la especie o la pretensión de que la penuria económica es el único motivo del aborto. Supresión, por consiguiente, de la separación entre la política demográfica y la política sexual en general.

2) *Reconocimiento de la función sexual independiente de la procreación*.

3) *Reconocimiento del deseo de procrear como función parcial de la sexualidad*, del deseo de tener hijos como una expresión de la alegría de vivir; reconocer que en una vida sexual y materialmente satisfactoria, la alegría por el hijo es una evidencia, que el niño es una consecuencia natural de la alegría de vivir.

4) Defensa sin ambages de los *métodos anticonceptivos* no solamente para la eliminación del aborto sino, en primer lugar, como garantía de la salud y alegría sexuales.

5) *Defensa valiente de la sexualidad y de la autorregulación en la vida sexual*.

6) *Medidas contra la influencia práctica* de los santos, moralistas y otras especies de neuróticos sexuales disimulados.

7) Control severísimo de las prácticas y de la ideología de los profesores de obstetricia reaccionarios por las organizaciones político-sexuales femeninas y juveniles. Extirpación del respeto estúpido de las masas por la ciencia de hoy que raramente merece ese nombre.

El objetivo de una política demográfica racional no puede ser otro que el de despertar el interés de las masas, en lugar de imponer “desde arriba” el deber de “salvaguardar la especie”. La primera condición para conseguirlo es la afirmación del placer sexual y su salvaguarda para todos aquellos que tienen una participación *productiva* en la vida social. La población debe sentir que se la comprende entera y exactamente en la cuestión del placer sexual, y que la sociedad está dispuesta a llevar a cabo todo cuanto esté en su mano para garantizarlo y asegurar las mejores condiciones.

La solución de estos problemas parece relativamente simple comparada con el problema capital: *¿Cómo eliminar la ansiedad de placer orgásmico de los individuos a escala colectiva?* Es un problema desmesurado. Si se resolviera, la política demográfica no sería ya monopolio de profesores neuróticos, sino que estaría en manos de los jóvenes, de los obreros, de los campesinos y de los especialistas científicos. Hasta entonces, la política demográfica y la eugénica seguirán siendo las formaciones reaccionarias que son hoy.

2. REINTRODUCCIÓN DE LA LEY CONTRA LA HOMOSEXUALIDAD

La legislación soviética en materia sexual había suprimido simplemente la vieja ley zarista que castigaba las actividades homosexuales con prolongados periodos de severa prisión. La exposición que sobre la homosexualidad figuraba en la gran *Enciclopedia soviética*, se apoyaba en Magnus Hirschfeld y parcialmente en Freud. El motivo alegado para la supresión de la ley contra la homosexualidad era que se trataba de un problema exclusivamente científico y que, por lo tanto, no se debía castigar a los homosexuales. Era preciso, se decía, abatir el muro que separaba a los homosexuales del resto de la sociedad. Esta acción del gobierno soviético dio un considerable impulso al movimiento de política sexual en Europa occidental y en América. No era solamente una medida propagandística, sino que se fundaba en el hecho de que la homosexualidad, innata o adquirida, es una actividad que no perjudica a nadie. Éste era también el parecer de la población. La gente era, en general, muy tolerante en materia sexual, incluso si, como refiere un periodista, se hacía un poco de chacota a expensas de los homosexuales y de las lesbianas. Como contraste, los conservadores, lo mismo que en todas partes, estaban bajo la influencia de ideologías ascéticas y prejuicios medievales. Tenían sus representantes en la jerarquía del partido, de modo que su influencia se hizo sentir progresivamente hasta en los círculos laborales. Dos conceptos sobre la homosexualidad se perfilaron poco a poco:

- 1) La homosexualidad es un “signo de incultura bárbara”, una indecencia de pueblos orientales semiprimitivos.
- 2) La homosexualidad es una “manifestación de la cultura degenerada de la burguesía perversa”.

Estas ideas junto con la confusión reinante en materia sexual, conducían, a veces, a persecuciones grotescas de homosexuales, que se hicieron más y más frecuentes. La sola abolición de la ley no resolvía el problema. Según los conocimientos que tenemos de la economía sexual, la homosexualidad, en la inmensa mayoría de los casos, es el efecto de una muy temprana inhibición

del amor heterosexual. Como consecuencia del amortiguamiento general de la revolución sexual, era inevitable que se recrudeciera el problema de la homosexualidad juvenil, sobre todo en el ejército y la marina. Había espionaje, denuncias, ostracismo e incluso “purgas del partido”. En algunos casos individuales, intervinieron viejos bolcheviques, como Clara Zetkin, y obtuvieron la absolución. Pero poco a poco, y como resultado de la persistencia del problema sexual en general, creció la ola de la homosexualidad hasta que, en enero de 1934, se practicaron detenciones masivas de homosexuales en Moscú, Leningrado, Jarkov y Odesa. Estas detenciones se justificaron alegando motivos políticos. Entre los arrestados, se encontraban muchos actores, músicos y otros artistas acusados de presuntas “orgías homosexuales” y castigados con la pena de prisión durante varios años o el exilio.

En marzo de 1934 apareció la ley que prohibía y castigaba las relaciones sexuales entre hombres. Llevaba firma de Kalinin y parecía una medida de urgencia porque las enmiendas a la legislación en vigor no podían ser decididas más que por el Congreso de los soviets. Esta ley calificaba las relaciones sexuales entre hombres como “crímenes sociales” y se castigaban con la pena de tres a cinco años de prisión en los casos menos graves, y de cinco a ocho si uno de los encartados dependía del otro. Así pues, la homosexualidad tenía, de nuevo, la misma calificación jurídica que otros crímenes sociales: el bandidismo, la actividad contrarrevolucionaria, el sabotaje, el espionaje, etc. Las persecuciones de homosexuales tenían una cierta relación con el asunto Rohm en Alemania en los años 1932 y 1933. La prensa soviética había emprendido una campaña contra la homosexualidad, signo de “degeneración de la burguesía fascista”. El célebre periodista soviético Koltsov había escrito una serie de artículos en los que hablaba de los “niños bonitos del ministerio de propaganda de Goebbels” y de las “orgías sexuales en los países fascistas”. Un artículo de Gorki¹² sobre el “*humanismo proletario*” tuvo una influencia decisiva. Escribía: “La memoria se resiste a evocar los horrores que pululan entre los fascistas”; señalaba con eso el antisemitismo y la homosexualidad. Y añadía:

“Mientras que en los países fascistas la homosexualidad, ruina de la juventud, florece por doquier impunemente, en los países donde el proletariado ha tomado, con audacia, las riendas del poder, la homosexualidad ha sido declarada crimen social y es castigada con rigor. Ya suena en Alemania esta consigna: extirpad la homosexualidad y el fascismo habrá desaparecido.”

Se puede ver hasta dónde llegaba la confusión y el peligro de estas ideas sobre la homosexualidad. No se distinguía la homosexualidad del Männerbund (Asociación de hombres), base de la organización de Rohm y de otras, de la homosexualidad de circunstancias de soldados, marineros y encarcelados, debida a la ausencia de posibilidades heterosexuales. Además, se olvidaba el hecho de que la ideología fascista era también adversa a la homosexualidad: baste recordar que, el 30 de junio de 1934, Hitler privó de toda autoridad a las

¹² Maxim Gorki, fue opositor a los bolcheviques hasta la revolución de Octubre. Luego declaró públicamente su reconocimiento a Lenin como líder de la revolución mundial, representó un papel de embajador cultural y propagandista literario de la URSS. [Nota a esta edición]

SA por los mismos motivos alegados en la Unión Soviética para justificar el comienzo de la persecución de homosexuales. Es evidente que de esas ideas tan caóticas sobre las relaciones entre la sexualidad y el fascismo y sobre los problemas generales de la sexualidad no se podía esperar nada bueno. Las detenciones masivas de homosexuales en la Unión Soviética crearon una atmósfera de pánico entre ellos; se rumoreaba que había muchos casos de suicidio en el ejército. Hasta 1934, no se conocía el miedo a las denuncias; pero, después de estos sucesos, adquirió proporciones de obsesión. Sin embargo, la mayoría popular conservaba su actitud tolerante para con los homosexuales.

Me limitaré a esta breve exposición. Las relaciones entre la persecución de homosexuales y la situación política sexual en general, especialmente en los países orientales, exigirían un estudio más detallado que no podemos abordar aquí. La teoría de la homosexualidad desde el punto de vista de la economía sexual se incluye en mis libros *“Die Funktion des Orgasmus, Charakteranalyse y Der Sexuelle Kampf der Jugend”*. Resumiendo, podemos decir:

- 1) La homosexualidad no es un crimen social; no perjudica a nadie.
- 2) No se pueden reducir las actividades homosexuales si no es logrando las condiciones necesarias para una vida de amor natural de las masas.
- 3) Entretanto, se debe considerar como una forma de satisfacción sexual tan legítima como la forma heterosexual; excepto en el caso de seducción de niños y adolescentes, debe permanecer sin castigo.

CAPÍTULO V

EL AMORTIGUAMIENTO EN LAS COMUNAS JUVENILES

La juventud rusa había logrado conquistar, en los primeros años de la guerra civil, el puesto y la categoría que le eran debidos. Lenin había comprendido perfectamente la importancia de la voluntad de vivir de la juventud y se había preocupado, en particular, de su organización y de la mejora de su situación económica.

El reconocimiento de la independencia de la juventud en el proceso social se expresaba en la resolución que votó el segundo Congreso de la Unión Juvenil: “El Komsomol es una organización autónoma con estatutos propios.” Ya en 1916 había afirmado Lenin: “Sin una completa independencia, la juventud no puede producir socialistas eficaces.”

Sólo una juventud independiente, obrando sin disciplina autoritaria, y sexualmente sana podía, a la larga, realizar las tareas sobremañera difíciles de la revolución. Lo que sigue puede servir de ejemplo de la política sexual de organizaciones de juventudes revolucionarias e independientes:

1. LA JUVENTUD REVOLUCIONARIA

Hasta hace todavía diez años, Bakú era una de las regiones más reaccionarias de Rusia. La revolución había modificado la legislación, había emprendido la reconstrucción económica y había declarado que la religión era un asunto personal. Pero, “debajo de los tejados nuevos, bullía la antigua y cruel moralidad de harem”¹³. Las muchachas recibían educación en las instituciones religiosas; no tenían derecho a aprender a leer y escribir, a no ser que entraran en contacto con el mundo exterior, se evadiesen y deshonraran a sus familias; es decir, las muchachas eran esclavas de su padre. Con la madurez, se convertían en esclavas del marido, a quien no podían elegir y a quien no habían visto antes de la boda. Las muchachas, como las mujeres, tenían que llevar velo y no mostrar su rostro a ningún hombre; veladas y cubiertas miraban a la calle por la ventana y salían muy pocas veces y bajo estrecha vigilancia. No podían trabajar ni leer libros o periódicos. Es cierto que tenían derecho al divorcio, pero de nada servía porque lo ignoraban. El látigo había desaparecido de las prisiones, pero todavía se golpeaba a las mujeres. Tenían que dar a luz sin ayuda porque no había comadronas ni mujeres-médicos; mostrarse a un médico hombre estaba prohibido por la religión.

Después, allá por los años veinte, las mujeres rusas fundaron una asociación femenina que organizó su educación. Las aulas estaban cada vez más concurridas y las muchachas escuchaban las explicaciones de profesores encanecidos (los hombres jóvenes no podían enseñar en los centros femeninos). Así, muchos años después de la revolución social, comenzaba una “revolución de costumbres”. Las muchachas se enteraron, por primera vez, que había países en que muchachos y muchachas se educaban juntos, en que las mujeres hacían deporte, iban al teatro y a las reuniones sin velo y, de una manera general, participaban en la vida contemporánea.

Este movimiento de política sexual se extendió. Los padres, hermanos y maridos se sintieron amenazados en sus intereses cuando les llegó el soplo de lo que se decía en la asociación. Corrieron el rumor de que la asociación era un burdel; era peligroso para las mujeres asistir a las reuniones. Según el informe de Balder Olden ocurría que se arrojaban cubos de agua hirviendo sobre las muchachas que se dirigían hacia la asociación o se azuzaba a los perros contra ellas. Es más, todavía en 1923, una muchacha era amenazada de muerte si se mostraba en público o en traje de deporte con brazos y piernas al descubierto. Se explica que en estas condiciones, incluso a las mujeres más atrevidas no les pasara por la imaginación tener una relación amorosa fuera del matrimonio. A pesar de todo, hubo muchachas que rompieron interiormente con la tradición y, decididas a todo, emprendieron la lucha por la liberación de la juventud femenina. Sufrieron lo indecible. Se las reconocía en seguida, eran proscritas, se las consideraba en menos que a las prostitutas y ninguna de ellas podía esperar que un hombre fuera su marido.

En 1928, una muchacha de veinte años, Sarial Haliliva, huyó del domicilio paterno y comenzó a convocar reuniones donde anunciaba la emancipación sexual de las mujeres; iba sin velo y, en la playa, se mostraba en traje de baño. Su padre y sus hermanos se constituyeron en tribunal, la condenaron a

¹³ Según describe al autor Balder Olden

muerte y la despedazaron viva. Esto ocurrió en 1928, once años después de la revolución. Su muerte avivó considerablemente el movimiento de política sexual de las mujeres. Su cuerpo fue rescatado de la casa de sus padres, fue expuesto en la asociación y se turnaba ante él, día y noche, una guardia de honor formada por muchachos y muchachas. Mujeres y muchachas acudieron en masivamente a la asociación. Sus verdugos fueron ejecutados y se dice que desde entonces no ha habido padres y hermanos que se hayan atrevido a tomar tales medidas contra los movimientos femeninos y juveniles.

Balder Olden describe estos sucesos como una revolución cultural general. Se trataba, más bien, de una revolución sexual que condujo a una toma de conciencia cultural de las muchachas y de las mujeres. En 1933, había ya 1.044 muchachas matriculadas en las universidades, 300 comadronas, y 150 agrupaciones de mujeres y muchachas. Ha habido muchas mujeres escritoras y periodistas; quien preside el Tribunal Supremo es una mujer. Las mujeres ocupan puestos de ingenieros, médicos y pilotos. La juventud revolucionaria ha conquistado el derecho de vivir.

2. LAS COMUNAS DE JÓVENES

Las comunas de jóvenes demuestran muy bien el papel que desempeñó la revolución sexual de la juventud. Eran la primera manifestación natural del progreso de la vida colectiva de la juventud. Una comuna compuesta por personas de más edad se encuentra inmediatamente ante las dificultades que provoca la rigidez de reacciones y de costumbres. En la juventud, por el contrario, y en particular en la pubertad, todo es fluido, y las inhibiciones todavía no se han convertido en estructuras rígidas. Las comunas juveniles parecían destinadas al éxito y a testimoniar el progreso que representa la vida colectiva. ¿Qué había de vida revolucionaria en estas comunas? ¿Qué factores impidieron el progreso que representaban?

Se reconoció bien pronto que la organización política de la juventud y su bienestar económico eran las primeras cuestiones que se debían solventar. Pero también se sabía que eso sólo nos bastaba. Bujarin intentó resumir la preocupación principal en esta frase: *“La juventud necesita romanticismo.”* Este concepto pareció necesario cuando el movimiento de la juventud proletaria perdió su impulso pasada la guerra civil, cuando los acontecimientos revolucionarios dieron paso a las ocupaciones menos románticas y más penosas de la reconstrucción. Esto se dijo en el quinto Congreso del Konsomol. *“No podemos dirigirnos al cerebro solamente, porque los individuos antes de comprender deben sentir”*,

“Todos los materiales románticos de la revolución deben servir para la educación de la juventud: el trabajo subterráneo anterior a la revolución, la guerra civil, la Checa, las luchas y las gestas revolucionarias de los obreros y del Ejército rojo, los inventos y las expediciones.”

Es preciso, sobre todo, se añadió, crear una literatura en que el ideal socialista aparezca en “forma incitante”; una forma en que se glorifique la lucha del hombre con la naturaleza, el heroísmo de los obreros y la entrega incondicional al comunismo.

Así pues, se debía despertar y mantener el entusiasmo de la juventud por medio de ideales *éticos*. Las ideas e ideales burgueses debían ceder el puesto a las ideas e ideales revolucionarios. En términos concretos quería decirse: La juventud conservadora lee novelas policíacas por el sensacionalismo que contienen. Ahora bien, es perfectamente posible cambiar la novela policíaca de contenido tradicional en una novela de contenido revolucionario; por ejemplo, se puede sustituir la persecución de un criminal a cargo de un detective por la persecución de un espía blanco a cargo de un hombre de la GPU. Pero la experiencia del joven lector sigue siendo la misma: horror, curiosidad y tensión; el resultado es que nacen fantasmas sádicos que se alían con la energía sexual no liberada. La formación de la estructura psíquica *no depende del contenido de la experiencia vivida sino de la naturaleza de las excitaciones vegetativas que la acompañan*. Una historia de horror produce el mismo efecto, ya que se trate de Alí Babá y los cuarenta ladrones, ya se relaten las ejecuciones de espías blancos; lo importante para el lector no es que cuarenta ladrones o cuarenta contrarrevolucionarios sean decapitados, sino la carne de gallina que eso produce.

Si el movimiento revolucionario se hubiera propuesto solamente imponer sus ideas y ganar al pueblo para su causa, habría bastado con la sustitución de un ideal ético por otro. Pero sí, además, tenía por objetivo reestructurar al hombre, *haciendo a los individuos capaces de pensamiento y de acción independientes*, de extirpar la estructura servil, debió haberse percatado que no basta con sustituir al Sherlock Holmes conservador por un Sherlock Holmes rojo, ni con intentar vencer al romanticismo conservador por medio del romanticismo revolucionario. Ahora bien, las resoluciones del quinto Congreso decían explícitamente que «se deben utilizar al máximo las manifestaciones, desfiles con antorchas, banderas y conciertos colectivos para influir sobre la juventud». Aunque fuera necesario, no era más que la reiteración de viejas formas del entusiasmo y de la influencia ideológica. Los mismos métodos fueron empleados con éxito en la Alemania de Hitler y las juventudes hitlerianas no demostraron ciertamente menos entusiasmo y entrega a la causa que el Konsomol. La diferencia esencial era: la juventud hitleriana juraba obediencia ciega y sin crítica a un *führer* divinizado y ni siquiera se imaginaba que podía crear “una vida propia según estatutos propios”; la tarea del Konsomol, por el contrario, consistía en crear una vida nueva para toda la juventud trabajadora en consonancia con sus necesidades; forjar una juventud independiente, antiautoritaria, capaz de alegría en el trabajo y capaz de satisfacción sexual, capaz de crítica y capaz de adherirse a una causa por persuasión propia y no por obediencia. Esta juventud debía saber que no combatía por un «ideal comunista» abstracto, sino que el objetivo comunista *era la realización de su propia vida independiente*. Lo que caracterizaba a la sociedad autoritaria es que la juventud no tiene conciencia de su vida real; por eso, los adolescentes vegetan aburridos o se entregan *ciegamente*. En contraste, la juventud revolucionaria, gracias a la conciencia de sus necesidades, desarrolla la forma más poderosa y duradera del entusiasmo: *la alegría de vivir*.

Pero ser «joven» y ser «independiente» supone la afirmación de la sexualidad. El Estado soviético tenía que elegir entre apoyar su poder en el sacrificio ascético o fundarlo sobre la alegría de vivir afirmando la sexualidad. Las masas juveniles podían ser conquistadas y se podía cambiar su estructura orientándola hacia el socialismo, solamente con ayuda de la afirmación de la vida.

El Komsomol tenía un millón de miembros en 1925, dos en 1927, cinco en 1931, y casi seis millones en 1932. La organización de la juventud obrera fue también un éxito. Pero, ¿cambió la estructura de estos jóvenes en el sentido de una “independencia completa”, como lo postulaban las resoluciones del segundo Congreso? En la misma fecha, sólo el 15 % de la juventud rural pertenecía al Komsomol; de los quinientos mil jóvenes campesinos que vivían en las comunas agrícolas y que habrían sido ganados fácilmente, sólo el 25 % se había afiliado al Komsomol. ¿Por qué los del 75 % restante no estaban organizados? La juventud acepta las organizaciones en la exacta medida en que éstas comprenden las necesidades sexuales y materiales de la juventud, en la medida en que las organizaciones se hacen eco de estas necesidades y emplean todos los medios para satisfacerlas. Nuevas formas de vida no pueden surgir más que de *nuevos* contenidos de vida, y los nuevos contenidos deben adoptar nuevas formas. En la juventud campesina, el cambio de estructura debe tomar formas distintas de las que toma en la juventud obrera, porque son diferentes sus modos de vida sexual.

a) LA COMUNA SOROKIN

En el transcurso de los cambios revolucionarios, se desarrollaron ciertas formaciones sociales que, aunque características de este período de transición, no pueden ser consideradas como los gérmenes de un futuro orden comunista. Veamos estas características en un caso que se ha hecho notorio: la “*Comuna Sorokin*”.

Es el prototipo de la comuna autoritaria, antifeminista, fundada sobre lazos homosexuales y cuya estructura *no* es específicamente comunista.

Sorokin era un joven obrero de una fábrica de harinas del Cáucaso norte. Leyó en los periódicos que se construía la “Avtostroy”, gran fábrica soviética de automóviles y decidió trabajar allí. Se dirigió a la ciudad vecina, siguió allí unos cursos técnicos y organizó un grupo de estudiantes. Terminados los estudios, los veintidós diplomados, convencidos por el entusiasmo de Sorokin, fueron a trabajar a Avtostroy; era el 18 de mayo de 1930. Estos veintidós jóvenes obreros, bajo la dirección de Sorokin, formaron una comuna de trabajo. Todos depositaban su salario en una caja común con cuyos fondos se pagaban todos los gastos. Era una verdadera comuna de jóvenes; ninguno de ellos tenía más de veintidós años. Dieciocho pertenecían al Komsomol, uno era miembro del partido, tres no estaban afiliados a nada.

Su entusiasmo juvenil, su ambición y su actividad incansable irritaron rápidamente a los otros obreros. El director los cambiaba de un puesto de trabajo a otro y nunca permitía que todos los del grupo estuvieran juntos como era su deseo. Sorokin logró la destitución del director. Su sucesor era más comprensivo para con los miembros de la comuna. Éstos pidieron que se les asignara un trabajo particularmente difícil, el drenaje de una ciénaga cuyo plan previsto se realizaba sólo a un ritmo del 30%. Cuatro comuneros, y entre ellos la única mujer de la comuna, abandonaron porque no eran lo bastante fuertes para soportar aquel duro trabajo. Los otros dieciocho trabajaron como locos. Se habían impuesto una disciplina de hierro. Habían decidido excluir de la comuna a quien faltara más de dos horas al trabajo; un comunero que cometió esta falta fue excluido sin piedad, aunque todos le estimaban.

Pronto quedó ultimado el trabajo al 200 % del plan previsto. La reputación de la comuna Sorokin alcanzó los rincones más apartados de la empresa. Desde entonces, recibían sistemáticamente los puestos de trabajo más comprometidos. Por todas partes, contagiaban su entusiasmo a los otros obreros. Llegaron a trabajar veinte horas al día. Se procuraron dos tiendas donde vivían juntos. Era, pues, una comuna completa. Cundió su ejemplo. Cuando llegaron Sorokin y sus compañeros, había 68 brigadas de choque y 1691 obreros (*udarniki*); ellos formaban la única comuna. Seis meses más tarde, había 253 brigadas, entre ellas siete comunas. Un año más tarde, había 339 brigadas, 7.023 *udarniki* y trece comunas. Como reconocimientos de sus méritos, Sorokin recibió la *Orden de la Bandera Roja*.

Estos comuneros recuerdan los grupos colectivistas de muchas divisiones del frente rojo en Alemania. La exclusión de las mujeres basta para caracterizarlos como no arquetípicos de la colectividad democrática del futuro. Su estructura es extraña al individuo medio; las exigencias que se imponían sus miembros son heroicas, sin duda, indispensables durante los duros combates del periodo de transición, pero no tienen ninguna perspectiva de futuro. Hay que distinguir entre una comuna que se forma por una dura necesidad y porque sus miembros se acostumbran los unos a los otros, y una comuna que se funda sobre la satisfacción de las necesidades vitales. El desarrollo de muchas comunas en la Unión Soviética se caracteriza precisamente por este elemento de transición; tienen su origen en el trabajo colectivo y las dificultades colectivas en la fábrica y en el ejército: los obreros de una brigada se acostumbran unos a otros como se acostumbran unos a otros los soldados en la trinchera; el modo de vida primitiva borra las diferencias individuales. Las colectividades de trabajo se transforman en colectividades completas si se añade la vida en común. Pero una tal colectividad no es todavía una verdadera comuna porque solamente una parte de los salarios se destina a fondos comunes. En varias colectividades, cada uno de los miembros deposita en la caja común la misma cantidad independientemente del volumen de su salario. Según otro reglamento, los miembros depositan una cantidad mínima y, además, un porcentaje relativo al salario. En las comunas completas es diferente; los comuneros se obligan a depositar el salario total en la caja común. La comuna completa se consideraba como “la más alta forma de vida”. El desarrollo de esta comuna completa demostró que el desconocimiento de los problemas estructurales y personales conducía a una forma de organización coercitiva y autoritaria.

Había una comuna completa en la Biblioteca estatal en Moscú; vestidos, calzado e incluso ropa interior eran comunes. Si uno de los comuneros quería usar su propia ropa, era considerado como burgués. No había vida personal. Estaba prohibido tener más amistad con un comunero que con los demás. El amor, estrictamente vedado. Si se descubría que una muchacha tenía debilidad por un comunero, los dos eran acusados de “destruir la ética comunista”. La comuna se desintegró al poco tiempo.

Si se afirma que la comuna como “forma de familia” es la unidad de la vida colectiva futura, importa mucho estudiar y comprender el proceso del fracaso de estas comunas. Todo aquello que esté en conflicto con la naturaleza humana y sus necesidades, toda especie de regla autoritaria, moral o ética destruirá irremisiblemente la comuna. El problema fundamental es saber cómo una comuna puede desarrollarse sobre una base de condiciones naturales y no morales. El conflicto entre la estructura humana y las formas de vida condujo algunas veces a situaciones grotescas. Citemos como ejemplo la comuna de la *Bergakademie* en Moscú. Decidió no sólo planificar todo lo referente a dinero, sino también la distribución del tiempo. Su horario, según Mehnert, era el siguiente:

01/07/30	Levantarse
7.30 - 8.45	Vestirse, desayunar, limpieza
8.40 - 14.00	Clases
14.00 - 15.30	Comida y reposo
15.30 - 21.00	Clases y estudio
21.00 - 21.30	Cena
21.30 - 23.00	Reposo, lectura
23.00 - 24.00	Lectura de periódicos

La comuna de la fábrica AMO estableció la distribución siguiente como promedio del empleo del tiempo de los comuneros:

1.	Trabajo en la fábrica	6 h. 31m.
2.	Sueño	7 h. 35 m.
3.	Estudio	3 h. 1 m.
4.	Comidas	1 h. 24 m.
5.	Actividades políticas	53 m.
6.	Lectura	51 m.
7.	Distracciones (cine, club, paseos, etc.)	57 m.
8.	Trabajo doméstico	27 m.
9.	Visitas	25 m.
10.	Higiene	1 h. 32 m.
11.	Sin contabilizar	1 h. 32 m.

Esto es delirio enfermizo de estadísticas. Tales fenómenos son manifiestamente patológicos, síntomas de una obsesión neurótica de vida en el deber, que suscitaría la rebelión de los comuneros. La conclusión que se debe sacar de estos hechos no es, como piensa Mehnert,¹⁴ que la vida colectiva es imposible, sino que ha de haber un modo de vida colectiva compatible con la estructura de los individuos. En tanto que la estructura, el pensar y el sentir de los comuneros estén en conflicto con el modo de vida colectiva, la necesidad social prevalecerá en forma de conciencia y coerción. Se trata de construir un puente entre la estructura humana y las formas de la vida, no con la coerción, sino de una manera orgánica.

B) LA COMUNA BOLCHEVO PARA DELINCUENTES

Fue la primera comuna de trabajo para jóvenes delincuentes, creada en 1924 por iniciativa de Dzerjinski, director de la GPU, sobre el principio de que los criminales deben ser reeducados en total libertad. El problema fundamental era el de organización de los delincuentes. Se resolvió así: dos de los fundadores de la comuna Bolchevo mantuvieron una entrevista con los internados en la prisión Butirki de Moscú. Se trataba de adolescentes encarcelados por rapiñas, robos, vagabundeo, etc. La proposición de la GPU era la siguiente: nosotros os damos la libertad, una oportunidad para que os desarrolléis culturalmente y colaboréis en la construcción de la Unión Soviética; ¿queréis venir con nosotros y fundar una comuna? Los prisioneros desconfiaban; no podían creer que la GPU que los había encarcelado, les diera ahora la libertad. Temían una artimaña y rehusaron al principio. Después, decidieron ir para examinar el asunto sobre el terreno y así poderse escapar y seguir su vida maleante. Quince de estos adolescentes recibieron dinero para el tren y alimentos. Tenían plena libertad para ir y venir como y cuando quisieran. No bien hubieron llegado al paraje donde debía establecerse la comuna, escudriñaron entre toda la maleza por si hubiera soldados escondidos. Vieron un vallado y querían huir. Se les dijo, para tranquilizarles, que no se había proyectado encerrarles allí y se quedaron. Estos quince primeros jóvenes ayudaron en el reclutamiento de otros delincuentes y pronto la comuna contaba trescientos cincuenta miembros, después un millar. Enviaban ellos mismos delegaciones a las cárceles para persuadir a otros reclusos, que se les agregaban.

Se planteó la cuestión del trabajo. Decidieron instalar una fábrica de calzado que surtiría a la región circundante. Todo lo organizaban ellos. Designaron grupos para el trabajo, la economía doméstica, los programas culturales, etc. Al principio, el salario era de doce rublos al mes, alimentación y estancia gratuitas. Los habitantes de los alrededores protestaron violentamente contra esta comuna de delincuentes. Cursaron peticiones al gobierno para que no permitiera su instalación allí. Se encerraban en sus casas por miedo, a los comuneros.

¹⁴ Klaus Mehnert, *“Die Jugend in Sowjetrußland”*, Berlín, 1932.

Poco a poco se fueron afianzando las actividades culturales. Tenían un club y un teatro; los campesinos del contorno podían asistir a las veladas de la comuna. Mejoraron tanto las relaciones entre los comuneros y sus vecinos que, en pocos años, muchos jóvenes se casaron» con las muchachas de las aldeas cercanas.

La pequeña industria se incrementó y se fabricaban también artículos deportivos: en 1929 había una producción diaria de 400 pares de zapatos y 1000 pares de patines, además de prendas de vestir. Los salarios oscilaban entre 18 rublos para los recién llegados, hasta 130 para los veteranos. Los trabajadores pagaban de 34 a 50 rublos por alimentos y ropa. Se descontaba el 2 % del salario para los programas culturales. Los recién llegados, como no podían pagar sus gastos con los 18 rublos del salario, recibían crédito hasta que cobraran el salario completo.

En la comuna regía el mismo sistema de autogestión que tenían todas las fábricas soviéticas. Había un directorio de tres miembros elegidos por los comuneros y una institución del personal que supervisaba las funciones del directorio.

Al principio, los delincuentes habían tenido miedo de entrar en la comuna; poco a poco las candidaturas se hicieron tan numerosas que la comuna estableció un examen de ingreso: se debía probar que se trataba en realidad de delincuentes que habían sido arrestados, encarcelados, etc., y no, por ejemplo, de obreros. Pasado el examen, era preciso superar también un periodo de prueba que duraba seis meses. Si el candidato no era admitido, podía irse libremente.

Con el tiempo, se formaron: una biblioteca, un círculo de ajedrez, una galería de arte, una sala cinematográfica; la dirección corría a cargo de comuneros elegidos, no era impuesta desde arriba. Había también comisiones de litigio. Si alguien no acudía al trabajo o se retrasaba recibía una reconvención pública; si reincidía, se le retiraba parte del salario. En los casos más graves se recurría a los medios siguientes: la comuna condenaba al culpable a uno o dos días de arresto: se le daba la dirección de una cárcel de Moscú, se le permitía ir sin escolta, cumplía la condena y regresaba contento.

Durante los tres primeros años, a los 320 muchachos se agregaron 30 muchachas. No hubo dificultades sexuales dignas de mención ya que los muchachos mantenían relaciones con las muchachas de los alrededores. El dirigente de esta comuna me explicó que los comuneros discutían los problemas sexuales entre ellos y que los excesos eran rarísimos. La vida sexual se ordenaba espontáneamente porque era posible la plena satisfacción sexual.

La comuna *Bolchevo* es el prototipo de una educación de jóvenes delincuentes fundada sobre el principio de la autogestión y del cambio de estructura. Por desgracia, estas comunas eran casos aislados y por razones desconocidas el principio fue abandonado en el transcurso de los años siguientes, como lo prueban los informes recibidos en 1935. Se recordará que en 1935, la regresión general a los métodos autoritarios había recorrido ya un largo camino.

C) LA JUVENTUD EN BUSCA DE NUEVAS FORMAS DE VIDA

En la misma época en que, gracias a la NEP (Nueva Política Económica), la economía se restablecía, la institución de comunas privadas jugaba un gran papel. La juventud debía practicar la forma comunista de vida comunitaria en los locales colectivos. Mehnert refiere que más tarde estas tentativas pasaron a segundo plano. Escribió en 1932:

“Nos hemos vuelto más modestos”,(...) “admitimos abiertamente que no es sensato anticiparse a la etapa final del socialismo, el comunismo, bajo forma de pequeños islotes, en el momento en que el conjunto del país empieza a penas a liquidar la NEP y se encuentra solamente en las primeras fases del socialismo. La creación de comunas era una medida de urgencia que hoy ya no es necesaria”.

Esta explicación no satisface. Es posible que a mediados de los años veinte, la instalación de comunas de jóvenes haya sido prematura. Pero lo esencial es saber el porqué fracasaron.

El desarrollo soviético, hasta ese día, se caracteriza por una lucha severa entre las nuevas formas de vida y las antiguas. El resultado de este conflicto será determinante para la revolución rusa. El problema de las comunas de jóvenes es sólo un aspecto del problema de conjunto. No se puede decir que su creación fuera una “medida de urgencia”; más bien se trataba de un progreso serio y lleno de sentido para la juventud, pero que fracasó por razones inexplicadas hasta ahora. Sin duda, lo nuevo no pudo sobrevivir bajo la influencia del orden antiguo. No obstante se afirmó que el socialismo en la Unión Soviética era un «hecho probado definitivamente».¹⁵

Examinemos algunos pasajes de un diario de comuna, citados por Mehnert:

Era durante el invierno de 1924. Una penuria amarga pesaba sobre toda la Unión Soviética, especialmente en las grandes ciudades como Moscú. El hambre común, las privaciones comunes, la escasez general de alojamientos aproximaban a los individuos unos a otros. El sentimiento de solidaridad, aumentado por esta experiencia común, era muy intenso. Algunos amigos que estaban a punto de terminar sus estudios y no veían claro su porvenir decidieron no separarse. Después de los años de trabajo y camaradería, les parecía imposible volver cada uno a su familia; y así, pensaron formar una gran familia y fundar una comuna. Tras muchos esfuerzos infructuosos, encontraron unas habitaciones libres en la segunda planta de una casa vieja. En la primera planta había una lavandería china y el vapor se filtraba hacia arriba por las grietas, excepto entre las dos y las seis de la mañana, mientras permanecía cerrada la lavandería. Pero todo eso no tenía importancia; los jóvenes estaban entusiasmados porque habían encontrado cobijo.

¹⁵ «En la Unión Soviética, el socialismo, bajo la dirección del PC, de su comité central leninista, bajo la dirección del gran guía de los trabajadores, el camaiada Stalin, ha triunfado de una manera definitiva e irreversible» (Manuilski, en su informe a las secciones del Partido de Moscú y de Leningrado, sobre los resultados del VII Congreso de la Komintem).

Ocuparon su nuevo domicilio en abril de 1925. Eran, en total, dos dormitorios, un salón llamado “el club” y una cocina; el mobiliario: literas, dos mesas y dos bancos. Diez personas, cinco muchachas y cinco muchachos, querían emprender una nueva vida.

Al principio, los comuneros realizaban todo el trabajo doméstico por sí mismos, pero bien pronto las ocupaciones de su función exterior hicieron que descuidaran estos menesteres y el desorden en la comuna estaba a la orden del día. A los pocos meses, podía leerse en el diario:

“28 de octubre. El encargado del servicio se levantó tarde: no había desayunado. La comuna no ha sido barrida. Después de la cena, la vajilla no ha sido fregada (incidentalmente el agua escasea).

“29 de octubre. Otra vez sin desayuno. Tampoco cena. La vajilla todavía sucia. La despensa revuelta. El cuarto de baño sin limpiar (casi nunca está limpio el cuarto de baño). Por todas partes, una espesa capa de polvo. Toda la noche, la puerta abierta; dos luces encendidas. A las dos de la madrugada nuestro fotógrafo amateur, contra todo reglamento, revelaba sus clichés.

“30 de octubre. Hemos comenzado la limpieza: todo está por el suelo, sobre las ventanas, sobre las sillas, encima y debajo de las literas. En el club, periódicos, tinteros, plumas, cartas por todas partes. Sobre la mesa, un caos. En la cocina se amontona la vajilla sucia. La mesa de la cocina llena hasta el límite de su capacidad. El desagüe obstruido. La despensa, como un establo. Los comuneros, apáticos, tranquilos, algunos incluso satisfechos. ¿Podemos construir así una nueva vida?”

Algunos días más tarde, se decidió contratar a una sirvienta (obrero pagada). ¿No era eso explotación? Después de un largo debate, se llegó a la conclusión siguiente:

“Todos se ven obligados a recurrir constantemente a los servicios pagados de otras personas: se dan prendas de vestir a la lavandería, se busca a una mujer para que friegue los suelos, se encarga una camisa a la costurera, etc. Una sirvienta no es más que la reunión de todos esos trabajos en una sola persona.”

Así fue que la sirvienta Akulina entró en la comuna, y con ella un cierto orden y limpieza.

No obstante, el diario presenta, al final del primer año, un cuadro sombrío. La vida en la comuna no es satisfactoria.

“Las dificultades de la situación han provocado el nerviosismo y la irritabilidad.”

Cuatro miembros abandonaron el grupo: una muchacha porque decía que se arruinaba la salud en la comuna; otra dio como razón que no podía soportar a uno de los muchachos; la tercera se casó y fue a vivir con su marido; un muchacho fue expulsado por no depositar en la caja la totalidad de sus ingresos. Quedaban, pues, dos muchachas y cuatro muchachos.

Durante el verano, la llegada de nuevos miembros aumentó el número de comuneros hasta once, cinco muchachas y seis muchachos, todos de veintidós a veintitrés años, en su mayoría estudiantes. De los diez miembros fundadores, quedaban solamente cuatro.

Se discutían todos los problemas, incluso los más insignificantes en las reuniones plenarias. Había una “comisión” para cada uno de los aspectos de la vida cotidiana: la comisión financiera corría con la tarea difícil de equilibrar ingresos y gastos; la comisión económica era responsable del alimento, compras generales y limpieza de la comuna; la comisión política tenía a su cargo la instrucción dentro de la comuna, la biblioteca y los periódicos, y era enlace entre los comuneros y las organizaciones juveniles, sobre todo, el Konsomol; la comisión de vestuario se encargaba de todo lo referente a la ropa y al calzado; y la comisión de higiene abastecía a los comuneros de jabón, pasta dentífrica, etc., y ayudaba en caso de enfermedad. Así pues, por lo que respecta a organización, la comuna adoptó la forma de un gobierno estatal, esto es, de una administración por “comisiones”.

Cuando se hubieron superado las dificultades de orden material, salió a la superficie la así llamada vida privada y aparecieron también los problemas morales. Éstos tenían su raíz en la ansiedad sexual de las estructuras individuales; exteriormente, se presentaba como “egoísmo”, “individualismo” y “costumbres burguesas” que chocaban con el espíritu colectivista de la comuna. Se intentó extirpar estas viejas “malas costumbres” por medio de una disciplina moral. Se proclamó un ideal, el principio moral de la “vida colectiva” contra el “egoísmo”. Se quería, por lo tanto, construir una organización cuyo principio es la autogestión y la disciplina interior voluntaria, pero con ayuda de medidas morales e incluso autoritarias. ¿De dónde procedía esta falta de disciplina interior? ¿Podía una comuna resistir durante mucho tiempo al conflicto entre el principio de la autogestión y la disciplina autoritaria?

La autogestión de una comuna presupone la salud síquica y ésta, a su vez, todas las condiciones internas y externas de una vida de amor satisfactoria. El conflicto entre la autogestión y la disciplina autoritaria tenía su origen en el conflicto entre el deseo de vida colectiva y la estructura síquica inapta de los comuneros: *fracasaron cuando se trataba de ultimar las condiciones de la vida sexual*. La colectividad debía ofrecer *un nuevo hogar* a los jóvenes que estaban hartos del hogar paterno y de la vida familiar. Pero estos jóvenes tenían al mismo tiempo *aversión* a la familia y *nostalgia* de familia. Los pequeños problemas cotidianos relacionados con el trabajo doméstico se hicieron insolubles únicamente a causa de la confusión de las relaciones sexuales. Al principio, los comuneros formularon exigencias acertadas. Decían que las relaciones debían ser “amistosas”, aunque nunca se explicara con claridad lo que con eso se quería significar. Precisarón que la comuna no era un monasterio y que los comuneros no eran ascetas. Los estatutos de la comuna decían textualmente:

“Opinamos que no debe haber restricción de las relaciones sexuales. Tiene que reinar la franqueza en todo lo referente a la sexualidad; debemos considerarla seria y conscientemente. En caso contrario, aparecerá el deseo de secreto y de rincones oscuros, de flirteo y otras manifestaciones indeseables.”

En pocas palabras, los comuneros expresaban instintivamente un principio básico de la economía sexual: la restricción de las relaciones sexuales conduce a la clandestinidad y desfiguración de la sexualidad. ¿Habían recibido los comuneros la educación apropiada, eran suficientemente conscientes de su sexualidad y estaban sanos de tal manera que pudieran vivir de acuerdo con este principio colectivista, de acuerdo con la economía sexual? Nada de eso.

Se vio bien pronto que no podía resolverse el difícil problema de la estructura humana con palabras y exigencias morales. Era evidente que si una pareja manifestaba deseos de estar a solas, sin molestias en su actividad amorosa, no era, en absoluto, una falta de “camaradería”. Se manifestó en seguida también allí el problema de la juventud en todos los países y de todas las categorías sociales: *la falta de habitaciones independientes*. Todas las piezas de la comuna estaban excesivamente ocupadas. ¿Se podía así desarrollar una vida de amor sin molestias?

Cuando se fundó la comuna, a nadie se le ocurrió pensár en la multitud de problemas que plantearía la vida sexual común. Estas dificultades no podían solventarse con una reglamentación o disciplina moral. Y, sin embargo, se enmendaron los estatutos para resolver definitivamente el problema:

“Las relaciones sexuales entre comuneros, durante los primeros años de la comuna, son indeseables.”

El diario afirma que esta decisión se aplicó dos años. Por todo lo que sabemos de la sexualidad juvenil; consideramos esto de todo punto imposible: no cabe la menor duda que las relaciones sexuales eran clandestinas y escapaban a la vigilancia de la “comisión”; así, un poco del antiguo mundo reaccionario entraba en las nuevas formas de vida comunitaria. El primero y acertado principio de la comuna, aquel de la franqueza y de la autenticidad en materia sexual, se hacía pedazos.

D) LA CONTRADICCIÓN INSOLUBLE ENTRE LA FAMILIA Y LA COMUNA

Las dificultades de la vida en la comuna no procedían de la cuestión de saber si eran solamente las muchachas o también los muchachos quienes debían planchar y remendar; se trataba fundamentalmente de una cuestión de vida sexual. Eso se manifiesta en la manera, nueva y revolucionaria por un lado, tensa y aprensiva por otro, de enfrentarse con los problemas sexuales. De estas escaramuzas se deduce que: *la familia y la comuna son organizaciones incompatibles*.

A principios de 1928, el problema adquirió proporciones desmesuradas. Según el diario, se celebró el 12 de enero sesión extraordinaria a petición del comunero Vladimir y tuvo lugar el siguiente diálogo:

Vladimir. — Katia y yo hemos decidido casarnos. Queremos vivir en la comuna porque no podemos imaginarnos la vida en otra parte.

Katia. — Yo quiero que me admitáis como miembro de la comuna.

Semion. — ¿Quiere Katia ser admitida como esposa de Vladimir o simplemente como Katia? De eso depende nuestra decisión.

Katia. — Hace ya mucho tiempo que deseo la admisión. Conozco la comuna y quiero pertenecer a ella.

Sergey. — Yo voto a favor. Si Katia presentara su candidatura independientemente de su matrimonio con Vladimir, no sabría decidirme. Pero no se trata de Katia solamente sino de uno de nuestros comuneros; no debemos olvidarlo.

Lelia. — Yo me opongo a la admisión de alguien sólo porque sea un cónyuge. Ante todo, debemos preguntarnos si *la familia así fundada puede integrarse a la comuna* (!). Reconozco que Katia puede intentar esta experiencia porque sus cualidades la capacitan para la vida de la comuna.

Mischa. — La comuna está en crisis. *Un matrimonio significaría la formación de un grupo dentro de la comuna y terminaría de romper su unidad. Por lo tanto, mi voto es negativo.*

Lelia. — Si no aceptamos a Katia, perderemos a Vladimir. Ya casi lo hemos perdido; muy pocas veces está aquí. Por consiguiente, mi voto es favorable a la admisión de Katia.

Katia. — Os ruego que consideréis mi caso sin «circunstancias atenuantes»; quiero ser un miembro como todos los demás y no solamente la esposa de un comunero.

Resolución: Katia es admitida como miembro de la comuna.

En la habitación de las muchachas se instaló una nueva litera. Ni en el diario, ni en la relación de Mehnert, encontramos indicaciones concretas acerca de la vida sexual de los comuneros. El problema del matrimonio de un comunero estaba teóricamente resuelto, pero las dificultades aparecían después. Tras largos debates y habida cuenta que no se disponía de suficiente local ni dinero, se decidió que los niños no eran deseables; impedirían a los estudiantes el trabajo en paz. El diario contiene las frases siguientes:

«El matrimonio es posible y está permitido en la comuna. Sin embargo, por razones de alojamiento, el matrimonio no debe tener descendencia. *No se permite el aborto.*»

Estas tres frases dicen más sobre los problemas de la revolución sexual en la Unión Soviética que miles de páginas de informes oficiales.

1) *El matrimonio es posible y está permitido en la comuna.* Se dudó si un matrimonio era posible y, por fin, fue admitido; después de todo, no se podía prohibir una relación amorosa. A nadie le vino la idea de que para mantener una relación sexual no había necesidad de contraer un «matrimonio», porque el concepto de matrimonio, en la ideología oficial soviética, comprendía toda clase de relación sexual. No se distinguía entre una relación con deseo de tener niños, y una relación fundada solamente en la necesidad de amor. Tampoco se hacía la distinción entre una relación pasajera y una relación estable; no se pensaba en el fin de una relación provisional ni en el desarrollo gradual de una relación duradera.

2) *Por razones de alojamiento, el matrimonio no debe tener descendencia.* Por un lado, los comuneros reconocían que se podía contraer matrimonio sin tener hijos, para los cuales habría faltado el alojamiento apropiado. Pero el problema inmediato era saber dónde podrían tener lugar las relaciones sexuales. En el movimiento juvenil alemán se resolvía a veces el problema de este modo: los jóvenes que tenían habitación independiente, la ponían a disposición de sus camaradas. Por necesaria que fuese esta medida, ningún estamento oficial se hubiera atrevido a proponerla como medida de urgencia.

3) *No se permite el aborto.* Esta frase expresa la tendencia conservadora a admitir una relación amorosa, pero no el aborto; la continencia era, pues, la solución práctica. Pero la resolución acertada hubiera sido: «Puesto que, de momento, no podemos admitir niños por razón de lo reducido del local, vosotros no podéis tener hijos. Si queréis estar juntos, usad un medio anticonceptivo y hacednos saber cuándo queréis que no se os moleste.»

Las discusiones que siguieron a esta resolución pusieron de manifiesto la confusión de que eran víctimas los comuneros al no distinguir la procreación de la satisfacción sexual. No todos los comuneros estaban de acuerdo con esta resolución; algunos la consideraban como contraria a las leyes de la naturaleza, demasiado estricta, confusa y nociva.

Un año más tarde, la comuna pudo trasladarse a una vivienda más amplia; se cambió la resolución: *“La comuna autoriza el nacimiento de niños”*.

Tampoco esta vez se tocaba el problema de las relaciones sexuales a solas, sin molestias. La actitud que adoptaron los comuneros de considerar a los niños en ella nacidos como hijos de la comuna y encargarse de su crianza, era verdaderamente revolucionaria.

Aquí, el conflicto se hacía evidente. La comuna se convertía en la nueva forma de la “familia”, una colectividad de personas sin parentesco de consanguinidad, destinada a ser la sustituta de la antigua forma de familia. Es cierto que la colectividad debía su existencia a la protesta contra las restricciones de la familia; pero al mismo tiempo, era resultado de un deseo de vivir en una comunidad semejante a una familia. Eso significa que se creaba un nuevo tipo de familia y se mantenía, al mismo tiempo, en su interior, la vieja forma familiar. La confusión era enorme. Después de haber consolidado la situación de la comuna y tras largos debates, los comuneros adoptaron la resolución siguiente:

“Si uno de los comuneros quiere casarse, la comuna no se lo impedirá. Al contrario, hará todo lo que esté a su alcance a fin de asegurar las condiciones necesarias para una vida familiar.”

El conflicto entre la familia y la colectividad se manifestaba concretamente ante preguntas como las siguientes: ¿qué hacer si un comunero quiere casarse con una muchacha extraña a la comuna y que no se adapta a la comuna? ¿Y si esta muchacha no desea, en absoluto, ser admitida en la comuna? En ese caso, ¿deben vivir separados marido y mujer? Una pregunta arrastraba a la otra.

Lo que ignoraban los comuneros era:

- 1) Que había un *conflicto* entre la nueva forma de la comuna y la antigua estructura de los comuneros.
- 2) Que la comuna es *incompatible con las formas antiguas del matrimonio y de la familia*.
- 3) Que era preciso realizar un *cambio de estructura psicológica* de los individuos de la comuna, y *cómo* podría llevarse a cabo.

Los comuneros no se habían liberado de la noción reaccionaria de «matrimonio» con lo que ella implica de indisolubilidad.

Y cuando todavía celebraban su victoria contra el problema que creían muerto por obra de sus resoluciones, ocurrió lo siguiente según el diario:

“Vladimir ya no ama a Katia. Él no se lo explica. Cuando se casaron, él la amaba, pero ahora no le queda más que un sentimiento de camaradería, y vivir sin amor como marido y mujer es difícil e inútil.”

El resultado fue el divorcio, que afectó mucho a los comuneros; las muchachas, en particular, fueron un tanto violentas en sus juicios:

“Vladimir es un cerdo. Tenía que haber reflexionado antes de casarse. Nadie puede casarse y después huir. Eso se parece demasiado al romanticismo burgués: cuando quiero amar, amo, y cuando ya no quiero, me planto; hoy no puedo vivir sin ti, casémonos; y después de un mes: lo siento, ya no te amo, seamos buenos amigos.”

¡Qué insignificante fue el efecto de la legislación matrimonial soviética sobre la estructura psíquica de los comuneros! Consideraban burgués aquello que los burgueses temían más: la disolución de una relación conyugal. ¡Viva la dialéctica!

Los muchachos se mostraron más comprensivos: “Sin duda, Vladimir amaba a Katia, y no es su culpa si este sentimiento ha desaparecido”, decían. Hubo un largo debate en reunión plenaria de la comuna. Algunas muchachas encontraban extraño que Katia no hubiera dicho nada de todo este asunto y después la presentara en la reunión plenaria. Los unos decían:

“Vladimir tiene razón en optar por el divorcio, y no debemos reprochárselo. Después de todo, ninguna resolución de la comuna puede obligarle al amor.”

Pero los otros, la mayoría, lo condenaron porque, decían, contrajo matrimonio a la ligera y se había mostrado indigno de ser un komsomoletz y un comunero. Todo el asunto se solucionó por sí mismo; Katia abandonó Moscú por unos meses; cuando volvió, Vladimir se juntó con ella. Pero el problema del divorcio quedaba sin resolver. Durante todo este tiempo, de los once comuneros, cinco se habían casado. Las condiciones de vida siguieron siendo las mismas, es decir, los muchachos y muchachas tenían dormitorios separados. Desde el punto de vista de la higiene sexual, esta situación es insostenible.

La comunera Tania escribía a su marido:

“Todo lo que quiero es un poco de felicidad personal. Sueño con un rincón tranquilo donde nosotros podamos estar solos, donde no tengamos que escondernos de los demás, para que nuestra relación sea más libre y más alegre. ¿Por qué no comprende la comuna que es una simple necesidad humana?”

Tania tenía una estructura sexual sana. Ahora podemos ver por qué fracasó la comuna. Los comuneros comprendían muy bien a Tania; todos sufrían por las condiciones de vida y por la confusión ideológica, pero no podían cambiar esta situación. Este problema desapareció de las deliberaciones y del diario, pero continuó su existencia subterránea. No se habría resuelto el problema de las relaciones sexuales en la comuna con la solución del problema de alojamiento; hubiera sido una condición externa importante, pero no habría bastado. Nuestros comuneros no comprendían (y nadie les ayudaba) que no se debe establecer la relación duradera sin estar convencidos de que existe adaptación mutua en los aspectos sexual, rítmico y psíquico; que para saberlo, la pareja debe antes hacer vida común durante algún tiempo sin compromiso; que la adaptación mutua exige, a menudo, un tiempo considerable; que se debe poder abandonar la relación si se comprueba que sexualmente el uno no está hecho para el otro;

que no se puede exigir el amor, que la felicidad sexual es espontánea, o no existe. Nuestros comuneros, hombres y mujeres, habrían descubierto, sin duda, todo esto después de algunas luchas difíciles, si no hubieran llevado grabada la idea convencional del matrimonio y la ecuación de la sexualidad y de la procreación. Estos conceptos no eran innatos, pero no se había hecho nada para extirparlos de la ideología social.

3. CONDICIONES INDISPENSABLES DE ESTRUCTURA

Resumamos:

1) Alrededor del año 1900 la situación familiar era relativamente simple. Los individuos vivían encapsulados en sus familias. No había colectividades cuyas exigencias estuvieran en contradicción con la situación familiar o con la estructura familiar humana. Tampoco existía el conflicto entre la familia y el orden social del Estado patriarcal autoritario. La sexualidad reprimida se desahogaba en la histeria, en la rigidez y excentricidad del carácter, en la prostitución, en las perversiones, en el suicidio, en los tormentos de que eran víctimas los niños y en el fanatismo belicoso burgués.

Alrededor del año 1930, la situación era considerablemente más compleja. La familia coercitiva se desintegraba arrastrada por el conflicto entre la producción colectivista y la destrucción de la base económica de la institución familiar. Esta institución se mantenía no tanto gracias a los factores económicos cuanto debido a factores de estructura humana. No podía ni vivir ni morir. Los individuos ya no podían vivir en la familia y, al mismo tiempo, se sentían incapaces de vivir sin ella. No podían vivir formando una sola pareja durante toda la vida y tampoco podían vivir solos.

2) En la Unión Soviética, había nacido una nueva forma de vida. Era la *nueva forma de familia constituida por colectividades de personas sin parentesco de sangre*. Excluía el matrimonio antiguo. La cuestión inmediata es saber cómo deberían desarrollarse las relaciones sexuales en comunidades de esta índole. Nosotros no podemos ni debemos predeterminarlo. Todo lo que podemos hacer es seguir de cerca el proceso de la revolución sexual y apoyar sus orientaciones siempre que no sean contrarias a las formas económicas o sociales de una democracia de trabajo. De una manera general, esto significa *la absoluta y concreta afirmación de la felicidad sexual*; ésta no es posible ni en la monogamia coercitiva ni en las relaciones circunstanciales sin amor e insatisfactorias (la “promiscuidad”). La colectividad soviética excluye el ascetismo y la monogamia coercitiva de por vida como norma. Las relaciones sexuales entran en una fase de condiciones totalmente distintas. La colectividad hace tan polivalentes las relaciones humanas del individuo que ni siquiera se piensa en la posibilidad de una garantía contra un cambio de pareja o contra el desarrollo de relaciones con terceras personas. Sólo si se ha comprendido perfectamente el carácter doloroso y serio de la idea de que la persona amada abraza a un tercero, sólo si se ha experimentado eso, en activa y en pasiva, puede comprenderse que este problema no es económico sino de estructura. En una colectividad en que se encuentran muchachos y muchachas, hombres y mujeres en número igual, existen muchas posibilidades para el cambio de parejas.

Sería omisión peligrosa no intentar comprender y dominar este proceso doloroso de la aparición de un nuevo orden sexual. Ha de comprenderse y dominarse este proceso no a la manera moral, sino afirmando la vida. La juventud soviética ha pagado cara la lección; sus sufrimientos no deberían ser vanos.

La estructura humana debe adaptarse a la vida colectiva. Esta adaptación exigirá, sin duda, la reducción de los celos y del miedo de perder a una persona amada. En general, los individuos son incapaces de independencia sexual; están atados en la pareja con lazos adhesivos, pero sin amor, que les imposibilitan la separación; temen la disolución de la pareja porque, tal vez, no podrán formar otra. Este miedo tiene siempre su fundamento en las tendencias infantiles hacia la madre, hacia el padre, hacia los hermanos y hermanas de más edad. Si la colectividad sustituyera a la familia, no tendría lugar la formación de estos sentimientos patológicos. Así, quedaría eliminado el factor determinante de la postración sexual y aumentarían considerablemente las posibilidades de formar pareja conveniente; no desaparecería, pero se simplificaría mucho el problema de los celos. La capacidad de cambiar de relación duradera sin daño ni sufrimiento es, en realidad, uno de los problemas

capitales. La reestructuración humana haría a los individuos capaces de experimentar simultáneamente el amor tierno y el amor sensual genital, capaces de sentir, en plenitud, la sexualidad desde la infancia, es decir, capaces de *potencia orgástica*. La prevención de los trastornos sexuales, de la neurosis, de la poligamia insatisfactoria, del desgaste sexual en la relación pegajosa, de la sexualidad inconsciente, etc., exigirá esfuerzos considerables. No se trata de decir a los individuos cómo deberían vivir; se trata de educarlos de manera que puedan dirigir por sí mismos la vida sexual sin complicaciones sociales peligrosas. Eso presupone, ante todo, *el desarrollo de una genitalidad natural no restringida, sino favorecida por la sociedad*. Sólo así podrá desarrollarse la capacidad de franqueza entre los dos miembros de la pareja y la capacidad de soportar las emociones de los celos sin recurrir a la violencia. Los conflictos de la vida sexual no pueden ser desterrados, pero se puede y se debe facilitar su solución.

Una coherente prevención social de las neurosis vigilaría para que los individuos no complicaran neuróticamente los conflictos cotidianos inevitables. Si se extendiera a las masas la confianza en la propia sexualidad natural, se estigmatizaría la hipocresía moral como crimen de lesa sociedad. La lucha, el sufrimiento, la sexualidad, son partes integrantes de la vida. Importa mucho que los seres humanos sean capaces de experimentar conscientemente el placer y el dolor, y capaces también de dominarlos. Los individuos así constituidos serían incapaces de esclavitud. *Sólo los individuos genitualmente sanos son capaces de trabajo voluntario y de autodeterminación no autoritaria de su vida*. En tanto no se haya comprendido esto, fracasará la tarea de reestructuración humana; es más, tampoco habrá sido entendida de manera acertada. La inadaptación de la estructura sexual humana a la vida colectiva conduciría a resultados objetivamente reaccionarios. Fracasaría toda tentativa de realizar esta adaptación siguiendo métodos morales y autoritarios. No se puede exigir una disciplina sexual "voluntaria"; existe o no existe. Todo lo que se puede hacer es ayudar a la gente para que pueda realizar el pleno desarrollo de sus capacidades naturales.

CAPÍTULO VI

ALGUNOS PROBLEMAS DE SEXUALIDAD INFANTIL

Los jardines de infancia que yo visité en Rusia el año 1929 tenían una excelente organización colectiva.

Un jardín de infancia tenía seis educadores que estaban cinco horas con los niños y disponían de una hora más para preparar su trabajo pedagógico. La Directora y la Encargada eran obreras de fábrica; los educadores tenían a su disposición una secretaria. Quince de los niños aproximadamente eran hijos de obreros de fábrica, los otros, hijos de estudiantes. La fábrica pagaba veintiocho rublos por cada niño. El *Consejo del jardín de infancia* estaba formado por la directora, un educador, dos representantes de los padres, un representante del distrito y un médico. A los niños no se les daba enseñanza religiosa; el trabajo no se interrumpía durante los días de vacaciones. Los temas de enseñanza llamaban la atención; por ejemplo: «¿Cuál es la importancia del bosque para los hombres?», o «¿qué importancia tiene el bosque para la salud?» Los niños realizaban muchos trabajos en madera.

Por lo que respecta a la sexualidad, las cosas no iban como debieran. Las institutrices se quejaban del nerviosismo de los niños. Muchos niños, al acostarse, recurrían a rituales como defensa contra la masturbación. A menudo, los padres tenían que retirar a los niños porque éstos se masturbaban. Una institutriz manifestó: “Incluso los hijos de los médicos se masturban” Todavía otra observación: hablaba yo con la directora y veía a través de la ventana cómo jugaban los niños; uno de los hombrecitos mostraba su pene y una niña le estaba mirando; en ese preciso momento, me aseguraba la directora que “cosas” como la masturbación y la sexualidad infantil no tenían lugar en su jardín de infancia.

1. LA CREACIÓN DE UNA ESTRUCTURA COLECTIVA

La historia de la formación de las ideologías demuestra que todo sistema social, de manera consciente o no, utiliza la influencia sobre los niños para fijar sus anclas en la estructura humana. Si seguimos este proceso de anclaje en su evolución de la sociedad matriarcal a la sociedad patriarcal, veremos que la *educación sexual* del niño está en el centro de toda la labor de influencia. En la sociedad matriarcal, fundada sobre el orden social del comunismo primitivo, los niños gozan de completa libertad sexual; y a medida que se desarrolla económica y socialmente el patriarcado, evoluciona también una ideología ascética aplicada a la educación de los niños. Este cambio tiene como finalidad la creación de estructuras con una actitud *autoritaria* en lugar de las estructuras no autoritarias anteriores. En el matriarcado, hay una sexualidad *colectiva* de los niños que corresponde a una vida colectiva en general, es decir, el niño no es forzado por ninguna regla a la adopción de una forma de vida sexual prefijada. La sexualidad libre del niño es una sólida base de estructura para su adaptación *voluntaria* a la colectividad y para la disciplina voluntaria del trabajo.

Con el desarrollo de la familia patriarcal, crece la represión sexual en el niño. Se prohíbe el juego sexual y se castiga la masturbación. El relato de Roheim sobre los niños Pitchentara pone bien de manifiesto de qué manera trágica se cambia todo el carácter del niño cuando se reprime la sexualidad natural. Se hace tímido, aprensivo, temeroso de la autoridad y desarrolla impulsos sexuales no naturales, como las tendencias sádicas. En lugar de la conducta libre, impávida, aparece la obediencia y la dependencia. La lucha contra los impulsos sexuales exige mucha energía, atención, “autodominio”; el niño pierde fuerza motriz, agilidad, coraje y sentido de la realidad en la medida en que las energías biológicas infantiles no pueden fluir hacia el mundo exterior y la satisfacción instintiva: es un “inhibido”. En el centro de esta inhibición, hay siempre una inhibición de la actividad motriz, de la carrera, del salto, en resumen, del movimiento muscular en general. Se puede observar con facilidad que en todos los ambientes patriarcales, los niños de cuatro, cinco o seis años adquieren rigidez, quietud, frialdad, y comienzan a acorazarse contra el mundo exterior. Por eso, pierden su encanto natural y se vuelven desmañados, obtusos, insolentes, «rebeldes»; esto, a su vez, provoca la agravación de los métodos patriarcales de educación. Es ésta también la base estructural de las tendencias religiosas, del apego infantil a los padres y de la dependencia. Lo que el niño pierde en movilidad natural comienza a suplirlo con ideales imaginarios; se vuelve introvertido y neurótico, «soñador». Cuanto más se debilita su ego en sus funciones de realidad, tanto mayores son las exigencias ideales que debe imponerse para conservar su capacidad de acción. Debemos hacer una neta distinción entre *dos clases de ideales*: los que proceden de la motricidad biológica natural del niño y los que se derivan de la necesidad de un autodominio y de una represión de instintos. Los primeros son la base para un trabajo voluntario productivo, los otros la base para el trabajo como deber. Así, el principio de la autorregulación en la adaptación social y del trabajo agradable cede su puesto en la estructura humana al principio de la obediencia a la autoridad y del trabajo como deber, con la consiguiente rebelión.

Baste aquí este esquema. En realidad, estas situaciones son muy complicadas y no pueden exponerse adecuadamente más que en estudios especializados.

Lo que nos interesa, ante todo, es saber cómo una sociedad autodirigida se reproduce a sí misma en los niños. ¿Hay diferencias específicas entre la reproducción por la educación del sistema autoritario y la del sistema de autodirección? Caben dos posibilidades:

- 1) Implantar en el niño ideales de autorregulación en lugar de los ideales de la moralidad coercitiva.
- 2) Renunciar a toda implantación ideológica y cultivar la estructura peculiar del niño de manera que se pueda autogobernar y acepte la atmósfera general de la democracia del trabajo *sin rebelarse*.

El segundo método está de acuerdo con el principio de autorregulación deseada; el primero, no.

Si en todos los períodos históricos se ha moldeado la estructura infantil por medio de la educación sexual, no se debe hacer una excepción con la estructura democrática del trabajo. En la Unión Soviética hubo numerosas tentativas en este sentido. Muchos pedagogos, sobre todo aquellos que tenían una orientación psicoanalítica, como Vera Schmidt, Spielrein y otros, intentaron introducir una educación sexual positiva. No fueron más que tentativas aisladas y, en su conjunto, la educación sexual de los niños en la Unión Soviética siguió siendo antisexual. Este hecho es de la mayor importancia. Era preciso que la estructura del niño se adaptara a la vida colectiva deseada y eso no podía hacerse sin afirmar la sexualidad infantil, porque no es posible educar a los niños en una colectividad si se reprime, al mismo tiempo, la más viva de sus tendencias, la tendencia sexual. Si se reprime, el niño, aunque vive *exteriormente* en la colectividad, ha de emplear mucha más energía *interna* para retener su sexualidad que si estuviera en la familia, y por consiguiente, será víctima de más conflictos y de mayor soledad. Ante esta situación al educador no le queda más remedio que recurrir a una severa disciplina, o un «orden» impuesto desde el exterior, a restricciones e ideales que contrarresten el impulso sexual, más solicitado en la colectividad que en la familia. Por este motivo, las objeciones contra la educación colectiva se basan generalmente en el miedo de que los niños “sean unos sinvergüenzas”, es decir, manifiesten impulsos sexuales.

Mis impresiones sobre los jardines de infancia eran muy contradictorias. Había viejas formas patriarcales al lado de las nuevas, originales y prometedoras. Los niños, guiados por un educador, tenían que decidir por sí mismos (“autogestión”). Una innovación sin duda importante para el cambio de estructura infantil es la combinación del trabajo manual con la actividad intelectual. Las así llamadas escuelas técnicas, en que los niños además de las asignaturas normales aprenden un oficio, son realmente el prototipo de instituciones educativas que producirían estructuras colectivas. Hasta hace todavía pocos años, reinaba una verdadera camaradería entre alumnos y profesores. En el *Diario del alumno Kostia Riabtsev* se pueden leer anécdotas significativas sobre la vida de los niños en sus relaciones con los educadores que nos muestran la alegría de vivir, la inteligencia despierta y el espíritu crítico de los pequeños. Un ejemplo impresionante de formación de una estructura afirmadora de vida era el de los “jardines infantiles volantes” del Parque de la Cultura en Moscú: los visitantes podían dejar a sus hijos en una guardería donde había educadores y puericultoras que jugaban con ellos; así, desaparecía la estampa deprimente del niño, que aburrido y contrariado sigue a sus padres por el parque. De esta manera, los niños aprendían a conocerse y podían jugar juntos. Los niños de dos a diez años se reunían en una gran pieza y recibían cualquier objeto primitivo, por ejemplo, una llave, una cuchara, un plato, etc. Un profesor de música se sentaba al piano y tocaba no importa qué acordes y ritmos. Sin que nadie les hiciera indicaciones, los niños se acompañaban al ritmo y participaban con sus “instrumentos”. La existencia de un *Parque de la Cultura* no es particularmente revolucionaria; parques de cultura hay también en la mayoría de los países reaccionarios; pero que se reuniera y se entretuviera a los niños de esa forma tan fabulosa era un gran gesto afirmador de vida. De este modo, se tenían en cuenta las necesidades motrices y rítmicas infantiles. Los niños que experimentan así la alegría de

jugar a la organización desorganizada estarán mejor preparados para desarrollar una ideología democrática del trabajo, sin necesidad de que se la inculquen. La cuestión de la orientación de la *actividad motriz* infantil nos conduce al centro del problema pedagógico.

La tarea de un movimiento revolucionario es, de una manera general, liberar y satisfacer las necesidades biológicas antes reprimidas. Ésta es la función de una democracia natural del trabajo. Posibilidades suficientes y siempre en aumento de satisfacer las necesidades deberían permitir que los individuos desarrollaran sus aptitudes y necesidades naturales. Un niño que no está inhibido y cuya movilidad es libre no es terreno fértil para las ideologías y costumbres reaccionarias. Y a la inversa, un niño inhibido en su movilidad está predispuesto a aceptar toda suerte de ideologías.

Debemos mencionar aquí las tentativas del gobierno soviético, durante los primeros años de la revolución, para dar a los niños la entera libertad de criticar a sus padres. Era una medida que, al principio, no fue comprendida en los países de Europa occidental, aunque ya se conocía en los Estados Unidos. Muchos niños llamaban a los padres por sus nombres; esto quiere decir que tanto la escuela como el hogar comenzaban a modificar sus actitudes en el sentido de producir estructuras autorreguladas en los niños. Esta orientación, que podríamos ilustrar con otros muchos ejemplos, chocaba con otra tendencia que poco a poco iba ganando terreno. Esta última ha triunfado recientemente en lo que respecta a la responsabilidad de la educación de los niños, confiada de nuevo a los padres; esto significa otra regresión a las formas educativas patriarcales.

Durante los últimos años ha decaído mucho el interés por los problemas complejos de la educación colectiva de los niños; la educación ha pasado, de nuevo, a manos de la familia. Es difícil saber cuanto queda de la orientación pedagógica primitiva; sin embargo, los métodos patriarcales han recibido un decidido apoyo del sistema de educación política en las escuelas. Se puede leer, por ejemplo, en revistas pedagógicas, que los niños participaban en polémicas políticas. Cuestiones de este tipo:

“¿Qué dice la tesis X del sexto Congreso mundial?”

Esto demuestra hasta qué punto la inculcación de la ideología comunista oficial se ha convertido en un método preferente. Está claro que un niño no tiene capacidad para comprender ni juzgar una tesis de cualquier congreso mundial.

No importa si hace buen papel en tales polémicas, no importa de qué manera diga de memoria tales *tesis*; el niño no estará, en absoluto, protegido contra las influencias fascistas; perfectamente sería fácilmente adoctrinado por tales ideologías.

Por el contrario, un niño cuya motricidad fuese totalmente libre y cuya sexualidad pudiera desarrollarse según su naturaleza, resistiría con espontaneidad la influencia de las ideologías ascéticas y autoritarias.

Por lo que a influencia autoritaria, superficial y externa de los niños se refiere, la reacción política puede competir ventajosamente con la educación revolucionaria. En el campo de la educación sexual no tiene ninguna probabilidad de victoria; sin embargo, puede ofrecer mejores desfiles, marchas, estandartes, himnos, uniformes. Ninguna ideología reaccionaria o política podrá ofrecer a los niños, en lo que a sexualidad respecta, lo que les puede dar la revolución social.

Así pues, está claro que, para formar una estructura no autoritaria en el niño, es preciso salvaguardar su movilidad biológica y sexual.

2. LA FORMACIÓN DE UNA ESTRUCTURA NO AUTORITARIA EN EL NIÑO

La tarea esencial en la formación de una estructura no autoritaria de los individuos es la educación favorable a la sexualidad en los niños.

El 10 de agosto de 1921, la psicoanalista Vera Schmidt, de Moscú, fundó un jardín de infancia donde emprendió la experimentación de un método pedagógico acertado. Sus experiencias, publicadas el año 1924 en el folleto: *“Educación psicoanalítica en la Rusia soviética”*, demuestran que cuanto la economía sexual nos enseña hoy en materia de evolución infantil, se manifestaba allí espontáneamente, gracias a una actitud de proximidad a la vida y de afirmación del placer. Su trabajo se orientaba de manera total en el sentido de una afirmación de la sexualidad infantil.

Los principios fundamentales del jardín de infancia eran los siguientes: se advertía a las institutrices que no debían castigar; más todavía, que no debían dirigirse a los niños en tono de reconvención; la alabanza y la censura, llenas de sentido para los adultos, se consideraban como juicios incomprensibles para el niño. Con estos pocos principios se eliminaba el de la moral autoritaria. ¿Qué entraba en su lugar?

Lo que se juzgaba, no era al niño, sino el resultado objetivo de su acción; por ejemplo, se decía que la casa dibujada o construida por un niño era bonita o fea, *sin* por eso alabarle o reprenderle. Si había una pelea, no se le reprochaba nada al ofensor, sino que se le hacía ver el mal causado al otro niño. Las institutrices no debían pronunciarse sobre la conducta o particularidades del niño. No se permitían las demostraciones violentas de afecto, besos, abrazos; caricias y ternuras, cuantas menos, mejor. Como decía, con razón, Vera Schmidt, estas demostraciones sirven más para satisfacer al adulto que para agradar al niño.

De este modo, caía por tierra un segundo principio nocivo de la educación moral autoritaria: quienes se sienten con derecho a golpear a los niños, se sienten también autorizados a servirse de ellos para dar salida a su sexualidad insatisfecha; esto se ve con claridad meridiana entre los defensores empedernidos de la educación familiar. Si se dejan de lado las medidas disciplinarias y el juicio moral, ya no hay necesidad de reparar con besos la injusticia de las bofetadas.

Todo lo que rodeaba al niño estaba adaptado a su edad y a sus necesidades específicas. Los juguetes y los materiales habían sido elegidos en función de la necesidad de actividad del niño y para estimular su capacidad creadora; si aparecían nuevas necesidades en el niño, se cambiaban los materiales y juguetes que le rodeaban.

Este principio de *adaptación del material a las necesidades*, en lugar de la adaptación inversa, está en perfecto acuerdo con los conceptos fundamentales de la economía sexual y se aplica a toda la vida social: *son las instituciones económicas las que deben adaptarse a las necesidades* y no las necesidades a la economía existente. Este principio de la economía sexual, demostrado en el jardín de infancia de Vera Schmidt, es el polo opuesto del principio moral autoritario que rige en las escuelas Montessori, donde los niños deben adaptarse al material preestablecido.

Decía Vera Schmidt:

“Si el niño debe adaptarse a la realidad exterior sin grandes dificultades, es preciso que el mundo exterior no se le presente como algo hostil. Por eso, nosotros intentamos hacerle la realidad lo más atractiva posible y sustituir aquellos placeres primitivos a los cuales el niño debe aprender a renunciar por otros placeres racionales.”

Eso significa que si el niño debe adaptarse voluntariamente a la realidad, debe antes aprender a amar esta realidad. Debe ser capaz de una gozosa identificación con su contorno: tal es el principio de la economía sexual. En contraste, el principio moral autoritario ha intentado adaptar al niño a un contorno hostil por medio de un sentimiento del deber y con ayuda de una presión moral. Si una madre o una maestra se comporta de tal modo que el niño la ame espontáneamente, eso está de acuerdo con la economía sexual. Una exigencia social, religiosa o legal: “Tú debes amar a tu madre”, no importa si es o no digna de amor, es moralizante, autoritaria.

La necesidad de adaptarse a la convivencia social había sido facilitada de varias maneras para estos niños. Las obligaciones de la vida social provenían de situaciones de la vida diaria y de la comunidad misma formada por los niños, y no de las decisiones tomadas por adultos neuróticos, ambiciosos y faltos de amor. Se explicaba simplemente a los niños por qué se les pedían ciertas cosas; no recibían órdenes. Se les hacía renunciar a satisfacciones de los impulsos que normalmente debían rechazarse diciéndoles que aquello era contrario a otra satisfacción, por ejemplo, la de los deseos más altos: amor a los adultos, a los camaradas, etc. Se desarrollaban y fortificaban la confianza en sí misma y el sentimiento de independencia del niño para que así pudiera adaptarse más fácilmente a las necesidades de la vida. Estos hechos, a pesar de toda su evidencia, son incomprensibles para el educador con mentalidad de sargento. El principio de economía sexual de renuncia voluntaria a una satisfacción socialmente imposible se aplicaba también al aprendizaje de la urbanidad. Se excluía toda clase de prohibición por parte de las institutrices. Los niños no sabían que se podían juzgar de diferente manera sus impulsos sexuales y las otras necesidades de naturaleza corporal. Así pues, satisfacían esos impulsos sin avergonzarse en presencia de las institutrices como si se tratara del hambre o de la sed. Eso les evitaba la necesidad de secreto,

aumentaba la confianza de los niños en las institutrices, favorecía su adaptación a la realidad y proporcionaba una base sólida para el desarrollo general. En estas condiciones, las educadoras tenían la posibilidad de observar paso a paso la evolución sexual del niño; así, podían facilitar la sublimación de tal o cual impulso.

Es digna de mención especial la indicación de Vera Schmidt según la cual el educador debe trabajarse constantemente a sí mismo. Se pudo apreciar en el jardín de infancia de Vera Schmidt que la agitación o el desorden entre los niños respondían regularmente a actitudes neuróticas inconscientes por parte de las educadoras. Una educación según la economía sexual es imposible en tanto que los educadores no se hayan liberado de actitudes inconscientes o no hayan aprendido, por lo menos, a conocerlas y controlarlas. Esto se hace evidencia inmediata si se consideran los aspectos concretos de este tipo de educación.

En la así llamada cultura occidental, las madres y las ayas no pueden tolerar que el niño no esté acostumbrado a la bacinilla antes de cumplir un año. En el jardín de infancia de Vera Schmidt, no se hacía nada por poner al niño sobre la bacinilla “a intervalos regulares” antes de cumplido el segundo año e, incluso entonces, no se forzaba a los niños, ni se les reprendía si se mojaban y ensuciaban; se consideraba esto como algo natural.

Este hecho capital del aprendizaje de la limpieza muestra ya las condiciones que deben concurrir antes de que pueda pensar en una educación según la economía sexual. Esa educación es irrealizable en la familia, y no es posible más que en la *colectividad de niños*. Mientras que médicos y educadores ignorantes creen que si el niño moja la cama merece un severo castigo (que tiene el único efecto de crear una fijación del trastorno). Vera Schmidt refiere lo siguiente: una niña de tres años recayó y mojaba la cama todas las noches. No se prestó al hecho ninguna atención y la niña, después de tres meses, volvió a levantarse limpia cada mañana. También esto resultará incomprendible para un pedagogo autoritario; no por eso es menos evidente.

“La actitud de los niños por lo que respecta a la limpieza, escribe Vera Schmidt, es consciente y natural. No se manifiestan resistencias o caprichos. Tampoco hay sentimiento de “vergüenza” asociado a este proceso. Nuestro método parece apropiado para ahorrar al niño las duras experiencias traumatizantes que acompañan, de ordinario, al aprendizaje del control de esfínteres.”

En efecto, la experiencia clínica nos enseña que la causa más frecuente de los trastornos graves en la potencia orgástica del adulto es el aprendizaje riguroso de la limpieza excretora. Crea una asociación del sentimiento de vergüenza con la función genital. De este modo se perturba la capacidad de regular la economía de energía vegetativa. Vera Schmidt tenía toda la razón. Los niños que no asocian el sentimiento de vergüenza con las funciones excretoras no desarrollan más tarde trastornos genitales.

No se contrariaba, en absoluto, el deseo de actividad motriz a los niños del jardín de infancia: podían correr, saltar, gritar, etc. Así tenían la posibilidad no sólo de liberar sus tendencias naturales, sino también de ponerlas en práctica. Esto está en perfecto acuerdo con la tesis de la economía sexual, según la cual el libre ejercicio de los impulsos infantiles es el requisito para su sublimación, por lo tanto, para su uso cultural, mientras que su inhibición hace imposible la sublimación porque están reprimidos.

Por el contrario, en nuestros jardines de infancia se hace a los niños “aptos para la cultura” y “adaptados a la realidad” por la inhibición de su actividad motriz; así, los niños de cuatro, cinco o seis años presentan una alteración grave de su comportamiento general: en lugar de seguir siendo naturales, vivaces y activos, se vuelven flemáticos y “muy educados”; se vuelven fríos. Anna Freud, en su libro *“Psicoanálisis para educadores”*, confirma esta observación sin hacer la crítica; lo considera inevitable porque ella se propone conscientemente educar al niño para que sea un ciudadano *burgués*. Esto se funda en la errónea idea, común a toda la pedagogía conservadora, de que la movilidad natural del niño está en contradicción con su capacidad de cultura. Lo contrario es verdad.

Muy importante es lo que nos refiere Vera Schmidt sobre la *masturbación*. Observó que los niños se masturbaban “relativamente poco”. Ella distingue, acertadamente, dos clases de masturbación: una que procede de los estímulos corporales de origen genital y que no sirve más que para la satisfacción de la necesidad de placer genital, y otra que aparece como “reacción contra una humillación, un desprecio o una restricción de la libertad”.

La primera forma no plantea problemas. La segunda resulta de un aumento de la excitabilidad vegetativa debido al miedo o al despecho que el niño intenta descargar por medio de la estimulación genital. Vera Schmidt interpretó acertadamente este hecho; no así Anna Freud que considera la presunta masturbación excesiva de los niños como una “liberación instintiva”. Señalemos que en las condiciones de una educación favorable a la sexualidad, la masturbación se producía “sin que los niños se avergonzaran, en presencia de las institutrices”. Si se conoce la increíble ansiedad de los educadores corrientes ante la masturbación, se comprende muy bien la necesidad de “educar al educador” previamente, para que pueda asistir con calma al espectáculo natural ofrecido por la sexualidad del niño.

Del mismo modo, los niños tenían plena libertad para satisfacer su *curiosidad sexual* entre ellos. No había obstáculos de ningún género para que se examinaran unos a otros; por consiguiente, sus pensamientos y palabras referentes a la desnudez del cuerpo eran “totalmente naturales y objetivos”.

“Veíamos que los niños no manifestaban interés por los órganos sexuales cuando ellos estaban desnudos, sino únicamente cuando estaban vestidos.”

Si los niños hacían preguntas de índole sexual, recibían respuestas claras y veraces. No conocían, dice Vera Schmidt, ni la autoridad ni las restricciones de los padres. Para ellos, padre y madre eran seres ideales, hermosos y amados.

“Es muy posible, añade Vera Schmidt, que las buenas relaciones entre padres e hijos no puedan desarrollarse más que si la educación tiene lugar fuera del hogar paterno.”

Mientras que la práctica de este jardín de infancia estaba en total acuerdo con la economía sexual afirmadora de vida, diferían las concepciones teóricas. Al exponer los principios de su jardín de infancia, Vera Schmidt habla de la “superación del principio de placer” y de la necesidad de “sustituirlo por el principio de realidad”; sobre ella pesaba todavía el concepto psicoanalítico erróneo de una oposición mecánica entre el placer y el trabajo; no había reconocido que la realización del principio de placer es siempre el mejor factor de sublimación y de adaptación social. Su trabajo práctico contradecía sus concepciones teóricas.

Tendremos un importante elemento de apreciación de estas tentativas para cambiar la estructura de la nueva generación, si conocemos el destino que corrió este jardín de infancia. Poco después de su fundación, ya circulaban por la ciudad rumores para todos los gustos. Se decía que allí tenían lugar cosas horribles; que, por ejemplo, los educadores practicaban la estimulación sexual prematura de los niños con fines experimentales, etc. Las autoridades que habían aprobado la fundación del jardín de infancia, ordenaron una encuesta. Algunos pedagogos y pediatras hablaron en su favor; por supuesto, los psicólogos en contra. El comisariado de educación declaró que el jardín de infancia no podía continuar funcionando, pero fundaba la decisión en lo elevado de los gastos que originaba. La verdadera razón era muy distinta; había cambiado, hacía poco tiempo, la dirección del Instituto de neuropsicología al que estaba afiliado el jardín de infancia; el nuevo director, que participaba también en la comisión de encuesta, dio un informe negativo; más todavía, insultaba a la dirección, a los colaboradores y a los niños del «laboratorio». En vista de eso, el Instituto de neuropsicología retiró no solamente su apoyo financiero, sino también toda su protección.

Cuando estaban a punto de cerrarse las puertas del jardín de infancia llegó un representante de la confederación de mineros alemanes Unión y ofreció a la institución, en nombre de los sindicatos de mineros alemanes y rusos, apoyo financiero e ideológico; desde abril de 1922, el sindicato alemán proporcionaba los víveres y el sindicato ruso el carbón. El jardín de infancia cambió de nombre; se llamó después: «Hogar Infantil Solidaridad Humana». No fue por mucho tiempo. Comisiones, encuestas y retirada de apoyo oficial le obligaron a cerrar. Es significativo que esto ocurriera en la misma época en que comenzaba a levantar cabeza la corriente reaccionaria contra la revolución sexual.

No debería pasar sin mención el hecho de que la Asociación Psicoanalítica Internacional adoptó una postura en parte escéptica, en parte hostil con respecto a la experiencia de Vera Schmidt. Esta actitud negativa era la expresión del desarrollo ulterior del psicoanálisis en una teoría antisexual. Sin embargo, el trabajo de Vera Schmidt era la primera tentativa en la historia de la pedagogía para dar un contenido práctico a la teoría de la sexualidad infantil. Muy bien se puede comparar la importancia histórica de esta tentativa, aunque a muy diferente escala, con la que tuvo la *Comuna de París*. Vera Schmidt ha

sido, sin duda, la primera educadora, entre todos los pedagogos, que comprendió, de manera puramente intuitiva, la necesidad y la naturaleza de una reestructuración práctica del hombre. Y, como siempre en el curso de la revolución sexual, las autoridades, los «sabios», los psicólogos y pedagogos en ejercicio allanaron el camino de la victoria a la regresión, mientras que los sindicalistas, desprovistos de conocimientos teóricos, demostraron, en la práctica, que se daban cuenta de la importancia del problema.

Comparemos ahora esta tentativa acertada de cambio de estructura infantil con la actividad contemporánea de un así llamado pedagogo revolucionario. Esta comparación nos enseñará que si otra vez se presenta la ocasión de realizar la tarea revolucionaria, debemos confiar en la gente simple con un sentimiento natural por la vida, e ignorar a los psicólogos profesionales reaccionarios.

3. EDUCACIÓN PASTORAL, PSEUDORREVOLUCIONARIA

En ningún otro campo encontrará el educador tan difíciles problemas como en el de la educación sexual. Es verdad que no se puede separar ésta de la educación como conjunto, pero presenta dificultades propias. El mismo educador ha recibido una educación negadora de la sexualidad. El hogar paterno, la escuela, la Iglesia y toda la atmósfera conservadora le han impregnado de actitudes antisexuales que entran en conflicto con sus propias actitudes afirmadoras de vida. Sin embargo, si quiere educar a los niños orientándoles en sentido positivo en lugar de negativo hacia la vida debe despojarse de sus conceptos reaccionarios, desarrollar un punto de vista propio y ponerlo en práctica. Tomará prestados algunos elementos esenciales de la pedagogía conservadora, desechará muchos como antisexuales y adaptará otros. Es una tarea considerable y difícil que, hasta el momento, no ha sido emprendida más que en forma de aisladas y débiles tentativas. La dificultad mayor proviene de los clérigos del campo revolucionario. En su mayoría, son intelectuales sexualmente contorsionados, revolucionarios por motivos neuróticos, que, en lugar de contribuir al conocimiento positivo, no hacen más que sembrar la confusión.

Uno de éstos es el clérigo comunista Salkind, miembro de la Academia Comunista y de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Sus ideas fueron violentamente combatidas por la juventud revolucionaria soviética; no obstante, esas ideas inspiraban la ideología oficial en Rusia y también en Alemania. Su artículo *«Einige Fragen der sexuellen Erziehung der Jungpioniere»* (“Cuestiones de educación sexual de los jóvenes pioneros”; en *“Das proletarische Kind”*, año 12, cuaderno 1-2, 1932) creó mucha confusión, como una y otra vez pudo comprobar el movimiento alemán de política sexual (Sex-Pol). En ese artículo se puede apreciar lo desesperante que es la mezcla de la forma revolucionaria y del contenido hostil a la sexualidad.

Salkind comienza con las afirmaciones acertadas de que el movimiento de los Pioneros influencia a los niños en “la fase más importante de su desarrollo”, que ese movimiento dispone de medios que no tienen ni la familia ni la escuela. Pero su noción de la sexualidad infantil no es mejor que la noción de la iglesia.

Todos los errores de Salkind y los de sus correligionarios nacen de esta noción. Dice:

“Por esta razón [porque el movimiento de los Pioneros dispone de mejores medios que la familia] debe ser la fuerza principal en el combate *contra la derivación sexual parasitaria de la energía del niño que crece.*”

Así pues, según Salkind, la sexualidad infantil es “parasitaria”. ¿Cómo llega él a esta apreciación? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué conclusiones se derivan para la educación? “Parasitario” significa extraño al organismo. Este filósofo de la sexualidad, que la Unión Soviética tolera, afirma seriamente que la “derivación” de la energía a lo “parasitario”, lo sexual, debe *evitarse*.

“Si los monitores de los pioneros saben presentar a los niños el material de trabajo de pionero en la forma que conviene a su edad, no quedará más energía para los dominantes parasitarios.”

Esto es, Salkind cree que se pueden eliminar los intereses sexuales del niño. No se pregunta cómo podrían armonizarse los intereses colectivos con los intereses sexuales, ni en qué se contradicen o en qué concuerdan.

¿Qué diferencia hay entre Salkind y no importa qué sacerdote católico o pedagogo reaccionario que están convencidos de la posibilidad de derivar la totalidad de la energía sexual? Hoy no es posible negar la existencia de la sexualidad infantil y juvenil; la consigna es: derivación completa de la energía sexual; es decir, los mismos perros pero con diferentes collares. A Salkind ni siquiera se le ha ocurrido preguntarse por qué la Iglesia no permite la vida sexual infantil. No se da cuenta que, si quiere establecer unas reglas de educación revolucionaria, debe antes explicar por qué conserva, no obstante, el punto de vista del educador reaccionario. Parece que admitiera vagamente el conflicto entre vida sexual y colectivismo, y que es necesario eliminar la sexualidad en interés del colectivismo.

“Son, sobre todo, los niños abandonados, solitarios, los niños que no tienen una camaradería activa con otros de su edad, quienes son víctimas de impulsos prematuros... Cuanto más aislados de la colectividad y más en la soledad, mayor riesgo corren de precipitarse en el parasitismo sexual precoz.”

Frases huecas de ignorante. ¿Qué es “prematuro”? ¿Es prematuro que un niño de cuatro años se masturbe? ¿Es prematuro que un adolescente de trece o quince años, en la madurez sexual, se satisfaga? ¿Es prematuro que, más pronto o más tarde, tenga deseos de entablar una relación sexual y lo haga? Salkind y sus compañeros de ideología, con su argumentación abstracta, plagada de tópicos, demuestran que no han descendido todavía de las regiones de la ética teórica a las realidades de la vida infantil y juvenil. Contrariamente a la opinión de Salkind, aquellos monitores de pioneros que comenzaban a dar una instrucción sexual cuando descubrían manifestaciones sexuales; malsanas en su grupo, tenían toda la razón. Todo dirigente de juventud, si es razonable, sabe que no se deben a la falta de “colectivismo” las así llamadas “situaciones sexuales”, sino más bien lo contrario: la confusión de la vida sexual infantil, causada y mantenida por ideas como las de Salkind, es el factor más importante de las desventuras de la vida colectiva.

Jamás se podrá construir el colectivismo sobre la base de una represión sexual, a no ser de una manera autoritaria. Según Salkind:

“el control colectivo incesante del comportamiento en general y del sexual en particular debería ser la base para un desarrollo sexual sano del niño”.

Por supuesto que “sano”, en este caso, significa “asexual”. Salkind quiere lograr esta “ética de pioneros” por medio de una “hábil organización del trabajo”. Pero salgamos de la atmósfera de verbalismo y veamos la significación concreta de estas ideas. ¿Cuánto tiempo deben trabajar los adolescentes? ¿Sin cesar? ¿Incluso por la noche en su cama para que no toquen sus partes genitales? ¿Es preciso ejercer “un control colectivo incesante” cuando los niños y los adolescentes juegan para que no tengan ocasión de enamorarse ni de vivir una “aventurilla”? Salkind habla explícitamente de “niños” para designar a los adolescentes entre trece y dieciséis años, es decir, ¡púberes! ¿Por qué esos “niños” *no* podrían enamorarse y vivir “aventurillas”? ¿Porque eso perjudica al colectivismo? ¿O porque Salkind y sus correligionarios no lo pueden tolerar? En discusiones públicas de las organizaciones juveniles berlinesas se pudo llegar a la conclusión incontestable de que los grupos se desintegran precisamente cuando en ellos hay muy pocas muchachas, y se mantienen cuando hay, poco más o menos, el mismo número de muchachos y de muchachas. ¿Era eso debido al “control colectivo incesante” para evitar “los pensamientos amorosos superfluos”? No, era así porque entre ellos se formaban parejas y la sexualidad ya no perjudicaba a la vida colectiva. Salkind y los suyos se rodean de ideas absurdas porque no distinguen la vida sexual *sana* y la *patológica*; porque no se preguntan por las causas de la vida de amor anárquica; porque no ven que es precisamente la inhibición de la sexualidad sana la que engendra una sexualidad disforme, y ésta, a su vez, hace imposible todo trabajo colectivo. ¡Qué áspera, burocrática y hostil a la vida suena la tesis de Salkind!

“Un colectivismo activo es el mejor medio para desarrollar un sentimiento de igualdad sexual. Quien trabaja en común no tiene pensamientos amorosos superfluos, porque no le quedan ni energías para ello.”

¿Qué significa aquí la “igualdad sexual”? Nosotros precisamente defendemos la igualdad sexual; luchamos contra la reacción política con la ideología de una sexualidad libre; Salkind y compañía, por el contrario, proclaman la “igualdad sexual” en la *prohibición* de la vida de amor, como los dirigentes de una organización juvenil católica, con la sola diferencia, que no se oponen, al menos *todavía* 1 la educación mixta. Pero ahí está la fuente de sus absurdos: ¿Qué deberíamos hacer, según esta ideología, cuando un muchacho y una muchacha que trabajan juntos en cualquier importante proyecto, a pesar del decálogo de Salkind, se enamoran? ¿Será preciso ejercer un control colectivo? ¿Sofocar el amor intensificando el trabajo? ¿Reforzar la igualdad sexual en la continencia? ¿Y esto en la edad que representa “la fase más importante del desarrollo”, “la fase del aumento de las necesidades sexuales”, como dice él mismo? ¡Cuánta falsedad e hipocresía en sus palabras siguientes!:

“Una confianza y un respeto mutuos completos, una lealtad recíproca total —es la condición esencial sin la que no puede haber un sistema de educación sano en los grupos de pioneros.”

¿Qué confianza y qué respeto mutuos puede haber entre niños, y entre niños y monitores, si no se comprende a la juventud en uno de sus más vivos problemas?

“El niño en edad de pionero sabe muchas cosas sobre las cuestiones sexuales. Sabe incluso demasiado, pero él ignora esto; y sin embargo, no sabe aquello que debiera saber. Por eso, los monitores no pueden dejar pasar este error, tienen que hablar. Pero, ¿cómo deben hablar?”

Sí, ¿cómo deben hablar? Ardemos en deseos de saberlo. Ésta es la respuesta de Salkind:

“No deben, claro está, pronunciar conferencias sobre el problema sexual. Es más, no deben hablar, en absoluto, a los niños de temas específicamente sexuales.”

¿Quiere decir eso que las cuestiones sexuales no pueden tocarse más que en relación con temas políticos y sociales? Estaría justificado, pero no es ésa la razón:

“Si se observa atentamente, se descubre en algunos niños la masturbación. (En “algunos” niños de trece a dieciséis años) Es necesario, pues, que los monitores tomen toda clase de precauciones porque los niños son particularmente sensibles (y con razón) cuando se intenta combatir estas *costumbres malsanas* [...]”

Exactamente así hablaba nuestro padre Muckermann.

“En todo caso, el educador no tiene derecho a intervenir en la esfera sexual inmediata del niño, si antes no ha recibido una instrucción pedagógica. (Instrucción, ¿por quién? ¿Y para qué? ¿Para decir que la masturbación es una costumbre malsana? Una discusión pública sobre temas tan controvertidos, y bajo la dirección del monitor, es absolutamente inadmisibile. La cosa debe ser sofocada en germen y en una entrevista personal. ¿Qué cosa? ¿El escándalo de la masturbación infantil? Para hacer esto, habrá que recurrir a los mejores militantes, aquellos cuya impecabilidad sexual está comprobada.”

Así debe ser la “lealtad recíproca completa”. No es nada extraño que hubiera, en los grupos de pioneros, una “delincuencia sexual”, es decir una vida sexual perturbada, confusa y llena de contradicciones.

Salkind y los de su cuerda no han comprendido jamás eso que todo adolescente, aunque tal vez no sea “sexualmente impecable”, conoce de su propia vida, a saber, que nunca es la actividad sexual en sí la que provoca la delincuencia sexual sino las inhibiciones y los métodos de educación como el de Salkind.

“Si no hay necesidad urgente y síntomas alarmantes, el monitor no tocará, entre otras, la cuestión sexual.”

En este tobogán de ideas, ¿sabrán los monitores orientarse y orientar a la juventud?

Los pedagogos como Salkind evitan las enormes dificultades que se presentan si se quiere ir hasta el fin en el problema de la vida sexual del niño y del adolescente. No se les puede instruir sexualmente y al mismo tiempo prohibirles el juego sexual y la masturbación. Ya no se les puede disimular la verdad sobre la función de la satisfacción sexual. No hay más remedio que decirles la verdad y dejar, al fin, que la vida diga la última palabra. La potencia sexual, el vigor y la belleza del cuerpo deben ser ideales permanentes en la lucha por el progreso social. La revolución no puede aceptar el buey y desechar el toro, desechar el gallo y aceptar el capón; los hombres han vivido ya bastante como bestias de carga; los eunucos no son luchadores revolucionarios.

4. DE NUEVO EL PROBLEMA DE LA DELINCUENCIA

La revolución rusa no tenía que luchar solamente contra la herencia del zarismo, contra los efectos de la guerra civil y contra el hambre; no tenía suficientes pedagogos, sobre todo pedagogos con una buena formación sexológica, para hacer frente al gigantesco problema de la delincuencia juvenil. El resultado final de la incomprendida rebelión sexual de la juventud fue una agravación del problema de la delincuencia hacia el año 1935. No se puede afirmar que esta nueva ola de delincuencia fuese una secuela de la guerra civil, porque los delincuentes de 1935 eran ya niños del nuevo sistema social. La Unión Soviética había hecho todo lo posible por resolver el problema de la delincuencia. El film *El camino hacia la vida*, que permanecerá como obra de antología pedagógica revolucionaria, mostraba los excelentes resultados pedagógicos obtenidos en el campo de la cultura y de la educación del trabajo. Ahora, debemos preguntarnos por qué no pudo resolverse este problema. Que se fracasó, lo demuestran las resoluciones gubernamentales de junio de 1935:

“El Consejo de los comisarios del pueblo de la Unión Soviética y el Comité central del Partido Comunista comprueban que la presencia de niños delincuentes en las ciudades y aglomeraciones del país —cuando la situación material y cultural de los trabajadores en las ciudades y en el campo mejora visiblemente y cuando el Estado concede subvenciones importantes a las instituciones infantiles— se debe atribuir, sobre todo, al trabajo deficiente que realizan las autoridades soviéticas locales y las organizaciones del partido, de los trabajadores y de la juventud para prevenir y liquidar la delincuencia juvenil, así como a la falta de participación organizada del conjunto de la población para resolver el problema.

- a) La mayor parte de los hogares infantiles cuenta con escasos recursos económicos y desde el punto de vista educativo, su trabajo es deficiente;
- b) La lucha organizada contra el libertinaje de los niños y contra los elementos delincuentes entre niños y adolescentes es inadecuada o no existe;

c) No se han tomado medidas eficaces para que los niños que están en la calle (que hayan perdido o abandonado a sus padres o que hayan huido de un hogar infantil) sean restituidos a sus padres o confiados inmediatamente a una institución;

d) No se toman medidas contra padres o tutores que adoptan una actitud indiferente y permiten que sus hijos se entreguen a la truhanería, al robo, a la degeneración moral y a la vagancia, y no se les exigen responsabilidades.”

¡No era el “trabajo deficiente” el culpable! Se recurrió, de nuevo, a la educación familiar y a medidas que ya no estaban de acuerdo con los principios de educación revolucionaria. ¿Fracasaron los principios mismos? No, éstos eran incompletos, descuidaban el problema central, e incluso a menudo lo eludían conscientemente; era el problema de la vida sexual de los niños. La ideología colectivista y la vida colectiva de los adultos combinada con la vigencia de la represión tradicional de la sexualidad infantil, de la hipocresía sexual y de la educación familiar conduce necesariamente a la delincuencia juvenil. En presencia de una evolución general hacia la libertad, las necesidades sexuales del niño no pueden ser reprimidas sin daño para la sociedad y para el niño.

En 1935, el gobierno soviético hizo un esfuerzo considerable en su lucha contra la delincuencia. Se organizaron los comisariados de educación encargados de colocar a los niños en los hogares infantiles. La milicia estaba autorizada para imponer multas, que podían ascender hasta doscientos rublos, a los padres cuyos hijos vagabundearan por las calles. Los destrozos materiales causados por los niños eran pagados por sus padres o tutores. Si los padres se mostraban: “negligentes en la vigilancia de la conducta de sus hijos”, éstos debían ser llevados a los hogares infantiles y todos sus gastos eran pagados por los padres.

El periódico noruego *Arbeiderbladet* del 16 de junio de 1935 informa que el gobierno soviético tuvo que recurrir a detenciones masivas de niños delincuentes. El artículo menciona, además del allanamiento de morada y el pillaje, la infestación de los niños por las enfermedades venéreas:

“Como una pestilencia, los niños transportaban la infección de lugar en lugar.”

Es verdad que los niños disponían de baños públicos, de hogares infantiles y de hospitales, pero rehusaban frecuentar estas instituciones. Los niños huían en gran número de los hogares infantiles. El *Arbeiderbladet* informa que *Izvestia* publicaba casi a diario anuncios que intentaban localizar a niños huidos. “Hasta hace muy poco tiempo, tales anuncios eran rarísimos en la prensa soviética; ahora son muy frecuentes.” El gobierno soviético, añade el artículo, adoptó las medidas siguientes: movilizó pedagogos cualificados, puso a disposición de las organizaciones, herramientas, máquinas, films educativos y libros especializados. Además, hizo un llamamiento a la población entera para que colaborase en la solución de este problema.

En mis conversaciones con las educadoras soviéticas Vera Schmidt y Gechelina, en 1929, yo insistía constantemente sobre la insuficiencia e ineficacia de tales medidas. Era evidente que el problema de la delincuencia, aunque originado por la situación de posguerra, se nutría esencialmente de la confusión reinante en todo lo relacionado con la vida sexual: el trabajo no faltaba en la Unión Soviética; la terapia del trabajo estaba altamente desarrollada; ya no había paro obrero; los hogares infantiles y las colectividades estaban bien organizados; *no obstante*, había siempre niños que huían; preferían la vida peligrosa, destructora y antisocial de las calles a la vida de los hogares infantiles. No se puede resolver este vasto problema con el solo aprendizaje del trabajo o con la llamada a la curiosidad romántica del alma infantil. En Alemania tuvimos posibilidades abundantes para estudiar la verdadera naturaleza de la delincuencia juvenil. Cuando se conocieron mis esfuerzos por asegurar la salud sexual de los adolescentes, muchos jóvenes fugitivos venían a verme y me hablaban con franqueza y honradez porque yo comprendía su verdadero problema, su miseria y las razones profundas de su comportamiento asocial. Puedo asegurar que había entre ellos jóvenes magníficos, muy inteligentes y capaces. Pensaba yo con frecuencia que aquellos a quienes se ha convenido en llamar delincuentes tienen una vitalidad muy superior a la de los hipócritas bien educados; aquéllos no han hecho más que rebelarse contra un orden social que les ha rehusado su primer derecho natural. No había mucha variación en sus temas. Era siempre la misma historia: habían sido incapaces de reprimir sus excitaciones y fantasías sexuales. Sus padres no les habían comprendido; los educadores y las autoridades, tampoco. No habían podido encontrar a nadie a quien confiar sus culpas. Eso les había hecho herméticos, desconfiados y malos. Tenían que reservarse las dificultades para sí mismos y nadie les comprendía si no eran sus camaradas que tenían la misma estructura y los mismos problemas. Como en la escuela no se les entendía, no iban a la escuela; como sus padres no les comprendían, maldecían a sus padres. Pero como al mismo tiempo, estaban profundamente ligados a sus padres y esperaban inconscientemente su ayuda y su consuelo, albergaban sentimientos graves de culpabilidad. Y por todo eso se echaron a la calle; no eran felices, pero se sentían libres; hasta que la policía les ponía a buen recaudo en una institución correccional, a menudo por la única razón de que a sus quince, dieciséis o diecisiete años se les había encontrado con muchachas de su misma edad. Pude cerciorarme de que muchos de ellos habían estado psicológicamente sanos, dotados de un buen discernimiento y eran rebeldes con toda la razón, hasta que cayeron en las garras de la policía y de las autoridades sanitarias; a partir de entonces, se volvían psicópatas y eran proscritos sociales. Los crímenes que con ellos comete la sociedad son inmensos. Se logra, y era una prueba más para confirmación de la exactitud de mis teorías, ganar la confianza de esos “delincuentes”, guiarlos realmente, si se les demuestra de una manera práctica que se les comprende. Ya en un país como Alemania, el problema de la adolescencia era difícil y complicado. Pero el conflicto entre las exigencias imperativas de la sexualidad y su repulsa por parte de la sociedad era necesariamente más grave en la Unión Soviética, donde la libertad era proclamada y la represión sexual mantenida. La generalización de la vida colectiva, unida a la vigencia de la educación familiar, tenía que conducir a explosiones sociales. Tampoco debemos olvidar que las madres se integraban

cada vez más al proceso de la producción y a la vida pública, lo que constituía un nuevo motivo de conflicto en sus relaciones con los hijos: participando las madres en la vida social, los hijos querían también entrar en la vida. El camino hacia la vida de trabajo era amplio, pero muchos se negaban a seguirlo porque se les cerraba el de la sexualidad. Ésa era, y no la guerra civil —que en 1935 pertenecía ya a la historia—, ni el sistema soviético, ni ningún otro factor, la causa verdadera de la delincuencia. No cabe duda que la delincuencia juvenil es la expresión de la crisis sexual subterránea del niño y del adolescente. Se puede afirmar sin miedo al error que *ninguna sociedad conseguirá dominar el problema de la delincuencia y de la psicopatía infantil y juvenil sin reunir de antemano los conocimientos y el coraje necesarios para ordenar la vida sexual de los niños y de los adolescentes en el sentido afirmativo de la sexualidad.*

Hoy, no podemos predecir qué medidas concretas particulares tomaríamos si se nos confiara la tarea de resolver este problema. No podemos más que señalar los hechos generales y las condiciones necesarias. La solución del problema de la delincuencia, como el de la educación en general, *dependerá de las posibilidades de eliminar del proceso de la formación de estructura la fijación incestuosa cargada de odio y de culpabilidad de los hijos a los padres y de los padres a los hijos.* Eso no es posible más que si los niños entran en la educación colectiva antes de encontrarse en las situaciones en que se forma su apego destructor a los padres, es decir, antes del cuarto año de vida. Esto no implica la desaparición de las relaciones de amor natural entre padres e hijos sino solamente la de las relaciones patológicas y neuróticas. La solución no será posible hasta que no se resuelva el conflicto entre la colectividad y la familia a escala de la sociedad en su conjunto. Los padres y los hijos podrían amarse y apreciarse plenamente. Pero, por paradójico que pueda parecer, eso supone precisamente la desaparición de la familia coercitiva y su educación como hoy las conocemos. El problema seguirá irresuelto mientras no se haya eliminado la proscripción de la sexualidad infantil y el sentimiento de expulsión de la sociedad como confluencia de los deseos y actos sexuales en el niño. Deberíamos conseguir, por todos los medios, que no hubiera la posibilidad de leer relatos como éste:

«Garik, seis años: “Por el amor de Dios, ¿qué ocurre?” Algo terrible. Liubka que tiene ocho años y apenas si sabe escribir, “se enamora” y pasa un papelito a Pavlik (ocho años): «Encanto mío, mi tesoro, mi joya...» ¡Enamorarse! ¡Así de burgués! Después de todo, ¿dónde están ya los años del zar Nicolás? El asunto fue discutido por todo lo alto y Liubka se quedó tres días sin salir a jugar, como castigo.»

Lo escribe Fanina Halle para probar la moralidad del sistema comunista en su célebre libro “*La mujer en la Rusia soviética*” (*Die Frau in Sowjetrußland*, p. 235),

No como crítica sino como rehabilitación del comunismo a los ojos del mundo “moral”. Pedagogos y sexólogos que no pueden tolerar la vista de dos niños que se acarician, y son incapaces de ver el encanto y la naturalidad de la sexualidad infantil, son totalmente inútiles para la tarea de una educación revolucionaria de la nueva generación, aunque tengan muy buena voluntad. Hay en el impulso sexual infantil, en el testimonio de amor sensual del niño,

infinitamente más moralidad, naturalidad, fuerza y alegría de vivir que en millares de tesis y análisis farragosos. Es en la vitalidad de la naturaleza infantil, y en ella solamente, donde reside la garantía de una sociedad de hombres verdaderamente libres.

Esto es así. Pero sería peligroso pensar que al revelársenos este hecho se resuelven todos los problemas. Por el contrario, debemos comprender que el cambio de estructura humana, del modo de vida patriarcal y autoritario al de vida en que el hombre es libre, capaz de trabajo voluntario y capaz de alegría de vivir es una de las tareas más difíciles. La fórmula marxista según la cual «el educador también debe ser educado» se ha convertido en una frase vacía; ya es hora de llenarla con un contenido práctico concreto: los educadores de la nueva generación, padres, pedagogos, jefes de Estado y economistas deben tener ellos mismos una buena salud sexual antes de consentir siquiera en la idea de una educación de los niños y de los adolescentes de acuerdo con la economía sexual.

CAPÍTULO VII

LAS LECCIONES DE LA LUCHA POR LA “NUEVA FORMA DE VIDA” EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

El funcionario, el obrero, el educador, el consejero de juventud, todos aquellos que están confrontados con estos problemas en su trabajo cotidiano reclamarán normas concretas. Es comprensible, pero de ninguna manera realizable. No se puede más que analizar las causas del fracaso de las transformaciones revolucionarias, y diseñar las líneas directrices que podrán indicarnos la buena orientación de nuestra búsqueda. No podemos prever las situaciones que se producirían en este o en el otro país en caso de nuevos cambios revolucionarios. Como quiera que sean, siempre podrán aplicarse los principios

fundamentales. De ningún modo deben consentirse representaciones utópicas detalladas que solamente cerrarían el camino a las realidades concretas llegado el momento.

Uno de los principios fundamentales que se derivan del análisis del amortiguamiento de la revolución sexual soviética es el de *una garantía explícita de todas las condiciones necesarias para la felicidad sexual*. Por lo que se refiere a la legislación, no tenemos más que seguir la dirección indicada por las leyes de la Unión Soviética durante el período que va de 1917 a 1921; podrían aceptarse globalmente con cambios de detalle. Pero esto no bastaría. Lo que se precisa, ante todo, es asegurar la eficacia práctica de estas leyes por medio de medidas serias para que lleguen a formar parte de la estructura humana. A este respecto faltó en la Unión Soviética una serie de medidas que hubieran dirigido la revolución sexual espontánea por vías organizadas.

Para garantizar la aplicación de la legislación sexual revolucionaria hay que arrancar la responsabilidad de la salud sexual de la población de las manos de los urólogos, ginecólogos y profesores de higiene reaccionarios. Todo obrero, toda mujer, todo campesino y todo adolescente deben comprender que en una sociedad conservadora no hay, en absoluto, autoridades en este campo; que los así llamados sexólogos y especialistas de higiene están penetrados de espíritu ascético y de preocupación por la “moralidad” de los individuos. Quien ha trabajado mucho con los adolescentes sabe que todo joven obrero, inculto pero sano, tiene una intuición mejor y un discernimiento más exacto en las cuestiones de la vida sexual que no importa cual de esas autoridades. Sobre la base de esta intuición y de este saber acertados, los trabajadores deberían poder crear organizaciones y designar funcionarios que provengan de su propio ambiente para encargarse de las tareas de la revolución sexual.

El nuevo orden de la vida sexual debe comenzar por una diferente educación del niño. Por consiguiente, es indispensable reeducar a los educadores y la gente debe aprender a usar su intuición acertada en lo que se refiere a estas cuestiones para criticar a los educadores cuya formación sexológica es defectuosa. Será mucho más fácil reeducar a los pedagogos que convencer a los demógrafos e higienistas. Hay señales, cada vez más numerosas, de que los educadores progresistas de Europa y América buscan espontáneamente la renovación de los métodos pedagógicos y, con frecuencia, comienzan a desarrollar conceptos favorables a la sexualidad.

El nuevo orden de la vida sexual no tendrá éxito si los jefes políticos de los movimientos obreros no prestan al problema la atención que merece. Los dirigentes políticos con mentalidad ascética representan obstáculos graves. Los dirigentes inexperimentados en este campo, y a menudo también ellos sexualmente enfermos, deberán convencerse de que será necesario aprender antes de poder dirigir. Además, deberán saber que las discusiones espontáneas sobre los problemas sexuales no pueden dejarse de lado como si fueran “distracciones con respecto a la lucha de clases”. Por el contrario, estas discusiones deben formar parte del esfuerzo total de construcción de una sociedad libre. Los trabajadores no han de tolerar ya una situación en que clérigos socialistas, intelectuales moralizadores, soñadores neuróticos y mujeres frías decidan sobre el nuevo orden de la vida sexual. Se debe saber que esta clase de individuos, movidos inconscientemente, se mezclan en la discusión en el momento preciso en que la situación exige la mayor claridad. Así, el obrero inexperimentado guarda silencio generalmente por respeto al intelectual y admite, sin motivos, que aquél dispone de un mejor discernimiento. Toda organización de masas deberá poder disponer de funcionarios competentes en sexología cuyo cometido será observar la evolución de la organización en el aspecto sexual, aprovechando las enseñanzas de esas observaciones para dominar las dificultades en colaboración con un departamento sexológico central.

Además de una legislación sexual positiva y las medidas destinadas a proteger la sexualidad, hay otras medidas que nos sugieren las experiencias del pasado. Por ejemplo, se deberá prohibir toda aquella literatura que es causa de ansiedad sexual, como la pornografía, la novela policiaca, los cuentos escalofriantes para niños. En su lugar, debe introducirse una literatura que describa y discuta el sentimiento genuino procurado por las múltiples fuentes y formas de alegría natural en la vida.

La experiencia pasada enseña que es preciso eliminar todos los obstáculos acumulados contra la sexualidad del niño y del adolescente por los padres, los educadores o las autoridades. Es imposible decir hoy como habrá que realizar esta eliminación. Pero *la necesidad de una protección social y legal de la sexualidad del niño y del adolescente no admite réplica.*

Las mejores medidas legales no valen el papel en que están escritas a no ser que se conozcan con precisión las dificultades que surgirán —en las condiciones existentes de organización política y de estructura humana— de la afirmación de la sexualidad infantil y adolescente. Si los padres y pedagogos no estuvieran ellos mismos enfermos y no hubieran recibido una educación equivocada, si a los niños y adolescentes se les pudieran garantizar inmediatamente las mejores condiciones de educación, todo sería fácil. Pero como no es así, serán necesarias dos medidas al mismo tiempo.

a) Instalar en diferentes puntos *establecimientos modelo de educación colectiva*, en que educadores experimentados, realistas y sexualmente sanos estudien con atención el desarrollo de la generación joven y resuelvan los problemas prácticos a medida que aparezcan. Estas instituciones modelo serán el núcleo a partir del cual se extenderán los principios del nuevo orden a la sociedad entera. Este trabajo será largo, difícil y penoso pero, a la larga, es la única posibilidad de dominar el problema del servilismo humano. Además, será preciso crear institutos de investigación donde se estudiará con criterio totalmente distinto al que ha dominado hasta el presente, la fisiología de la sexualidad, la prevención de enfermedades psíquicas y las condiciones de la higiene sexual. Estos institutos ya no limitarán sus funciones a la colección de falos indios y otras *curiosidades sexológicas*.

b) Además de estas instituciones, habría que preparar la regulación sexual espontánea según la economía sexual, a escala colectiva. El primer principio sería, pues, el de reconocer que la vida sexual *no* es un asunto privado. Eso no quiere decir que un funcionario del Estado, por ejemplo, pudiera mezclarse en los secretos sexuales de cualquiera. Eso quiere decir que el cometido de reestructuración sexual del hombre, para lograr la plena capacidad sexual, no puede confiarse a la iniciativa privada porque es *un problema cardinal de la vida social en su conjunto*.

Ciertas medidas podrían aplicarse con facilidad si no se considerase la vida sexual de las masas como un asunto de importancia secundaria. Deberían fabricarse los productos anticonceptivos con la misma perfección que las máquinas, bajo supervisión científica y sin ánimo de lucro. Se debería realizar la propagación efectiva de los métodos anticonceptivos a fin de eliminar el aborto.

No hay que pensar en impedir la repetición del fracaso catastrófico de la revolución sexual soviética si no se resuelve el problema de alojamiento de los adolescentes y de las personas no casadas. Los adolescentes, tales como yo los conozco, resolverán por sí mismos, con entusiasmo, este problema a su modo sin esperar medidas venidas de arriba.

La instalación de hogares de emergencia para adolescentes es necesaria y realizable a no ser que alguna autoridad se oponga por razones morales. Los jóvenes deben adquirir el sentimiento de que tienen todas las posibilidades para construir su propia vida. Eso no les inducirá a huir de sus tareas sociales; al contrario, si se les da la ocasión de resolver gradualmente el problema de alojamiento, se aplicarán con mayor alegría al trabajo social general. Toda la población debe tener la certeza de que los gobernantes hacen todos sus posibles para asegurar la felicidad sexual sin condiciones ni falsas promesas. Cuanto más se informe a las masas sobre el valor de la sexualidad sana y natural, tanto menos útil será informarlas sobre la nocividad del aborto y el peligro de las enfermedades venéreas.

Si los individuos sienten que se toman en consideración, de una manera práctica, sus necesidades naturales, trabajarán con alegría sin necesidad de coerción. Una población que vive sexualmente feliz será la mejor garantía de la seguridad social general. Construirá con alegría su vida y la defenderá contra todo peligro reaccionario.

Si se quiere evitar el “caos sexual” y la necesidad de medidas punitivas contra la homosexualidad en el ejército y en la marina, habrá que resolver el problema más difícil de la economía sexual: la inclusión de la juventud femenina en la vida de la marina y del ejército. Tan inconcebible como esto pueda parecer hoy a los especialistas militares, es la única manera de evitar que la sexualidad sea minada por la vida militar. Es verdad que no resulta fácil resolver este problema, pero ahí está el principio.

El teatro, el cinematógrafo y la literatura no deberían estar, como en la Unión Soviética, al servicio exclusivo de los problemas económicos. Los problemas de la vida sexual, que son el tema central de la mayor parte de la producción literaria y cinematográfica de todas las épocas, no pueden desaparecer para dar paso a la glorificación de las máquinas. En lugar de la visión reaccionaria y patriarcal de los problemas sexuales, debería triunfar la visión racional, afirmadora de vida en la literatura y el cinematógrafo.

El trabajo sexológico general no debería depender de la iniciativa o de los manejos de médicos ignorantes y de mujeres frías idealistas sino que, como todos los demás esfuerzos sociales, debería organizarse colectivamente y regirse de manera no burocrática. No tendría objeto estrujarse el cerebro para conocer los detalles de tal organización. El problema de organización se resolverá por sí mismo porque la vida sexual de las masas será una preocupación social de primer orden.

De ningún modo se deberá someter la nueva regulación de la vida sexual a los decretos de una institución dominante. Una extensa red de organizaciones sexológicas deberá mantener el contacto entre las masas y los centros técnicos especializados. Como en las veladas de información de la *Sexpol* en Alemania, estas organizaciones deberían presentar a discusión los problemas de la vida colectiva, y después volver a su trabajo, fueren cuales fueren las soluciones elaboradas. Los investigadores y sexólogos responsables sufrirán un examen en cuanto a su salud sexual e independencia respecto a prejuicios ascéticos y morales.

No se combatirá la religión; pero no se tolerarán las interferencias en contra del derecho de llevar a las masas las enseñanzas de la ciencia natural y en contra de los procedimientos para asegurar la felicidad sexual; eso permitiría ver rápidamente si la Iglesia tiene razón al afirmar el origen sobrenatural del sentimiento religioso. No ocultamos, sin embargo, que habrá que proteger sistemáticamente a los niños y a los adolescentes contra la implantación de la ansiedad sexual y de los sentimientos de culpabilidad.

En el proceso de la revolución social desaparecerá inevitablemente la vieja forma de la familia. Los sentimientos y lazos familiares de las masas, que subsistan, deberán tenerse en cuenta en las discusiones públicas; se tratarán los problemas a medida que vayan apareciendo. El punto de vista de la economía sexual es el siguiente:

La vida vegetativa del hombre, que él comparte con toda la naturaleza viviente, le incita al desarrollo, a la actividad y al placer, a la huida del dolor; se siente esta vida vegetativa en forma de estímulos y de impulsos que llaman a la acción. Estas sensaciones constituyen el núcleo de toda filosofía del progreso; revolucionaria, por consiguiente. La así llamada "experiencia religiosa" y el "sentimiento oceánico" se basan también en fenómenos vegetativos. Se ha podido demostrar recientemente que algunas de estas excitaciones vegetativas provienen de cargas bioeléctricas de los tejidos. Es comprensible; el hombre es sólo una partícula de la naturaleza que funciona bioeléctricamente.

Así pues, el sentimiento religioso de unidad con el universo tiene su fundamento en hechos naturales. Pero las sensaciones vegetativas naturales se embotan haciéndose místicas. El cristianismo primitivo era esencialmente un movimiento comunista; su poder, afirmador de la vida, al negar la sexualidad, se convirtió en su contrario, en ascético y sobrenatural. Adoptando la forma de Iglesia, el cristianismo, que luchaba por la liberación de la humanidad, renegaba de su propio origen. La Iglesia debe su poder a la estructura humana negadora de vida que resulta de una interpretación metafísica de la vida: prospera gracias a la vida que ella mata.

La teoría económica del marxismo reveló las condiciones económicas de una vida progresista. Los acontecimientos de la Unión Soviética demostraron su exactitud. Pero su limitación a conceptos puramente económicos y mecánicos la desvió peligrosamente hacia la negación de la vida con todos sus síntomas bien conocidos. En estos años de duros combates políticos, ha fracasado este economismo porque la aspiración a la vida vegetativa ha sido condenada como si fuese "psicología" y se ha dejado para los místicos.

La vida vegetativa entró de nuevo en escena con ese neo-paganismo que es el nacionalsocialismo alemán. La pulsación vegetativa fue comprendida mejor por la ideología fascista que por la Iglesia y fue traída a la tierra desde el reino de lo sobrenatural. En esta perspectiva, el misticismo nacionalsocialista del "vigor de la sangre" y de la "fidelidad a la sangre y a la tierra" representaba un progreso comparado con la vieja idea cristiana de un pecado original; sin embargo, fue sofocado por una nueva mistificación y por una política reaccionaria. Aquí también la afirmación de la vida se convierte en negación de la vida bajo la forma de ideologías ascéticas de sacrificio, de sumisión, de deber y de comunidad de la raza. A pesar de ello, la doctrina del «vigor de la sangre» es preferible a la del pecado original; habría que encauzarla positivamente.

Esta relación entre el cristianismo primitivo y el neopaganismo es, con frecuencia, causa de errores. Algunos proclaman el paganismo como la verdadera religión revolucionaria; sienten su tendencia progresista, pero no ven su distorsión mística. Otros quieren defender la Iglesia contra la ideología fascista y creen, por eso, que son revolucionarios. Muchos socialistas dicen que el sentimiento religioso no debe desaparecer; tienen razón si con eso quieren decir las sensaciones vegetativas y su libre desarrollo; se equivocan en que no ven la distorsión y la negación actuales de la vida. Nadie se ha atrevido, hasta el presente, a tocar el núcleo sexual de la vida; la ansiedad sexual inconsciente hace que se afirme la vida bajo la forma de experiencia religiosa o revolucionaria y se la niegue, al mismo tiempo, con la repulsa práctica de la sexualidad. El diagrama de la página siguiente ilustra lo dicho.

La economía sexual, sobre la base de sus descubrimientos científicos y de la observación de los procesos sociales llega a la siguiente conclusión: la afirmación de la vida debe ser ayudada hasta su pleno desarrollo, en su forma subjetiva de afirmación del placer sexual y en su forma social objetiva de planificación democrática del trabajo. Es preciso organizar la lucha para la conquista de la afirmación de la vida. El mayor obstáculo es la ansiedad de placer de los hombres.

Esta ansiedad de placer, que proviene de una perturbación de origen social de los procesos naturales del placer, es el elemento esencial de todas las dificultades que se encuentran en la acción colectiva, psicológica y sexológica, en forma de falso pudor, de moralismo, de obediencia ciega a los fùhrers, etcétera. Es verdad que se tiene vergüenza de ser impotente de la misma manera que se tiene vergüenza de ser reaccionario en política; la potencia sexual sigue siendo el ideal, del mismo modo que ser revolucionario; hoy, todo reaccionario pasa por revolucionario. Pero nadie quiere admitir que ha perdido sus oportunidades de felicidad en la vida y que éstas se han ido para siempre. Por este motivo, la vieja generación

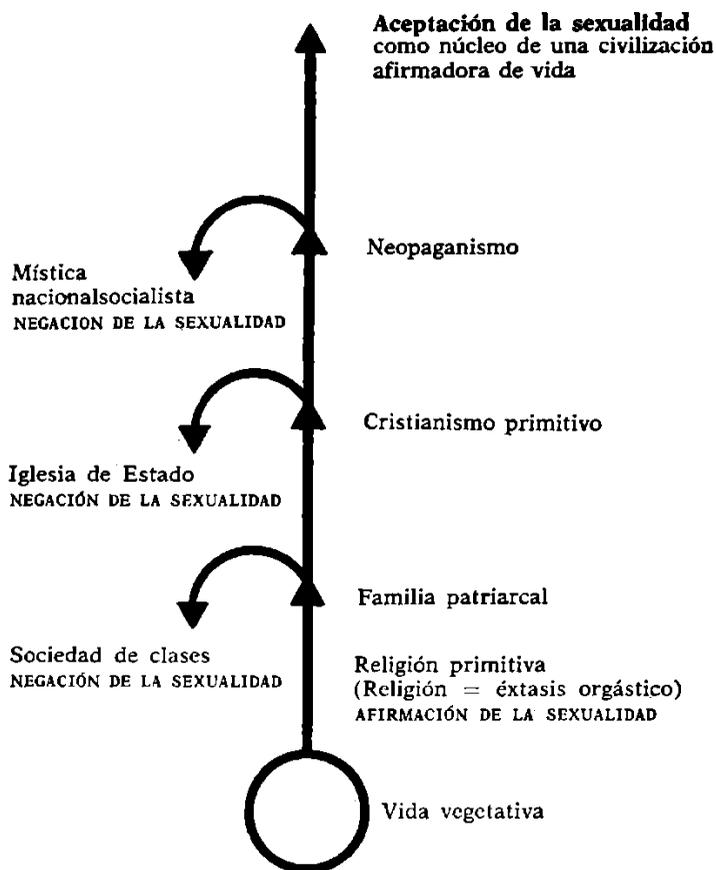


DIAGRAMA DEL DESARROLLO CULTURAL

se opone siempre a la afirmación concreta de la vida en la juventud. Por la misma razón también la juventud se hace conservadora con los años. Nadie quiere admitir que su vida pudo haberse ordenado mejor; no se quiere admitir que se niega lo que antes se afirmaba; que la realización de los propios deseos exigiría una reorganización de todo el proceso social, con la consiguiente ruina de tantas ilusiones acariciadas y de tantas satisfacciones sustitutivas. No se quiere maldecir a los ejecutores del poder autoritario y de la ideología ascética porque se llaman «Padre» y «Madre». Así, todos se resignan pero todos se rebelan interiormente.

Sin embargo, el despliegue de la vida no puede detenerse. No sin razón el proceso social ha sido identificado con el proceso de la naturaleza. Lo que los socialistas llaman la «necesidad histórica», no es otra cosa que la necesidad biológica de la expansión de la vida. La distorsión del despliegue de la vida en ascetismo, en estructuras autoritarias y en negación de la vida puede aparecer de nuevo; pero las fuerzas naturales del hombre triunfarán, al fin, en *la unidad de la naturaleza y de la cultura*. Todos los signos indican que la vida se rebela contra las formas opresivas que la han tenido encadenada. Ha comenzado la lucha por una «nueva forma de vida»: es inevitable que sus primeros pasos se caractericen por una grave desorganización, material y síquica, de la vida individual y social. Pero si se entiende el proceso de la vida, no hay razón para el desaliento. Quien está harto no roba; quien es sexualmente feliz no necesita «apoyo moral» o «experiencia religiosa sobrenatural». La vida es tan simple como estos hechos; no se complica más que con la estructura humana caracterizada por el miedo de la vida.

La instauración teórica y práctica de la simplicidad de la función vital, y la garantía de su productividad, se llama revolución cultural. Su base tiene que ser la democracia natural del trabajo. El amor, el trabajo y el saber son las fuentes de nuestra vida. También deberían gobernarla.

¡ESCUCHA, PEQUEÑO HOMBRECITO!

Wilhelm Reich

*Hacéis el buen apóstol y os burláis de mí,
¿De qué está hecha vuestra política desde que gobernáis el mundo?
De puñaladas y masacres.*

CHARLES DE COSTER Ulenspiegel

Te llaman «Pequeño Hombrecito», «Hombre Común»; dicen que ha empezado una nueva era, “la era del Hombre Común”. No eres *tú* quien lo dice, Pequeño Hombrecito, sino *ellos*: los presidentes de las grandes naciones, los líderes obreros que han hecho carrera, los hijos arrepentidos de los burgueses, los hombres de Estado y los filósofos. Te dan tu futuro pero no tienen en cuenta tu pasado.

Eres un heredero de un pasado horrible. Tu herencia es un diamante incandescente entre tus manos. Esto es lo que *yo* te digo.

Cada médico, zapatero, técnico o educador debe conocer sus debilidades si quiere trabajar y ganarse la vida. Desde hace algunos años, has comenzado a asumir el gobierno de la tierra. El futuro de la humanidad depende pues de tus pensamientos y de tus actos. Pero tus profesores y maestros no te dicen lo que eres y piensas realmente; nadie se atreve a formularte la única crítica que te haría capaz de tomar en tus manos tu propio destino. Sólo eres “libre” en un sentido: libre de toda preparación para gobernar tu propia vida, libre de toda autocrítica.

Jamás he escuchado de tu boca este reproche:

“pretendéis convertirme en mi propio maestro y el maestro del mundo, pero no me reveláis cómo se llega a ser maestre de sí mismo ni me decís cuáles son los errores en mi manera de ser, de pensar y de actuar”.

Permites que los hombres en el poder asuman la autoridad sobre el «Pequeño Hombrecito». Pero no dices nada. Confías a los poderosos o a los impotentes -animados de las peores intenciones-, el poder hablar en tu nombre. Te darás cuenta demasiado tarde que una y otra vez te estás equivocando.

Te comprendo. Innumerables veces te he visto desnudo, física y psíquicamente, sin máscara, sin carnet de miembro de un partido político, sin tu “popularidad”. Desnudo como un recién nacido, como un mariscal en calzoncillos. Te has lamentado ante mí, has llorado, me has hablado de tus aspiraciones, de tu amor y de tu tristeza.

Te conozco y te comprendo. Te voy a decir cómo eres, Pequeño Hombrecito, ya que creo honestamente en tu gran futuro. ¡No hay duda de que te pertenece! En primer lugar mírate a ti mismo. Mírate tal como eres realmente. Escucha lo que ninguno de tus *führers* y tus representantes se atreve a contarte.

Eres un “*pequeño hombrecito promedio*”. Reflexiona bien el doble sentido de estas dos palabras “pequeño” y “promedio”...

¡No huyas! ¡Ten el coraje de mirarte a ti mismo!

- “¿Qué derecho tienes para darme lecciones?”

Puedo ver esta pregunta en tu mirada temerosa. La oigo de tu arrogante boca, Pequeño Hombrecito. Tienes miedo de mirarte, tienes miedo de la crítica, Pequeño Hombrecito, lo mismo que tienes miedo de la potencia que se te promete. No sabrías utilizarla. No puedes imaginarte que un día podrías sentirte de distinta forma: libre y no acobardado, sincero y no traicionero; que puedes amar en pleno día y no clandestinamente como un ladrón en la noche. Tú mismo te desprecias, Pequeño Hombrecito. Dices: “¿Quién soy yo para tener una opinión personal, para decidir mi vida, para decir que el mundo me pertenece?” Tienes razón: ¿Quién eres tú para reclamar tu propia vida? Te voy a decir lo que eres:

Te distingues de los hombres realmente grandes, sólo por un rasgo. El hombre sabio ha sido como tú un pequeño hombrecito, pero ha desarrollado *una* cualidad importante: ha aprendido a ver dónde era pequeño en su pensamiento y en sus acciones. En la realización de una tarea escogida por él mismo ha aprendido a darse cuenta de la amenaza que representaba su pequeñez y su mezquindad. Entonces el gran *hombre sabe cuándo y en qué es pequeño. El Pequeño Hombrecito no sabe que es pequeño y tiene miedo de saberlo. Cubre su pequeñez y debilidad con fantasías de fuerza y grandeza -la fuerza y la grandeza de otros hombres-*.

Está orgulloso de sus grandes generales, pero no de sí mismo. Admira las ideas que *no* tuvo y no las que sí pensó. Cree mucho más en las cosas que no comprende, y no cree en la veracidad de las ideas que entiende más fácilmente.

Empezaré por el pequeño hombrecito en mí mismo:

Durante veinticinco años, he sido defensor, con mi palabra y con mis libros, de tu *derecho a la felicidad en este mundo*; te acusé de tu falta de habilidad para adueñarte de lo que te pertenece, para consolidar lo que habías conquistado luchando duramente en las barricadas de París y Viena, en la emancipación de los Estados Unidos, en la Revolución Rusa. Tu París ha desembocado en Petain y Laval, Viena en Hitler, Rusia en Stalin, y la independencia americana podría acabar en el régimen de los K.K.K. Sabías mejor cómo conquistar tu libertad que cómo conservarla para ti y para los demás. Esto lo sé desde hace mucho tiempo. Lo que no podía comprender era por qué cada vez que, tras ardua lucha, habías conseguido salir de la ciénaga, te metías en otra peor. Pero poco a poco y tanteando, descubrí lo que hacía de ti un esclavo: ERES TU PROPIO POLICÍA. *Nadie*, nadie excepto tú mismo es responsable de tu esclavitud. ¡Sólo tú, y nadie más!

Te sorprende ¿Verdad? Tus liberadores te cuentan que tus represores son Guillaume, Nicolás, el Papa Gregorio, Morgan, Krupp o Ford. Y que tus liberadores se llaman Mussolini, Napoleón, Hitler, Stalin.

Yo te digo: ¡Sólo tú puedes ser tu liberador!

Esta frase me hace dudar... Pretendo ser un luchador de la pureza y la verdad. Y he aquí que titubeo en el mismo instante en que me dispongo a decirte la verdad sobre ti, porque tengo miedo de ti y de tu actitud frente a la verdad.

Decir la verdad sobre ti es peligroso para la vida. La verdad es salvadora de la vida, pero se convierte en objeto de pillaje de todas las mafias. Si esto no fuera así, no serías lo que eres ni estarías donde estás.

Mi intelecto me dice:

“Di la verdad cueste lo que cueste”. El Pequeño Hombrecito que hay en mí dice: “es estúpido exponerse, ponerse a merced del Pequeño Hombrecito. El Pequeño Hombrecito no quiere oír la verdad sobre sí mismo. No quiere asumir la responsabilidad que le corresponde. Quiere seguir siendo un Pequeño Hombrecito o llegar a ser un pequeño gran hombre. Quiere enriquecerse o llegar a ser un líder político, o comandante de la legión o secretario de la sociedad' para la abolición de; vicio. Pero no quiere asumir la responsabilidad de su trabajo, del abastecimiento, de la construcción de viviendas, de los transportes, de la educación, de la investigación, de la administración... o de cualquier otra cosa.”

El Pequeño Hombrecito que hay en mí dice:

“Te has convertido en un gran hombre, conocido en Alemania, Austria, Escandinavia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Palestina, etc... Los ‘comunistas’ te combaten. Los “guardianes de los valores culturales” te odian. Tus estudiantes te aman. Tus antiguos enfermos te admiran. Los afectados por la plaga emocional te siguen. Has escrito doce libros y cincuenta artículos sobre la miseria de la vida, la miseria del Pequeño Hombrecito. Tus descubrimientos y teorías se enseñan en las universidades; otros hombres, que comparten tu grandeza y soledad, dicen que eres un hombre muy grande. Eres comparado a los gigantes intelectuales de la historia de la ciencia. Has hecho el mayor descubrimiento de estos últimos siglos, porque has descubierto la energía vital cósmica y las leyes de funcionamiento de la vida. Has explicado el cáncer. Te han echado de un país a otro porque continuamente has proclamado la verdad. ¡Ahora relájate! ¡Ya no te preocupes más!. Disfruta los resultados de tus esfuerzos, goza de tu celebridad.

Dentro de poco tu nombre será reconocido en todas partes. ¡Ya has trabajado bastante! Quédate tranquilo y sigue buscando la ley funcional de la naturaleza.

Así habla el Pequeño Hombrecito que hay en mí y que tiene miedo de ti Pequeño Hombrecito.

Durante mucho tiempo estuve en estrecho contacto contigo porque conocía tu vida por mi propia experiencia y quería ayudarte. Mantuve este contacto porque me daba cuenta que te ayudaba efectivamente y que tú reclamabas mi ayuda, a menudo derramando lágrimas. Poco a poco entendí que aceptabas mi ayuda, pero que eras incapaz de defenderla. Te defendí y llevé a cabo duros combates en tu lugar. Luego llegaron tus fùhrers que destruyeron mi obra. No decías una palabra y los seguías. Ahora mantengo el contacto contigo para ver como podría ayudarte sin perecer convirtiéndome, ya en tu Führer, ya en tu víctima. El Pequeño Hombrecito que hay en mí, querría persuadirte, “salvarte” y querría ser mirado por ti con esa misma veneración que sientes por las “matemáticas superiores”, porque no tienes la menor idea sobre lo que tratan. Cuanto menos comprendes más dispuesto estás a venerar. Conoces mejor a Hitler que a Nietzsche, a Napoleón que a Pestalozzi. Un rey tiene más importancia para ti que Sigmund Freud. Al Pequeño Hombrecito que hay en mí le gustaría conquistarte con los mismos métodos que emplean tus fùhrers. Te tengo miedo cuando es el Pequeño Hombrecito que hay en mí quien quiere “conducirte hacia la libertad”. Podrías identificarte conmigo y yo contigo. Asustarte y matarte en mí. Por eso no estoy dispuesto a morir por tu libertad de ser esclavo de no importa quién.

Sé que no puedes entender lo que acabo de decir: “Libertad de ser esclavo de no importa quién”; admito que no es una cuestión sencilla.

Para no seguir siendo esclavo de un *único amo* y convertirse en el de *no importa quién* primero es necesario eliminar a este opresor individual, digamos el zar. Sin embargo, no se podía ejecutar este asesinato político sin grandes ideales de libertad, sin móviles revolucionarios. Se funda entonces un partido revolucionario de liberación bajo la dirección de un hombre realmente grande, digamos Jesús, Marx, Lincoln o Lenin. El verdadero gran hombre se toma muy en serio tu libertad. Para instaurarla en la práctica necesita rodearse de muchos pequeños hombres, de ayudantes y aventureros ya que él no puede acometer solo esta obra gigantesca. Por otra parte, no le comprenderías y lo dejarías caer si no se hubiera rodeado de pequeños grandes hombres. Rodeado de éstos, conquista el poder para ti, o un trozo de verdad, o una fe nueva y mejor. Escribe evangelios, manifiestos de libertad, etc., y cuenta con tu ayuda y seriedad. Te arranca de tu ciénaga social.

Para mantener juntos a tantos pequeños grandes hombres, para no perder tu confianza, el verdadero gran hombre debe sacrificar poco a poco su grandeza que sólo era capaz de salvaguardar en la más absoluta soledad espiritual, lejos de ti y de tu ruidosa existencia -y sin embargo en estrecho contacto con tu vida-.

Para poder conducirte debe aceptar que lo transformes en un Dios inaccesible. No le tendrías confianza si continuara siendo el hombre sencillo que era, el hombre que puede amar a una mujer sin necesidad de un certificado de matrimonio. En este sentido únicamente *tú* eres el que creas a *tú nuevo* amo. Promovido al papel de “nuevo amo”, el gran hombre pierde su grandeza, pues su grandeza se basaba en su honradez, sencillez, valor, y en un contacto real con la vida.

Estos pequeños grandes hombres cuya grandeza se deriva del gran hombre, acaparan altos cargos de las finanzas, la diplomacia, el gobierno, las ciencias y las artes, y tú permaneces donde estabas: en la ciénaga. Continúas vestido andrajosamente por un “futuro socialista” o un “Tercer Reich”. Sigues viviendo en casas sucias con techos de paja y paredes de estiércol. Pero estás orgulloso de tu palacio de cultura. Te conformas con la *ilusión* de gobernar hasta la próxima guerra y la caída de los *nuevos* amos.

En naciones distantes, pequeños hombres han estudiado concienzudamente tu desesperación por ser el esclavo de no importa quién y así han aprendido cómo se puede llegar a ser un pequeño gran hombrecito con muy poco esfuerzo intelectual. Estos pequeños grandes hombrecitos provienen de *tu* medio ambiente, y no de palacios y mansiones. Han padecido hambre y sufrido como tú. Acortaron el proceso de cambiar de amos. Han aprendido que cien años de duro trabajo intelectual por tu libertad, de sacrificio personal por tu felicidad, e incluso el dar la propia vida, era un precio demasiado alto para tu nueva esclavitud.

Lo que los grandes pensadores de la libertad habían elaborado y sufrido en un siglo podía ser destruido en menos de cinco años. Entonces estos pequeños hombrecitos de tu medio ambiente acortan el proceso: lo hacen más abierta y brutalmente. Incluso te explican de diversas formas que tú y tu vida, tu familia y tus hijos, no valen *nada*, que eres estúpido y servicial que se puede hacer contigo lo que uno quiera. No te prometen libertad personal, sino libertad *nacional*. No te aseguran una autoconfianza humana sino respeto por el Estado; no una grandeza personal, sino una grandeza nacional. Y los aclamas calurosamente porque para ti la “libertad personal” y la “grandeza humana” no son sino conceptos vagos, mientras que la “libertad nacional” y los “intereses del Estado” te hacen agua la boca como un hueso para un perro. Ninguno de estos hombres paga el precio de la libertad genuina como hicieron Jesús, Giordano Bruno, Carlos Marx o Lincoln. No te aman, te desprecian *porque tú mismo te desprecias, Pequeño Hombrecito*. Te conocen muy bien, mucho mejor que lo que te puedan conocer los Rockefeller o los Tóries. Conocen tus peores debilidades de una forma en que sólo *tú* deberías conocerlas. Te han sacrificado a un símbolo y los conduces al poder sobre ti mismo. Tus amos han sido elevados por ti y sólo por ti, y son alimentados por ti, a pesar del hecho -o mejor, debido al hecho- de que han dejado caer todas las máscaras. Por supuesto, te dicen de muchas maneras: “tú eres un ser inferior sin responsabilidad, y tienes que recordarlo”. Y los llamas “salvadores”, “Nuevos Liberadores”, y los aclamas “*Heil, Heil!*” y “*Viva, Viva!*”

Es por todo esto que te tengo miedo, Pequeño Hombrecito, un miedo mortal. Porque de tí depende el destino de la humanidad. Te tengo miedo porque no hay nada de lo que huyas más que de tí mismo. Estás enfermo, ¡muy enfermo!, *Pequeño Hombrecito*. No es culpa tuya. Pero es tuya la responsabilidad de curarte. Desde hace tiempo te habrías liberado de tus opresores si no hubieras tolerado la opresión y no la hubieras apoyado tan activamente. Ninguna fuerza policial del mundo sería suficientemente poderosa para suprimirte si tuvieras sólo un ápice de autorespeto en la práctica diaria de vivir, si supieras profundamente, que sin ti la vida no duraría ni una hora. ¿Te contó esto tu “liberador”? No. Te llamó “Proletariado del

mundo”, pero no te contó que tú, y solamente tú, eres responsable de tu vida (en lugar de ser responsable del “honor de la madre patria”). Debes comprender que hiciste de tus pequeños hombres tus propios opresores, y que hiciste mártires de tus hombres auténticamente grandes; que los crucificaste y asesinaste y les dejaste morir de hambre; que ni siquiera tuviste un pensamiento para ellos y su trabajo por ti; que no tienes idea de a quién debes las plenitudes, cualesquiera que sean, que existen en tu vida.

Dices: “Antes de creerte quiero conocer tu filosofía de la vida.”

Cuando oigas mi filosofía de la vida, te irás corriendo a tu juez municipal, o al “Comité contra las actividades-antiamericanas”, o al FBI, al GPU, o a la “Prensa Amarilla”, o al “Ku-Klux-Klan” o a los “Líderes de los Proletarios del Mundo”, o, por último, sencillamente echarás a correr.

No soy Rojo, ni Negro, ni Blanco, ni Amarillo.

No soy Cristiano ni Judío ni Mahometano, ni Mormón, ni Polígamo, ni Homosexual, ni Anarquista, ni Boxer.

Abrazo a mi mujer porque la amo y la deseo y no porque tenga un certificado de matrimonio o porque esté sexualmente hambriento.

No golpeo a los niños, no pesco, ni cazo ciervos o conejos. Aunque soy un buen tirador y me gusta dar en el blanco.

No juego al bridge ni organizo fiestas para proclamar mis teorías. Si mis enseñanzas son correctas se extenderán por sí mismas.

No someto mi trabajo a ningún oficial sanitario a menos que lo haya profundizado mejor de lo que yo lo he hecho. Y Yo determino quién ha profundizado el conocimiento y los vericuetos de mi descubrimiento.

Respeto estrictamente toda ley razonable, pero la combato cuando es obsoleta o sin sentido. (No corras al juez municipal, Pequeño Hombrecito, ya que él hace lo mismo si es un individuo decente).

Quiero que los niños y los adolescentes experimenten su felicidad corporal en el amor y que la disfruten sin ningún peligro.

No creo que para ser religioso en el auténtico sentido de la palabra, uno tenga que arruinar su vida amorosa, rigidizarse y reprimirse en cuerpo y alma.

Sé que lo que tú llamas «Dios» existe realmente, pero de manera diferente a lo que tú piensas: como la primordial energía cósmica en el universo, como el amor en tu cuerpo, como tu honestidad y tu sentimiento de la naturaleza en ti mismo y a tu alrededor.

Echaría a cualquiera que, bajo cualquier baladí pretexto viniera a intentar interferir en mi trabajo médico y educativo con los pacientes ,y los niños. En cualquier juicio a puerta abierta, le preguntaría algunas cosas muy simples y claras que no podría responder sin sentirse avergonzado para siempre. Ya que soy un hombre trabajador que conoce los mecanismos internos del hombre, que sabe que tiene algún valor, y que quiere que el trabajo gobierne el mundo y no las opiniones sobre el trabajo.

Yo tengo mi propia opinión, y puedo distinguir una mentira de la verdad la cual utilizo, cada hora del día, como una herramienta que, después de usarla, guardo limpia.

Tengo miedo de ti, Pequeño Hombrecito. No siempre fue así. Yo mismo fui un Pequeño Hombrecito, entre millones de Pequeños Hombrecitos. Entonces llegué a ser un científico natural y un psiquiatra, y aprendí a ver cuán enfermo estás y cuán peligroso te hace tu enfermedad. Aprendí a ver el hecho de que es tu propia enfermedad emocional, y no una fuerza exterior, la que, cada hora y cada minuto, te anula, incluso aunque no exista ninguna presión externa. Habrías vencido a los tiranos hace tiempo, si interiormente hubieras estado vivo y sano. Tus opresores provienen de tus propios medios, así como en el pasado provenían de los estratos superiores de la sociedad. Incluso son más pequeños de lo que tú eres, 'Pequeño Hombrecito. Ya que se necesita una buena dosis de mezquindad para saber de tus miserias a través de la experiencia y entonces utilizar este conocimiento para anularte todavía mejor, aún más duramente.

No posees el órgano sensorial para captar al hombre verdaderamente grande. Su modo de ser, su sufrimiento, su anhelo, su trayecto, su lucha por ti, te es desconocida.

No puedes comprender que existen hombres y mujeres que son incapaces de suprimirte o explotarte, que son los que realmente desean que seas libre, real y honesto. No te gustan estos hombres y mujeres porque son extraños para tu ser. Son sencillos y rectos; para ellos, la verdad es lo que para ti son las tácticas. Miran a través tuyo, no con mofa sino dolidos ante el destino de los humanos; pero te sientes traspasado por su mirada y en peligro.

Sólo los aclamas, Pequeño Hombrecito, cuando muchos otros Pequeños Hombrecitos te dicen que estos grandes hombres son grandes. Tienes miedo de los hombres grandes, de su proximidad a la vida y de su amor por la vida. El gran hombre te ama simplemente como a un animal viviente, como a un *ser vivo*. No quiere verte sufrir como has sufrido durante miles de años. No desea oír tu parloteo como has parloteado durante miles de años. No quiere verte como una bestia de carga, ya que él ama la vida y quisiera verla libre de sufrimiento e ignominia.

Empujas a los hombres realmente grandes al punto de despreciarte, cuando dañados por ti y tu pequeñez se retiran, te evitan y, -lo peor de todo-, empiezan a compadecerte. Si acontece que tú, Pequeño Hombrecito, eres un psiquiatra, dígame un Lombroso, juzgan al gran hombre como a una especie de criminal, o un criminal que ha fracasado en serlo..., o un psicópata. Ya que el gran hombre, a diferencia tuya, no ve el interés de la vida en amontonar dinero, ni en la boda socialmente adecuada de sus hijas, ni en una carrera política, ni en un título académico, ni en el Premio Nobel. Por esta razón, porque no es como tú, le llamas "genio" o "excéntrico".

El, por su parte, trata de afirmar que no es un genio, sino simplemente un ser humano. Lo llamas “asocial” porque prefiere el estudio, con sus pensamientos, o el laboratorio, con su trabajo, al chismorreo, tus vacías “fiestas” de sociedad. Lo llamas loco porque gasta su dinero en la investigación científica en lugar de comprar acciones y mercancías como haces tú.

Te atreves, Pequeño Hombrecito, en tu inconmensurable degeneración, a llamar “anormal” al hombre simple y honrado, si se lo compara contigo, el prototipo de la “normalidad”, el «*homo normalis*». Lo mides con tu miserable criterio y te parece que no alcanza las aspiraciones de tu normalidad. No puedes ver, Pequeño Hombrecito, que eres tú quien lo arrojas, -a él que está lleno de amor por ti y presto a ayudarte fuera de la vida social ya que la has hecho insufrible, tanto en la taberna como en el palacio. ¿Quién lo ha convertido en lo que parece ser, después de muchas décadas de romperse el corazón a base de sufrimientos? ¡Eres *tú!* con tu irresponsabilidad, con tu mojigatería, tu falso razonamiento, tus «axiomas inamovibles» que no pueden sobrevivir diez años de desarrollo social.

Piensa simplemente en todas las cosas que jurabas eran correctas durante tan pocos años como el lapso entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuántas de ellas has reconocido honestamente que eran erróneas, de cuántas te has retractado? Absolutamente de ninguna, Pequeño Hombrecito. El hombre verdaderamente grande piensa cautamente, pero una vez que ha llegado a sustentar una idea importante, piensa en términos de largo alcance. Eres tú, Pequeño Hombrecito, quien trata de paria al gran hombre cuando su pensamiento es *correcto y duradero* y tu pensamiento es insignificante y efímero. Convirtiéndolo en un paria siembras en él la terrible semilla de la soledad. No la semilla de la soledad, que produce hazañas, sino la semilla del miedo a ser malentendido y maltratado por ti. Ya que tú eres “la gente”, “la opinión pública” y “la conciencia social”. ¿Jamás has pensado honestamente, Pequeño Hombrecito, en la gigantesca responsabilidad que esto implica? ¿Alguna vez -y honestamente- te has preguntado a ti mismo si tu razonamiento es correcto, desde el punto de vista de los acontecimientos sociales de largo alcance, de la naturaleza, de las grandes empresas humanas, por ejemplo la de un Jesús? No, no te preguntaste jamás si tu pensamiento era erróneo. Por el contrario, te preguntabas qué es lo que tu vecino iba a decir sobre ello, o si tu honestidad podría costarte dinero. Esto, y nada más, Pequeño Hombrecito, es lo que te preguntaste a tí mismo.

Después de haber conducido así al gran hombre a la soledad, te olvidaste de lo que le habías hecho. Todo lo que hiciste fue proferir otras tonterías, cometer otras pequeñas vilezas, causarle otra profunda herida... y olvidarte.

Pero es de la naturaleza de los grandes hombres no olvidar, pero también no vengarse, sino por el contrario, intentar entender porque actúas tan mezquinamente.

Ya sé que esto también es ajeno a tu pensar y sentir. Pero créeme: si un centenar de veces, mil, un millón, infliges heridas que no puedes curar -incluso aunque al poco tiempo te olvides de lo que hiciste- el gran hombre sufre por tus delitos en tu lugar, no debido a que éstos sean grandes delitos, sino porque son mezquinos. Le gustaría saber qué es lo que te mueve para hacer cosas

como estas: insultar a tu compañero marital porque él o ella te ha contrariado; torturar a tu hijo porque no le gusta un vecino vicioso; mirar con sorna a una persona amable y explotarla; coger donde se te da y dar donde se te exige, pero nunca dar donde se te da con amor, dar otra patada al compañero que está hundido o a punto de hundirse; mentir cuando se pide la verdad, y siempre acorralar a la verdad en lugar de la mentira. Siempre estás del lado de los perseguidores, Pequeño Hombrecito.

Para ganarse tu favor, Pequeño Hombrecito, para ganarse tu inútil amistad, el gran hombre tendría que ajustarse a ti, tendría que hablar en la forma que tú lo haces, tendría que adornarse con tus virtudes. Pero si tuviera tus virtudes, tu lenguaje y tu amistad, ya no seguiría siendo grande, sincero y sencillo. La prueba de ello: los amigos que hablaron de la forma en que tú querías que hablaran, nunca han sido grandes hombres.

No crees que tu amigo pudiera conseguir algo grande. Secretamente te desprecias, incluso cuando -o especialmente cuando- haces la mayor ostentación de tu dignidad; y desde el momento en que te desprecias a tí mismo, no puedes respetarle a él que es tu amigo. No puedes creer que alguien que se sienta en la misma mesa contigo o vive en la misma casa pudiera alcanzar algo grande. Estando cerca tuyo, Pequeño Hombrecito, es difícil pensar. Uno sólo puede pensar *sobre* ti, no *contigo*. Ya que tu estrangulas cualquier pensamiento grande y arrebatador.

Como madre le dices a tu hijo que explora su mundo:

“Esto no es cosa de niños”.

Como profesor de biología dices:

“Esto no es para estudiantes decentes. ¿Acaso dudan sobre la teoría de los gérmenes del aire?”

Como maestro de escuela dices:

“Los niños son para ser vistos y no para ser oídos.”

Como esposa dices:

“¡Ja! ¿Un descubrimiento? ¡Tú y tus descubrimientos! ¿Por qué no vas a la oficina como todo el mundo y haces una vida decente?”

Pero tú crees lo que dicen los periódicos, obedeces tanto si lo entiendes como si no.

Y te diré Pequeño Hombrecito: Has perdido la sensibilidad de lo mejor que hay en ti. Lo has estrangulado, y lo has asesinado siempre que lo has detectado en los otros, en tus hijos, tu esposa, tu marido, tu padre o tu madre. Eres pequeño y quieres seguir siendo pequeño.

¿Preguntas cómo puedo saber todo esto? Te contare:

Te he experimentado, he experimentado contigo, me he experimentado a mí mismo dentro tuyo. Como terapeuta te he liberado de tu pequeñez, como educador frecuentemente te he llevado hacia la integridad y la franqueza. Sé como te autodefienes contra la honradez, conozco el terror que te conmociona cuando se te pide que sigas a tu ser verdadero y genuino.

No eres *solamente* pequeño, Pequeño Hombrecito. Sé que tienes “grandes momentos” en la vida, momentos de “raptó” y de “elación”, de “ascensión”. Pero no tienes energía suficiente para ascender más y más alto, permitir a tu ELACIÓN conducirte arriba, arriba. Tienes miedo de elevarte, tienes miedo de la altura y de la profundidad. Nietzsche te explicó esto muchísimo mejor hace ya mucho tiempo. Pero no te explicó *por qué* eres así. Intentó convertirte en un Superhombre, un «*Übermensch*» para engrandecer lo humano en ti. Su ‘*Übermensch*’ llegó a ser tu «*Führer Hitler*». Y tu seguiste siendo el «*Untermensch*».

Quiero que dejes de ser un *Untermensch* y quiero que llegues a ser *tú mismo*. Tú mismo, en vez de ser el periódico que lees o la pobre opinión de tu vicioso vecino. Sé que ignoras lo que eres y cómo eres en el fondo de tu ser. En lo profundo eres lo que es un ciervo, o tu Dios, tu poeta o tu hombre sabio. Pero tú crees que eres un miembro de la Legión, del club de bolos o del Ku-Klux-Klan. Y desde el momento en que crees esto, actúas tal como lo haces. Esto, también te lo han dicho otros; Heinrich Mann en Alemania hace ya veinticinco años, y en América, Upton Sinclair, Dos Passos y otros. Pero no conoces a Mann o Sinclair. Sólo conoces al campeón de boxeo y a Al Capone. Teniendo que escoger entre una librería y un baile, sin ninguna duda escogerías el baile.

Mendigas por un poco de felicidad en la vida, pero la seguridad es más importante para tí, incluso si te cuesta tu espinazo o tu vida. Como nunca aprendiste a crear felicidad, a disfrutarla y a protegerla, no comprendes el coraje del individuo honrado. ¿Quieres saber, Pequeño Hombrecito, cómo eres? Escuchas en la radio los anuncios de laxantes, pastas dentífricas y desodorantes. Pero no llegas a escuchar la música de la propaganda. No llegas a percibir la estupidez y el irritante mal gusto de esas cosas que están destinadas a llamar tu atención. ¿En algún momento has prestado atención a los chistes, que hace sobre ti el animador en un *night club*? Chistes sobre tí, sobre sí mismo, sobre la totalidad de tu miserable pequeño mundo. Escucha tu propaganda, la de laxantes, y aprenderás quién y cómo eres.

Escucha, Pequeño Hombrecito: La miseria de la existencia humana se esclarece a la luz de cada una de estas *insignificantes* fechorías. Cada una de tus pequeñeces hace que la esperanza de un mejoramiento sea cada vez menor. Esta es la causa para estar triste, Pequeño Hombrecito, una tristeza profunda que rompe el corazón. Para no sentir esta tristeza, haces pequeños chistes malos, y los llamas «*humor-folk*». Escuchas el chiste sobre ti mismo, y te ríes sinceramente, con los otros. No te ríes porque te burles de ti. Te ríes del Pequeño Hombrecito, pero no sabes que te ríes de ti mismo, que *se ríen de tí*. Millones de Pequeños hombrecitos no saben que se ríen de ellos mismos.

¿Porqué se ríen de ti, Pequeño Hombrecito, tan abiertamente, tan sinceramente, con una alegría tan maliciosa, durante tantos siglos? ¿Nunca te ha hecho sentir incómodo la ridícula forma en que “la gente” es presentada en las películas? Te diré porque se ríen de ti, *porque yo te tomo muy, muy en serio*:

Con la mayor perseverancia tu pensamiento pasa siempre al lado de la verdad, del mismo modo como un jugueteón tirador certero es capaz de dar continuamente fuera del blanco. ¿No te parece? Te lo voy a mostrar. Hace ya tiempo que hubieras llegado a ser dueño de tu existencia, si tu pensamiento fuese en dirección a la verdad. Pero razona de esta forma:

“La culpa de todo es de los Judíos.”

¿Qué es un judío pregunto.

“Gente con sangre Judía,” es tu respuesta.

¿Cuál es la diferencia entre la sangre Judía y otra sangre?”

Esta pregunta te deja perplejo; dudas, te sientes confundido, y respondes:

“Quiero decir la raza Judía.”

¿Qué es una raza? Pregunto

“¿Raza? Pero si es muy simple: así como existe una raza alemana, existe una raza Judía”.

¿Qué caracteriza a la raza Judía?

“Bueno, un Judío tiene el pelo oscuro, tiene el hueso de la nariz largo y ganchudo y ojos penetrantes. Los Judíos son avariciosos y capitalistas.”

¿Has visto alguna vez a un Francés o Italiano mediterráneo al lado de un judío? ¿Puedes distinguirlos?

“Bueno, realmente no.”

«Entonces, ¿Qué es un Judío? El color de la sangre no muestra ninguna diferencia; no parece muy diferente de un francés o un italiano. Y, ¿Has visto alguna vez Judíos Alemanes?» «Seguro, parecen Alemanes». «Y, ¿Qué es un Alemán?» «Un Alemán pertenece a la raza Nórdica Aria» ¿Los Hindúes son Arios?» «Seguro» «¿Son Nórdicos?» «No» «¿Son Rubios?» «No» «Entonces date cuenta, no sabes lo que es un Alemán ni lo que es un Judío» «Pero existen Judíos» «Por supuesto existen Judíos, así como existen Cristianos y Mahometanos» «Quiero decir la religión Judía» «Era Germano Roosevelt?!» «No» «¿Por qué llamas Judío a un descendiente de David y no llamas Germano a Roosevelt?» «Con los Judíos es diferente» «¿Cuál es la diferencia?» «No lo sé».

Esta es la forma en que chocheas, Pequeño Hombrecito. A partir de este chocheo creas ejércitos armados y éstos encarcelan a diez millones de personas por «Judíos», aunque tú ni siquiera puedes decir qué es un Judío. Esto es por lo que se ríen de ti, la razón por la que se te evita cuando uno tiene un trabajo serio que realizar, ésta es la razón por la cual permaneces en la

ciénaga. Cuando dices «Judío» te sientes superior. Tienes que hacer esto porque realmente te sientes miserable. Y te sientes miserable porque precisamente eres aquello que tú asesinas en el supuesto Judío. Esto es sólo una minúscula parte de la verdad sobre ti, Pequeño Hombrecito.

Sientes menos tu pequeñez cuando dices «Judío», con tono de arrogancia o menosprecio.

He hecho este descubrimiento recientemente. Llamas a alguien un «Judío» si te inspira un respeto demasiado pequeño o demasiado grande. Enjuicias arbitrariamente para determinar quién es un «Judío». Pero yo no te concedo este derecho, ya seas un pequeño Ario o un pequeño Judío. Sólo yo, y nadie más en este mundo, tiene el derecho de determinar quién soy yo. Soy, biológica y culturalmente, un mestizo, y estoy orgulloso de ser el resultado intelectual y físico de *toda* clase de razas y naciones, orgulloso de no pertenecer, como tú, a una “clase pura”, de no ser chauvinista como tú, Pequeño Fascista de todas las naciones, razas y clases. Oí que en Palestina no quisiste a un técnico Judío porque no estaba circunciso. No tengo más en común con los Fascistas Judíos que con otros cualesquiera. ¿Por qué, Pequeño Judío, solamente retrocedes hasta Sem..., y no hasta el protoplasma? Para mí, la vida comienza en la contracción plasmática, y no en la oficina de un rabino.

Fueron necesarios muchos millones de años para desarrollarte desde un pez-gelatinoso hasta un terrestre bípedo. Tu aberración biológica, en la forma de rigidez, ha durado solamente seis mil años., Serán necesarios cien o quinientos o puede que cinco mil años antes que redescubras tu propia naturaleza, antes de que encuentres de nuevo al pez-gelatinoso que hay en ti mismo. Yo descubrí el pez de gelatina en tí y te lo describí con un lenguaje claro. Cuando oíste hablar de ello por primera vez, me llamaste un nuevo genio. Te acordarás, fue en Escandinavia, en aquel tiempo en que estabas buscando un nuevo Lenin. Pero tenía cosas más importantes que hacer y rechacé ese papel. También me proclamaste como a un nuevo Darwin, o Marx, o Pasteur, o Freud. Hace ya mucho tiempo que te dije que también tú serías capaz de hablar y escribir como yo, tan solo con que no aclamaras siempre, ¡Hail, Hail, Mesías! Ya que este clamor victorioso atonta tu mente y paraliza tu naturaleza creativa.

¿No persigues a la “madre ilegítima” como a un ser inmoral, Pequeño Hombrecito? ¿No haces una estricta distinción entre los niños “nacidos dentro del matrimonio” que son “legítimos” y los hijos “nacidos fuera del matrimonio” que son “ilegítimos”? ¡Oh, tú, pobre criatura! No entiendes ni tus propias palabras: Veneras al niño Jesús. El niño Jesús nació de una madre que no tenía certificado matrimonial. Así, sin tener la más mínima idea de ello, veneras en el niño Jesús tu anhelo de libertad sexual, tú, Pequeño Hombrecito Calzonazos. Hiciste, del niño Jesús, nacido “ilegítimamente”, el hijo de Dios, quien no hacía distinciones con los hijos ilegítimos. Pero entonces, como el Apóstol Pablo, empezaste a perseguir a los hijos de verdadero amor y a dar la protección de tus leyes religiosas a los hijos del verdadero aborrecimiento. ¡Eres un miserable, Pequeño Hombrecito!

Tus automóviles y trenes pasan sobre los puentes inventados por el gran Galileo. ¿Sabías, Pequeño Hombrecito, que el gran Galileo tenía tres hijos sin licencia matrimonial? Eso no se lo cuentas a tus niños en la escuela. ¿Y no es cierto también que torturaste a Galileo por esta misma razón?

¿Y sabes, Pequeño Hombrecito de la «madre patria de los pueblos Eslavos», que tu gran Lenin, el padre más grande de todos los proletarios del mundo, abolió tus casamientos compulsivos cuando alcanzó el poder? ¿Y sabes que él mismo había vivido con su mujer sin licencia matrimonial? Y, a través de vuestro Führer de todos los Eslavos, ¿no os fueron restablecidas las viejas leyes de casamiento compulsivo, porque no supisteis que debíais proteger esta gran conquista de Lenin?

De todo esto no sabes nada de nada, porque, ¿Qué es la verdad para ti, o la historia, o la lucha por tu libertad, y quién eres tú, en cualquier caso, para tener una opinión propia?

No tienes la menor idea del hecho de que es tu mente pornográfica y tu irresponsabilidad sexual las que ponen las cadenas de tus leyes matrimoniales.

Te sientes miserable y pequeño, mal oliente, impotente, rígido, sin vida y vacío. No tienes mujer, o si tienes una solamente quieres «cogerla» para demostrar que eres un «macho». No sabes lo que es el amor. Estás estreñido y tomas laxantes. Hueles mal, tu piel es viscosa; no sientes a tu hijo en tus brazos y por eso lo tratas como a un muñeco que puede ser golpeado.

Durante toda la vida has sido molestado por tu impotencia. Invade cada uno de tus pensamientos. Interfiere con tu trabajo. Tu mujer te abandona porque eres incapaz de darle amor. Sufres fobias, nerviosismo y palpitaciones.

Tus pensamientos se revuelven alrededor de la sexualidad. Alguien te explica algo sobre economía-sexual, alguien que te entiende y le gustaría ayudarte. De forma que durante el día estarías *libre* de pensamientos sexuales y serías capaz de hacer tu trabajo. Le gustaría ver a tu esposa feliz y no desesperada entre tus brazos. Le gustaría ver a tus hijos rosados, en lugar de pálidos, amorosos y no crueles. Pero tú, oyendo hablar de economía sexual, dices: «El sexo no lo es todo. Existen otras cosas importantes en la vida». Así eres Pequeño Hombrecito.

O eres «marxista», un «revolucionario profesional», y serías «Führer de los proletarios del mundo». Deseas liberar al mundo de sus sufrimientos. Las masas defraudadas huyen de ti, y tú corres detrás de ellas, chillando:

“Deteneos, deteneos, vosotras masas proletarias! ¡Simplemente no podéis ver todavía que soy vuestro liberador! ¡Abajo el capitalismo! Yo hablo a tus masas, Pequeño Revolucionario, les muestro la miseria de sus pequeñas vidas. Escuchan llenos de entusiasmo y esperanza. Se amontonan en tus organizaciones porque allí esperan encontrarme a mí.”

Pero, ¿qué haces tú? Dices:

“la sexualidad es un invento pequeño-burgués. Son los factores económicos los que cuentan.”

Y lees el libro de Van de Velde sobre técnicas sexuales.

Cuando un gran hombre lucha por dar una base científica a tu emancipación económica, lo dejas morir de hambre. Mataste la primera irrupción de la verdad contra tu desviación de las leyes de la vida. Cuando este primer intento tuvo éxito, te hiciste cargo de su administración y de esta forma lo mataste por segunda vez. La primera vez, el gran hombre disolvió tu organización. La segunda vez, ya había muerto para ese entonces y no pudo hacer nada más contra ti. No entendiste que había encontrado, en tu *trabajo*, la fuerza viva que crea riquezas. No entendiste que su sociología quería proteger tu sociedad contra tu *estado*. No entiendes *nada de nada!*

E incluso con tus «factores económicos» no vas a ninguna parte. Un hombre grande y sabio trabajó por sí mismo hasta la muerte para mostrarte que tenías que mejorar las condiciones económicas si querías disfrutar de la vida; que los individuos hambrientos son incapaces de ampliar su cultura; que *todas* las condiciones de vida, sin excepción, pertenecen a este mundo; que tienes que emanciparte a ti mismo y a tu sociedad de *toda* tiraría. Este hombre verdaderamente grande sólo cometió un error cuando trataba de concienciarte: creyó en tu capacidad para la emancipación. Creyó que eras capaz de proteger tu libertad una, vez la hubieras conquistado. Y cometió otro error: permitirte a ti, el proletario, ser un «dictador».

¿Y qué es lo que tú, Pequeño Hombrecito, hiciste con la riqueza de conocimiento e ideas provenientes de este gran hombre? De todo el legado de un gran espíritu y un gran corazón retuviste una palabra: *dictadura*. Todo lo demás lo tiraste por la borda, la libertad, claridad y verdad, la solución a los problemas de la esclavitud económica, el método de análisis; todo, absolutamente todo, se fue por la borda. Solamente una palabra, que había sido desgraciadamente escogida entre todo lo razonable, permaneció en tu memoria: *dictadura!*

A partir de esta pequeña negligencia de un gran hombre has construido un sistema gigante de mentiras, persecución, tortura, exterminadores, verdugos, policía secreta, espionaje y denuncias, uniformes, generales y medallas, pero todo lo demás lo tiraste por la borda. ¿Empiezas a comprender un poquito mejor cómo eres, Pequeño Hombrecito? ¿Todavía no? ¡Bueno, intentémoslo de nuevo!: Las “condiciones económicas” para tu felicidad en la vida y el amor las confundes con “la burocracia; la emancipación de los seres humanos con la «grandeza del Estado” el levantamiento de millones con el desfile de cañones; la liberalización del amor con la violación de cada mujer sobre la cual podías echar mano cuando viniste a Alemania; la eliminación de la pobreza con la erradicación del pobre, débil y sin ayuda; el cuidado de los niños con la “crianza de patriotas”; el control de natalidad con medallas para las “madres con diez hijos”. ¿No has sufrido, tú mismo, esa idea de la madre con diez hijos?

En otros países, también, la desgraciada pequeña palabra, “dictadura”, suena en tus oídos. Allí, la pusiste dentro de resplandecientes uniformes y creaste, desde tu medio social, al oficial pequeño, impotente, místico y sádico que te condujo al *Tercer Reich* y llevó a sesenta millones de tu clase a la tumba. Y sigues gritando ¡*Heil, Heil!*

Así es como eres, Pequeño Hombrecito. Pero nadie se atreve a decírtelo. Porque se te tiene miedo y se quiere que sigas siendo *pequeño*, Pequeño Hombrecito.

Devoras tu felicidad

Devoras tu felicidad. Nunca has disfrutado la felicidad en plena libertad. Esta es la razón por la que devoras tu felicidad con avaricia, sin tomar la responsabilidad de protegerla. Se te impide que aprendas a preocuparte de tu felicidad, de cuidarla como un jardinero cuida sus flores y un granjero sus cosechas. Los grandes buscadores, poetas y sabios huyeron de tí porque querían preocuparse de su felicidad. En tu proximidad, Pequeño Hombrecito, es muy fácil devorar la felicidad pero muy difícil protegerla.

¿No sabes de qué estoy hablando Pequeño Hombrecito? Te lo explicaré: El investigador trabaja duramente, durante diez, veinte o treinta años sin descanso en su ciencia, su máquina o su idea social. Tiene que soportar solo la pesada carga de lo que es completamente nuevo. Sufrir tus estupideces, tus pequeños ideales e ideas erróneas, tiene que comprenderlas y analizarlas, y finalmente, reemplazarlas por sus esfuerzos. No le ayudas en todo esto Pequeño Hombrecito. Ni en lo más mínimo. Por el contrario no te acercas y dices:

“Escucha, compañero, he visto cuán duramente trabajas. También me he dado cuenta de que tu trabajo tiene por objeto mejorar las cosas, mi máquina, *mi* hijo, *mi* mujer, *mi* amigo, *mi* casa, *mis* campos. Durante años he sufrido por esto y lo otro, pero no podía ayudarme a mí mismo. Ahora, ¿puedo ayudarte a que me ayudes?”

No, Pequeño Hombrecito, nunca acudes para ayudar al que te ayuda. Juegas a las cartas, chillas en una subasta hasta perder la voz, o te esclavizas obtusamente en una oficina, en una mina. Pero jamás das una mano al que te ayuda. ¿Sabes por qué? Porque el investigador, para empezar; no tiene nada que ofrecer sino pensamientos. Ningún provecho, ningún salario más alto, ningún contrato sindical, ningún bono navideño ni ninguna forma fácil de vida. Todo lo que tiene para dar son consejos, y tú no quieres ningún consejo, ya tienes más que suficientes.

Pero ¡si tan sólo permanecieras alejado, sin ofrecer ni dar ninguna ayuda, el investigador no se sentiría infeliz! Después de todo, él no piensa, se preocupa y descubre “para tí”. Lo hace todo porque su forma de vida le empuja a hacerlo. El cuidarte y apiadarse de ti lo deja para los líderes del partido y los curas. Lo que le gustaría ver es que finalmente, llegaras a ser capaz de *cuidarte a ti mismo*.

Así, no sólo no ayudas, sino que destrozadas maliciosamente el trabajo que está hecho *para ti* o para ayudarte. ¿Entiendes ahora porque la felicidad huye de tí? *Porque quiere que se luche por ella y quiere ser conquistada.* Pero tú sólo quieres devorar la felicidad; es por esto que te escapa; no quiere que la devores.

Poco a poco el investigador consigue convencer a mucha gente de que su descubrimiento tiene un valor práctico, es decir, que tiene la posibilidad de tratar ciertas enfermedades, o levantar un gran peso, o explosionar rocas, o penetrar la materia con rayos de forma que el interior se hace visible. No lo crees hasta que lo lees en los periódicos, ya que no crees a tus propios sentidos. Respetas a aquel que te desprecia, y te desprecias a tí mismo; por eso no tienes confianza en tus propios sentidos. Pero cuando la noticia del descubrimiento sale en los periódicos, entonces te acercas, no andando, sino corriendo. Declaras que el descubridor es un “genio”, el mismo hombre al que ayer llamabas un embustero, un cerdo sexual, un charlatán o un hombre peligroso que minaba la moral pública. Ahora le llamas un “genio”. ¿No sabes lo que es un genio, así como no sabes lo que es un “Judío”, “verdad” o “felicidad”? Te explicaré, Pequeño Hombrecito, como Jack London te ha explicado en su *“Martin Eden”*. Ya sé que lo has leído miles de veces, pero no lo has comprendido: *“Genio” es la marca comercial que das a tus productos cuando lo pones en venta*. Si el descubridor (que apenas ayer era un “cerdo” sexual o un “loco”) es un “genio”, entonces es más fácil para *ti* devorar la felicidad que *él* ha puesto en el mundo.

Ahora vienen *muchísimos* pequeños hombres y gritan al unísono contigo, “Genio, genio”. Y la gente viene en manadas y comen tus productos de tu mano. Si eres un médico, tendrás muchos más pacientes; puedes ayudarles mucho mejor que anteriormente y puedes hacer mucho dinero. “Bueno” dices, Pequeño Hombrecito, “¿qué hay de malo en ello?”. No, nada, ciertamente no hay nada malo en ganar dinero con trabajo honesto y bueno. Pero es *malo* no devolver nada al descubrimiento, no cuidarlo, sino *solamente* explotarlo. Y esto es precisamente lo que estás haciendo. No aportar nada para llevar más lejos el desarrollo del descubrimiento. Lo asimilas mecánicamente, avariciosamente, estúpidamente. No ves sus posibilidades o sus limitaciones. En lo que hace a las posibilidades no ves las perspectivas, y en cuanto a las limitaciones no las reconoces y vas más allá de ellas.

Como médico o bacteriologista sabes que el tifus o el cólera son enfermedades infecciosas, buscas un microorganismo en la enfermedad del cáncer y de ese modo entorpeces décadas de investigación. Una vez un gran hombre te enseñó que las máquinas obedecen a ciertas leyes, entonces construiste máquinas para matar, y concibes al ser vivo como si también fuera una máquina. En esto cometiste un grave error, que pesará no sobre tres décadas, sino sobre tres siglos; conceptos erróneos quedaron grabados en la mente de miles de trabajadores científicos; aún más, la vida misma fue severamente perjudicada; a partir de este punto debido a tu ‘dignidad’, a tu academicismo, tu religión, tu cuenta bancaria o carácter cerrado perseguiste, difamaste y por otra parte dañaste a cualquiera que realmente estaba en el camino de la función vital.

Es bien cierto que quieres tener “genios” y estás ansioso por rendirles homenaje. Pero quieres un genio *bueno*, uno con moderación y decoro, sin extravagancias, en resumen, un genio decoroso, medido y ajustado, no un genio ingobernable, indomable, que rompe con todas tus barreras y limitaciones. Quieres un genio limitado, con las alas cortadas y bien vestido, al cual puedas hacer desfilar triunfalmente por las calles de tus ciudades sin

avergonzarte. Así es cómo eres, Pequeño Hombrecito. Sabes plagiar muy bien pero *no puedes crear*. Y por eso eres lo que eres, toda tu vida es una aburrida oficina, sobre la mesa de dibujo, en la ajustada chaqueta conyugal o un profesor que odia a los niños. No tienes desarrollo ni oportunidad para un nuevo pensamiento, porque siempre has tomado, recogiendo sólo lo que otros te han presentado en bandeja de plata.

¿No comprendes por qué esto es así, por qué no puedes ser de otra manera? Te lo explicaré, Pequeño Hombrecito, ya que llegué a conocerte como un animal que se vuelve rígido cuando viniste con tu vacío interior, tu impotencia o tu desorden mental. Sólo puedes copiar y tomar, no puedes crear ni dar, porque tu actitud básica es *reprimirte y escupir*; porque el pánico te conmociona cuando el más primordial movimiento de AMAR y de DAR aparece en ti. Por eso *tienes miedo de dar*. Tú tomar -básicamente tiene sólo un significado: eres forzado continuamente a atracarte con dinero, con felicidad, con erudición, ya que te sientes vacío, hambriento, infeliz, sin conocimiento genuino o deseos de él. Por la misma razón, permaneces huyendo de la verdad, Pequeño Hombrecito: porque ella podría liberar el instinto de amor que hay en ti. Inevitablemente te mostraría lo que yo, inadecuadamente, estoy tratando de hacer aquí. Y eso es lo que tú no quieres, Pequeño Hombrecito. Sólo quieres ser un consumidor y un patriota.

- “Escuchen esto ¡Reniega del patriotismo, baluarte de la nación y de su germen, la familia! ¡Se tiene que hacer algo al respecto!”

Así es cómo chillas, Pequeño Hombrecito, cuando alguien te recuerda tu diarrea física. No quiero oírlo ni saberlo. Quieres gritar ¡*Hurra!* De acuerdo, pero ¿por qué no me dejas contarte tranquilamente la razón por la que eres incapaz de ser feliz? Veo el miedo en tus ojos; esta pregunta parece interesarte profundamente. Estás a favor de la “tolerancia religiosa”. Quieres ser libre para gustar o no de tu propia religión.. Esto es correcto. Pero quieres más que eso: quieres que *tu* religión sea la única. Eres tolerante en lo que respecta a tu religión, pero no eres tolerante en cuanto a la de los otros. Te pones rabioso cuando alguien, en lugar de un Dios personal, adora a la naturaleza y trata de entenderla. Deseas que un compañero matrimonial ponga un pleito al otro, que acuse a él o a ella de inmoralidad o brutalidad' cuando ellos no pueden vivir juntos por más tiempo. No aceptas el divorcio en base a un mutuo acuerdo, tú, pequeño descendiente de grandes rebeldes. Ya que estás aterrorizado por tu propia lascivia.

Quieres la verdad en un espejo, donde no puedas cogerla. Tu chauvinismo proviene de tu rigidez corporal, de tu diarrea física, Pequeño Hombrecito. No digo esto burlescamente, sino porque soy tu amigo, aunque asesinas a tus amigos cuando te cuentan la verdad. Echa una mirada a tus patriotas: no andan, marchan. No odian al enemigo, por el contrario, tienen “enemigos hereditarios”, los cuales intercambian cada diez años aproximadamente, haciéndolos amigos hereditarios, y otra vez enemigos hereditarios. No cantan canciones; aúllan aires marciales. No abrazan a sus mujeres; se las “tiran” y «hacen» tales y tantos “numeritos” por noche. No hay argumentos que puedas hacer servir en contra de mi verdad, Pequeño Hombrecito.

Todo lo que puedes hacer es asesinarme, como lo has hecho con tantos otros de tus verdaderos amigos: Jesús, Rathenau, Karl Liebknecht, Lincoln, y muchos otros. En Alemania, acostumbrabas a llamarlo “sofocar”. A largo plazo eso te ha sofocado a *ti*, y por millones. Pero sigues siendo un patriota.

Suplicas vehementemente un poco de amor, amas tu trabajo y haces de él un medio de vida. Tengo siempre presente tu trabajo y el de los otros. Amor, trabajo y conocimiento no conocen patrias, ni barreras de costumbres, ni uniformes. Son internacionales y abarcan a toda la humanidad. Pero quieres ser un pequeño patriota porque tienes miedo del amor genuino, miedo de la responsabilidad por tu propio trabajo, miedo del conocimiento. Por eso sólo puedes explotar el amor, el trabajo y el conocimiento de los demás, pero jamás puedes crear por ti mismo. Por eso robas tu felicidad como un ladrón en la noche; por eso no puedes ver la felicidad de los otros sin ponerte verde de envidia.

- “¡Detente ladrón! Es un extranjero, un inmigrante. Pero yo soy un Alemán, un Americano, un Danés, un Noruego!”

¡Ah, basta ya, Pequeño Hombrecito! Eres y seguirás siendo el eterno inmigrante y emigrante. Has entrado en este mundo por accidente y lo dejarás otra vez en silencio.

Gritas porque tienes miedo. Sientes miedo y llamas a tu policía. Pero tu policía tampoco tiene ninguna fuerza sobre mi verdad. Incluso tu policía viene a mí, quejándose de su mujer y de sus hijos enfermos. Cuando viste su uniforme esconde al hombre en sí mismo; pero no puede esconderse de mí; también a él le he visto desnudo.

- “Está registrado en la comisaría? ¿Están sus papeles en orden? ¿Ha pagado sus impuestos? Investigarle. ¡Es un peligro para el Estado y el honor de la nación!”

Sí, Pequeño hombrecito, siempre he estado adecuadamente registrando, mis papeles están en regla y siempre he pagado mis impuestos. De lo que tú te preocupas no es del Estado o del honor de la nación. Tiembles por miedo a que descubra tu naturaleza en público tal como la he visto en mi consulta médica. Por eso buscas formas de acusarme de un crimen político que llevaría a prisión por varios años. Te conozco, Pequeño Hombrecito. Si resulta que eres un asistente del Juez Municipal no estás interesado en *proteger* la ley o al ciudadano; lo que necesitas es un “caso” enorme para poder ascender más rápidamente al cargo de Juez. Esto es lo que quieren los pequeños asistentes. Hicieron lo mismo con Sócrates. Pero nunca aprendes la historia. Asesinaste a Sócrates y debido a que todavía no sabes qué es lo que hiciste, continuas hundido en la ciénaga. Lo acusaste de estar minando tus buenas costumbres. Y sigue minándolas, pobre Pequeño Hombrecito.

Asesinaste su cuerpo, pero no pudiste asesinar su espíritu. Continuas asesinando en interés del “orden”; pero asesinas de forma cobarde y ratera. No pudiste mirarme a los ojos cuando me acusabas públicamente de inmoralidad, ya que sabes perfectamente cuál de nosotros dos es el inmoral, lascivo y pornográfico. Una vez alguien dijo que entre sus numerosos conocidos había sólo uno al cual nunca había oído contar un chiste verde; Yo

era ese uno. Pequeño Hombrecito, ya seas un Juez Municipal, un jefe de policía, conozco tus pequeños chistes sucios, y conozco la fuente de la cual brotan. Por lo tanto, mejor te callas. Bien, puedes tener éxito en demostrar que mi declaración de renta fue de cien dólares de menos; o que crucé en coche la frontera entre dos Estados con una mujer; o que estuve hablando agradablemente con un niño en la calle. Pero es en *tu* boca que cada una de estas tres frases asume un timbre especial, el de lo lúbrico, equívoco, el mezquino sonido de una vil acción. Y puesto que no conoces nada más, piensas que yo soy como tú. No, Pequeño Hombrecito, no soy como tú y nunca lo fui en estos temas. No importa si lo crees o no. Ciertamente, tienes un revólver y yo tengo conocimientos. Los papeles están divididos.

Arruinas tu propia existencia, Pequeño Hombrecito, de la siguiente manera:

En 1924 sugerí un estudio científico del carácter humano. Estabas entusiasmado.

En 1928 nuestro trabajo alcanzó sus primeros resultados tangibles. Estabas entusiasmado y me llamaste un “*espíritu rector*”.

En 1933 iba a publicar estos resultados en forma de libro en tu empresa editorial Hitler acababa de llegar al poder. Yo había comprendido el hecho que Hitler llegó al poder debido a tu carácter acorazado. Te negaste a publicar el libro en tu empresa editorial, el libro que te mostraba como creabas un Hitler.

Aún así el libro apareció y seguías entusiasmado. Pero intentaste asesinarlo con el silencio, ya que tu “presidente” se había manifestado contra él. También había aconsejado a las madres suprimir la excitación genital de los niños conteniendo la respiración.

Entonces durante doce años mantuviste un silencio total sobre el libro que había arrebatado tu entusiasmo. En 1946 fue reeditado. Lo aclamaste como a un “clásico”. Todavía estás entusiasmado con mi libro.

Han transcurrido veintidós largos años, ansiosos y repletos de acontecimientos desde que empecé a enseñarte que lo importante no es el tratamiento individual, sino la *prevención* de los desórdenes mentales. Durante veintidós largos años te enseñé que la gente se mete en este o aquel frenesí, o permanece encasillado en esta o aquella lamentación porque sus mentes y cuerpos se han vuelto rígidos y porque no pueden dar amor ni disfrutarlo. Esto se debe a que sus cuerpos, a diferencia de otros animales, no pueden contraerse y expandirse en el acto del amor.

Ahora, veintidós años después de que por primera vez dijera esto, tu explicas a tus amigos que lo importante no es el tratamiento individual sino la prevención de los desórdenes mentales. Y actúas *otra vez* como has actuado durante miles de años: mencionas el gran objetivo sin decir cómo podría ser alcanzado. *Te olvidas de mencionar la vida amorosa de la masa, del pueblo.* Quieres “prevenir los desórdenes mentales.” Se puede decir que eso es inofensivo y digno. Pero quieres hacerlo *sin combatir la actual miseria sexual.* Ni siquiera la mencionas, no está permitido. Y como médico, sigues hundido en la ciénaga.

¿Qué pensarías de un técnico que revelara la técnica de volar pero se olvidara de descubrir los secretos del motor y de la hélice? Así es como actúas, técnico de la psicoterapia. Eres un cobarde. Quieres obtener las cerezas de mi tarta, pero no quieres las espinas de mis rosas. ¿No es cierto que cuentas burlonamente chistes sucios sobre mí, «el profeta del mejor orgasmo»? ¿No es verdad, pequeño psiquiatra? ¿Nunca has oído los lamentos de las jóvenes novias cuyos cuerpos han sido violados por alaridos impotentes? ¿O la angustia de los adolescentes que arden en un amor no satisfecho? ¿Todavía es para tí más importante tu seguridad que tu paciente? ¿Por cuánto tiempo continuarás poniendo tu dignidad donde debería estar tu tarea médica? ¿Por cuánto tiempo vas a pasar por encima el hecho de que tus tácticas cuestan la vida a millones de personas?

Antepones la seguridad a la verdad. Cuando oyes hablar de mi descubrimiento del orgón no preguntas “¿Para qué sirve? ¿Cómo puede curar a los enfermos?” No; preguntas: “¿Tiene licencia para practicar la medicina en el estado de Maine?” No te das cuentas que tus pequeños licenciados sólo pueden entorpecer un poquito mi trabajo; no pueden impedirlo. ¿No sabes que en cualquier parte de esta tierra tengo valor como el descubridor de tu plaga emocional y de tu energía vital; ni que nadie que conozca menos que yo puede examinarme?

Ahora, respecto a *tu atolondrada libertad*, nadie, Pequeño Hombrecito, te ha preguntado jamás por qué no has sido capaz de conseguir la libertad por tí mismo, o por qué, si lo hiciste, inmediatamente la rendiste a nuevo amo.

- “¡Escuchen eso! Se atreve a dudar del alzamiento revolucionario del proletariado del mundo, se atreve a dudar de la democracia! ¡Abajo con el contrarrevolucionario! ¡Abajo!”

No te excites, pequeño Führer de todos los demócratas y de todos los proletarios del mundo. Creo que tu *verdadera* libertad futura depende de la respuesta a esta pregunta *concreta*, más que de los miles de resoluciones de los Congresos de tu Partido.

-¡Abajo con él! ¡Mancha el honor de la nación y el de la vanguardia del proletariado revolucionario! ¡Abajo! ¡Al paredón!

Tu griterío “¡Viva!” y “¡Abajo!” no te llevará ni un paso más cerca de tu objetivo, Pequeño Hombrecito. Has estado creyendo que tu libertad está asegurada cuando “pones a alguien contra el paredón”. De una vez por todas *¡ponte a ti mismo frente a un espejo!*

- “¡Abajo, abajo!”

Para un poco, Pequeño Hombrecito. No quiero empequeñecerte, sólo quiero mostrarte por qué hasta este momento no has sido capaz de conseguir la libertad, ni de conservarla. ¿No te interesa esto en lo más mínimo?

- “¡Abajo, abajo, abajo!”

Está bien, seré breve: te explicaré como se comporta en ti el Pequeño Hombrecito, si acontece que te encuentras en una situación de libertad. Supongamos que eres estudiante en un Instituto que está a favor de la salud sexual de los niños y adolescentes. Estás entusiasmado con la “espléndida idea” y quieres participar en la lucha. Esto es lo que ocurrió en mi casa:

Mis estudiantes estaban sentados frente a sus microscopios, observando biones terrestres. Tú estabas sentado en el acumulador de orgón, desnudo. Te llamé para que tomaras parte en las observaciones. Entonces saltaste del acumulador desnudo, entre las chicas y las mujeres exhibiéndote. Te respondí inmediatamente, pero no veías por qué tenía que hacerlo. Yo, por mi parte, no comprendía porque no lo veías. Más tarde, en una extensa discusión admitiste que ese era precisamente tu concepto de libertad en un Instituto que defiende la salud sexual. Enseguida te distes cuenta que tenías el más profundo desprecio por el Instituto y su idea básica, y esa fue la razón por la que te comportaste indecentemente.

Otro ejemplo -para mostrarte una y otra vez tu continuo derroche de libertad-. Sabes como yo y todo el mundo sabe, que deambulas en un continuo estado de hambre sexual; que miras vorazmente a todos los miembros del otro sexo; que hablas con tus amigos del amor a base de chistes sucios; en resumen, que tienes una fantasía sucia y *pornográfica*. Una noche, paseabas por la calle con tus amigos y gritábais al unísono: “¡Queremos mujeres! ¡Queremos mujeres!”

Preocupado por tu futuro, construí organizaciones en las que pudieras entender mejor la miseria de tu vida y hacer algo al respecto. Tú y tus amigos vinisteis a estas reuniones en manada. ¿A qué se debía esto, Pequeño Hombrecito? En un principio pensé que se trataba de un interés honesto y ardiente por mejorar tu vida. Sólo mucho más tarde reconocí qué era lo que realmente te motivaba. Pensaste que esto era una nueva especie de burdel donde uno podía conseguir fácilmente una chica y sin desembolsar dinero. Dándome cuenta de esto, destruí estas organizaciones que habían sido designadas para ayudarte en tu vida. No porque me pareciera mal que encuentres una chica en la reunión de una organización semejante, sino porque te acercaste con una mente corrompida. Por eso fueron destruidas estas organizaciones, y, de nuevo, permaneciste hundido en la ciénaga... ¿Querías decir algo?

- “El proletariado ha sido expoliado por la burguesía. Los Führers del proletariado lo ayudarán. Van a limpiar la porquería con un puño enguantado. Aparte de eso, el problema sexual del proletariado se va a resolver por sí mismo.”

Sé lo que quieres decir, Pequeño Hombrecito. Es exactamente lo que hicieron en tu patria de los proletarios: dejar que el problema sexual se resolviera por sí mismo. Los resultados se vieron en Berlín, cuando los soldados proletarios violaron mujeres durante toda una noche. Sabes que esto es cierto. Tus campeones del “honor revolucionario”, “los soldados del proletariado del mundo” te han empeñado por los siglos que vendrán. ¿Qué dices? ¿Que tales cosas suceden “sólo en la guerra”? Entonces voy a contarte otra historia verdadera:

Un aspirante a Führer, lleno de entusiasmo por la dictadura del proletariado, estaba también entusiasmado en economía-sexual. Vino y me dijo: «Eres maravilloso. Carlos Marx ha mostrado a la gente cómo podían ser libres *económicamente*. Tu les has mostrado cómo pueden ser libres *sexualmente*: les has dicho: “Salir y joder tanto como queráis.” En tu mente todo se convierte en perversión. Lo que yo llamo abrazo amoroso se convierte, en tu vida, en acto pornográfico.

Ni siquiera sabes de qué estoy hablando, Pequeño Hombrecito. Esta es la razón por la cual una y otra vez te vuelves a hundir en la ciénaga.

Si tú, Pequeña Mujercita has llegado a ser profesora, por mera casualidad, sin ninguna cualificación especial, simplemente porque no tenías hijos propios, entonces produces un daño incalculable. Tu trabajo es encauzar y educar a los niños. La educación, si uno se la toma en serio, significa dirigir correctamente la sexualidad de los niños.

Para llegar a encauzar correctamente la sexualidad de los niños, uno mismo debe haber experimentado qué es el amor. Pero tú eres gorda, torpe y fea. Sólo esto es suficiente para hacerte odiar, con aborrecimiento amargo y profundo, cualquier cuerpo agradable y vivo. Lo que te reprocho no es que seas gorda y fea; ni que jamás hayas disfrutado del amor (ningún hombre sano te lo daría); ni que no entiendas el amor en los niños. Lo que te reprocho es que haces una virtud de tu falta de atractivo y de tu incapacidad para amar, y que, con tu amargo aborrecimiento, estrangulas el amor en los niños, incluso si trabajas en una “escuela progresista”. Esto es un crimen, Pequeña Mujercita fea. La perniciosidad de tu existencia consiste en alienar el afecto que los niños sanos reciben de sus padres sanos; en que consideras el saludable amor de los niños como un síntoma patológico. Consiste en que tienes forma de tonel, giras como un tonel; piensas como un tonel, educas como un tonel; en que no te retiras a un pequeño rincón de la vida, sino, por el contrario, tratas de imponer sobre esta vida tu forma de tonel, tu falsedad, tu amargo-aborrecimiento (escondido tras tu falsa sonrisa).

Pero entonces declaras que te “he violado”. Llegaste a ser un libertino creyéndote libre. Pero confundir lo impúdico con la libertad siempre ha sido el signo del esclavo. Apuntando a tu libertad, rehusaste enviar informes sobre tu trabajo. Te sientes libre -libre de cooperar y de reponsabilizarte-. Y ésa es la razón por la que, Pequeño Hombrecito, eres como eres, y el mundo es como es.

¿Sabes, Pequeño Hombrecito, cómo se sentiría un águila si estuviera incubando huevos de gallina? En un principio piensa que incubará pequeñas águilas, a las que va a criar para que sean grandes. Pero lo que siempre sale de los huevos no es nada más que pequeños pollitos. Valerosamente el águila sigue con la esperanza de que los pollitos, después de todo, se convertirán en águilas. Pero no, al final no son sino gallinas cacareantes. Cuando el águila descubre esto, pasa un mal rato reprimiendo su deseo de tragarse a todos los pollitos y a las cacareantes gallinas. Lo que la persuade de hacer tal cosa es una pequeña esperanza. La esperanza, a saber, de que entre los muchos pollitos cacareantes pudiera haber, un día, un pequeño aguilucho capaz de convertirse en una gran águila, capaz como ella misma, de mirar desde su

majestuosa cima a grandes distancias, para detectar nuevos mundos, pensamientos y formas de vida. Es solamente esta pequeña esperanza lo que persuade al águila, triste y solitaria, de comerse a todos los pollitos cacareantes y a las gallinas. Ellos no comprenden que han sido incubados por un águila. No se dan cuenta que vivían en una alta y escarpada roca, a mucha más altura que los húmedos y oscuros valles. No ven a grandes distancias como el águila solitaria. Solamente engullen y engullen y engullen cualquier cosa que el águila les trae al nido. Sé calientan bajo sus poderosas alas cuando llueve y hay tormenta en el exterior, mientras ella la resiste sin la menor protección. O, si las cosas se ponen más difíciles, le tiran pequeñas piedras afiladas desde una emboscada, para pegarle y lastimarla. Cuando se da cuenta de esta maldad, su primer impulso es reducirlos a pedacitos. Pero lo piensa mejor y empieza a sentir piedad por ellos. No pierde la esperanza, de que, entre los muchos pollitos cacareantes, engullidores y cortos de vista, habrá, tendrá que haber, un pequeño aguilucho capaz de llegar a ser como ella misma.

El águila solitaria, hasta hoy día, no ha desesperado. Y así, continúa incubando pequeños pollitos.

Rehúsan ser un águila, Pequeño Hombrecito, y por eso eres la presa de los buitres. Tienes miedo de las águilas, vives amontonado en grandes rebaños y eres devorado en ellos. Ya que algunas de tus gallinas han incubado huevos de buitres. Y los buitres se han convertido en tus Führers contra las águilas, las águilas que querían llevarte a distancias más lejanas y mejores. Los buitres te enseñaron a comer carroña y a contentarte con unos pocos granos de trigo. Y además, te enseñaron a gritar: *“Heil, Heil, Gran Buitre!”*

Ahora pasas hambre y te mueres, en grandes masas, y todavía tienes miedo de las águilas que incuban tus pollitos.

Tu casa, tu vida, tu cultura y civilización, tu ciencia y técnica, tu amor y la educación de tus niños, todas estas cosas, Pequeño Hombrecito, las has construido sobre la arena. ¡No lo sabes, no quieres saberlo, y torturas al gran hombre que te lo cuenta. Te acercas, con gran angustia, haciendo, una y otra vez, las mismas preguntas:

“Mi hijo es un caprichoso, destroza todo, llora en pesadillas, no puede concentrarse en su trabajo escolar, padece estreñimiento, está pálido, es cruel. “

¿Qué debo hacer? ¡Ayúdame!”

O: “Mi mujer es frígida, no me da nada de amor. Me atormenta, tiene antojos histéricos, flirtea con una docena de hombres. ¿Qué debo hacer? ¡Explícame!”

O: “Una nueva e incluso más terrorífica guerra ha estallado, y en la última habíamos luchado para acabar con todas las guerras. ¿Qué debemos hacer?”

O: “La civilización, de la que estoy tan orgulloso, está al borde del colapso, a causa de la inflación. Millones de personas no tienen nada que comer, mueren de hambre, asesinan, roban, destruyen y desechan toda esperanza.” ¿Qué debemos hacer?” “¿Qué debo hacer?” “¿Qué se debe hacer?” Es tu eterna pregunta a través de los siglos.

El destino de la gran conquista, nacido de una forma de vida que antepone la verdad a la seguridad, es éste ser engullido vorazmente y tragado, una y otra vez, por ti.

Muchos grandes hombres, valientes y solitarios, te han explicado continuamente qué es lo que deberías hacer. Una y otra vez has retorcido sus enseñanzas, las has despedazado y destruido. Las has interpretado por el lado *erróneo*, has hecho del pequeño error la meta de tu vida, en lugar de aprender la gran verdad, en el Cristianismo, en la enseñanza del socialismo, en la enseñanza de la soberanía del pueblo, absolutamente en todo aquello que has tocado, Pequeño Hombrecito. Me preguntas: “¿por qué hago eso?” No creo que hagas esta pregunta seriamente. Te sentirías un asesino cuando oyeras la verdad:

Construiste tu casa sobre arena y actuaste así porque eres incapaz de sentir la vida en ti mismo, porque mataste el amor en tu hijo, incluso antes de que naciera; porque no puedes tolerar ninguna expresión vital, ningún movimiento natural y libre. Porque no lo puedes tolerar, te asustas y preguntas:

“¿Qué van a decir el señor Jones y el juez Smith?”

Eres un cobarde en tu pensamiento, Pequeño Hombrecito, porque el pensamiento real está acompañado de sentimientos corporales, y tienes miedo de tu cuerpo. Muchos grandes hombres te han dicho:

“Vuelve a tus orígenes, escucha tu voz interna: sigue tus verdaderos sentimientos, ser amado.”

Pero estabas sordo a lo que te decían, ya que has perdido tus oídos para tales palabras. Se perdieron en vastos desiertos, y losregoneros solitarios perecen en tu horrible y desierto vacío, Pequeño Hombrecito.

Podías escoger entre la elevación de Nietzsche al *Übermensch* y la degradación de Hitler en el *Untermensch*. ¡Gritaste *Heil!* y escogiste el *Untermensch*.

Podías escoger entre la constitución genuinamente democrática de Lenin y la dictadura de Stalin. Escogiste la dictadura de Stalin.

Podías escoger entre la explicación de Freud sobre el núcleo sexual de tu enfermedad emocional y su teoría de la adaptación cultural. Escogiste su filosofía cultural la cual no te daba ningún punto de apoyo para sostenerte y olvidaste la teoría del sexo.

Podías escoger entre la majestuosa simplicidad de Jesús, el celibato de Pablo para sus sacerdotes y el matrimonio compulsivo para ti. Escogiste el celibato y el matrimonio compulsivo, olvidándote de la sencilla madre de Jesús, que crió a su hijo sólo con amor.

Podías escoger entre las teorías de Marx sobre la productividad de tu fuerza de trabajo vital, -que es la única que produce el valor de las mercancías-, por un lado, y la idea del Estado por el otro. Olvidaste lo vital en tu trabajo, y escogiste la idea del Estado.

Durante la Revolución Francesa, podías escoger entre el cruel Robespierre y el gran Danton.

Escogiste la crueldad y enviaste al patíbulo a la grandeza y la bondad.

En Alemania, podías escoger entre Goering y Himmler por un lado y Liebknecht, Landau y Mühsam por el otro. Hiciste de Himmler tu jefe de policía, y asesinaste a tus verdaderos amigos. Pudiste escoger entre Julius Streicher y Walter Rathenau. Asesinaste a Rathenau.

Podías escoger entre Lodge y Wilson. Asesinaste a Wilson.

Podías elegir entre la cruel Inquisición y la verdad de Galileo. Torturaste hasta la muerte al gran Galileo, -cuyos descubrimientos sigues aprovechando-, al someterle a una excesiva humillación. En este siglo veinte, nuevamente has hecho florecer los métodos de la Inquisición.

Pudiste escoger entre la comprensión sobre la enfermedad mental y el electroshock. Escogiste el electroshock para así no ser consciente de las gigantescas dimensiones de tu propia miseria, para poder seguir ciego donde únicamente los ojos claros y abiertos pueden ayudar.

Podías escoger entre la ignorancia de la célula cancerígena y lo que yo desentrañé de sus secretos, que podría salvar y salvará a millones de vidas humanas. Sigues diciendo las mismas estupideces sobre el cáncer en las revistas y periódicos y guardas silencio sobre un conocimiento que puede salvar a tu hijo, á tu mujer o a tu madre.

Pasáis hambre y morís por millones, Pequeño Hombrecito Hindú, pero discutís con los Mahometanos acerca de 'la santidad de las vacas'. Vistes harapos, Pequeño Italiano y Pequeño Eslavo de Trieste, pero no tienes otra preocupación que si Trieste es "Italiana" o "Eslava". Yo creía que Trieste era un puerto para barcos de todas partes del mundo.

Colgaste a los hitlerianos *después* de que habían asesinado a millones de personas. ¿En qué estabas pensando *antes* de que las hubieran matado? ¿Docenas de cadáveres no eran suficientes para hacerte pensar? ¿Se necesita millones para despertar tu humanidad?

Cada una de estas pequeñeces revela la gigantesca miseria del animal humano. Dices:

- "¿Por qué te tomas todo esto tan seriamente? ¿Te sientes responsable por todas y cada una de las maldades?

Diciendo esto, te condenas a ti mismo. Si tú, Pequeño Hombrecito entre millones, te hicieras cargo simplemente de una pizquita de tu responsabilidad, el mundo parecería diferente y tus grandes amigos no morirían debido a tu pequeñez.

La razón de que tu casa esté construida sobre la arena es que no te responsabilizas de nada. El techo cae sobre ti, pero tienes un honor "proletario" o "nacional". El suelo cede bajo tus pies, pero te hundes gritando todavía "*¡Heil, gran Führer, viva el honor Alemán, Ruso, Judío!*"

Las cañerías se han roto, tu hijo se está ahogando; pero continúas pidiendo “disciplina y orden”, la que enseñaste a tu hijo a base de golpes. Tu mujer está en la cama con neumonía, pero tú, Pequeño Hombrecito, ves en los síntomas de congelación, el producto de una “fantasía judía”.

Vienes corriendo y me preguntas:

“¡Dios mío, querido, gran doctor! ¿Qué debo hacer? Mi casa se está hundiéndose, el viento sopla a través de ella, mi hijo y mi mujer están enfermos, y yo también. ¿Qué debo hacer?”

La respuesta es: Construye tu casa sobre la roca. La roca es tu propia naturaleza que matas en ti mismo, el amor corporal de tu hijo, el sueño de amor de tu mujer, tu propio sueño vital a los dieciséis años. Cambia tus ilusiones por un poco de verdad. Deshazte de tus políticos y diplomáticos. Olvídate de tu vecino y escucha lo que está en tí; tu vecino también estará agradecido. Cuéntale a tus compañeros de trabajo en todo el mundo que estás tratando de trabajar solamente por la *vida*, y ya no más por la muerte. En lugar de ir corriendo a las ejecuciones de tus verdugos y reos, crea una ley para la protección de la vida humana y de los bienes. Tal ley será parte de la roca que basamente tu casa. Protege el amor de tus pequeños hijos contra los ataques de los hombres y mujeres lascivos e insatisfechos. Acusa a la chismosa solterona; exponla públicamente o métela en un reformatorio en lugar de meter a los adolescentes que piden amor vehementemente. Renuncia a superar a tu explotador en la explotación cuando estés en situación de dirigir un trabajo. Tira tu traje de etiqueta y tu sombrero de copa y no pidas permiso para abrazar a tu mujer. Crea contactos con gentes de otros países, ya que ellos son como tú, en sus malas y buenas cualidades. Deja que tu hijo crezca como la naturaleza (o «Dios») lo ha hecho. No trates de mejorar la naturaleza. Trata, por el contrario, de entenderla y protegerla. Vete a una librería y no a una subasta, a un país extranjero en lugar de Coney Island. Y, lo más importante, PIENSA CORRECTAMENTE, escucha a tu voz interna que gentilmente te guía. Tienes tu vida en tu propia mano. No te fíes de nadie más, mucho menos de los Führers que elegiste. ¡SE TU MISMO! Muchos grandes hombres te han dicho lo mismo.

- “Oíd a este individualista reaccionario pequeño burgués! No conoce el inexorable curso de la historia. -Conócete a tí mismo-, dice. ¡Qué tontería burguesa! El proletariado revolucionario del mundo, conducido por el amado Führer, el padre de todos los pueblos, de todos los Rusos, de todos los Eslavos, liberará al pueblo! ¡Abajo los individualistas y los anarquistas!”

¡Y vivan los Padres de todos los pueblos y de todos los Eslavos!, Pequeño Hombrecito! Escucha, Pequeño Hombrecito, tengo algunas predicciones muy serias que hacer:

Estás apoderándote de la dirección del mundo, y eso te hace temblar de miedo. En los siglos venideros, asesinarás a tus amigos y aclamarás a tus dueños, los Führers de todos los pueblos, de los proletarios y de todos los Rusos. Día tras día, semana tras semana, siglo tras siglo, adorarás a un amo después del otro; y al mismo tiempo, no oirás los llantos de tus bebés, la miseria de tus adolescentes, las súplicas de tus hombres y mujeres, o, si las

oyes, las llamarás individualismo burgués. Durante siglos, verterás sangre cuando la vida debería ser protegida, y crearás que podrás obtener la libertad con ayuda del verdugo; por lo tanto, te encontrarás una y otra vez en la misma ciénaga. Durante siglos seguirás a los bravucones y serás sordo y ciego cuando la vida, tu vida, te llame.

Porque tienes miedo de la vida, Pequeño Hombrecito, tienes un miedo mortal. La asesinarás, en la creencia de hacerlo por el bien del “socialismo”, o “del estado”, o “del honor nacional”, o “de la gloria de Dios”. Hay una cosa que no sabes ni quieres saber:

Que tú y sólo tú creas toda la miseria, hora tras hora, día tras día; que no entiendes a tus hijos, que rompes sus espaldas antes de que hayan tenido una verdadera oportunidad de desarrollarlas; que robas el amor; que sientes avaricia y locura por el poder; que cuidas a un perro para poder ser también un “amo”.

A través de los siglos, perderás tu camino, hasta que tú y tus semejantes moriréis la muerte masiva de la miseria social general; hasta que la fealdad de tu existencia encenderá en ti un primer y débil resplandor de conciencia dentro tuyo. Entonces, gradualmente y a tientas, aprenderás a buscar a tu amigo, el hombre del amor, del trabajo y del conocimiento, aprenderás a entenderle y a respetarle. Entonces, empezarás a entender que la biblioteca es más importante para tu vida que las subastas; un paseo meditativo por los bosques mejor que un desfile; curar mejor que matar; una autoconfianza sana mejor que una conciencia nacional, y la modestia mejor que el patriotismo y otros aullidos.

Crees que el fin justifica los medios, incluso los medios viles. Estás equivocado: *El fin está en el sendero por el cual llegas a él. Cada paso de hoy es tu vida de mañana.* Ningún gran fin puede ser alcanzado por medios viles. Esto lo has demostrado en todas las revoluciones sociales. La vileza o la inhumanidad del camino hacia el objetivo te hace vil e inhumano y hace del objetivo algo inalcanzable.

- “¿Pero, cómo, entonces, alcanzaré mi objetivo de un amor Cristiano, del socialismo, de la Constitución Americana?”

Tu amor Cristiano, tu socialismo, tu Constitución Americana reside en aquello que haces todos los días, en lo que piensas cada hora, en cómo abrazas a tu compañero y en cómo experimentas a tu hijo, en, la forma en que miras a tu trabajo como tu responsabilidad social, en cómo evitas parecerte al represor de tu vida.

Pero tú, Pequeño Hombrecito, abusas de las libertades que te concede la constitución para poder *echarla a perder*, en lugar de conseguir que tomara raíces en la vida cotidiana.

Te vi como refugiado Alemán abusando de la hospitalidad Suiza. En aquel entonces eras un candidato a Führer de todos los oprimidos de la tierra. ¿Te acuerdas de la costumbre Suiza del *smorgasbord*? Muchas comidas y golosinas están servidas, y se le deja coger al invitado lo que quiera y cuanto quiera. Para ti, esta costumbre era nueva y extraña; no entendías cómo uno se podía fiar de la decencia humana. Me contaste, con placer malicioso, cómo tú no comías en todo el día para así hartarte en la comida gratuita de la tarde.

- “Cuando era niño me moría de hambre” dices.

Ya lo sé, Pequeño Hombrecito, porqué te he visto morir de hambre, y sé lo que es el hambre. Pero no sabes que perpetúas el hambre de tus hijos un millón de veces cuando tú robas al *smorgasbord*, tú, candidato a salvador de todos los hambrientos. Existen ciertas cosas que uno simplemente no hace: tales como robar cucharas de plata, o a la mujer, o *smorgasbord*, en una casa hospitalaria. Después de la catástrofe alemana te encontré medio muerto de hambre en un parque. Me explicaste que la “Ayuda Roja” de tu partido había rehusado ayudarte porque no podías demostrar tu afiliación al partido por haber perdido tu carnet de militante. Tus Führers de todos los hambrientos distinguen entre la gente hambrienta roja, blanca o negra. Pero sólo conocemos un tipo de organismo hambriento. Así es cómo eres en los *pequeños* asuntos.

Y así es cómo eres en los *grandes* asuntos:

Luchaste por abolir la explotación de la era capitalista, y el desdén por la vida humana, y por conseguir el reconocimiento de tus derechos. Hace cien años, ya existía la explotación y el desprecio por la vida humana, y el desagradecimiento. Pero también existía el respeto por los grandes descubrimientos, y lealtad para el donante de grandes cosas, y gratitud por los regalos. Y qué has hecho, Pequeño Hombrecito?

En cualquier lugar en el que entronaste a tus propios pequeños Führers, la explotación de tus fuerzas es más aguda que hace cien años, el desdén por la vida humana es más brutal, y no existe ningún tipo de reconocimiento de tus derechos. Y, en los lugares en los que todavía estás intentando entronar a tus propios Führers, todo respeto por los logros ha desaparecido siendo reemplazado por el robo de los frutos de un duro trabajo de tus grandes amigos. No sabes lo que quiere decir agradecimiento por un regalo, ya que piensas que no seguirías siendo un Americano, Ruso o Chino libre, si tuvieras que respetar y reconocer las cosas. Lo que tú señalaste para ser destruido florece más vigorosamente que nunca; y lo que deberías salvaguardar y proteger como a tu propia vida, lo has destruido. Consideras la lealtad “un sentimentalismo” o un “hábito pequeño-burgués”, el respeto por los descubrimientos una actitud servil. No te das cuenta de que eres un lameculos donde deberías ser irreverente y que eres un desagradecido cuando deberías ser leal.

Te mantienes de rodillas y te crees estar bailando en el reino de la libertad. Despertarás de tu pesadilla, Pequeño Hombrecito, encontrándote tendido en el suelo y desamparado. *Porque tú robas donde te es dado, y das donde estás siendo robado.* Confundes el derecho de libre expresión y de crítica con el hablar irresponsable y los chistes malos. Quieres criticar pero no quieres ser criticado, y por esta razón se te aparta. Siempre quieres atacar sin exponerte al ataque. Es por eso que siempre disparas desde una emboscada.

- “¡Policía! ¡Policía! ¿Tiene su pasaporte en orden? ¿De verdad es un Doctor en Medicina? ¿Su nombre no aparece en *‘quien es quien’*, y la Asociación Médica lo combate.”

Aquí la policía no te servirá de ayuda, Pequeño Hombrecito. Ellos pueden coger a los ladrones y pueden regular el tráfico, pero no pueden conseguirte la libertad. Tú y sólo tú has destruido tu propia libertad, y sigues destruyéndola, con una perseverancia inexorable. Antes de la primera “Guerra Mundial”, no existían pasaportes para viajar internacionalmente; uno podía hacerlo a cualquier parte que deseara. La guerra por “la paz y la libertad” trajo los controles de pasaporte, y éstos se te prendieron como piojos. Cuando querías viajar unos 300 kilómetros en Europa, primero tenías que pedir permiso en los consulados de unas 10 naciones diferentes. Y todavía sigue igual, años después del fin de la segunda guerra mundial para acabar con todas las guerras. Y así seguirá siendo después de la tercera y la enésima guerra-para-acabar-con-todas-las-guerras.

-“¡Escuchen! Ofende mi patriotismo, honor y gloria de la nación!”

Oh, cállate, Pequeño Hombrecito. Existen dos clases de tonos: el rugido de una tormenta entre los picos de las montañas, y el del pedo. Eres un pedo, y crees que hueles a violetas. Curo tu miseria neurótica y preguntas si he aparecido en *¿‘quien es quien’?* Entiendo tu cáncer y tu pequeño inspector de Sanidad prohíbe mis experimentos con ratones. Enseñé a tus médicos a entenderte médicamente, y tu Asociación Médica me denuncia a la policía. Estás mentalmente enfermo, y ellos te administran shocks eléctricos, del mismo modo que en la Edad Media usaban las cadenas y los látigos.

Cállate, Querido Pequeño Hombrecito. Toda tu vida es demasiado miserable. No quiero salvarte, pero debo acabar lo que te estoy contando, incluso si fueras acercándote con un camisón blanco y una máscara, con una cuerda en tu cruel y sangrienta mano, para ahorcarme. No puedes ahorcarme, Pequeño Hombrecito, sin colgarte a tí mismo. Porque yo represento tu vida, tu sentimiento por el mundo, tu humanidad, tu amor y tu alegría creadora. No, no puedes asesinarme, Pequeño Hombrecito. Una vez tuve miedo de tí, así como anteriormente había confiado demasiado en ti. Pero he ido mucho más allá que tú, y ahora te veo en la perspectiva de unos mil años mirando hacia el futuro y hacia el pasado. Quiero que pierdas el miedo de tí mismo. Quiero que vivas más feliz y decentemente. Quiero que tengas un cuerpo vivo en lugar de rígido. Quiero que ames a tus hijos en lugar de odiarlos, que hagas feliz a tu mujer en lugar de torturarla “maritalmente”. Soy tu médico, y desde el momento en que habitas este planeta, yo soy tu médico planetario; No soy Alemán, ni Judío, ni Cristiano, ni Italiano. Soy un ciudadano de la *tierra*.

Para ti, por otra parte, únicamente existen norteamericanos angelicales o bestias Japonesas.

- “¡Deténganlo!” “Examínenlo!” “¿Tiene permiso para practicar la medicina? ¡Proclamen un decreto Real que diga que no la puede practicar sin el consentimiento del rey de nuestro país libre! ¡El hace experimentos psicológicos acerca de la función de mi placer! (Encarcélenlo! ¡Sáquenlo del país!”

He autoadquirido el permiso de meterme en mis actividades. Nadie me lo puede dar. He encontrado una nueva ciencia que finalmente entiende tu vida. Te aprovecharás de ella dentro de diez o cien o mil años así como en el pasado has devorado otras enseñanzas cuando estabas al borde del abismo. Tu Ministro de Sanidad no tiene ningún poder sobre mí, Pequeño Hombrecito. Tendría influencia sólo si tuviera el coraje de conocer mi verdad. Pero no tiene ese coraje. Entonces, él se vuelve a su país y le dice a la gente que estoy internado en un manicomio norteamericano, y nombra como Inspector General de Hospitales a un hombre mediocre que, en un intento de negar la función del placer, ha falsificado los experimentos. Yo, por otra parte, te escribo estas conversaciones para ti, Pequeño Hombrecito. ¿Quieres más pruebas de la impotencia de tus poderosos? Sean autoridades, inspectores de Sanidad o Profesores no pudieron imponer sus prohibiciones contra la comprensión de tu cáncer. Realicé mis trabajos de disección y microscopia contra sus prohibiciones explícitas. Sus viajes a Inglaterra y Francia para socavar mi trabajo no fueron de ningún provecho. Permanecieron hundidos donde siempre han estado, en la *patología*. Yo, por otra parte, he salvado tu vida más de una vez, Pequeño Hombrecito.

- “Cuando lleve al poder a mis Führers de todos los proletarios en Alemania, lo pondremos contra el paredón! ¡Estropea a nuestra juventud proletaria! ¡Afirma que el proletariado sufre de incapacidad de amar del mismo modo que la burguesía! Convierte nuestras organizaciones de jóvenes en burdeles”.

¡Afirma que soy un animal! ¡Destruye mi conciencia! Sí destruyo los ideales que han echado a perder tu buen sentido y tu cabeza, Pequeño Hombrecito. Quieres ver tu gran esperanza eterna sólo en el espejo, allí donde no puedas cogerla. *Pero únicamente la verdad en tu propio puño te hará el dueño de esta tierra.*

- “¡Arrojadle del país! ¡Socava la tranquilidad y el orden. Es un espía de mis enemigos eternos. Ha comprado una casa con el oro de Moscú (¿O es Berlín?)”

No entiendes, Pequeño Hombrecito. Una pequeña vieja mujer tenía miedo de los ratones. Era mi vecina y sabía que yo cuidaba ratones experimentales en mi sótano. Ella tenía miedo de que los ratones pudieran arrastrarse por debajo de su falda y entre sus piernas. No tendría ese miedo si hubiera disfrutado del amor alguna vez. Fue con estos ratones que aprendí a entender tu putrefacción cancerosa, Pequeño Hombrecito. Resulto que eras mi casero, y la pobre ancianita te pidió que me desalojaras. Y tú, con todo tu coraje, tu riqueza de ideales y éticas, me desalojaste. Tuve que comprar una casa para poder continuar el estudio de los ratones, para tu propio beneficio, sin tu estorbo y tu

cobardía. Después de esto, ¿qué hiciste, Pequeño Hombrecito? Como un pequeño Juez de Distrito ambicioso, querías usar al famoso hombre peligroso para prosperar en tu carrera. Dijiste que era un Alemán u, otra vez, un espía Ruso. Me pusiste en prisión. Pero valió la pena, verte sentado allí, en mi juicio, ruborizándote completamente. Me distes pena, pequeño sirviente del estado, de tan miserable que eras. Y tus agentes secretos realmente no hablaban muy bien de ti cuando registraban mi casa buscando “material de espionaje.”

Más tarde, te encontré de nuevo, esta vez en la persona de un pequeño Juez del Bronx, con la ambición insatisfecha de sentarte en un tribunal de más categoría.

Me acusaste de tener en mi biblioteca libros de Trotsky. No sabías, Pequeño Hombrecito, para qué sirve una biblioteca. Te dije que en mi biblioteca también tenía obras de Hitler, Buda, Jesús, Goethe, Napoleón y Casanova. Te expliqué que para entender la plaga emocional, uno debía conocerla íntimamente de todos los lados. Eso era nuevo para tí, Pequeño Juez.

- “¡Encárcenlo! ¡Es un fascista! ¡Desprecia al pueblo”

Tú no eres “el pueblo” Pequeño Juez, *Tú* desprecias al pueblo, porque no administras sus derechos, sino, por el contrario, te dedicas a prosperar en *tu carrera*. También esto te lo han dicho muchos grandes hombres; pero, por supuesto: nunca los, has leído. Tengo respeto por la gente cuando me expongo al gran peligro de contarles la verdad. Podría jugar al bridge contigo y hacerte bromas. Pero no me siento en la misma mesa contigo. Ya que eres un pobre Abogado defensor oficial de Derechos Humanos.

- “¡Es un trotskista! ¡Encarcelarlo! ¡Incita al pueblo, el Perro Rojo!”

No incito al pueblo, sino a tu autoconfianza, a tu humanidad, y no puedes soportarlo. Porque lo que quieres es obtener votos y mejorar tu posición, quieres ser el Juez del Tribunal Superior o el Führer de todos los proletarios. Tu justicia y tu mentalidad de Führer es la soga atada al cuello del mundo, ¿Qué hiciste con Wilson, esta persona grande y afable? Para ti, candidato a Führer de todos los proletarios, era un “explotador del pueblo”. Lo asesinaste, Pequeño Hombrecito, con tu indolencia, tus conversaciones vacías, tu miedo a tu propia esperanza.

Casi me asesinaste a mí también, Pequeño Hombrecito.

¿Te acuerdas de mi laboratorio, hace diez años? Tú eras un Asistente Técnico. Habías estado sin trabajo y me fuiste recomendado, como un Socialista excepcional, miembro de un partido gubernamental. Recibías un buen salario y eras libre en el pleno sentido de la palabra. Te incluí en todas las deliberaciones, porque creía en ti y en tu “misión”. ¿Recuerdas lo que sucedió? Enloqueciste con la libertad. Durante días te vi pasear con la pipa en la boca, sin hacer nada. No entendía porque no trabajabas. Cuando entraba por la mañana al laboratorio, esperabas provocativamente que yo te saludara primero. Me gusta ser el primero en saludar a la gente, Pequeño Hombrecito. Pero si uno *espera* que yo haga eso, me enfado mucho porque soy a *tu* juicio, tu «Señor», y «Jefe».

Te dejé abusar de tu libertad durante unos pocos días, y entonces tuve una conversación contigo. Con lágrimas en los ojos admitiste que no sabías qué hacer con esta nueva clase de régimen. No estabas acostumbrado a la libertad. En tu situación anterior, no te era permitido fumar en presencia del jefe, se suponía que sólo podías hablar en caso de que se te hablara, tú, candidato a Führer de todos los proletarios. Pero ahora, al tener una libertad *genuina*, te comportas con impertinencia y provocativamente. Te entendí y no te despedí. Entonces fuiste a contarle a algún juzgado psiquiátrico conservador acerca de mis experimentos. Tú eras el informante secreto, uno de los hipócritas y conspiradores que instigó la campaña periodística contra mí. Así es como eres, Pequeño Hombrecito, cuando disfrutas de la libertad. Contrariamente a tus intenciones, tu campaña adelantó diez años mi trabajo. Por lo tanto me deshice de ti, Pequeño Hombrecito. No voy a servirte por más tiempo, ni quiero ser torturado lentamente hasta la muerte por mi preocupación por ti. No puedes seguirme hasta las lejanas distancias en las que me muevo. Te aterrorizarías si tuvieras la más mínima idea de lo que te espera en el futuro. Ya que te estás apoderando de la dirección del mundo. Mis investigaciones solitarias son parte de tu futuro. Pero por ahora no te quiero como compañero de viaje. Como compañero de viaje eres inofensivo únicamente en la taberna, pero no donde yo voy.

- “¡Abajo con él! ¡Desprecia la civilización que yo, el Hombre de la Calle he construido. Soy un hombre libre en una democracia libre!

No eres nada, Pequeño Hombrecito, *nada de nada*. No eres tú quien ha construido esta civilización, sino unos pocos de tus maestros decentes. No tienes ni idea de lo que haces cuando trabajas en la construcción. Y cuando alguien te dice que te responsabilices por el edificio entonces le llamas un “traidor al proletariado” y corres hacia el Padre de todos los Proletarios que *no* te dice eso.

No eres libre, Pequeño Hombrecito. No tienes ni idea de lo que es la libertad. No sabrías cómo vivir en libertad. ¿Quién en Europa le ha dado la victoria a la plaga emocional? Tú, Pequeño Hombrecito. ¿Y en América? Piensa en Wilson.

- “¡Escuchen, me *acusa a mí*, el Pequeño Hombrecito! ¿Quién soy yo, qué poder tengo yo para influenciar al Presidente de los Estados Unidos? Yo hago mi deber, hago lo que me manda mi jefe, y no me meto en alta política.”

Y cuando empujaste a miles de hombres, mujeres y niños hacia las cámaras de gas, también estabas haciendo simplemente lo que te habían mandado, ¿no es eso, Pequeño Hombrecito? No eres más que un pobre diablo que no tiene nada que decir, que no tiene opinión propia, y ¿quién eres tú, después de todo, para meterte en política? Ya sé, lo he oído muy frecuentemente. Pero yo te pregunto: ¿Por qué no cumples con tu deber cuando alguien te dice que eres responsable de tu trabajo, o te dice que no pegues a tus hijos, o que no sigas a los dictadores? En ese caso, ¿dónde está tu deber, tu obediencia-inocente? No, Pequeño Hombrecito, nunca escuchas cuando es la verdad quien habla, sólo escuchas cuando te gritan.

Y entonces gritas ¡Heil! Eres cobarde y cruel, sin ningún sentido de tu verdadero deber, ese de ser humano y de salvaguardar a la humanidad. Imitas mal al sabio y estupendamente al ladrón. Tus películas, programas de radio y "libros cómicos" están llenos de crímenes.

Tendrás que arrastrarte en tu pequeñez durante siglos antes de que puedas llegar a ser tu propio dueño. Me separo de ti para poder prestar mejor servicio a tu futuro. Ya que en la distancia no puedes asesinarme, sientes desprecio por aquello que está cerca de ti. Pusiste a tu General o a tu Mariscal de Campo en un pedestal para así *ser capaz* de respetarlo, incluso aunque sea despreciable. Por eso, desde que el mundo escribe su historia, el gran hombre se ha mantenido lejos de ti.

- "¡Es un megalomaniático! ¡Se ha vuelto loco, completamente loco."

Ya sé, Pequeño Hombrecito, eres rápido en diagnosticar locura cuando te encuentras con una verdad que no te gusta. Y te consideras el «*homo normalis*». Has encerrado a la gente loca, y la gente normal dirige el mundo. ¿Entonces, quién ha de ser culpado de toda la miseria? Tú no, por supuesto, solamente cumples con tu deber, y ¿quién eres tú para tener una opinión propia? Ya lo sé, no me lo tienes que repetir. No eres nadie importante, Pequeño Hombrecito. Pero cuando pienso en tus hijos recién nacidos, en cómo los torturas para convertirlos en seres humanos «normales», a tu imagen y semejanza, entonces tengo la tentación de volver a acercarme a tí otra vez para poder prevenir tu crimen. Pero también sé que te has preocupado de protegerte muy bien con la institución de un Ministerio de Educación.

Quiero llevarte a dar un paseo por este mundo, Pequeño Hombrecito, y mostrarte dónde estás y dónde estabas, en el presente y en el pasado, en Viena, Londres y Berlín, como "el portador de la voluntad popular", como adepto de alguna creencia. Puedes encontrarte en cualquier parte, y podrías reconocerte a ti mismo, ya seas Francés, Alemán u Hotentote, si tienes el coraje de mirarte a ti mismo.

- "¡Escuchad! ¡Ofende mi honor! ¡Mancha mi misión!"

No hago tal cosa, Pequeño Hombrecito. Estaría muy contento si tú me probaras lo contrario, si *demostraras* que eres capaz de mirarte a tí mismo y de reconocerte. Tienes que dar pruebas del mismo modo que un contratista que construye un edificio tiene que hacerlo. La casa debe estar allí y debe ser habitable. El contratista no tiene derecho a gritar, "Ofende mi honor", cuando le muestro que sólo habla de "la misión de la construcción de casas" en lugar de construir casas realmente. Del mismo modo tienes que *demostrar* que eres el portador del futuro de la humanidad. No puedes esconderte por más tiempo como un cobarde detrás de tu "honor de la nación" o del "proletariado". Ya has distorsionado demasiado tu propia naturaleza, Pequeño Hombrecito!

Como digo, me estoy deshaciendo de ti. Fueron necesarios muchos años y muchas dolorosas noches de insomnio para llegar a hacerlo. Tus candidatos a Führers de todos los proletarios no son tan complicados. Hoy son tus Führers y mañana harán artículos prostituidos para un pequeño periódico. Cambian sus convicciones como uno cambia de camisa. Yo no. Sigo preocupándome por ti y por tu destino. Pero puesto que eres incapaz de respetar a nadie que está

cerca de tí, tengo que poner cierta distancia entre nosotros. Tus biznietos serán los herederos de mi labor. Espero que disfruten de los frutos de ésta así como he estado esperando durante treinta años que tú lo hicieras. Tú, por el contrario, seguiste gritando, “Abajo el capitalismo” o, “Abajo la Constitución Norteamericana!”.

Sígueme, Pequeño Hombrecito, quiero mostrarte algunas instantáneas de tí mismo. No corras. Es un trago amargo pero saludable, y no tan terriblemente peligroso.

Hace aproximadamente cien años aprendiste a imitar como un loro a los físicos que construyeron máquinas y decían que no existía el alma. Entonces vino un gran hombre que te mostró tu alma, sólo que no sabía cuál era la conexión entre tu alma y tu cuerpo. Dijiste: “Ridículo!” “Psicoanálisis!” ¡Charlatanería! Pueden analizar la orina, pero no puedes analizar la psiquis”. Decías esto porque sobre medicina no conocías más que los análisis de orina. La lucha por tu mente duró alrededor de cuarenta años. Conozco esta dura lucha, porque yo, también combatí en ella por tí. Un día descubriste que se podía hacer mucho dinero con la enferma mente humana. Todo lo que uno tiene que hacer es dejar venir al paciente diariamente durante una hora en un término de varios años y hacerle pagar determinado precio por cada hora.

Entonces, y no antes de ese momento, empezaste a creer en la existencia de la mente. En el entretiempp, había aumentado considerablemente el conocimiento sobre tu cuerpo. Me di cuenta de que tu mente es una función de tu energía vital, que, en otras palabras, existe una unidad entre el cuerpo y la mente. Seguí en esta brecha y descubrí que proyectas tu energía vital cuando te sientes bien y amas y que la haces retroceder al centro del cuerpo cuando tienes miedo. Durante quince años guardaste silencio acerca de estos descubrimientos. Pero yo seguí por el mismo camino y encontré que esta energía vital, a la que llamé “orgón”, también se encuentra en la atmósfera, fuera de tu cuerpo. Tuve éxito al verla en la oscuridad y al inventar un aparato, que la engrandecía y la hacía visible. Mientras tú jugabas cartas o estabas torturando a tu mujer y atormentando a tu hijo, yo me sentaba en una habitación oscura muchas horas del día, durante dos largos años, para asegurarme que había descubierto tu energía vital. Gradualmente, aprendí a demostrarla a otra gente, y encontré que ellos veían lo mismo que yo.

Si eres un doctor que cree que la mente es una secreción de las glándulas endocrinas, le dices a uno de mis pacientes curados que mi éxito terapéutico fue el resultado de la “sugestión”. Si sufres de dudas obsesivas y de miedo a la oscuridad, sobre el fenómeno que acabas de observar dices que es debido a la “sugestión” y que te sientes como en una sesión espiritista. Así eres, Pequeño Hombrecito. En 1945 charlataneas tan desesperadamente sobre el “alma” como negaste su existencia en 1920. Sigues siendo el mismo Pequeño Hombrecito. En 1984 y con la misma indiferencia, te enriquecerás con el orgón, y asimismo, indiferentemente, dudarás, difamarás, y matarás con el silencio y arruinarás otra verdad de la misma manera que hiciste con el descubrimiento de la mente y con el de la energía cósmica.

Y sigues siendo el Pequeño Hombrecito “crítico” que grita, *Heill!* por aquí y *Heill!* por allá. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre el descubrimiento de que la tierra no permanece quieta sino que rota y se mueve en el espacio? Tu respuesta fue el estúpido chiste de que ahora los vasos se caerían de la bandeja del camarero. Esto sucedió hace unos pocos siglos, y por supuesto lo has olvidado, Pequeño Hombrecito. Todo lo que sabes de Newton es que “vio caer una manzana de un árbol”, y todo lo que sabes de Rousseau es que “quería regresar a la naturaleza”. Lo único que aprendiste de Darwin es “la supervivencia del más fuerte”, pero no tu descendencia de los monos. Del Fausto de Goethe -que te gusta citar tan a la ligera- has entendido tanto como un gato puede entender de matemáticas.

Eres estúpido y vanidoso ignorante y simiesco, Pequeño Hombrecito. Siempre sabes como esquivar lo esencial y aprender lo que es erróneo. Tu Napoleón, -ese pequeño hombre con galones dorados, de quien no se perpetuó nada excepto el servicio militar obligatorio-, se despacha en tus librerías con grandes letras doradas, pero mi Kepler -que entrevió tu origen cósmico-, no se puede encontrar en ninguna librería. He aquí por que no sales de la ciénaga, Pequeño Hombrecito.

Por eso tengo que decirte que te vayas cuando crees que he trabajado y me he preocupado durante veinte años y he sacrificado una fortuna para “sugerirte” la existencia de la *energía orgónica cósmica*.

No, Pequeño Hombrecito, al hacer todo este sacrificio, lo que realmente he aprendido es a curar *la plaga* en tu cuerpo. Tú no crees eso. Ya te oír decir en Noruega que “si alguien gasta tanto dinero para sus experiencias debe estar literalmente loco”. Yo entiendo esto: juzgas por lo que tú mismo eres. Solamente puedes tomar, no puedes dar. Por eso te resulta inconcebible que alguien pueda sentir felicidad en la vida dando, así como te es inconcebible que se pudiera estar con un miembro del otro sexo sin querer inmediatamente “acostarse”.

Podría respetarte si fueras *grande* robando tu felicidad. Pero eres un ladrón pequeño y cobarde. Eres inteligente, pero al estar físicamente estreñado, eres incapaz de crear. Así, como Freud te dijo una vez, robas un hueso y lo arrastras hasta la madriguera para roerlo. Te congregas alrededor del dadivoso, del gastador despreocupado y lo exprimes. Eres el explotador y, perversamente, le llamas a él, el explotador. Te atorras con su conocimiento, su felicidad, su grandeza, pero no puedes digerir lo que has deglutido... Lo cagas inmediatamente de nuevo, y apesta horriblemente. O, para mantener tu ‘dignidad’ después de haber cometido el robo, difamas a tu benefactor, le llamas loco o charlatán o pervertido seductor de niños.

Oh, ahí estamos: “Seducor de niños”. ¿Te acuerdas Pequeño Hombrecito (entonces eras el Presidente de una sociedad científica) como extendiste el rumor que yo había hecho presenciar a mis hijos el acto sexual? Esto sucedió después de publicarse mi primer artículo sobre los derechos genitales de los niños. Y la otra vez (entonces resultabas ser el Presidente temporal de cierta “asociación cultural” en Berlín) cuando difundiste el rumor que yo llevaba a las chicas adolescentes a dar una vuelta en coche hasta los bosques y que allí las seducía?

Jamás he seducido a ninguna chica adolescente, Pequeño Hombrecito. Esa es *tu* sucia fantasía, no la mía, yo amo a mi compañera o mi mujer; no soy como tú que eres incapaz de amar a tu mujer y por lo tanto te gustaría seducir a las pequeñas muchachas en los bosques.

Y tú, niña adolescente, ¿No sueñas con tu estrella de cine? ¿No te llevas a la cama su fotografía? ¿No te acercas a él y lo seduces pretendiendo tener más de dieciocho años de edad? ¿Y entonces? ¿No acudes al juzgado y lo acusas de violación? Él es absuelto o declarado culpable, y tus abuelas besan las manos del gran artista de cine. Querías acostarte con el artista de cine, pero no tenías el coraje de asumir la responsabilidad. Por lo tanto lo acusaste a él, pobre jovencita violada.

¡Oh tú!, pobre mujer violada que experimentaste más placer sexual con tu chófer que con tu marido. ¿No sedujiste tú a tu chófer de color que había mantenido su sexualidad más o menos sana, pequeña mujercita blanca? ¿Y no le acusaste de violación, pobre criatura indefensa, víctima de una “raza inferior”? No, por supuesto, eres pura y blanca, tus antepasados arribaron en el Mayflower, eres “Hija de Esta o Aquella Revolución”, una Nordista o una Sudista cuyo abuelo se enriqueció arrastrando encadenados a los Negros Africanos hacia América. ¡Cuán inofensiva!, ¡cuán pura!, ¡cuán blanca!, ¡cuán pequeña deseosa del Negro!, pobre pequeña mujer. Miserable cobarde descendiente de una raza enferma de cazadores-de-esclavos, del cruel Cortés que atrajo a miles de confiados Aztecas hacia una trampa para así dispararles desde una emboscada.

Vosotras pobres hijas de esa o aquella revolución. ¿Qué habéis entendido sobre la emancipación? ¿Qué sobre los esfuerzos de los revolucionarios americanos, qué de Lincoln que liberó a los esclavos a los que vosotros enviasteis al “mercado de la libre competencia”. Mirad al espejo, hijas de las revoluciones. Allí reconoceréis a las “Hijas de la Revolución Rusa,” vosotras, muchachas inofensivas y castas.

Si simplemente una vez hubieras sido capaz de dar amor a un hombre, la vida de muchos Negros, Judíos o trabajadores habría sido salvada. Del mismo modo que matas tu vida en tus hijos así matas en los Negros tus anhelos de amor, tus frívolas y pornográficas fantasías de lujuria. Os conozco, vosotras hijas y mujeres de los ricos. ¡Qué abismal vileza engendráis en vuestros rígidos genitales!

No, hija de esta o aquella revolución, no tengo ninguna intención de llegar a ser un Juez Bacherol o un Comisario. Eso lo dejo para tus criaturas tiesas metidas en togas y uniformes. Amo a los pájaros, ciervos y ardillas que están cerca de los Negros. Me refiero a los Negros de la Jungla, no a los de Harlem, con sus correspondientes jaulas y collares inflexibles. No me refiero a la gorda mujer Negra con pendientes, cuyo placer inhibido se convirtió en la gordura de sus caderas. Me refiero a los cuerpos esbeltos y suaves de las chicas de los Mares del Sur a quienes tú, cerdo sexual de este o aquel Ejército, “se tiraron”; muchachas que no sabían que vosotros tomábais su amor puro del mismo modo como lo haríais en un burdel de Denver.

No, hija, tú ansías lo vital que todavía no ha comprendido que es explotado y despreciado. Pero ha llegado tu hora. Has dejado tu papel de virgen racial Alemana. Continúas viviendo como el tipo de virgen Rusa o como la hija Universal de la Revolución. Dentro de 500 o 1.000 años, cuando los chicos y chicas sanos disfruten y protejan el amor, de ti no quedará nada más que una ridícula memoria.

¿No negaste tus *auditorium*s a María Anderson, esa voz de lo vital, Pequeña Mujercita Cancerosa? Su nombre resonará durante siglos cuando de ti no quedará ni el más mínimo rastro. Me pregunto si María Anderson también *piensa* en los siglos o si ella, a su vez, prohíbe el amor de sus hijos. No lo se; lo vital oscila en grandes y pequeños saltos. Está satisfecho con la vida misma. No vive en tí, Pequeña Mujercita Cancerosa.

Has difundido el cuento de hadas, y tu Pequeño Hombrecito se lo ha tragado, aprendido, engatusado y grabado que *tú* eres «LA SOCIEDAD», Pequeña Mujercita. No lo eres. Es cierto, todos los días anuncias en tus periódicos Judíos y Cristianos que y cuando tu hija se comprometerá a un hombre; pero eso no le interesa a ningún individuo serio. La «Sociedad» soy yo, y el carpintero y el jardinero y el profesor y el médico y el trabajador de la fábrica. Eso es la sociedad, y no tú, pequeña mujer cancerosa, rígida, pintarrajeada. Tú no eres la vida, tú eres su distorsión. Pero entiendo porque te retraes a tu fortaleza de opulencia. Era la única cosa que podías hacer, frente a la pequeñez de los carpinteros y los jardineros y los médicos, profesores y trabajadores de fábrica.

En la encrucijada de esta plaga era tu más sabio acto. Pero tu pequeñez e insignificancia está en tus huesos, en tu diarrea, tu reumatismo, tu máscara, tu negación de la vida. Eres infeliz, pobre, pequeña mujer, porque tus hijos se arruinan, tus hijas se hacen prostitutas, tus maridos se tornan impotentes y tu vida se purifica, y con ella tus tejidos. No puedes contarme ningún cuento, Pequeña Hijita de la Revolución; te he visto desnuda.

Eres cobarde como lo has sido siempre. Tenías la felicidad de la humanidad en tus manos, y la perdiste apostándotela en el juego. Has sufragado Presidentes, y los has dotado de pequeñez. Se fotografían poniendo medallas a la gente, sonrían eternamente y no se atreven a llamarle al pan pan y al vino vino, Pequeña Hijita de la Revolución! Tenías el mundo en tus manos y al final tiraste tus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki; tu hijo, quiero decir, las dejó caer. Te abriste la lápida, Pequeña Mujercita Cancerosa. Con esta única bomba empujaste para siempre a la silenciosa tumba a toda tu clase, a toda tu raza. Ya que no tuviste la humanidad de advertir a los hombres, mujeres y niños de Hiroshima y Nagasaki. No controlabas la grandeza de ser humano. Por esta razón, desaparecerás lentamente como las piedras en el mar. No importa lo que digas o pienses ahora, tú, Pequeña Mujercita que produjo generales idiotas. Dentro de quinientos años a partir de ahora, se reirán y maravillarán de ti. Eso no se hace aún, ya que todavía eres parte y parcela de la miseria del mundo.

Sé lo que vas a decir Pequeña Mujercita. Todas las apariencias están a tu favor; “defensa del país”, etc. He oído eso tiempo atrás en la Vieja Austria. ¿Has oído alguna vez gritar a un conductor de coches Vienés “Hurra, mein Kaiser”? ¿No? Pues bien, sólo tienes que escucharte a ti misma; es la misma música. No, Pequeña Mujercita. No te tengo miedo; no hay nada que puedas hacerme. Es cierto, tu yerno es el Asistente del Juez del distrito, o tu sobrino es el Asistente del Recaudador de Impuestos. Lo invitas a tomar té y dejas caer unas pocas palabras sobre mí. El quiere llegar a ser Jefe de Distrito o Jefe Recaudador de Impuestos, y busca una víctima de la “ley y el orden”.

Se como se hacen estas cosas. Pero esta clase de cosas no te van a salvar el pescuezo, Pequeña Mujercita. Mi verdad es más fuerte que tú.

- “¡Es un fanático mono maniático! ¿No cumple *ninguna* función en la sociedad?”

Sólo te he mostrado de qué manera eres pequeño y vil, Pequeño Hombrecito y Pequeña Mujercita. Ni siquiera he mencionado todavía tu utilidad e importancia. ¿Piensas que escribiría estas charlas cargadas de peligro para mi vida si no fueras importante?

Tu pequeñez y mezquindad son tanto más terribles si se las ve a la luz de tu importancia y gigantesca responsabilidad. Dicen que eres estúpido. Yo digo que eres inteligente pero *cobarde*. Dicen que eres el desecho de la sociedad humana. Yo digo que eres su semilla. Dicen que la cultura necesita esclavos. Yo digo que ninguna cultura puede ser construida con esclavos. Este espantoso siglo veinte ha hecho ridícula cualquier teoría cultural desarrollada desde Platón. La cultura humana ni siquiera existe todavía, Pequeño Hombrecito! Estamos solo empezando a comprender la horrible desviación y la degeneración patológica del animal. Esta “conversación al Pequeño Hombrecito” o cualquier otro escrito cultural decente es para la cultura de dentro de 1.000 o 5.000 años lo que fue la primera rueda de hace miles de años para la locomotora Diesel de hoy día.

Siempre piensas a corto plazo, Pequeño Hombrecito, del desayuno al almuerzo. Debes aprender a pensar hacia atrás en términos de centurias y hacia adelante en términos de miles de años. Debes aprender a pensar en términos de vivir la vida, en términos de tu desarrollo desde la primera célula plasmática hasta el animal que camina derecho pero no puede pensar derecho. Ni siquiera recuerdas las cosas que ocurrieron diez o veinte años atrás, y por lo tanto continúas repitiendo las mismas estupideces que dijiste hace 2.000 años; aún más: te aferras a tus estupideces, tales como tu “raza”, “clase”, “nación”, compulsión religiosa, supresión del amor, etc., como un piojo se aferra a la piel. No te atreves a mirar cuán profundamente estás hundido en la ciénaga de tu miseria.

Cada tanto, sacas tu cabeza fuera de la ciénaga para gritar ¡Heil! El croar de una rana en el pantano está más próximo a la vida.

- “¿Por qué no me sacas de la ciénaga? ¿Por qué no participas en mis fiestas, mis parlamentos, mis conferencias diplomáticas? ¡Eres un traidor! Has peleado por mí y has sufrido y te has sacrificado. ¡Ahora me insultas!”

Yo no puedo sacarte de la ciénaga. El único que puede hacerlo eres tú mismo. Nunca he tomado parte en tus fiestas y conferencias porque siempre existe el grito, “abajo con lo esencial” y “hablemos de lo no esencial”. Realmente, durante veinticinco años he luchado por ti, he sacrificado mi seguridad profesional y la calidez de mi familia por ti; he donado una buena cantidad de dinero para tus organizaciones, he participado en tus desfiles y manifestaciones contra el hambre.

Es cierto, te he dado miles de horas como médico, sin compensación; he ido de país en país por tí, y con frecuencia por tu provecho; mientras tú gritabas roncamente tu: *¡álí, alí ala!* Estuve literalmente preparado para morir por ti cuando -en la lucha contra la plaga política- te llevé en mi coche, con la pena de muerte colgando sobre mi cabeza; cuando ayudé a proteger a tus hijos contra las redadas de la policía cuando ellos iban a manifestaciones; cuando gasté todo mi dinero en establecer clínicas de salud mental donde podías obtener consuelo y ayuda. Pero tú sólo tomaste de mí, y nunca devolviste nada. Querías ser salvado pero en el curso de treinta años de pesadilla de plaga emocional nunca tuviste un pensamiento positivo. Y cuando finalizó la segunda guerra te encontraste exactamente en el mismo lugar que estabas cuando ésta estalló. Quizás un poco más a la «izquierda» que a la «derecha», *pero ni un milímetro HACIA ADELANTE.*

Apostaste la gran emancipación Francesa y la perdiste, y la incluso más grande emancipación Rusa la convertiste en el horror del mundo. Este terrible fallo tuyo, que solo corazones grandes y solitarios pudieron entender sin enfadarse contigo, sin despreciarte, fue seguido por la desesperación de todo un mundo, esa parte del mundo que estaba preparada para sacrificar todo por tí. En todos los años de pesadilla, en un medio siglo sangriento, ideaste únicamente perogrulladas y ni siquiera una simple palabra curativa, sensible.

No me desalenté, ya que entretanto había aprendido a entender aún mejor y más profundamente tu enfermedad crónica. Sabía ahora que no tenías ninguna posibilidad de pensar o actuar de forma diferente a como lo hacías. Reconocí el miedo mortal a lo vital que hay en tí, un miedo que siempre te hace empezar correctamente y acabar equivocadamente. No entiendes que el conocimiento conduce a la *esperanza*. Solamente proyectas esperanza hacia tí mismo, no hacia fuera. Por esta razón, delante de la descomposición total del mundo, me llamas “optimista”, Pequeño Hombrecito. Sí, soy optimista y cargado de futuro. ¿Por qué, preguntas? Te lo explicaré:

En la misma medida en que me aferraba a tí, tal como eras y eres, era una y otra vez golpeado en la cara por tus malintencionadas flechas. Miles de veces he olvidado lo que me has hecho cuando te he ayudado, y miles de veces me recordabas tu enfermedad. Hasta que realmente abrí mis ojos y te miré plenamente a la cara. Al principio, sentí que crecía en mí el desprecio y el odio. Pero gradualmente aprendí a permitir que mi *comprensión* sobre tu enfermedad hiciera efecto contra mi odio y mi desprecio. Ya no me sentía enfadado contigo por tu funesto error en tu primer intento de gobernar el mundo. Empecé a comprender que *esta* era la forma en que inevitablemente tenía que haber sucedido, porque durante miles de años se te ha impedido vivir la vida tal cual es.

Descubrí la ley funcional de lo vital, Pequeño Hombrecito, cuando tu ibas chillando, “¡Está loco!”. En aquella ocasión eras un pequeño psiquiatra con un pasado en el movimiento juvenil y con una enfermedad cardíaca en el futuro, ya que eras impotente. Más tarde, moriste de un ataque al corazón, ya que nadie roba con impunidad, ni difama a otro sin peligrar su vida, si uno tiene una migaja de honestidad en sí mismo. Y tú la tenías en un rincón de tu alma, Pequeño Hombrecito. Cuando te convertiste de amigo en enemigo, pensaste que yo estaba acabado, y trataste de darme la última patada porque sabías, que tenía razón y que tú eras incapaz de seguirme. Cuando, años más tarde, regresé, esta vez mucho más fuerte, más esclarecido, más determinado que nunca, sentiste un miedo de muerte. Y antes de morir, te distes cuenta que yo había saltado sobre profundos y anchos precipicios y sobre las zanjas que habías cavado para arruinarme. ¿No habías proclamado *mis* enseñanzas como si fueran *tuyas* en tu cauta organización? Te diré: la gente honesta en la organización lo sabía; Lo sé porque me lo han dicho. No, Pequeño Hombrecito, las tácticas solo conducen a una tumba prematura. Y puesto que eres peligroso para la vida, puesto que en tu proximidad uno no puede defender la verdad sin ser apuñalado por la espalda y sin que se le tire mierda a la cara, yo mismo me he separado. Repito: no de tu futuro, sino de tu presencia. No de tu humanidad, sino de tu inhumanidad y pequeñez.

Solamente por la vida viva todavía estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio, pero nunca más por ti, Pequeño Hombrecito. Hace muy poco tiempo me di cuenta del gigantesco error que había estado cometiendo durante veinticinco años: me había volcado con devoción a ti y a tu vida porque creía que *tú* eras lo vital, la honradez, el futuro y la esperanza. Como yo, muchos otros hombres honrados y reales esperaron encontrar lo vivo en ti. Todos y cada uno de ellos perecieron. Después de descubrir esto, decidí no perecer bajo tus flechas-malintencionadas y tu pequeñez. Ya que tengo cosas importantes que hacer. He descubierto lo vital, Pequeño Hombrecito. Ahora ya no te confundo con lo vital que he sentido en mí mismo y vi en ti.

Solamente si de forma clara y tajante separo lo vital -sus funciones y características-, de tu forma de vida, solo entonces tendré la posibilidad de hacer una real contribución para el estudio de lo vital y de tu futuro. Sé que es necesario mucho coraje para repudiarte. Pero así podré continuar trabajando por el futuro porque no te, tengo lástima y porque no siento la urgencia de ser convertido en una pequeña gran persona como hacen tus miserables Führers.

Desde hace algún tiempo, lo vital ha empezado a rebelarse cuando ha sufrido un abuso. Este es el gran comienzo de tu gran futuro, y un horrible fin para toda la pequeñez de todos los pequeños hombrecitos. Ya que entretanto he descubierto cómo funciona la plaga emocional. Acusa a Polonia de intenciones de agresión militar cuando acaba de decidirse atacar Polonia. Se acusa al rival de tener la intención de asesinar cuando se acaba de decidir matarle. Acusa a la vida sana de porquerías sexuales cuando se acaba de tramar alguna marranada pornográfica.

Se te ha visto el pelo, Pequeño Hombrecito; se ha visto más allá de tu fachada de desdicha y lastimosidad. Se quiere que tú *determines el curso del mundo, con tu trabajo y tu esfuerzo*; no se quiere que reemplaces un tirano por otro peor. Se empieza a exigir de tí cada vez más estrictamente que te sometas a las leyes de la vida así como tú se lo pides a los otros; que te mejores a tí mismo de la misma manera que criticas a los otros. Cada vez se reconoce mejor tu disposición a adorar, tu voracidad, tu liberarte de responsabilidades, en resumen, tu enfermedad que hace que este hermoso mundo apeste. Ya sé que no te gusta oír esto, que prefieres chillar ¡Heil!, tú, portador del futuro del proletariado o del “Cuarto Reich”. Pero estoy convencido que tendrás menos éxito que en el pasado. Hemos encontrado la llave de tu secreto de miles de años. Eres brutal bajo tu máscara de sociabilidad y amistosidad, Pequeño Hombrecito. No puedes pasarte medio día conmigo sin ponerte en evidencia. ¿No me crees? Deja que te refresque la memoria:

¿Recuerdas aquella bella tarde cuando, esta vez como un leñador, viniste a mi cabaña buscando trabajo? Mi perrito te olfateó y alegremente saltó sobre ti. Lo reconociste como el cachorro de una espléndida, raza de caza. caza. Dijiste:

–“¿Por qué no lo encadenas, así se tornará fiero? Este perro es demasiado amistoso.”

Yo dije: “No quiero que sea un perro fiero encadenado. No me gustan los perros fieros.” Mi querido pequeño leñadorcito, yo tengo en este mundo muchísimos más enemigos que tú, pero aún así prefiero tener un perro amable que es amistoso con cualquiera.

Recordaras sin duda aquel domingo lluvioso, cuando agobiado al pensar en tu rigidez biológica, salí de mi estudio para despejarme y fui a un bar. Me senté en una mesa y pedí un whisky (no, Pequeño Hombrecito, no soy un borracho, aunque de vez en cuando beba un trago). Bien, estaba tomando un whisky con soda. Acababas de regresar de ultramar, estabas algo borracho y te oí describir a los japoneses como “horribles monos”. Entonces dijiste, con esa expresión facial que conozco tan sumamente bien de mis horas de terapia:

- “Sabéis lo que se tendría que hacer con todos esos japoneses que viven en la Costa Oeste? Cada uno de ellos debería ser colgado, no de forma rápida, sino despacio, muy lentamente, haciendo girar la soga cada cinco minutos, muy lentamente, de esta manera...”

Entonces hiciste el movimiento adecuado con tu mano, Pequeño Hombrecito. El camarero sacudió la cabeza en señal de aprobación, admirando tu heroica masculinidad. ¿Alguna vez has tenido en tus brazos un bebe japonés, Pequeño Patriota? ¿No? Durante siglos seguirás colgando a los espías japoneses, a los fugitivos Americanos, a las campesinas rusas, a los oficiales alemanes, a los anarquistas ingleses, a los comunistas griegos; los fusilaras, los llevaras a la silla eléctrica o a la cámara de gas; pero nada de todo ello te curara de tu diarrea intestinal y mental, de tu incapacidad de amar, tu reumatismo o tu enfermedad mental. No saldrás de la ciénaga colgado y fusilando. Mirate un poquito a tí mismo, Pequeño Hombrecito. Es tu única esperanza.

Recordaras el día, Pequeña Mujercita, en que viniste a mi consulta, desbordando odio hacia el hombre que te había dejado? Durante muchos años lo tuviste bajo el peso de tu opresión junto con tu madre y tus tías, sobrinos y primos, hasta que empezó a estremecerse, ya que tenía que manteneros a ti y toda tu parentela. Finalmente, rompió sus cadenas en un último esfuerzo por mantener su sentimiento por la vida; pero como no tenía la fuerza suficiente para apartarse interiormente de ti, vino a verme. Pagaba sin vacilar tu dieta, tres cuartas partes de sus ingresos, lo que ordenaba la ley como castigo por su amor a la libertad. Pues era un gran artista, y el arte, como la ciencia genuina, no soporta las cadenas. Todo lo que tu querías era que el hombre a quién odiabas tan amargamente, te mantuviera, a pesar que tenías una profesión propia. Sabías que le ayudaría a liberarse de obligaciones injustas. Enloqueciste. Me amenazaste con la policía, ya que, decías, que yo quería robarle todo su dinero aprovechándome de su gran necesidad de ayuda. En otras palabras, me atribuías tus propias malas intenciones, Pobre Pequeña Mujercita. Pero jamás pensaste en mejorarte dentro de tu profesión, lo cual significaría independizarte del hombre por quien, durante muchos años, sólo habías sentido odio. ¿Crees que por este camino puedes construir un nuevo mundo? Me entere que estabas en contacto con los Socialistas, quienes “sabían todo sobre mí”. No te das cuenta que eres un *prototipo*, que existen millones como tu que arruinan este mundo? Ya se que eres “débil” y “te sientes sola”, “atada al delantal de tu madre”, y “desarmada”, odias tu autodesprecio, no puedes soportarte y estas desesperada. Y por esta misma razón haces mierda la vida de tu marido, Pequeña Mujercita. Y te dejas llevar por la corriente de la vida como generalmente sucede hoy en día. También se que tienes a los Jueces y Fiscales de tu lado, que ya no tienen ninguna respuesta a tu miseria.

Aún puedo recordarte, pequeña burócrata del Palacio de Justicia, en mi proceso, tomando nota de todos los datos de mi pasado y presente, mis opiniones sobre la propiedad, sobre Rusia, sobre la democracia. Se me pregunta por mi posición social. Digo que soy miembro honorario de tres sociedades científicas y literarias, entre ellas la Sociedad Internacional de *Plasmogenia*. Esto parece ser impresionante. En la siguiente sesión un oficial me dice: “Aquí hay algo extraño. Dice que usted es Miembro Honorario de la Sociedad Internacional de *Poligamia*”. ¿Es eso correcto? Y los dos nos reímos por tu pequeño error; Pequeña Mujercita Fantasiosa. ¿Entiendes ahora porque la gente me calumnia? Debido a tu fantasía, y no por mi forma de vida. ¿Lo único que recuerdas de Rousseau -que promulgaba la vuelta a la naturaleza-, es que era tan negligente con sus hijos que los metió en un orfanato. Eres una viciosa, pues sólo ves y oyes lo que es feo y no lo que es hermoso.

- “¡Escuchen! Yo le he visto bajar las cortinas a la una de la mañana. ¿Qué pensáis que estaba haciendo? Y durante el día siempre tiene las cortinas subidas. Algo no es normal en todo esto!”

No voy a consentir que sigas utilizando tales métodos contra la verdad. Los conocemos. No estás interesada en mis cortinas, sino en poner dificultades a mi verdad.

Quieres seguir siendo el chivato y el calumniador, llevar a prisión a tu vecino inocente cuando no te gusta su forma de vida, porque el es amable, o libre, porque trabaja y no te presta ninguna atención. Eres muy curioso, Pequeño Hombrecito, cotilleas y difamas. ¿No es cierto que te protege el hecho de que la policía no revela la identidad de los chivatos?

- “¡Escuchen contribuyentes! He aquí a un Profesor de Filosofía. Una gran Universidad de nuestra ciudad quiere contratarlo para enseñar a la juventud. ¡Eliminémosle!”

Y tus bienpensantes amas de casa y contribuyentes apoyan una denuncia contra el profesor de la verdad, y así, no consigue el puesto. Tu, honorable contribuyente ama de casa, criadora de patriotas, fuiste más poderosa que 4.000 años de filosofía natural. Pero se ha empezado a entenderte y tarde o temprano serás derrotada.

¡Escuchen, todos aquellos interesados en la moral pública! En la otra esquina vive una mujer con su hija. Y la hija recibe la visita del novio por la tarde! ¡Qué la lleven a juicio por mantener una casa obscena! ¡Policía! ¡Queremos que sean protegidas nuestras normas morales!

Y esa mujer es penalizada porque tío, Pequeño Hombrecito, te dedicas a merodear en la cama de otra gente. Se te ha visto el plumero muy claramente. Conocemos cuales son tus motivos para defender la “moral y el orden”. ¿No es cierto que tratas de pellizcar en el culo a todas las camareras, Pequeño Hombrecito Moralista? Si, queremos que nuestros hijos e hijas gocen abiertamente la felicidad del amor en vez de relacionarse a escondidas en callejones oscuros o portales solitarios. Queremos proteger a los padres y madres honestos que entienden y protegen el amor de sus hijos e hijas adolescentes. Estos padres y madres son la semilla de las futuras generaciones con cuerpos y sentidos sanos, sin ningún rasgo de tu corrupta fantasía, Pequeño Hombrecito Impotente del siglo veinte!

- “¡Escuchen las últimas noticias: Un hombre joven fue a verle para un tratamiento terapéutico y tuvo que huir con los pantalones bajados por que él le atacó homosexualmente!”

¿No te babea lascivamente la boca, Pequeño Hombrecito cuando cuentas esta “historia real”? ¿Sabes que la inventaste a partir de *tu* montón de basura, de tu diarrea y tu lujuria? Jamás tuve deseos homosexuales como tu; jamás desee seducir a pequeñas niñas, como tu.

Jamás he violado a una mujer, como tu, nunca he sufrido diarreas, como tu, nunca he robado amor como tu, he abrazado a las mujeres sólo cuando me deseaban y yo las deseaba; nunca me he exhibido públicamente como haces tu. ¡No tengo una imaginación mórbida como tu, Pequeño Hombrecito!

“¡Oigan esto: molesto a su secretaria de forma que ella tuvo que huir de la casa. Vivía con ella en una casa, con las cortinas echadas, y las luces estaban encendidas hasta las tres de la mañana!”

Según tu, De La Metrie era un voluptuoso que murió de un atracón de pasteles; y el príncipe soberano Rudolf contrajo un matrimonio desgraciado; y la señora Eleonor Roosevelt no esta siempre en su lugar como debería; y el Rector de la Universidad X ha pillado a su mujer con otro hombre; y la maestra de este o aquel pueblo tiene un amante. ¿No dijiste todas estas cosas, Pequeño Hombrecito? ¡Tu, miserable ciudadano de este mundo, que durante miles de años ha malgastado, su vida de esta forma y por tanto permanece hundido en la ciénaga!

- “¡Arrestadlo! ¡Es un espía alemán, o incluso puede que ruso, o islandés!. Lo he visto a las 3 de la tarde en la calle 86th. en Nueva York, y además del brazo de una mujer!”

¿Sabes, Pequeño Hombrecito, a que se asemejan los chinches a la luz de la Aurora Boreal? ¿No? ¡Quién lo hubiera imaginado! Un día existirán leyes muy duras contra los chinches humanos, *leyes estrictas para la protección de la verdad y el amor*. Así como hoy encierras en reformatorios a los jóvenes amantes, llegará el día en que tu serás encerrado en una institución similar cuando tires tu mierda a la cara de la gente honesta. Habrán jueces y fiscales muy diferentes, que no administraran una justicia formalista y vergonzosa sino una justicia real y humana.

Existirán leyes estrictas para proteger la vida que tendrás que obedecer, por mucho que las detestes. Se que durante tres o cinco o diez siglos seguirás siendo el portador de la plaga emocional, la calumnia, la intriga, el politiquero y la Inquisición. Pero al final sucumbirás a tu propio sentimiento de honestidad que ahora está tan profundamente enterrado en ti que resulta inaccesible.

Y te diré, ni el Kaiser, ni el Zar ni el Padre de todos los proletarios ha sido capaz de conquistarte. Sólo fueron capaces de esclavizarte pero ninguno de todos ellos ha sido capaz de liberarte de tu mezquindad. Lo que te va a liberar es tu sentimiento de honestidad, tu anhelo de vida. No hay duda al respecto, Pequeño Hombrecito. Desembarazado de tu pequeñez y mezquindad empezaras a *pensar*. El pensar al principio te resultará realmente doloroso, erróneo y desalentador, pero empezaras a pensar seriamente. Tendrás que aprender a llevar la carga que el mismo hecho de pensar trae consigo, así como yo y otros tuvimos que soportar la fatiga de pensar *sobre ti*; durante muchos años, calladamente, apretando los dientes. Nuestro dolor te hace pensar. Una vez hayas empezado a hacerlo no cesaras de maravillarte de tus últimos 4.000 años de “civilización”. Serás incapaz de entender como era posible que tus periódicos sólo escribieran sobre desfiles, decoración, caza, ahorcamientos, diplomacia, estafas, movilizaciones, desmovilizaciones y nuevamente movilizaciones, pactos, barrenamientos y bombardeos y que todo esto no te hiciera montar en cólera. Podrías entenderte si tu actitud hubiera sido tragarte esos rollos con paciencia de cordero. Pero lo que no serás capaz de asimilar durante mucho tiempo es saber que a lo largo de siglos has imitado y parodiado todas esas imbecilidades, que creías que tus pensamientos correctos sobre el asunto eran erróneos, y pensabas que tus ideas erróneas al respecto eran patrióticas. Te sentirás avergonzado de tu historia, y esa es nuestra única esperanza ya que nuestros nietos se ahorrarán tener que leer nuestra historia militar. Ya no te será posible falsificar una gran revolución.

Mira al porvenir. Soy incapaz de explicarte como será tu futuro. No puedo saber si llegarás a la Luna o a Marte con el orgón cósmico que he descubierto. Ni se como volaran o aterrizaran tus cápsulas espaciales; o si usaras luz solar para iluminar tus casas por la noche. Pero puedo decirte que es lo que no vas a seguir haciendo dentro de 500, 1.000 o 5.000 años a partir de hoy.

- “¡Escuchen al visionario! ¡Va a decirme que voy a hacer! ¿Es un dictador?”

No soy un dictador, Pequeño Hombrecito, aunque tu pequeñez fácilmente me hubiera permitido convertirme en uno. Tus dictadores sólo pueden decirte lo que *no puedes* hacer sin ser enviado a la cámara de gas. Pero no pueden decirte que harás en un futuro lejano, como no pueden hacer que un árbol crezca más deprisa.

- “¿De donde sacas *tu* la sabiduría, sabio servidor intelectual de la revolución proletaria?”

De tu propia esencia, eterno proletario de la razón humana.

-“¡Fijaros! ¡Obtiene su sabiduría de mi propia esencia! ¡No tengo ninguna esencia. Y, ¡Que clase de palabra individualista es esa de «esencia»!

Si, Pequeño Hombrecito, en ti hay algo profundo, solo que no lo sabes. Tienes un miedo de muerte a su esencia, por eso no la sientes ni la ves. Por eso te mareas cuando te miras profundamente y te tambaleas como si estuvieras al borde de un abismo. Tienes miedo a caerte y perder tu «individualidad» cuando deberías dejarte ir.

Con la mejor intención de encontrarte (legaras al mismo punto: al hombre pequeño, cruel, envidioso, voraz, ladrón. Si no fueras profundo en tu esencia, Pequeño Hombrecito, no habría escrito estas charlas para ti. Conozco esa esencia en ti, ya que la he descubierto cuando viniste a mi consulta médica con tus problemas. Tu esencia es tu gran futuro. Por eso puedo decirte con seguridad lo que no vas a seguir haciendo en el futuro, porque serás incapaz de comprender como fue posible que en 4.000 años de era de incultura hiciste todas esas barbaridades ¿Quieres escuchar ahora?

- “De acuerdo. ¿Por qué no debería escuchar una preciosa pequeña Utopía? No se puede hacer nada, mi querido doctor. Soy y seguiré siendo el pobre pequeño hombrecito de la calle, que no tiene opinión propia. ¿Quien soy de cualquier forma para...”

Escucha. Te escondes detrás de la leyenda del Pequeño Hombrecito porque tienes miedo de ser arrastrado por la corriente de la vida y *tener* que nadar (aunque sólo fuera por el bien de tus hijos y de los hijos de estos).

La primera cosa que no vas a seguir haciendo es sentirte un hombre común que no tiene opinión propia y que dice, “Quien soy yo para...” Tu *tienes* tu propia opinión, y en el futuro considerarás una vergüenza el *no* reconocerla, *no* defenderla y *no* expresarla.

- “¿Pero que dirá la opinión pública sobre mi opinión? ¡Seré aplastado como un gusano si expreso mi propia opinión!”

Lo que tu llamas “opinión pública”, Pequeño Hombrecito, es la suma total de las opiniones de todos los pequeños hombres y mujeres. Cada pequeño hombre y cada pequeña mujer tiene una opinión correcta y una incorrecta. Las opiniones erróneas las tienen porque tienen miedo de las opiniones erróneas de los demás. Por eso las opiniones correctas nunca triunfan. Por ejemplo, no seguirás creyendo que tu “no cuentas”. Sabrás y defenderás tu conocimiento de que eres el conductor de la sociedad humana. No huyas. No tengas tanto miedo. No es tan terrible ser el conductor responsable de la sociedad humana.

- “¿Qué debo hacer para ser el conductor de la sociedad humana?”

No debes hacer nada especial o nuevo. Todo lo que debes hacer es continuar con lo que haces: labra tus campos, empuña el martillo, examina a los enfermos, lleva a tus hijos a la escuela o al campo de juego, notifica los acontecimientos del día, penetra cada vez más profundamente en los secretos de la naturaleza. Ya haces todo esto. Pero piensas que no tiene importancia, que lo único importante es lo que hacen el Mariscal Decoratus o el Príncipe Inflatus o el Rey en su brillante armadura.

-”¡Eres un utópico, doctor! No te das cuenta que el Mariscal Decoratus y el Príncipe Inflatus tienen soldados y armas para hacer la guerra, para alistarme y mandarme al frente, para bombardear mis campos, mi laboratorio o mi estudio.”

Eres alistado en el ejercito, y tus campos y fábricas son destrozados porque gritas ¡Hej!! cuando eres alistado y tus fábricas son destrozadas. El Príncipe Inflatus o el Rey en su brillante armadura, no tendrían soldados ni armas si supieras claramente (y te levantarías para defender tu postura), que los campos tienen que dar trigo y las fábricas muebles o zapatos, pero no armas, y que no han sido creados para ser destruidos. Todo esto no lo saben el Mariscal Decoratus y el Príncipe Inflatus puesto que ellos nunca han trabajado en el campo ni en la fábrica ni en el laboratorio; ellos creen que tu trabajo se hace por el honor de la patria proletaria o la alemana, y no para alimentar y vestir a tus hijos.

- “¿Entonces, qué debo hacer? Odio la guerra, mi mujer grita desesperadamente cuando soy llamado a filas, mis hijos se mueren de hambre cuando los ejércitos proletarios ocupan mi tierra, y los cadáveres se amontonan por millones. Todo lo que deseo es trabajar mis campos, y después de trabajar jugar con mis hijos y amar a mi mujer, y los domingos me gusta tocar un poco de música, bailar y cantar. ¿Qué debo hacer?”

Todo lo que has de hacer es continuar haciendo lo que has hecho hasta ahora, lo que siempre has deseado hacer tu trabajo, lograr que tus hijos crezcan felices, amar a tu mujer, si hicieras esto con determinación y perseverancia no habrían guerras, que dejan a tus mujeres a merced de la soldadesca proletaria sexualmente hambrienta, que hacen que tus hijos huérfanos mueran de hambre en las calles, que te hacen fijar tu mirada vidriosa en el cielo de algún lejano “campo de honor”.

- “Pero que voy a hacer si quiero vivir de mi trabajo, mi mujer e hijos, y entonces vienen los hunos o los germanos o los japoneses o los rusos o quienquiera que me fuerza a ir a la guerra. ¿No debo defender mi casa?”

Tienes razón, Pequeño Hombrecito. Cuando los hunos de esta o aquella nación ataquen tendrás que empuñar el fusil. Pero lo que no te das cuenta es que los hunos de todas las naciones no son otra cosa que millones de pequeños hombrecitos gritando desaforadamente ¡Heil! cuando el Príncipe Inflatus -que no trabaja-, los llama a defender la bandera; que ellos, como tu, creen que no cuentan y dicen, “¿Quién soy yo para tener opinión propia?”

Cuando sepas que *eres* alguien, que *tienes* una opinión propia correcta, y que tu campo y tu fábrica están al servicio de la *vida* y no de la muerte, entonces sabrás responder a tus preguntas sobre ti mismo. No necesitaras ningún diploma para hacerlo. En lugar de gritar ¡Heil! y decorar la tumba del «Soldado Desconocido» en lugar de permitir que tu Príncipe Inflatus y tu Mariscal de todos los proletarios te inculquen tu conciencia nacional, debes oponerte a ellos con tu *autoconfianza* y tu conciencia de trabajador (conozco muy bien a tu “Soldado Desconocido” Pequeño Hombrecito. Llegue a conocerlo cuando luche en las montañas de Italia. Es un pequeño hombrecito como tu, que creía no tener ninguna opinión propia y que decía, “Quién soy yo para”). Podrías llegar a conocer a tu hermano, el pequeño hombre en Japón, China, en cualquier país de hunos y podrías hacerle saber tus opiniones validas sobre tu trabajo como obrero, médico, granjero, padre o marido, y finalmente podrías convencerle de que todo lo que debe hacer para que las guerras sean inviabiles es aferrarse al trabajo y al amor. ¡Perfecto. Pero ahora tienen esas bombas atómicas, y tan sólo una sería suficiente para matar a millones de personas!

Todavía no has aprendido a pensar correctamente, Pequeño Hombrecito ¿Crees que es el Príncipe Inflatus, con su brillante armadura, el que construye las bombas atómicas? No, una vez más sólo son pequeños hombres que gritan ¡Heil! en vez de detener la fabricación de bombas atómicas. Ya ves, siempre se regresa al mismo punto de partida: a ti, Pequeño Hombrecito y a tu pensamiento, sea éste correcto o falso. Si no fueras un hombre tan microscópicamente pequeño, tú, el más grande científico del siglo XX, habrías desarrollado una conciencia Universal en vez de una conciencia nacional y habrías encontrado los medios para evitar que estallara la bomba atómica en este mundo; o si esto hubiese sido imposible, con inequívocas palabras hubieras ejercido tu influencia para ponerla fuera de funcionamiento.

Te pierdes en un laberinto de tu propia invención y no encuentras la salida porque siempre miras por el lado erróneo y piensas equivocadamente. Pero prometiste a todos los pequeños hombres que tu energía atómica iba a curarles el cáncer y el reumatismo cuando sabías perfectamente bien que eso nunca sería posible, que únicamente habías creado un arma mortífera y nada más. Con ello, te has metido en el mismo callejón sin salida que tu física. ¡Estás acabado para siempre! Sabes, Pequeño Hombrecito que te he regalado las posibilidades terapéuticas de mi energía cósmica. Pero guardas silencio sobre ello y sigues muriendo de cáncer y ataques cardíacos, y mientras mueres sigues gritando «¡Heil, Viva la cultura y la técnica!» Pero te diré Pequeño Hombrecito: has cavado tu propia tumba con los ojos abiertos. Crees que ha llegado una nueva era, la «era de la bomba atómica». Ha llegado, pero no de la forma en que tu crees. No como tu infierno, sino como mi tranquilo y activo laboratorio en un retirado rincón de los Estados Unidos.

De ti depende el ir o no ir a la guerra. ¡Si al menos supieras que trabajas para la vida y no para la muerte. Si tan sólo supieras que todos los pequeños hombrecitos del mundo son igual que tu, en lo bueno y en lo malo!

Tarde o temprano -todo depende de ti-, dejarás de gritar Heil!, y no trabajarás más en tus campos si el trigo ha de ser destruido, ni en las fábricas si luego han de servir de blanco a los cañones. Tarde o temprano rehusarás trabajar para la muerte.

-”¿Debo llamar a la huelga general?”

Ignoro si deberías hacer esto o aquello. La huelga general es un mal medio, ya que te expones a que se te reproche que dejas morir de hambre a tu propia mujer e hijos. Al hacer huelga, no demuestras tu gran responsabilidad por la prosperidad y el infortunio de tu sociedad. Cuando haces huelga *no* trabajas. Pero un día en lugar de llamar a la huelga, trabajaras por tu vida. Llama la huelga trabajada si te gusta usar la palabra «huelga».

Pero tu huelga ha de consistir en trabajar, para ti, para tus hijos, tu mujer o compañera, tu sociedad, tu producción, tu granja. Diles a los jefes que no tienes tiempo para malgastar en sus guerras, que tienes cosas más importantes que realizar. Construye un muro alrededor de cada ciudad de la tierra y deja que allí los diplomáticos y militares se maten entre ellos personalmente. Esto, Pequeño Hombrecito, sería una alternativa si tu no siguieras gritando *¡Heil!*, ni siguieras creyendo que eres un cero a la izquierda y no tienes opinión propia.

Todo esta en tus manos, tu vida y la de tus hijos, tu martillo y tu estetoscopio. Se que sacudes la cabeza, piensas que soy un Utópico, o puede que un “rojo”. Preguntas cuando tu vida será apacible y segura, Pequeño Hombrecito. La respuesta resulta contradictoria con tu forma de vida.

Tu vida será apacible y segura cuando lo vital signifique más para ti que la seguridad, el amor más que el dinero; tu libertad más que la línea del partido o la opinión pública; cuando el temple de Beethoven o Bach sea el temple de la totalidad de tu existencia (lo tienes, Pequeño Hombrecito, enterrado en un rincón de tu existencia); cuando tu pensamiento este en armonía, y no en contradicción, con tus sentimientos; cuando seas capaz de agradecer los regalos con *tiempo*; de reconocer tu envejecimiento respecto a una época; cuando vivas los pensamientos del gran hombre en vez de las fechorías de los grandes guerreros; cuando los maestros de tus hijos estén mejor pagados que los políticos; cuando sientas más respeto por el amor entre un hombre y una mujer que por un certificado de matrimonio; cuando reconozcas a tiempo tus errores teóricos, y no demasiado tarde como ocurre hoy día; cuando sientas plenitud al escuchar la verdad, y horror ante los formalismos; cuando tengas trato directo con tus compañeros de trabajo y no a través de intermediarios; cuando la felicidad que siente tu hija adolescente en el amor te maraville en vez de montar en cólera; cuando simplemente sacudas la cabeza en vez de castigar a tus niños por tocarse sus órganos genitales; cuando la cara de la gente en la calle exprese libertad, animación y alegría en vez de tristeza y miseria; cuando la humanidad deje de pasear con la pelvis rígida y los órganos sexuales muertos.

Deseas guía y consejo, Pequeño Hombrecito. Has tenido guía y consejo, bueno y malo, durante miles de años. No se debe a pobres consejos el que sigas en la miseria, sino a tu pequeñez. Yo podría darte buenos consejos, pero, tal como actúas y piensas, no serías capaz de ponerlos en acción por el interés de todos.

Supón que te aconsejo que detengas a toda la diplomacia y la sustituyan por contactos profesionales y fraternales con los zapateros, carpinteros, maquinistas, técnicos, médicos, educadores, escritores, administradores, mineros y granjeros de todos los países; que dejes que todos los zapateros del mundo decidan la mejor forma de proveer zapatos a todos los niños chinos; dejar que los mineros descubran por si mismos como debe hacer la gente para no congelarse, dejar que la totalidad de educadores de cualquier parte del mundo encuentren la manera de proteger a un niño recién nacido contra la impotencia y la enfermedad mental en el futuro; etc. ¿Que harías, Pequeño Hombrecito, confrontado con estos problemas cotidianos de la vida humana? Me harías las siguientes objeciones, ya sea directamente o a través de algún representante de tu partido, iglesia, gobierno o sindicato (a menos que me encerraras inmediatamente por «rojo»):

- “¿Quién soy yo para reemplazar todos los contactos diplomáticos internacionales por las relaciones internacionales de trabajo y desarrollo social?”

O: “No podemos eliminar las diferencias nacionales en el desarrollo económico y cultural”.

O: “¿Quieres que tengamos tratos con los fascistas alemanes, o los japoneses, o con los comunistas rusos, o los capitalistas americanos?”

O: “Antes que nada estoy interesado por mi madre patria Rusia, Alemania, Norteamérica, Inglaterra, Israel o Arabia”

O: “Ya tengo bastante que hacer poniendo en orden mi vida y llegando a un acuerdo con mi sindicato de sastres. Deja que otros se ocupen de los sastres de otras naciones”

O: “No escuchéis a este capitalista, bolchevique, fascista, troskista, internacionalista, sexualista, judío, extranjero, intelectual, soñador, utópico, demagogo, loco, individualista y anarquista. ¿No tenéis ningún tipo de conciencia americana, rusa, alemana, inglesa, judía?”

Con absoluta seguridad utilizaras alguno de estos slogans, u otros, para quitarte de encima la responsabilidad del contacto humano.

- “¿No soy nada de nada? ¡No me reconoces ni tan siquiera un rasgo decente en mi carácter! Después de todo, trabajo muchísimo, mantengo a mi mujer e hijos, llevo una vida decente y sirvo a mi país. ¡No puedo ser tan malo como me pintas!

Ya se que eres un ser decente, estable e industrioso, como una abeja o una hormiga. Todo lo que he hecho es desenmascarar al pequeño hombre que hay en ti y que ha arruinado tu vida durante miles de años. Tu eres GRANDE, Pequeño Hombrecito, cuando no eres pequeño y ruin. Tu grandeza, Pequeño Hombrecito, es la única esperanza que queda. Eres grande cuando ejerces tu oficio amorosamente, cuando disfrutas moldeando y construyendo casas, decorando, pintando y cosiendo, cuando disfrutas del cielo azul, en el ciervo, en la rosa, en la música y en el baile, en tus hijos que crecen y en el hermoso cuerpo de tu mujer o tu hombre; cuando vas al astrónomo para que te enseñe a entender el universo, o a la librería a leer sobre lo que piensan de la vida otras personas. Eres grande cuando, como abuelo, te sientas a los nietecitos en las rodillas y les cuentas sobre cosas pasadas, cuando miras al futuro con su curiosidad infantil llena de fe. Eres grande, madre, cuando acunas a tu hijo recién nacido para que duerma, cuando, con lagrimas en los ojos, y desde lo más profundo del corazón, le deseas una gran felicidad futura, cuando, cada hora a través de los años, construyes este futuro en el.

Eres grande, Pequeño Hombrecito, cuando cantas aquellas lindas canciones tradicionales, o cuando bailas al son del acordeón, ya que las canciones tradicionales son cálidas y relajantes, y esto ocurre en todo el mundo. Eres grande cuando le dices a tu amigo:

Agradezco a mi buena suerte que me ha concedido vivir mi vida libre de suciedad y voracidad, experimentar el crecimiento de mi hijos, sus primeros balbuceos, su búsqueda, pasos, juegos, preguntas, risas y caricias; que conserve plenamente el sentimiento por la primavera y sus suaves brisas, el murmullo del arroyo que pasa cerca de casa y las canciones de los pájaros en el bosque; le agradezco que nunca participe en las murmuraciones de los vecinos viciosos; que me sentí plenamente feliz abrazando a mi compañera y que fui capaz de sentir en mi cuerpo el rayo de la vida; que en los malos tiempos no me desoriente y mi vida tuvo sentido. Ya que siempre he escuchado la voz interna que me decía: “Sólo hay una cosa que tiene importancia: vivir la propia vida bien y felizmente. Sigue a la voz de tu corazón, incluso si te separa del lugar de las almas apocadas. No te endurezcas y amargues, incluso si la vida te tortura continuamente”.

Y en la quietud de la tarde, el trabajo diario ya cumplido, cuando me siento a la sombra, frente a mi casa, con mi mujer o mi hijo y percibo el aliento de la naturaleza, escucho una melodía, la melodía del futuro: “¡Oh pueblos, yo os abrazo, y beso al mundo entero!” Entonces deseo fervientemente que esta vida aprenda a insistir en sus derechos, a cambiar a las almas duras y las tímidas que hacen las guerras. Solo lo hacen porque la vida los elude. Y acaricio a mi hijo pequeño que me pregunta: “Padre, el Sol se ha escondido. ¿Donde ha ido? ¿Volverá pronto? Le contesto: “Si, hijo, regresará pronto para calentarnos.”

He llegado al final de mi charla contigo, Pequeño Hombrecito. Hay mucho mas que te podría contar. Pero si has leído esta charla atenta y honestamente, te identificaras como el Pequeño Hombrecito incluso en momentos que yo no te he marcado. Ya que siempre es la misma calidad la que protagoniza todos tus actos y pensamientos mezquinos.

Hagas lo que hagas conmigo en el futuro, tanto si me glorificas como a un genio o me encierras en un psiquiátrico, tanto si me adoras como salvador o me cuelgas como a un espía, tarde o temprano la necesidad te obligará a comprender que he descubierto las leyes de la vida y te he puesto en la mano la herramienta con la cual podrás gobernar tu vida, con propósito consciente, y por tanto sólo serás capaz de gobernar sobre las máquinas. He sido un ingeniero fiel de tu organismo. Tus nietos seguirán mis pasos y serán muy buenos ingenieros de la naturaleza humana. Te he descubierto los infinitamente vastos campos de lo vital en ti, de tu naturaleza cósmica. Esa es mi gran recompensa.

Los dictadores y tiranos, los lame botas y los venenosos, los escarabajos peloteros y los coyotes sufrirán lo que una vez predijo un viejo sabio:

“Planté semillas de palabra sagrada en este mundo. Cuando ya la palmera haya muerto, y la roca esté destruida Cuando ya los brillantes monarcas hayan desaparecido como hojas muertas: mil arcas llevarán mi palabra superando cada cataclismo: ¡Prevalecerá!”